

BELLEZA Y AUDACIA



Las chicas del planeta 5

RICHARD WILSON



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



LAS CHICAS DEL PLANETA 5

Richard Wilson

Título original: *The Girls From Planet 5*
Traducción de: M. Orta Manzano

I

Las mujeres se habían hecho cargo de todo a partir de 1998, pero eso, hasta ahora, no había molestado personalmente a Dave Hull.

Dave estaba sentado en el departamento local de la redacción del periódico «Citizen Tribune» de Silver Spring. Tenía puesto el sombrero y tecleaba distraído en su máquina de escribir. Se sentía malhumorado. También amargado. Por eso conservaba el sombrero puesto. Si las mujeres periodistas conservaban los suyos, ¿por qué no iba a hacerlo él también, maldición?

Su chica también, antaño, había sido reportera. Hasta una hora antes. Ahora era editorialista local. Emily Wallace, redactora jefe de asuntos de la ciudad. Su jefe. ¡Ja! Muy gracioso. Por eso tecleaba desconsolado en la máquina.

...el rápido y moreno reportero dio una palmada a la espalda del redactor jefe de asuntos locales, meto en la maleta seis docenas de frascos de licor, ahora es el tiempo para todos los buenos hombres, repito hombres para que vengan en ayuda de Dave Hull...

Así que no le habían elegido para ocupar la vacante de asuntos locales. Está bien, no le habían elegido. Eligieron a Emily. Buena chica, Emily. Con talento, claro, Capaz, claro. Pero es que ella era su chica. ¿Cómo se va a esperar que un hombre trabaje a las órdenes de su novia, que acepte su jefatura? ¿Que el editor o redactor jefe general era una mujer y él estaba a su servicio? Eso era diferente. Completamente diferente. Seis veces más remoto. Y, además, la redactor jefe general no era su chica. Una solterona reseca, eso es lo que era la jefa, buscando un puesto en el gabinete de aquel matriarcado que llamaban gobierno.

Pero Emily, ahora. Emmy. No era ninguna vieja solterona rancia. La chica más dulce del mundo. Solía serlo de todas maneras, antes de que la ascendieran. ¿Cómo sería ahora? Aún la chica más dulce del mundo, probablemente... pero su jefe. La nota triste. La crema de su café... agriada.

Arrancó la página de la máquina, la arrugó, la tiró a un rincón. Encendió un cigarrillo, envió el fósforo tras el papel.

Se levantó, se echó el sombrero hacia atrás en aire de desafío y miró por la ventana del rascacielos. Repasó su carrera en el «Citizen-Tribune» Cuatro años en el mayor periódico de la segunda gran ciudad de Maryland. Cuatro años esperando una oportunidad. Cuatro años de intermitente mirar por aquella ventana a la arquitectura de Washington en la lejanía, pasada la frontera del estado.

Allí estaba su problema. El Capitolio, la Casa Blanca, el Tribunal

Supremo. Una misión ambulante. Sacar noticias... del género que las agencias de prensa no saben sacar. Pasarse una semana en una historia, un mes, hacer preguntas, seguir pistas, ahondar, ahondar. Publicar la historia con titulares gigantes. El solo había provocado dos investigaciones del congreso. Ganó primas. Consiguió aumentos de sueldo. Logró citaciones honrosas par parte de las comisiones contra el delito y de los jueces. Pero no había podido llegar al escritorio de asuntos locales. Emily, sí.

Dejó caer al suelo el cigarrillo y lo pisoteó.

—Mister Hull —dijo una copista.

Se volvió. Un esqueje de muchacha, nueva, probablemente recién salido del colegio. Pero, sin duda algún día seria redactora jefe.

—Me llamo Dave —contestó.

—Oh —exclamó ella—, gracias. Dave, Emily quiere verte, ahora.

—Llámame Dave «a mí». Pero será mejor que a ella la llames Miss Wallace. Ya sabes, redactora jefe de local.

—Lo sé. Pero me dijo que siguiera llamándola Emily.

—Democrático —dijo Dave—. En verdad, democrático.

—Ella está en su despacho.

—Conozco el camino.

Entró. La mujer estaba sentada tras su escritorio, un gran escritorio, un escritorio vacío, con las bandejas de entrada y salida vacías. Ella se levantó, dio la vuelta a la mesa y sonrió.

—Hola, Dave.

Era una muchacha de mediana estatura, pelo castaño y una naricilla respingona bajo unos ojos grandes, arruguitas en sus extremos.

—Hola, Miss Wallace, señor —dijo él.

—Tonto. Grandísimo tonto. Mira este ridículo despacho. ¿Cómo esperan que pueda trabajar aquí?

—Usted oprime botones. La gente viene a la carrera. Las ruedas giran, las prensas rugen.

—Primero, esto está demasiado limpio —dijo ella ignorando el sarcasmo—, y demasiado lejos de la sala de redacción, que es lo más importante. Voy a volver fuera en cuanto pueda ganarlo de manera airosa... No quiero tener que mirarte a través de tabiques de vidrio todo el tiempo.

—No tendrás que hacerlo —dijo Dave—. Salgamos de esta trastocada y loca sociedad, Emily. Casémonos y vayamos a algún sitio donde podamos ser normales. Sé que no te gusta tampoco esto de que manden las damas. He estado preguntando hay un buen empleo para mí en Tejas. Podríamos comprar una casita y...

—¡Tejas! —estalló Emily—. ¿Quieres llevarme a Tejas..., al confín

del mundo civilizado?

—No te precipites, Em. Has estado oyendo toda esa propaganda femenina acerca de Tejas. En realidad la cosa no es tan mala. Y para una pareja que montar un hogar y ser gente corriente, es ideal.

—Ideal para jóvenes retrasados mentales. Para badulaques y deficientes a quienes nada les importa lo que pase en su país y que no sabrían qué hacer con una libertad civil, si la tuvieran. No, gracias, Mister David Hull. Gracias por su amabilísima oferta de matrimonio, pero las condiciones inmanentes son más de lo que puedo yo digerir.

—Me desilusionas, Emily. Creí que eras una persona razonable. Pero creo que eres una loca feminista como el resto. Sospecho que te gusta ser la «jefa». Bien, sélo. Pero no me tendrás ahí fuera sólo para satisfacer tu vanidad. Dimito. Ya no puedo aguantar más este gallinero y me voy que aún queda en mí algo de virilidad. Espero que seas muy feliz oprimiendo botones y con tu brigada comercial.

Los ojos castaños de Emily parecieron estar a punto de llorar un momento, pero apretó la boca y alzó la cabeza.

—Gracias —dijo glacial—. Acepto tus buenos deseos y tu dimisión. Y puedes irte al infierno, Dave Hull.

Dave se fue a Tejas.

Su polvoriento cupé pasó junto a un cartelón:

ESTA USTED ABANDONANDO EL PAIS DE LAS FALDAS
¡BIENVENIDO A TEJAS!

Dave cruzó la frontera a gran velocidad. Delante había una taberna. Se llamaba «Saloon de la Primera Oportunidad» y era algo salido del pasado siglo. Tenía la mísera apariencia de un establo convertido en casa de vinos de los que aparecían en las antiguas películas del Oeste. Vio un cartel que pendía encima de la barra o barandilla para atar a los caballos y en el que se leía: «Permitido el estacionamiento de automóviles». Aparcó y entró.

Un aviso en la puerta advertía: «Prohibida la entrada a las mujeres».

El suelo ante el mostrador estaba cubierto de aserrín. Dave colocó el pie en una barra de desgastado latón.

—Salud, socio —bramó el tabernero. Tenía un mostacho que parecía el manillar de una bicicleta y su negro pelo estaba peinado en grandes ondas con una espectacular raya en medio.

—Salud —dijo Dave, empleando aquella palabra tan poco familiar.

—¿Recién llegado de «Gallinolandia»?

—Sí. Soy un refugiado que huye de las faldas.

—Bienvenido, amigo —gruñó el tabernero—. En ese caso la primera bebida la paga la casa. ¿Qué será?

—Un doble de whisky de maíz. Gracias.

Al primer sorbo Dave se sofocó, pero aceptó el calor del licor, agradecido.

—Esa es una bebida de hombres, socio —dijo el tabernero—. Muy diferente del género suave que ha estado bebiendo allende la frontera.

—Cierto, socio —dijo Dave—. Tomaré otra de lo mismo. ¿Me acompaña? —colocó un billete sobre el mostrador.

—Claro que sí, amigo y contento. ¿Hacia dónde se dirige?

—Dallas. Tengo un trabajo en cierto periódico de allí. Un trabajo en donde no habrá una mujer como redactor jefe, como me pasaba en Maryland.

—«Marylandie», ¿eh? —dijo con intención el tabernero—. No hay miedo de eso aquí. Este es un país de hombres y a las mujeres les gusta así. Aquellas que querían llevar pantalones se fueron hace tiempo. Buen viaje. ¿Tomamos otra copa por el camino?

—No, gracias —repuso Dave—. Será mejor que me vaya acostumbrando gradualmente a este licor de Tejas. Aún soy novato.

—Rocío —dijo el tabernero riendo y dándose una palmada al muslo —, ya veo que se las arreglará bien. Tome esta, tarjeta. Un buen amigo mío posee un comercio a las puertas de Dallas. Haga un buen trato cuando cambie su coche por un caballo. Dígale que va de parte de Mike.

—¿Caballo? No quiero ningún caballo. Jamás monté en mi vida.

—Pues lo hará ahora, socio —dijo el tabernero con una nueva explosión de risa—. ¡Lo hará!

Dave encendió un cigarrillo y puso en marcha el motor de su coche.

—Vamos, viejo —se dijo—. Creo que tenemos mucho que aprender acerca del Nuevo Oeste.

El comercio de Jim estaba en un enorme edificio y ocupaba toda una manzana al noreste de Dallas. Un cartelón que se extendía por la longitud completa de la fachada decía: «Especialidad en novatos».

El tabernero tenia, razón. El gerente de Dave le había dado una semana para instalarse y empezar en su empleo del «Dallas Texan» y después le envió a que se equipara al estilo del Oeste.

—No necesitará coche —le había dicho el jefazo—. Pero le hará falta un caballo y ropas adecuadas. Cuando vaya a hacer un reportaje para un periódico de Tejas, ejem, tendrá que actuar «como» un tejano, no como un maldito pisaverde.

Frank Hammond, el redactor jefe de asuntos locales, se lo confirmó.

—Hace años —dijo a Dave—, era ya un zopenco en un periódico de

modas. Salí a entrevistar a un fabricante «sin llevar sombrero». Nunca vi a nadie salir volando más de prisa. Aquí lo mismo, Dave. «Donde fueres, haz lo que vieres», ya se sabe. Soy de Pennsylvania. Pero al término de mi primer mes aquí era ya el más tejano de todos los tejanos. Excepto en la pronunciación de esta tierra. Nunca me atrevo a adoptar el deje local por miedo de que me crean que me burlo de ellos.

Había dos enormes puertas a cada extremo del Comercio de Jim. Un cartelón sobre una de ellas decía: «Entre conduciendo». En la otra puerta el letrero tenía escrito: «Salga a caballo».

Dave condujo su cupé por la rampa y entró en una sala con suelo de cemento. Un hombre con pantalón de montar, camisa de lana roja llamativa y un sombrero de diez o quince galones, se le acercó sonriendo. Llevaba en la mano un bloque de pedidos.

—¿Venta o cambio, socio? —preguntó.

—Creo que cambio —dijo Dave mirándose sus ropas orientales.

—Bien —hizo unas anotaciones en el bloque de pedidas y dijo—: Un cupé Kettering del noventa y siete, limpio. ¿El recorrido es el que marca el cuentakilómetros? Bueno. Puede cubrirlo todo, incluso el caballo y aún le quedará un buen piquito remanente.

—Me gustaría algo menos poderoso que un potro —dijo Dave—, si es que tengo que tener caballo. Soy novato.

—No se preocupe. Se lo arreglaremos bien. Ahora si baja haré que uno de los muchachos se lleve el coche, mientras empezamos a equiparle. Sabrá a cuanto alcanza su crédito dentro de pocos minutos.

Llevaron a Dave hasta el principio de una cadena de montaje en donde le tomaron medidas, comprobaron su pericia de jinete y su opacidad en el manejo del rifle y armas pequeñas. Su puntuación fue baja y le recetaron un curso especial para novatos.

El cursillo de lazo era extra y lo rechazó, aunque las demostraciones le fascinaron. El lazo parecía hecho de cuerda de seda. Era ligero y suave pero cortaba el aire con la puntería del sedal truchero lanzado por un maestro. El demostrador un vaquero de pantalones ceñidos, que mascaba tabaco, hizo cesas con el lazo que lo hicieron parecer algo vivo. Jamás Dave hubiera creído posible, por ejemplo, que se le pudiera arrancar a un hombre el cigarrillo de la boca utilizando el lazo.

Dave felicitó al demostrador por su pericia. El vaquero lanzó un escupitajo al centro mismo de la escupidera situada a cuatro metros de distancia y dijo:

—Eso no es nada. Debería ver como Sam Buckskin maneja la cuerda. El es quien me enseñó.

Dave logró arreglárselas bastante bien con una pistola automática (en

forma de antiguo revólver de largo cañón) y aún mejor con el rifle. No vio la conveniencia de seguir un curso de arco, pero cumplidamente intentó meter las flechas en el blanco. Luego vio maravillado cómo un arquero hacía de Robín Hood y tras acertar con una flecha en el centro justo de la diana., disparaba otra flecha que partía en dos a la primera.

—Sam Buckskin puede hacerlo corriendo una docena de veces —le dijo el arquero—, poniendo cada flecha, con la siguiente. Por lo menos eso oí decir.

—¿Quién es Sam Buckskin? —preguntó Dave.

El arquero soltó la carcajada.

—Usted debe ser un verdadero novato, socio. Ya oirá más de él. Incluso también escribirá sobre él, espero, ya que es usted periodista.

Dave fue conducido, tambaleándose en los altos tacones de sus botas nuevas, hasta un corral abierto en el centro del edificio.

Su presentación al caballo fue la lección más larga, de todas. Durante tres horas aprendió acerca de la silla, las bridas y el propio animal. Por último le consideraron lo bastante competente para confiársele una dócil yegua de mediana edad.

A la salida firmó la cesión de su coche y le entregaron el remanente. Cada billete, a pesar de que era moneda de los Estados Unidos, llevaba un cuño con las siguientes palabras: «Vale un 10 por ciento más en Tejas».

—¿Cómo es posible? —preguntó Dave.

—Se sorprenderá de lo bueno que es para los negocios —le dijo el cajero—. La gente viene de toda «Gallinolandia» con estos billetes. Recibimos de entrada la cantidad normal de dinero que nos fluye desde los otros cuarenta y nueve Estados y además casi el veinticinco por cien de lo que sale, vuelve a nosotros en seguida.

—¿Pero es legal? ¿No hay una ley contra alterar el valor de la moneda?

—En Tejas, no, hermano. Y ahí es donde creo que vivimos ahora.

—Tiene razón, socio —asintió Dave— ¿Qué tal aspecto tengo?

—Bastante bueno. Tenga cuidado con la yegua. Y cuando quiera un animal más brioso, vuelva a nosotros para hacer el cambio.

Dave Hull, sintiéndose un niño en día de Reyes, condujo a la yegua por debajo del cartelón: «Salga a. caballo» y la guió con cuidado a lo largo de la ancha calle en dirección al periódico. Los cascos batían placenteramente en la calzada, que parecía de tierra, fuertemente apisonada. Se mantuvo lejos de las zonas de cemento del centro, destinadas al tráfico a motor, pero aún así la yegua relinchó y resopló alarmada cuando un esbelto coche descapotable pasó rugiendo a. cien por hora, su claxon emitiendo a toda trapo las primeras rotas de «California, ahí voy».

Dave frenó á, la yegua hasta pararla y se inclinó en la silla para palmotearle el cuello consoladoramente.

—¡Maldito lechuguino! —grito el conductor del coche que se alejaba.

II

«Emily Wallace, Redactora Jefe.

»The Citizen-Tribune, »Silver Spring, Maryland.

»Querida Emmy:

»Espero que no me guardes rencor.

»Acepto la oferta que por telegrama se me hizo desde tu oficina para ser un «corresponsal extranjero» del «Citizen-Tribune» aquí en Tejas. Siempre es agradable poderse ganar algún dinero extra.

»No, aquí no hay censura. Déjame que desmienta ahora mismo el rumor. Admitiré que mi copia recibe bastantes correcciones a lápiz mientras circula por las mesas de aquí y que la mayoría de das historias tienen un dialecto tejano, pero los originales que salen del Estado no van corregidos en absoluto.

»He aquí mi primer relato increíble y estrictamente no ha sido modificado ni por pro-feministas, ni por pro-tejanos. De hecho avalo cuanto digo. Me gustaría recibir un recorte del periódico, si lo publicas... y espero que por tu parte no seas demasiado corregido y censurado.

»Como siempre tuyo, Dave».

EL CABALLO NO ES NINGUNA RELIQUIA EN TEJAS Por David Hull

DALLAS, TEJAS, Junio, 00 (Especial). El caballo no es reliquia en Tejas, es un adjunto viviente, leal e inteligente a la manera de vivir que hay fuera de «Gallinolandia», como algunos tejanos llaman a las partes no tejanas de los Estados Unidos.

La obediencia cotidiana de un caballo en Tejas es fenomenal. No sólo obedece a su jinete cuando éste lo monta, sino que es capaz de recordar órdenes aplazadas.

El hombre a quien se debe la resurrección del caballo es un fabuloso lejano llamado Sam Buckskin. El nombre es poco conocido en los Estados Unidos, pero en el Estado de la Estrella Solitaria alcanza una fama increíble. Hállese un hombre que maneje el lazo con pericia fenomenal. ¿Quién fue su maestro? Sam Buckskin. Cualquier arquero que pueda partir en dos una flecha que está clavada en la diana con un segundo disparo despierta el aplauso general. Sam Buckskin puede hacer lo mismo una docena de veces mejor. Es maravilloso ver cómo un caballo corre sin jinete diez kilómetros, llega a un rancho, llama con la pata en la puerta, rechaza a todos los que quieren

montarle excepto al que se le ha mandado recoger y la lleva, raudo al punto de partida. ¿Dónde fue entrenado tal caballo? En el rancho de Sam Buckskin.

¿Pero quién es este Sam Buckskin? ¿La réplica tejana al mito de Paul Bunyan para Minnesota; al John Henry de West Virginia; al Joe Magarac de Pittsburgh? No. Sam Buckskin existe.

Es un tejano alto, bronceado, de dulce hablar. Se llama Sam por ser descendiente de Sam Houston; Buckskin, por las ropas que viste un traje de piel de gamo, muy bien cosido, tanto pantalones como zamarra o cazadora. Alguien dice que su verdadero apellido es Bushkin o Buskin.

Su casa, se llama el Rancho Escondido, y con razón. He estado allí. Pero fui y volví con los ojos vendados y juré por mi honor no tratar de averiguar su situación si no se me invitaba.

Sam Buckskin lleva veinte años creando caballos. Es un solterón, entre los cuarenta y los cincuenta años. Nunca se le ha fotografiado. Es escurrido de caderas, nariz aguileña y, aparte de su cabello gris, acero, podría pasar por un hombre en la treintena… Sam Buckskin ha adiestrado caballos para que lo hagan todo, excepto pensar... y hay algún noble, bruto que hasta daría que pensar.

Además, ha adiestrado hombres para que sean dignos de los magníficos os caballos que montan.

Los hombros y caballos que adiestra forman parte de una guardia del estado llamada Legión de Tejas.

He visto equipos —hombre y animal— en acción y aún no creo cuánto les vi hacer.

Vi a una tropa de cincuenta de estos individuos cabalgar a pelo por el bosque, más silenciosos que el viento.

Vi a un centenar de ellos atronar a través de una llanura, los gallardetes ondeando en los estandartes de los sargentos, en una maniobra de precisión que hacía hervir la sangre de las venas.

Vi a un caballo en maniobras levantar a su jinete caído y transportar al «herido» hasta el puesto de socorro.

Vi...

Dave Hull acabó el artículo y añadió una postdata a la carta de Emily:

«Lo he reducido a mil palabras, aunque con dificultad. Hay mucho más que contar y veré si como en una serie de seis artículos se puede narrar todo. Siempre y cuando te interese.

»Mientras, aunque no soy Sam Buckskin, monto tan bien a Lily, mi yegua, que estoy casi a punto de cambiarla por otro animal de «más caballos de fuerza, por así decirlo».

Emily Wallace, redactor jefe de asuntos locales, sonrió con acritud

ante el matasellos del sobre que le había llegado en el correo de la mañana. «TEJAS, LA TIERRA DEL HOMBRE», decía.

Leyó la carta de Dave con impaciencia. El gran mastuerzo, en apariencia, se había aclimatado ya. Lo que era peor, parecía comportarse como un tejano profesional. El suelo allí era evidentemente rico y nutritivo para trasplantara un chauvinista macho.

Leyó el artículo con interés y cierta diversión. Dave era sólo un chico grande, como ella siempre sospechó, y ahora tenía a un héroe a quien adorar. ¡Sam Buckskin! Una creación de la propaganda, por lo que se olía. Pero al seguir leyendo su diversión efectuó un giro hacia la alarma.

Al terminar el artículo se citó para almorzar con una amiga del Departamento de Estado.

Tomó un taxi hasta Washington y, tomando los cócteles en el restaurante del Departamento de Estado, le habló a su amiga del artículo de Dave.

—Te agradezco que hayas venido a reunirte conmigo Martha —dijo Emily—. Sé que estás terriblemente ocupada con el asunto de Kenia, pero esta cosa de la Legión de Tejas me suena a cuestión de interés nacional.

Martha Corro, la Ayudante de la Secretaria de Estado para Asuntos Africanos, dijo:

—En absoluto, Emily. Aunque creo que es algo que se debería examinar. Pero tienes que reconocer que queda algo fuera de mi jurisdicción. Es más un asunto para Defensa o Justicia que para el Departamento de Estado.

—Entonces quizá podrías ponerme en contacto con alguien de esos departamentos. No conozco a nadie allí.

—Está Jane Drury en el F. B. I. —murmuró Martha Loern—, pero últimamente ha estado bastante desplazada. Además, con el asunto de esa tan cacareada edad viril en un Estado como Tejas, seguramente se reiría de ti. No. Me parece que la chica que te conviene es Georgia Payne, del Pentágono. La llamaré ahora mismo.

Marcó en el comunicador de la mesa y la pusieron en comunicación con el despacho de la Subsecretaría de Defensa. Se concertó una cita.

—Ocurre que Kenia está tranquila de momento y tengo algún tiempo libre —dijo Martha. Así que si no te molesta, te acompañaré.

Tomaron un taxi para cruzar el Potomac hasta el viejo edificio de cinco lados y Martha condujo a Emily de manera segura por el laberinto del Pentágono hasta el despacho de Georgia Payne.

Emily se quedó sorprendida ante la similitud de las dos empleadas del gobierno. Cada una estaba cerca de los cincuenta, con cabello teñido gris-azulado y muy bien peinada. Cada una llevaba un mínimo de maquillaje —sólo un toque de barra de labios y polvo facial bronceador— y cada una

llevaba elegantes y pequeños pendientes. Las dos vestían, severas batas de cheviot estilo toga, con una puntilla blanca en el cuello. Martha era picaresca, sin embargo, mientras que Georgia parecía más seria. Las dos usaban el mismo tipo eficiente de calzado sobre medias de espuma.

Emily Wallace, para quien los treinta aún estaban en el futuro remoto, vestía un trajecito alegre, estampado, tacones altos y medias de espuma tornasoladas. Se sentía terriblemente joven, horrorosamente súper-vestida y con una presencia altamente ineficiente.

—¿Cómo está usted, querida? —dijo la Subsecretaria de Defensa a Emily cuando Martha las presentó—. Leo su periódico casi cada día. Es confortador poder decir que sus editoriales son sonoras, muy sonoras y espero que traslade mis felicitaciones a la escritora, quien quiera que sea.

Hubo unos momentos de charla general que sirvieron para que Emily se sintiera más cómoda. Martha llevó la conversación al artículo de Dave Hull.

Georgia Payne lo leyó con atención, luego sonrió al devolvérselo a Emily.

—Muchísimas gracias por dejármelo ver, querida. Pero quedo asegurarle que la Legión de Tejas no constituye amenaza alguna para la seguridad nacional. Miré, ya oímos hablar de ella antes, y siempre en el mismo estilo altamente romántico. Los chicos siempre serán chicos, ya se sabe, y Tejas siempre ha estado alimentando algo infantil desde que se agregó a la Unión hace siglo y medio.

Emily sonrió.

—¿Sabe usted —prosiguió Georgia Payne, que siempre se ha reservado el derecho de subdividirse en cinco estados como máximo? En 1995 ya habló de hacer algo de eso, cuando el censo especial cortó parte de su representación en el Congreso. La división les habría dado ocho senadores más, es claro... pero habría acabado con su grandeza y también destruido su unidad, así que no lo hicieron.

—No, querida —terminó la Subsecretaria—, esa, Legión de Tejas no nos preocupa. Además, los Estados Unidos tienen medios militares, si alguna, vez nos vemos obligados a usarlos, para sofocar cualquier insurrección.

—Pero ese Sam Buckskin —preguntó Emily—. ¿qué hay de él?

—Un adorable pedazo del folklore del Oeste. Si no es un Sam Houston idealizado, es un Pecos Bill o un Sam Buckskin. Estoy segura que Mister Buckskin y su lazo mágico nunca nos causarán molestias. Es...

Se produjo un sonido como mil truenos. Luego todos los vidrios de las ventanas estallaron en mil fragmentos que fueron arrastrados hacia el exterior. Las tres mujeres, los muebles y todo cuanto había en la habitación que no estuviera firmemente sujeto en su sitio, se vieron succionados hacia la ventana como si las arrastrara un torbellino de aire hambriento. Las mujeres

se agarraron unas a otras y lucharon para no verse sacadas del edificio y lanzadas al vacío y a la muerte.

Los timbres le alarma sonaron por doquier en el centro nervioso del Departamento de Defensa y una voz —de mujer casi histérica vibró por los altavoces.

—Condición Negra.. Condición Negra. S e ha, producido un ataque en la vecindad de Alejandría, sin advertencia lateral. El ataque, desde arriba, se cree que es extra... extraterrestre.

La voz tartamudeó al pronunciar la última y loco familiar palabra. Luego hubo un silencio mientras el viento succionador cesaba. El sistema de altavoces había sido desconectado.

Emily miró por la ventana. hacia el suroeste. En el cielo a unos cinco kilómetros de distancia. oscilando sobre el lugar en donde el Potomac se doblaba al oeste, había una nave negra, circular. sin alas. Permanecía estacionada en el aire, ni elevándose ni oyendo y era unas tres veces mayor que el Pentágono.

Los edificios entre medio impedían ver lo que había —o no había— entre la nave y el suelo. Pero alzándose hacia, el aparato a través del aire tembloroso se veían delicados hilillos de humo azul.

Las mujeres ocupaban el gobierno de los Estados Unidos desde 1998. La primera hembra presidente.

Fue elegido diez años antes y administró los asuntos de la nación excelentemente bien, aunque no contó con la colaboración del elemento masculino en el Congreso durante los dos primeros años, y fue reelegida en 1992.

En 1996 se desarrolló una campaña contra el feminismo, pero la presidenta con gran diplomacia derrotó a todos los candidatos varones en los demás estados del país, excepto el de Tejas. Poco a poco se produjo el relevo de los hombres en los puestos gubernamentales. que fueron ocupados por mujeres a. excepción del Secretario de Defensa y del Embajador en Australia, que a petición de los australianos fue un solterón.

En 1998 los únicos hombres con asiento en ambas cámaras eran tejanos. Eso constituía una fuente de constante irritación para las feministas. Las mujeres de Tejas iniciaron un movimiento migratorio en masa para «liberarse de la esclavitud de la cocina».

Un grupo de ellas quedó sitiado en el hangar del aeropuerto de cierta ciudad por un grupo de hombres conducido por esposos y novios despechados —. Unas cuantas decidieron capitular, regresando a sus hogares. pero la gran mayoría permaneció resistiendo y anunciando que preferirían morirse de hambre antes que ceder. Por último las tropas aerotransportadas del Secretariado de Defensa de los Estados Unidos intervinieron y lograron sacar de Tejas a las decididas feministas.

El resultado de la migración hizo que la representación de Tejas en el Congreso fuera drásticamente rebajada. Las mujeres dominaban por entero el gobierno de la Unión. Y excepto a los tejanos a nadie, le importaba el fenómeno, puesto que los Estados Federados de Europa y los Estados Liberados de Rusia también se habían convertido en un, matriarcado. Los presupuestos se nivelaron, los impuestos eran bajos, los empleos abundantes, los sabios buenos y las horas de trabajo se habían reducido a veinticinco por semana.

La, paz reinaba, el a amor crecía. Hasta que la espacionave aterrizó a la otra parte del Potomac, desde Washington y arrasó, Alejandría del Oeste, Virginia.

III

Costó bastante organizarse contra el invasor, a excepción. del sargento de artillería excitado en Bolling Field que empezó a lanzar granadas contra la, nave negra. Los jefes de Junta de Estado Mayor tuvieron que interrumpir su conferencia y enviar al sargento una orden urgente de alto al fuego. Las granadas que alcanzaban a la nave en apariencia no la hacían nada y las que fallaban estaban destrozando casas en el Baileys Crossroads y Palls Church. El Congreso, más tarde, concedió al sargento la Medalla de Honor, de todas maneras, por mantenerse en su sitio.

Los Jefes de Junta y el Secretario de Defensa, que eran varones, tuvieron que doblegar la oposición de Georgia Payne, la Subsecretaría, que mantuvo su oposición de que no debería tornarse ninguna acción hasta que el Congreso hubiese declarado la guerra. El Secretario y los Jefes de Junta, tan educadamente como pudieron, preguntaren a quien iba a declarar el Congreso la guerra. ¿A Juan Nadie? ¿A un gobierno, gobiernos desconocidos? Esto era un caso de emergencia, señora, la dijeron. Dos mil personas habían sirio barridas en un parpadeo, explicaron con paciencia. El Señor sabía que se proponía hacer la nave negra. Tenía que ser destruida, mientras hubiese posibilidad. Ellos mismos podrían verse aniquilados en cualquier minuto.

Georgia Payne por último alzó los brazos al cielo, rompió en lágrimas y huyó a refugiarse en el lavabo de señoras. Los Jefes de Junta, entonces, se pusieron a trabajar, sintiéndose más varoniles de lo que lo habían hecho en años.

La Escuadrilla Interceptora339 fue reunida y lanzada para martillar fútilmente la nave negra, mientras que los aviones a reacción F-211 Agujas les fueron quitadas las bolitas de naftalina y cargados según las ordenanzas, con granadas atómicas para sus cañones de proa. Las Agujas tampoco hicieron efecto. La nave invasora quedó colgada en el aire, imperturbable por la presencia ni por los disparos perfectamente apuntados de los proyectiles nucleares. Ni un arañazo apareció en su casco. Los pilotos juraron que ni siquiera se estremeció. Por otra parte, no respondió al fuego. Como el primer tanque debió haber ignorado los simples proyectiles de rifle, allí permaneció colgado insultantemente ¿areno. No hizo nada. No tenía ventanales, ni ventanillas, ni ojos de buey en ninguna parte de su superficie negro mate. Tampoco se mostraban cañones, ni aberturas que pudiesen alojarlos o algo por el estilo. Lo que había barrido Alexandría del Oeste era un misterio cuya solución quedaba escondida dentro del silencioso navío negro.

Puesto que las armas eran inútiles y puesto que aquella cosa no peleaba, los militares se volvieron a los fotógrafos. Tomaron fotografías de la

nave desde todos los ángulos y examinaron las copias ampliadísimas y en diapositivas proyectadas a gran aumento.

Vieron algo así como una especie de buñuelo con una pelota de golf clavado en su centro. Por lo menos eso es lo que perecía con exactitud, excepto que era todo negro y que la pelota de golf era lisa.

Trataron de comunicarse con el aparato. Nada. Permaneció limpiamente colgado.

Hubo alguna dificultad en Tejas con los titulares.

RECHAZARON. VIRGINIA CITY BARRIDA. Los lectores del Oeste pensaron inmediatamente en Virginia City, Nevada.

El «Dallas Tesan» salió a la calle por fin con unos titulares a toda página que decían: UNA ESPACIONAVE BARRE DEL MAPA UN SUBURBIO DE WASHINGTON. El Gobernador de Tejas envió un mensaje al Presidente. Fue transmitido con prioridad de primerísima clase, exactamente tal y como lo dicto:

QUERIDA MADAME; COLON TEJAS EN PIE DE GUERRA DISPUESTA COMO SIEMPRE EN ESTA ÉPOCA DE EMERGENCIA NACIONAL PUNTO LA GUARDIA DEL ESTADO ALERTA Y PREPARADA PARA LA ACCIÓN INSTANTÁNEA PUNTO AVÍSENNOS PUNTO RESEPETUOSAMENTE.

La réplica llegó veinticuatro horas más tarde y fue interpretada por los téjanos como: «Gracias, pero cuando necesitemos su ayuda se la pediremos». Esto le supo muy mal.

El «Dallas Texan» publicó los siguientes titulares:

GALLINOLANDIIA DESPRECIA LA ISLA TEJANA

La espacionave sigue en el mismo sitio. El plan de los invasores es un misterio.

Dave Hull efectuó una video llamada personal a Emily Wallace, en el «Citizen-Tribune» de Silver Spring. Se la dieron al cabo de una hora. El rostro de Emmy estaba preocupado pero ella logró sonreír un poco al ver a Dave.

—Aquí estamos como locas —dijo—. Esa maldita cosa ahí sentada. Barre a dos mil personas del mapa y luego ignora nuestras mejores armas y ni siquiera responde peleando. ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué no nos habla?

—Vamos, calma —contestó Dave. La voz de la muchacha sonó histérica.

—¡Calma! —gritó. El circuito vibró con agudeza—. Quizá te sea fácil para ti ignorarlo, ahí entre esos badulaques. Pero lo tenemos sentado sobre nuestras cabezas, esperando, Dios sabe qué.

—Probablemente están demasiado asustados para salir —dijo Dave —. Puede que la nave sea sólo su única protección. Una vez hayan abierto, los

capturaréis, quienes quieran que sean. ¿Sabe alguien algo?

—¿Cómo iba a saberlo? Ya te dije que todavía no nos habíamos puesto en comunicación con ellos.

—Me refiero a los astrónomos... a los observatorios —dijo él—. ¿Ninguno los ha rastreado? Con toda seguridad que alguien debe haber localizado su posición cuando se acercaban a la Tierra. La nave es incluso lo bastante grande como para haber impresionado una placa fotográfica.

—Quizá sí —dijo Emily—. Yo soy una chica periodista sólo; ya sabes que no me lo cuentan todo. Quizá vengan de Marte, o incluso de fuera del sistema solar. Pero eso parece muy académico. Puede que estemos todos muertos antes de que los descubramos.

—Mira —dijo Dave, tratando de convencer a la muchacha de algo que él mismo no creía—, no es necesario que sean hostiles...

—¡Oh, no! Simplemente se dejan caer del cielo y destruyen una ciudad. ¡Supongo que no han salido u saludarnos porque están atareados redactando una carta pidiendo excusas!

Tal como lo decía Emily parecía ridículo, pero al mismo tiempo era una teoría que se adentró por la cabeza de Dave.

—Hablando en cierto modo, sí. Por lo que he podido averiguar, «Pudo» haber sido un accidente. Supongamos que calculasen mal la densidad de nuestra atmósfera y que encontraron que bajaban demasiado de prisa. Pusieron los frenos, por así llamarlos, para evitar estrellarse. Los frenos son cohetes, o antigravitatorio, lo que tú quieras, y pararon. Pero ocurrió que Alejandría del Oeste quedó accidentalmente debajo de ellos y recibió la plena descarga de los cohetes; Incluso es fácil que ni siquiera se hayan dado cuenta de lo que han hecho y la razón de que no hayan salido también es sencilla. Están probando la atmósfera, etc., para ver si es conveniente para ellos.

Emily parecía disgustada.

—Primero te pasas al bando de los Téjanos —dijo con desdén—, y ahora que tenemos a un verdadero enemigo te conviertes en su apologista, ¡Sólo un accidente sin importancia! Quédate con los Marcianos y con tus Téjanos. Yo tengo trabajo.

—No creo que sean Marcianos —dijo David con estolidez. Luego añadió airado—: Y no estoy defendiéndoles por...

Pero Emily había cortado la conexión y Dave hablaba a solas.

La gente de la nave negra hizo su aparición al quinto día de su llegada.

Una escotilla en la semi esfera que quedaba en la parte alta de la especie de buñuelo se retiró y un avión negro y sin alas salió lanzado. Era como una miniatura de la nave más grande. A juzgar por su tamaño debería ser de dos plazas. La escotilla se cerró en seguida y el navío madre continuó

pendiendo del cielo.

Los sistemas de comunicación de la capital cobraron vida. Mil armas distintas apuntaron a la pequeña nave, pero ninguna, disparo, El avioncito dio una vuelta durante un minuto o cosa así. Un tiempo que pareció una hora. Los cañones silenciosos del suelo le siguieron, los artilleros manteniéndole en el centro de la retícula de sus puntos de mira.

El avión negro, habiendo recuperado el control de sí mismo, partió en un curso noreste.

Cruzó corrió una flecha por encima del Aeropuerto Nacional y cruzó el Potomac. Los dedos se tensaron sobre los botones de disparo cuando apuntó hacia la Casa Blanca, Pero siguieron sin disparar.

El avión se posó gentilmente en la rosaleda de la Casa Blanca cerca del pórtico.

Aplastó unos cuantos centenares de rosas y varios setos, pero no hizo ningún otro daño.

La navecilla se vio al instante rodeada, pero a distancia respetuosa. Hombres del servicio secreto, policías del Capitolio y un destacamento de soldados se agazapó tras los árboles y las barricadas portátiles, esperando, las armas apuntadas. Cada ventana de la Casa Blanca que se enfrentaba al interfecto estaba abierta en una rendija por la que asomaban cañones de rifle amenazadores.

Un segmento de la semiesfera de la navecita se plegó sobre sí mismo. Una especie de sacacorchos temblorosos de luz violeta y dio el aire desde la abertura. Alcanzó una altura de tres metros y se detuvo. Una voz mecánica salió de él.

—¡Atención! —dijo.

Hubo una larga pausa. Luego el sacacorchos violeta volvió u sonar.

Madame la presidenta estaba subiendo a toda prisa las escaleras del refugio de los sótanos contra los ataques aéreos, ignorando a los consejeros que querían convencerle que permaneciese abajo y que no corriese ningún peligro.

—Yo hablaré —dijo y añadió intuitiva—: No me va, a hacer ningún daño.

Bajó por el porche trapero y quedó un momento cegada por el sol del mediodía.

Periodistas y fotógrafos se arrojaron tras ella.

—Nada de fotos —dijo—. No hasta que expliquemos que son cámaras fotográficas y no armas. Oh, al menos que ese artefacto dispare primero.

Los periodistas se rieron nerviosos.

—Ábrelo en nombre de los Estados Unidos —dijo la presidenta a la

negra aeronave—. ¿Quiénes sen ustedes?

El sacacorchos dio un giro de tres cuartos de vuelta como para apuntar a la presidenta y a su grupo.

—Venimos de Lyru.

Hubo una pausa de nuevo.

—No conozco el nombre —dijo la Presidenta—. Pero presumo que no son ustedes de la Tierra.

—Esto es la Tierra. —La voz mecánica casi tenía el tono de una pregunta—. No.

Otra pausa, rota por un fotógrafo que preguntó:

—¿Podemos tornar fotos ahora?

—Fotos —dijo el sacacorchos—. Comprendemos. Sí.

Una docena de flashes se disparó simultáneamente y el personal de televisión puso en marcha las cámaras.

La espiral de luz violeta bailó un poco en el aire. Vibraba y latía, luego volvió a quedarse quieta. La voz mecánica bramó una vea más: —Nosotros los de Lyru somos del Planeta Cinco, Sistema Siete, Que está lejos. Más lejos de lo que ustedes saben. Más allá de su conocimiento, Fuera así alcance de sus instrumentos, Lyru, Un pueblo bueno y poderoso. Lyru. Conózcannos ahora.

Sonó como un discurso preparada. Parecía pronunciado con mucha confianza, sin rebuscar palabras. Cada breve afirmación terminaba con una pausa, pero era enfática, distinta a esas pausas que se hacen para elegir las palabras adecuadas.

—Yo no discuto vuestro poder —dijo la Presidenta—. Pero tengo motivos excelentes para discutir vuestra bondad. Esa nave ha destruido una de nuestras ciudades. Ese ha sido un acto bélico.

El sacacorchos violeta se estremeció y cambió de color. Se hizo un rojo ruborizante.

—Pedimos perdón por eso —dijo al cabo de una pausa—. Un accidente. Desgraciado, Lamentable. —Hubo otra pausa y mientras la Presidenta estaba con la boca abierta para hablar, el artefacto prosiguió—. Pero ustedes dispararon contra nosotros. Eso no fue amistoso. Tampoco.

—Fue en defensa propia —dijo la Presidenta—, Replicamos contra lo que creíamos que era un ataque.

—Cierto. Es cierto —fue la réplica.

La conversación iba demasiado despacio para uno de los de la televisión. Empezó hacer un comentario en el micrófono de mano.

—La cuestión importante —dijo a su público de millones de salas de estar—, es si la luz en forma de espiral por encima de la escotilla de la nave es

en sí misma la forma de los invasores del espacio o meramente un aparato de comunicación. Sin duda también a la Presidenta se le ha ocurrido tal pregunta y pronto tendremos la respuesta. Mientras...

—Calle, joven —dijo la Presidenta, Sí, señora. Iba sólo a...

—Calle, —Se volvió hacia el navío y a su temblorosa espiral—. La pregunta que se me ha hecho es de ese espiral que vemos es la forma de nuestro cuerpo, o una extensión de vosotros mismos para propósitos de comunicación. Estoy segura de que a todos nosotros nos gustaría saberlo.

El sacacorchos, de nuevo violeta, giró a turbadora velocidad como si le complaciese ser el sujeto de la conversación.

—Es un aparato de comunicaciones. De momento. Es más que eso. Quienes lo controlamos somos personas. De Lyru. Ya nos verán. Pero primero Alejandría.

—¿Perdón? —dijo la Presidenta.

—Rogamos que nos disculpen. De manera práctica. Por Alejandría. Alejandría. La ciudad. Hemos estudiado su manera de hablar y sus modales. Conocemos la importancia del dinero en su sociedad. Tenemos cosas de valor. Pagaremos indemnización.

—¿Qué? —preguntó la Presidenta.

—Indemnización. Seguiremos la norma. Mostraremos nuestra pena.

—Está bien —dijo la presidenta—. Ya hablaremos de eso más tarde. Eso no queda exactamente dentro se mi jurisdicción.

—Bien —dijo la espiral violeta—. De acuerdo. Le saludamos los habitantes de Lyru. Ahora nos verán.

El sacacorchos violeta se retiró al centro de la pequeña nave. Luego la cúpula se plegó del todo hacia atrás. Saliendo de ella, pisando el césped, bajaron dos jóvenes mujeres extremadamente hermosas.

IV

Eran dignas de ver, de acuerdo. Dave Hull, contemplando la escena por la triveo o televisión tridimensional, en la redacción del «Dallas Texan», soltó un grito. Los miembros del personal que aún no estaban apiñados en torno al televisor, vinieron corriendo. Se oyeron silbidos admirativos.

Las mujeres del espacio eran altas, casi un metro, ochenta y cinco, estimó Dave. Tipo semejante al de Juno, porte amazónico. Empezó a pensar en los términos periodísticos que emplearía cuando redactara aquel reportaje especial. ¿Mujeronas» No, eso daría una impresión equivocada. Ellas eran grandes, por todas partes, pero sus cuerpos estaban en perfecta proporción. Se movían con gracia al bajar del aeroplano de exploración y cruzar el césped hacia la cámara. Llevaban cortas faldas de aspecto metálico, que empezaban algo más abajo ole la cintura terminaban a medio palmo de las rodillas. Un sostén del mismo o material completaba su breve y plateado atuendo. No iban armadas Su pelo era largo, recogido fuera de la cara por una banda que alcanzaba por la parte superior de la cabeza. Una era rubia dorada, la otra llameante pelirroja.

Ambas eran magníficas y humanas en todo detalle. Aparentemente.

Sus rostros ocuparon un. primer plano cuando se aproximaron a la. presidenta.

—¡Cielo santo, hermano! —exclamó una de los redactoras.

Su belleza no era del tipo pálido y clásico. Sus rasgos no eran formales y regularen sino más bien tenían la jugosidad vivaz, implacable de la expresión de las chicas que aparecieron en las portadas ce las revistas sonriendo desde hacía siglo y medio.

Las invasoras entraron en la Casa Blanca con la Presidenta, que a su lado parecía la abuelita.

Entonces, como para mantenerlo todo dentro da una perspectiva general, la escena en triveo se fundió con un plano de las ruinas de Alejandría del Oeste con la negra nave colgando inmóvil en el firmamento.

El gran debate del congreso duró tres días.

Siete comités distintos demandaron audiencia, cada uno proclamando tener prioridad de jurisdicción en el asunto. Los Servicios Armados mediante su comité parecía ir a la cabeza de la carrera con la comisión de Relaciones Exteriores disputan dore el terreno palmo a palmo. Actividades Antiamericanas que durante años no había tenido nada importante que hacer, armó un jaleo terrible. Pero al final el Comité de Normas decidió celebrar un debate completo en sesión extraordinaria.

La cámara jamás se había visto tan concurrida Las galerías destinadas al público se llenaron antes de que el Speaker diera varios golpes con la maza, abriendo la sesión.

Las damas se habían esmerado en sus tocados como si tratasen de conquistar los importantísimos voto masculinos en alguna campaña a electoral. El perfume era algo más que lo que podía. manejar el sistema de acondicionamiento de aire.

Los miembros de la delegación de Tejas. una a isla masculina en medio de una marea de feminidad. entró en grupo. Olía agradablemente a whisky del bueno y parecían dispuestos a todo.

En los limitados discursos preliminares se procuró ir al grano. La senadora de Idaho dijo que sus electoras estaban impresionadas y apesadumbradas por la destrucción de Alejandría del Oeste, pero que se mostraban dispuestas a aceptar la explicación de los visitantes del espacio en el sentido de que fue un mero accidente, si el Congreso así lo decía y que se complacía en enviar a las visitantes alojadas en New Blair House y como muestra de buena voluntad un enorme cesto de las incomparables patatas de Idaho.

Una congresista de Nevada abundó en el pesar por la catástrofe de Alejandría y cordialmente invitó a la espacionave a que aterrizara en Nevada donde a causa de los vastos espacios abiertos del estado habría lugar idóneo para la torna de tierra de tan grande espacionave.

La senadora de Winsconsin se levantó para desmentir un reportaje de prensa en el que se la mencionaba diciendo que estaba haciendo averiguaciones para saber si, en caso de que la espacionave hubiera pasado cerca, la Luna estaba hecha de queso. La senadora expuso que deseaba que constara en acta, junto con la animación de la falsedad del reportaje, la formal aseveración de que la producción quesera del estado de Winsconsin no temía la competencia, siempre y cuando se mantuviera una política de protección aduanera.

Tras otras intervenciones por el estilo se nombró una Junta Especial con un Subcomité que asesoraría sobre los daños en vidas y propiedades sufridos en Alejandría del Oeste, de lo que informaría a la Hacienda, Nacional y al Comité de Moneda, quienes a su vez fijarían el importe de la indemnización que la gente de Lyru pagaría a la Comunidad de Virginia por la pérdida real y tangible de una de sus ciudades.

En el debate para llegar a la resolución de aceptar las excusas de Lyru por la destrucción causada y. mientras llegaba el informe del Subcomité Investigador, garantizar a Lyru la amnistía temporal y la. libertad de circular por el país, con la adecuada escolta, claro; se levantó el senador decano de Tejas para objetar.

—Señoras y amigos téjanos —empezó.

El aplauso de los demás delegados del Estado de la Estrella Solitaria fue atronador, pero el resto de la cámara permaneció más silenciosa que una tumba.

—Mis honorables colegas y damas —prosiguió—, no nos mostremos mal educados. Eludamos cualquier acción precipitada que pudiéramos lamentar más tarde. Exploremos por entero y sin prejuicios las posibles consecuencias del rumbo que esta distinguida, asamblea parece decidida a tomar. No nos dejemos arrullar por décadas de paz y seguridad que esta gran nación ha disfrutado en un arrebato que haga presumir que estas... estas «mujeres»... no son más que lo que parecen ser. No permitamos...

Durante largo rato no se oyó en la cámara otra cosa que el clamor enardecido de cientos de protestas femeninas. Fue inútil que el presidente del Congreso tratara, de imponer su autoridad. Las mujeres, irritadas por el velado insulto del colega tejano, desataron contra él y los de su sexo toas la fuerza de sus vituperios. Pero al final, quizá por causando. se llegó a un silencio relativamente aceptable y el congresista tejano pudo continuar, no sin antes recibir una severa reprimenda de la presidenta.

Sin embargo, su perorata no tuvo más consecuencias que agrupar a las senadoras en torno a la defensa de las enviadas de Lyru. puesto que al fin y al cabo eran hembras como ellas. El Senado terminó declarando que las de Lyru eran personas, gratas gracias a una abrumadora mayoría conseguida en la subsiguiente votación.

También aquella asamblea superexcitada aprobó por aclamación una enmienda por la que se hacían extensivos los derechos y honores no sólo a las jóvenes que bajaron de la espacionave, sino también a todos los habitantes de Lyru.

Los representantes de Tejas, justo es decirlo, mantuvieron hasta, el fin que eso era un tremendo error, pero nadie quiso escucharles.

Las de Lyru eran perfectamente encantadoras. Las dos emisarias aceptaron gentiles las llaves de la ciudad de Washington que les entregó la Comisionada del Distrito, diciendo que las aceptaban en nombre de sus hermanas de la. nave negra y de los habitantes del Planeta Cinco, Sistema Siete.

Posaron de buen grado y sonrientes para los fotógrafos y por una vez las cámaras no tuvieron necesidad de pedirlas que exhibieran «más pierna». Las fotos en color fueron como la realización del sueño más audaz del editor más exigente y las estéreo incluso mejoraron esto.

La Asociaciónde Modelos Profesionales fue a la huelga y por ello consiguieron también que les tomaran fotos.

Luego las de Lyru celebraron su primera conferencia de prensa en una. de las salas de New Blair House. Las de Lyru se situaron en un estrado a un extremo de la habitación, sentadas, con las piernas cruzadas del modo más

fotogénico. Los periodistas gráficos pululaban por doquier, pero también eventualmente los reporteros lograron abrirse paso.

Cuando se les formuló la primera pregunta, la visitante rubia manipuló una caja negra que se hallaba en el estrado y el familiar sacacorchos violeta surgió como por ensalmo.

Permaneció un instante oscilando en el aire y luego respondió a la pregunta.

—Sí, claro que somos humanas —dijo.

—¿Como nosotros?

—Exactamente como ustedes —respondió la espiral.

—¡Oh, cielos! —exclamó un periodista joven y varón poniendo los ojos en blanco.

Las preguntas, oscilaron desde «¿Qué piensan ustedes de nuestros hombres?» a «¿Tienen ustedes también la costumbre de besar?» Y otras más... delicadas.

Las de Lyru, mediante su comunicador violeta, respondieron a todas las preguntas, aunque no siempre en serio. Eran educadas, pero también poseían sentido del humor. Y ellas, o la espiral, parecieron dominar el lenguaje en la semana que había pasado desde su salida de la nave exploradora.

—Es cosa que parece un sacacorchos —preguntó una periodista—. ¿La necesitan de veras? Lo que quiero decir es si no pueden prescindir de ella para hablar.

La contestación fue que se podía prescindir del aparato que era un mecanismo que servía a la vez como amplificador y traductor. Sí, con toda seguridad podría traducir del chino al inglés mediante los. necesarios ajustes.

Las de Lyru casi fueron obligadas a hablar en su idioma nativo. Las palabras sonaron como un sonsonete fluido, semejante al sonido que producen los registros medios de un clarinete.

Un reportero científico trató de descubrir exactamente la situación del Planeta Cinco, Sistema Siete, pero la respuesta fue larga y enrevesada y confusa. No sacó nada en limpio de ella a no ser el aburrimiento de sus colegas. Los más curiosos de los periodistas se contentaron sabiendo que las matemáticas de Lyru eran en cierto modo diferentes y que el Sistema Siete estaba pasado el extremo de la Vía Láctea.

También era diferente el tiempo en Lyru, Pero la espiral fue capaz de decir inmediatamente en términos terrestres que el viaje desde el Planeta Cinco les había llevado tres años, cuatro meses, dieciséis días, dos horas y veintiocho minutos.

Había un motivo para saberlo específicamente, dijo la espiral, porque les de Lyru se habían equivocado al calcular la duración del viaje en tres años,

cuatro meses, dieciséis días y dos horas y media justas. Ese error fue en suma desgraciado porque su consecuencia fue la destrucción de Alejandría del Oeste.

Hubo trazas de embarazo en la voz mecánica cuando explicó que el error de dos minutos habría sido bastante para enviar a la espacionave a que se estrellara y atravesara la corteza terrestre en detrimento tanto de Alejandría como del navío. Sin embarco, el sistema de frenado fue aplicado a tiempo y sólo la ciudad sufrió materialmente.

Pero eso era un pobre consuelo para la gente de la Tierra, dijo el sacacorchos, emitiendo una luz escarlata en su agitación, aunque las de Lyru mismo habían sufrido bajas, sin tener en cuenta los daños reparables de la nave.

La visitante pelirroja demostró entonces que ella era una de las lesionadas leves y lo demostró alzándose la falda y exhibiendo con generosidad su muslo izquierdo en donde aparecía una convincente señal negro azulada.

Hubo una tempestad eléctrica de flashes mientras los fotógrafos efectuaban un registro completísimo en película de tan interesante magulladura... y la crisis evocada por el recuerdo de los dos mil muertos de Alejandría se olvidó como por ensalmo. Cuando se serenaron los ánimos uno de los veteranos corresponsales de Washington logró formular una pregunta... precisamente la más interesante de todas.

—¿Para qué han venido a la Tierra?

—Podría decirse —fue la respuesta—, que somos los primos celestiales de ustedes. Del vasto número de planetas que poseen vida, sólo seis que sepamos —siete si se cuenta la gente de dos cabezas de Gryno— tienen, una sociedad humana dominante. Eso en sí habría sido razón, suficiente para una visita. Pueden considerarlo como política de buena vecindad. Pero hay un motivo más importante todavía. Ustedes, los de la Tierra, son el planeta madre.

—¿Qué quieren ustedes decir? —preguntó él veterano corresponsal.

Hace mucho, eones, se le respondió, había en la Tierra una raza avanzada que se sintió vivamente impresionada al descubrir un día que el planeta estaba condenado a muerte. Los detalles se perdieron en la antigüedad; nadie sabía ahora qué clase de muerte se había predicho. Pero la raza tuvo tiempo de construir doce espacionaves y huir en busca de un nuevo mundo.

El relato de aquella búsqueda era largo y emocionante y en el transcurso del viaje cinco de las naves sufrieron una u otra forma de desastre. Las otras siete eventualmente hallaron un mundo habitable, pero la explosión dejó libre una cantidad importante de radiación y los otros seis navíos decidieron que lo más prudente era seguir buscando.

Más tarde se era demasiado tarde para volver. Con el tiempo se supo que los que quedaron en aquel planeta supervivientes de la catástrofe, se convirtieron en seres de dos cabezas.

Más tarde se averiguó que un error se deslizó en el cálculo de las predicciones acerca del fin del mundo y que la Tierra jamás estuvo en peligro. Pero ya era demasiado tarde para volver. Con el tiempo se halló un nuevo mundo habitable y luego otros cinco más.

Decidióse que cada nave con sus pasajeros tuviera un mundo propio, para incrementar las posibilidades de una supervivencia racial si alguno de esos planetas a la larga se mostraba inhabitable por quién sabe que miríada de posibles motivos.

La exploración de los nuevos mundos fue dura y absorbió todas las energías, hasta el punto de que no muchas generaciones más tarde ya se habían olvidado el secreto del viaje espacial.

Sólo recientemente fue redescubierto. Los seis nuevos mundos habían evolucionado de manera distinta, descubrieron los de Lyru cuando visitaron a los otros cinco. Pero había bastantes cosas familiares como para que celebraran una gran reunión una vez superadas las dificultades de los diferentes idiomas. En el curso de aquella reunión fue cuando se compararon las respectivas historias.

La voz mecánica se detuvo y la espiral violeta quedó inmóvil, como si el relato le hubiera hecho gastar demasiadas energías.

—¿Qué hay de esos fulanos de dos cabezas? —preguntó una voz irreverente—. ¿Les invitaron a la reunión?

El propietario de la voz fue acallado rápidamente por una maternal periodista que le murmuró:

—La radiación, ya se sabe...

—Es igual —insistió el decidido periodista—, si alguna de las hembras de dos cabezas se parece a la rubia de Lyru, no me importaría salir con ella.

—No quiero parecer inoportuno —volvió a preguntar el veterano corresponsal de Washington—. ¿Pero no tienen ustedes hombres?

—Claro que si —replicó la espiral poniéndose color carmesí durante un momento, para añadir con precipitación—: Pero no hemos terminado de explicarles la razón de nuestro viaje a la Tierra. Es algo más que una reunión. Pueden llamarlo un peregrinaje a la madre de todos nosotros. Para rendirla el homenaje debido y, por así decirlo, presentarle nuestras excusas por haber huido de ella.

—Si, sí, el cuento de la Hija Pródiga —dijo el corresponsal—. ¿Pero quién se llevará la parte del león?

—¿Cómo? —la espiral tomó un serio color púrpura.

—Oh, nada —dijo el veterano corresponsal—. Es sólo un dicho local.

Pero tomó una nota en su libreta y colocó tras ella, un gran signo de interrogación.

VOX POPULI, Uno.

George y Joan Typika, como muchas otras jóvenes parejas, vivían en una casa nueva en forma de burbuja de hormigón vibrado en un barrio de Middletown que desde el aire parecía un mosaico de mármol, George y Joan Typika se adaptaban bien a la vida.

Habían ido evolucionando desde la niñez con arreglo a los tiempos. Joan tenía un cargo de responsabilidad como directora de investigaciones en las oficinas de campo de Ohio de la Federal Planning Agency y su ascenso a la Clase Tres hizo práctico sugerir a George el matrimonio, después de que él se le declarara.

A diferencia de la mayoría de las chicas solteras, Joan se mostró ahorradora mientras formó en la Clase Dos y así pudo sorprender a George con una casa-burbuja completamente amueblada. Para complacer a su marido, le dejó cambiar el triveo perfectamente adecuado que se incluía con la casa y gastar su propio dinero para pagar la diferencia de precio con el televisor tridimensional modelo de lujo, pantalla superamplia, binatural, color natural, que se insertaba ahora en la pared curva de la sal?, de estar.

Luego George se enfrentó virilmente a sus nuevas responsabilidades... aunque no sin echar una apenada mirada atrás al cuarto confortable con el tallercito anejo que había compartido con papá en cusa de su madre. Así que George solicitó un diploma de perito en tareas domésticas. Tras un examen ye le concedió el título extendido en un certificado muy vistoso que debía colgar en la cocina de su casa, autorizándole para realizar ciertas tareas caseras con el salario inicial marcado por la ley.

El sueldo no se le pagaba directamente, claro, sino que su importe era ingresado en un banco donde produciría intereses hasta que Joan decidiera retirarlo cuando se tomara la semana de vacaciones prematernal. En su interior George esperaba que esto no sucediera demasiado pronto. El trabajo doméstico era más complicado de lo que se había imaginado y quería dominar sus principios entes de seguir un cursillo acelerado en puericultura y cuidados y atenciones a los recién nacidos. Joan, indulgente y orgullosa de su marido, asintió diciendo que eso era lo más prudente y sensato.

Joan llegó a casa una tarde procedente de la oficina para encontrarse la mesa sin poner, la cocina apagada y en blanco el gráfico de las tareas ¡domésticas realizadas durante el día. Frunció el ceño al verla. George hundido en un sillón cerca del triveo, con el sonido a un volumen ensordecedor. El joven esposo estaba absorto en una dramatizada versión cinematográfica de la historia de Lyru.

—¡George! —gritó ella. Tuvo que llamarle dos veces para lograr que

le oyera por encima de las voces de los locutores.

George se puso en pie dé un salto y apagó el triveo.

—Vamos, Joanie —dijo con tono culpable—, debes estar muy enfadada. Cierta vez dijiste que te sentías muy orgullosa de que tu maridito se interesara por lo que pasa en el mundo, en vez de dedicarse a chismorrees con los demás esposos, que sólo piensan en... en...

—Para todo hay límites, George —dijo ella muy seria—. Cuando una mujer trabaja con ahínco durante todo el día no creo que sea demasiado pedir que al llegar a casa su esposo le tenga preparadas las cosas del hogar, como es su obligación...

—Mira, cariño, siéntate y descansa. En seguida te prepararé algo de comer. Dentro de diez minutos estará lista la cena.

—Está bien —dijo ella ablandada—. Esas de Lyru en verdad que tienen un algo, ¿no? ¿Te parecen bonitas?

—Bueno, sí —contestó George mientras sacaba de la nevera los elementos para una comida de rápida preparación. Y añadió con celeridad—: En cierto modo, es decir. Por otra parte, las veo demasiado... No sé cómo describirlo exactamente —colocó los alimentos en el descongelador de la cocina y miró con cariño a su esposa—. Me alegro de que mi mujercita sea tan femenina.

V

David Hull dejó que Lily, la yegua, caminara por el pavimento a rienda suelta mientras escuchaba la radio, construida dentro de su silla. Locos Téjanos, pensó con cariño. Han vuelto a los pastos, pero llevándose consigo toda clase de comodidades. Probablemente habría instalado televisores de silla de montar si hubiesen podido descubrir el modo de contemplar las imágenes mientras galopaban.

Dave recibió las noticias acerca de las de Lyru en la oficina y ahora escuchaba un comentario de Panhandle Pete, a quien el locutor presentó como el Analista Particular Tejano de los Acontecimientos Corrientes.

—Buenas tardes, Tejano —decía Pete—. Los últimos informes que eran de Gallinolandia son inquietantes, por así decirlo.

»Esas criaturas de Lyru, que barrieron a dos mil personas más rápido que es todo o que yo podamos sacar una pistola y disparar sobre una serpiente de cascabel, se han escabullido ahora, por así decirlo, a pesar de las valientes objeciones de nuestros congresistas. Nada bueno puede venir de esa prisa indecente de admitir desconocidos en el mismo corazón de nuestras vidas.

»Estas chavalas han dejado sin responder bastantes preguntas. Ustedes probablemente se habrán dado cuenta de que sonrieron y balbucearon cuando se les habló de sus hombres. ¿Qué clase de hombres serán, pregunto yo, que dejan a las mujeres la tarea de esos peligrosos vuelos de reconocimiento? O quizás es que no tienen hombres... o quizá todos parecen ser mujeres. ¿Pero cómo podemos decirlo si aceptamos su palabra por todo cuanto digan y nos dejamos subyugar por una cara bonita y una exhibición de piernas?

»Amigos Téjanos, no nos unamos a ese desfile idiota. Os diré que esas gentes de Lyru tienen que aclarar muchas más cosas antes que las permitamos extenderse por nuestros pastos... antes de que las dejemos entrar en Tejas para perpetrar quien sabe que nefastos esquemas que bullen dentro de la negra porción de espacio que cuelga desde el firmamento... Dave apagó la radio y apremió a Lily para que alcanzara un trote cochinero.

La yegua había estado haciendo eses a lo largo de su propio sendero mientras él escuchaba el programa. Llegaría tarde para cenar en casa del editor jefe si no se daba prisa. Panhandle Pete, en su manera de hablar melodramática, voceaba el criterio de la mayor parte de los Téjanos, eso lo sabía Dave. Y algo más que un mero antifeminismo había detrás. Era la precaución natural que parecía faltar a la filosofía amorosa de las hembras que gobernaban las cosas desde Washington.

Dave frenó en una barra para atar caballos al exterior de la blanca construcción de una casa apartada del camino y detrás de un aseado jardín, miró de nuevo el número para asegurarse de cene no se había equivocado. Esperaba algo más Oeste, rudo, imperfecto, de Frank Hammond, el ex-pensylvaniano convertido en tejano.

Frank salió a recibirle en el porche, llevando en la mano dos vasos grandes de licor con hielo.

—A tiempo para beber antes de cenar —dijo—. Y quizá también para sentarnos un rato aquí. Hace buena noche.

—Perfecto —asintió Dave, dejándose caer en un sillón profundo mirando las largas sombras del sol poniente—. No creí que le encontrase en un sitio tan bonito, Frank. Creo que esperaba algo más da la atmósfera ranchera.

Frank se echó a reír.

—Difícil. Ann jamás lo aprobaría.

—¿Ann?

—Mi esposa. Ella es la responsable del jardín y del asado de cerdo que pronto consumiremos.

—No sabía que fuese usted casado. No sé por qué...

—Yo sí —dijo Frank—. Probablemente pensó que huir hasta Tejas para alejarme de las mujeres. Esto es sólo cierto en parte. Hay mujeres y mujeres y las que no puedo soportar son las llamativas, dominantes, mandonas. Ann es de las otras, ya lo verá. La mujer adecuada para un hombre. Y cuando me acerco a ella, no tengo nada de misógino, créame.

—Bueno, claro —dijo Dave—, pero yo creí que las mujeres eran muy escasas en Tejas después de la gran emigración.

—No fue tan grande como hayan dicho... por lo menos en sus efectos. Tejas perdió bastante población, verdad, pero de todas formas en el estado había más mujeres que hombres. Ahora los hombres sobrepasan a las mujeres, pero no con demasía. La proporción es de cinco a cuatro.

—Aún así —insistió Dave—, yo pensaría que eso hace más difícil a un hombre encontrar esposa... especialmente si no es de este estado. ¿O se casó usted antes de venir aquí?

—No, Ann es tejana, de Mineral Wells. Pero de hecho creo que las probabilidades en aquel tiempo favorecían más a los no Téjanos que entraron en competición.

Inmediatamente después de la emigración los machos nativos se mostraron muy vigilantes en cuanto a su virilidad. En su mayoría buscaban las mujeres melifluas y tiernas que les darían pleno tributo como dueños y señores y pasaron por alto a una chica que tuviese algo de genio. Parecía como si pensasen que las mujeres con genio deberían irse con el resto.

La puerta de la casa se abrió y Ann salió portando una bandeja con tres bebidas. Era pequeña y casi regordeta con una masa de cabello rabio echado hacia atrás por una banda en torno a la cabeza. Su pelo formaba agudo contraste con el curtido de su rostro y hombros que salían de un vestido de noche escotado. Tenía diminutas patitas de gallo en las comisuras de los ojos y boca, que Dave suponía eran causa del sol Tejano y de una sonrisa perenne.

—Les oí hablar de mí a mi espalda —dijo ella—, así que me di prisa en prepararme una bebida y unirme a los hombres aquí fuera.

—Mujer adelantada —sonrió Frank—. Dentro de ñoco estarás queriendo tener derecho al voto.

Ella se sentó al lado de su esposo y le hizo una carantoña.

—No se deje engañar, Dave —dijo Ann—, las mujeres votan sin dificultad en este país.

Aquí no somos por completo medievales. Además, cuando yo era una chiquilla allá en casa podía enlazar y marcar a una ternera en el rancho de papá mucho antes que los varones egoístas fueran capaces de hacer lo mismo.

Frank soltó una risita.

—Aun llegando a eso, dudo que Dave y yo pudiésemos superarte marcando terneras. ¿O quizá usted se ha dedicado a los deportes masculinos más plenamente de lo que yo me imagino, Dave?

—No —dijo Dave—. Aún soy bastante tierno, socio. Yo sería más malo aún que usted en marcar terneras. Aun tendría que poder votar en las elecciones por nosotros dos.

—Estuve escuchando a Panhandle Pete mientras venía —dijo Dave después de cenar.

Se habían instalado en cómodos sillones de la sala de estar delante as una chimenea y ya iban a por la segunda taza de café.

—El cabezota de Pete —dijo Ann con desdén.

—Es una institución tejana —intervino Frank—, como San Buckskin y los cornilargos. Pero a diferencia de ellos, Pete tiene sus detractores.

—Le vemos en triveo cada noche —dijo Ann—. Es toda una producción.

Dave se imaginó a Panhandle Pete en la televisión tridimensional a todo color, con su sombrero de veinte galones, su camisa de cuero y sus revólveres de cachas nacaradas.

Sólo su voz, por la radio, ya era sobrecogedora.

—Parece pensar que las de Lyru se extenderán por todos los Estados de ¡la Unión, ahora que se han ganado al Congreso —dijo Dave.

—Bueno, el congreso les abrió la puerta de par en par, ya se sabe, en su estampida por ser hospitalarios —dijo Frank—. Pero aún hay estados

conscientes, como algún Tejano hoy día, y creo que hallará usted que la mayor parte de las legislaturas del estado se inclinarán a abrir sus puertas no mucho más que lo permita la cadena de seguridad.

—Incluyendo Tejas, claro —apuntó Dave.

—Tejas cerrará de un portazo y pasará el cerrojo —dijo Ann—, después de instalar fuera trampas para coyotes. Pete no es tonto, por muy mal que me pepa admitirlo, de ordinario tiene comunicación directa con la residencia del gobernador. No me sorprendería que ya estuviesen preparando en Austin alguna especie de decreto de exclusión.

Frank colocó otro tronco en el fuego y atizó las brasas.

—Me pregunto qué es lo que quieren las de Lyru —murmuró mientras las llamas cobraban altura,—. Toda esta cháchara de venir a pagar o rendir tributo de homenaje a planeta madre me suena un poco falso. Claro que no deberíamos prejuzgarlas, pero me gustaría saber cuánto tiempo planea en quedarse... qué piensa llevarse consigo a manera de recuerdos.

—Bueno, no se te llevarán a ti. cariño —dijo Ann a su marido—. Aún cuando tenga que luchar contra ellas con mis uñas.

—¿Yo? —exclamó él—. ¿Qué voy yo a querer de Lyru, o Lyru de mí?

—Sólo esto, Shakespeare —frunció su naricilla mirándole—. Eres un hombre y muy hombre, eso lo puedo decir yo sin temor a equivocarme y si las de Lyru han venido a la caza de hombres, tendrán que contar conmigo y con unos cuantos millones de otras mujeres.

—También pensé yo en eso —dijo Dave—. O en Lyru decidieron sería más diplomático enviar mujeres a este matriarcado de los Estados Unidos, o ya sabían que Washington estaba regido por mujeres y pensar que una pareja de chicas lindas se conquistaría la mejor bienvenida... o...

—...Oh, ellas no tienen hombres —dijo Frank.

—O si los tienen —añadió Ann—, son como ratones.

—¡Oh, la hora de las noticias! —dijo Frank—. Creo que no tendrán nada sorprendente porque sí no nos hubiesen llamado desde la redacción —comentó el aparato de triveo.

—¡Tejanos! —bramó una voz antes de que apareciese la imagen—. ¿Va vuestra montura equipada con las nuevas «Nictohierros»? ¿O todavía van ustedes dando tumbos con las anticuadas herraduras? ¡Las «Nictohierros» brillan en la oscuridad! ¡Son nuevas! ¡Elegantes! ¡Y sólo cuestan un poco más!

—Y también —contestó Frank—, espantan hasta a los mosquitos.

Cuando apareció la imagen, el vendedor del triveo arrojó una herradura reluciente que pareció caer en sus regazos. Pero antes de que pudiesen cogerla la escena se fundió apareciendo un caballo con su jinete

galopando por la noche a toda velocidad, los cascos dejaban tras de sí una serie luminosa de estelas.

—Sin embargo, se venden como el agua en las zonas rurales —dijo Ann.

—Es que esos comprarían cualquier cosa que fuese nuevo, elegante y caro —repuso Frank con desdén—. Como el velocímetro de silla. Han estropeado unos cuantos estupendos caballos por querer hacerles correr como si fuesen coches. Y el bar de la silla de montar. Se trata, de una coctelera llana, enfriada termostáticamenteí. «¡Se mezcla mientras cabalga!» —remedó—. «¡La bebida estará preparada cuando usted descanse!» ¡Vaya!

—Aquí la KDTV, Dallas —dijo el locutor cuando aún no se habían disipado de la pantalla los cascos luminosos del anuncio—. Las nueve, hora tejana. Y ahora, Tex Starr les dará las últimas noticias.

—Su nombre verdadero es John Clutterfleld —dijo Ann—. Pero es un buen programa, no demasiado exagerado.

—Los ojos de Tejas todavía están vueltos esta noche a la capital de la nación, en donde las dos hermosas visitantes del espacio reciben los brindis de la ciudad —comenzó Clutterfleld —Starr—. Se ha celebrado una recepción en su honor en el elegante Potomac Plaza Hotel y la crema de Washington asistió... desde el presidente para abajo. Hubo algunas ausencias notables, sin embargo. La delegación de Tejas en el Congreso... los únicos miembros que votaron contra desenvolver una alfombra roja de terciopelo para las Lyru... boicotea las festividades.

«El senador Lyndon Hightower, de Tejas, publicó una declaración resumiendo los puntos de vista del Estado de la Estrella Solitaria. «Hasta que Lyru ha dado de más evidencia tangible de sus intenciones», dijo. «Y hasta que ellas se muestren menos evasivas en sus respuestas a nuestras preguntas pertinentes, no podemos hacer otra cosa que retener nuestra bienvenida y proclamar nuestras sospechas naturales».

—En preparación para la recepción —continuó el locutor—, Las Lyru fueron visitadas hoy por uno de los principales modistos de Washington. Esta noche llevarán no sus faldas ajustadas y sus sostenes, sino los vestidos de noche correspondientes al último grito de la moda. Una cosa rara: las Lyru llevan consigo la caja negra, un cruce entre sombrerera y maletín, conteniendo el sacacorchos color violeta que parece ser su único medio de comunicación. Allá donde van, lo llevan consigo. Lo portan por turnos y educadamente pero con firmeza se niegan a que ninguna otra persona más lo toque.

—Y ahora, señores y caballeros —dijo Tex Starr, sonriendo y dejando sobre la mesa dos notas—. Creo que estarán de acuerdo de que han visto lo bastante de mi conocido rostro y que ya es hora de dar otro vistazo a las propias Lyru.

Se arrellanó en su silla y señaló a una pantalla detrás del escritorio.

—Sonaban a poco después de las diez de la noche en Washington y tengo entendido que la redacción sigue celebrándose. Dentro de un momento tendremos enlace directo desde el Potomac Plaza Hotel.

—Pero primero una palabra acerca del «Hi-Plug».

La imagen se amplió hasta un primer plano de un vaquero elegantemente vestido cabalgando con descuido en caballo de cartón.

—¡Téjanos! —bramó—. ¿Habéis estado alguna vez sedientos mientras montabais? Claro que sí. Para eso tenemos pues los «Hi-Plug».

Frank se puso en pie.

—«Hi-Plug» hace la competencia al bar de la silla de montar —dijo a Dave—. No tenemos ninguno a mano, pero veré si puedo encontrar un substituto.

El vaquero de la triveo sacó un paquetito plateado del bolsillo.

—¿Cuan a menudo habéis deseado tomar algo que reanime en mitad de una larga cabalgada? —preguntó—. Muchísimas veces, calculo. ¿Y con cuánta frecuencia habéis encontrado un bar lo bastante cerca? Casi nunca, ¿verdad? —quitó el papel del paquetito—. Aquí es donde entra el «Hi-Plug»—. Arrancó una porción y se la metió en la boca—. ¡Es práctico! ¡Varonil! ¡Delicioso!

Masticó feliz, luego tragó.

—Mientras vosotros mascáis, se disuelve. No produce expectoración. No se necesita escupidera... pueden masticarlo en casa también como en el exterior. «Hi-Plug» viene en seis gustos deliciosos: Bourbon, Escocés, Rye, Martini, Manhattan y Licor Antiguo. Pruébenlo mañana. ¡Es práctico! ¡Varonil! ¡Delicioso!

Frank regresó mientras el anuncio se desvanecía y tendió copas de coñac a Dave y Ann.

—He aquí algo que no tenéis que masticar —dijo. Tex Starr había vuelto a la pantalla del triveo.

—Y ahora conectamos con la cadena para dar un vistazo a la recepción en honor a las Lyru, Adelante, Washington.

Una mujer con un atrevido vestido de noche, elegantísimo y de gusto exquisito, llenó la pantalla. Dave la reconoció como una de las locutoras para acontecimientos especiales de la United Trivecasting. Llevaba un micrófono de pulsera en el brazo diseñando para que se pareciese a uno de los muchos brazaletes con que se adornaba.

—Buenas noches, caballeros y señoras —dijo—. Aquí Sally Trevelyan informando para la UTC en uno de los acontecimientos sociales de mayor importancia de la temporada de Washington. Nos hallamos en la hermosa sala Mamie Eisenhower del Potomac Plaza Hotel en donde la crema de la sociedad ha acudido para la presentación formal de las Lyru... ¡Y vaya

fiesta lujosa!

«No necesito recordarles que las Lyru son dos mujeres asombrosamente bellas que vienen del planeta cinco, sistema siete, como ellas identifican su patria natal... que son embajadoras de buena voluntad desde más allá de las estrellas.

«Dentro de un momento vamos a intentar rogarlas que pronuncien para ustedes unas cuantas palabras, el primero daremos una vuelta a la habitación para que vean ustedes a las muchas otras celebridades que están presentes esta noche. Aquí a mi derecha se halla madam Justice Deborah Mainwaring, del tribunal supremo; ¿cómo está esta noche, Deborah? Y un poco más allá...

—«Embajadoras de buena voluntad» —dijo Dave con desdén—. Sally no sabe lo que se dice. Una vez entrevistó a un condenado a muerte a punto de subir al cadalso para su boletín de noticias matinal. Ella le describió como... «Este guapísimo malhechor».

Dave tenía la esperanza de poder ver aunque fuese de rechazo a Emily Wallace en algún lugar de la multitud, pero no la vio.

Después de una lista de personalidades, Sally Trevelyan se abrió paso hasta el circulo que rodeaba a las Lyru. El grupo pareció guardar un torpe silencio en torno a las distinguidas visitantes quienes, encantadoramente vestidas y sobresaliendo su cabeza por encima de los demás, de lo altas que eran, adoptaban amplias sonrisas que todavía se ampliaban más con educación cuando alguien las hablaba directamente.

Las dos Lyru estaban juntas, tocándose de codos, como si temieran ser separadas. Por el momento la pelirroja sujetaba la caja negra, con el mango de su parte superior. La, espiral violeta no estaba visible.

La conversación pareció haberse agotado y el grupo en torno a las Lyru sonreía casi con alivio cuando Sally Trevelyan se adelantó. La dejaron paso.

—Buenas noches, queridas —dijo Sally a las Lyru. Dave no pudo por menos que admirar su elegancia, su porte. Lo hacía como si estuviese entrevistando a dos universitarias—. Encantadísima de verlas.

La pelirroja alzó la caja negra y la mantuvo delante de ella con ambas manos, aunque no pareció muy pesada. El sacacorchos violeta salió tan tembloroso y asumió su actitud habitual.

—Buenas noches —dijo—. Es un placer. Sí.

La cámara de triveo había avanzado tras Sally para dar un primerísimo primer plano de las Lyru que aparecía ahora en las pantallas. Dave advirtió que mientras la espiral hablaba no se movían en absoluto los labios ni de la rubia ni de la pelirroja.

—Están ustedes simplemente anonadantes —prosiguió Sally—.

Dígame... estoy segura de que nuestro público se muere de gana por saberlo... ¿Tienen en su patria trajes como éstos?

La rubia miró su vestido y sus manos pasaron acariciantes por el tejido en la parte de las caderas. Sonrió.

—No —dijo la espiral—. Son divinos.

La pelirroja asintió con la cabeza.

Había algo en la expresión de sus rostros, pensó Dave, que era desagradable. A pesar de sus sonrisas parecían estar... ¿cómo? ¿Altivas? ¿Desdeñosamente superiores? No podía estar seguro. Antes no se había fijado.

—Ustedes los llevan con mucha elegancia también —Sally todavía estar hablando de los vestidos. Rió como si se hallase metida en una serie de confidencias entre mujeres—. Pero es que con el tipo que tienen ustedes podrían llevar cualquier cosa. Díganme, ¿piensan pasar mucho tiempo con nosotras? Nos gustaría que se quedasen para siempre... no me entiendan mal... pero me imagino que el trabajo que pende sobre sus cabezas es agobiador. Sé que si yo estuviese visitando su Planeta Cinco me olvidaría de todas las cosas y me dedicaría únicamente a verlo todo. Estoy convencida de que es un lugar fascinador y que debemos charlar acerca de él largo y tendido en cualquier otra ocasión.

La espiral violeta se alzaba y caía en sus espiras, como si se esforzase por seguir cada giro de la charla de Sally.

—Pero por ahora, creo que estamos todos mucho más interesados en saber cuándo veremos a sus hermanas... para llamarlas de alguna forma... de la espacio nave y podremos descubrir si son todas ten adorables como ustedes —Sally tragó saliva—. Y claro, los hombres —soltó una risita y la espiral se volvió carmesí momentáneamente—. Pero eso es cuestión de ustedes, claro, y tenemos que considerar sus costumbres...

«Donde fueres haz lo que vieres», dice el refrán. Pero díganme, queridas, ¿cuánto tiempo vamos a tener el placer de gozar de su encantadora compañía?

Por último, Sally Trevelyan se detuvo. Echose hacia atrás un mechón de pelo y sonrió con expectación a las Lyru. La espiral se agitó en silencio durante un momento. Luego emitió un gritito fino.

Después, mientras las Lyru asentían, casi al unísono, dijo:

—Mañana. Entonces regresaremos a la nave. Ustedes verán a nuestras hermanas, sí. Pronto.

De nuevo, contemplando los rostros de las Lyru, Dave tuvo la sensación de que sus expresiones eran de altivo desdén.

La recepción comenzaba a disgregarse ya y Sally Trevelyan acabó con su entrevista. La imagen del trineo volvió a la estación de Dallas y Frank apagó el aparato.

Dave relató sus sentimientos, sus sensaciones, a los Hammond. Frank sonrió.

—Reconozco que no presté demasiada atención a sus rostros.

Aun sacó la lengua a su esposo.

—Cuando decidas que prefieras la cantidad a la calidad —dijo—, puedes emigrar al Planeta Cinco, Sistema Siete.

—Lo dije en broma —admitió Frank.

—Lo sé —contestó ella—. Pero Dave tiene un punto de vista interesante con respecto a las Lyru. Sin embargo, no estoy de acuerdo en que parezcan altivas. Creo... no sé si os fijasteis, poco antes de que dijesen de que iban a volver mañana a la nave. Entonces la espiral habló en lo que parece ser su lengua natal.

—¿Fijarnos en qué? —preguntó Dave.

—La espiral pareció decirla qué es lo que tenían que hacer —dijo Ann, frunciendo el ceño al recordar—. No creo que esas dos muchachas hablen a través de la espiral. Estoy seguro de que ni siquiera sabían cuándo tenían que volver hasta que el aparato se lo dijo. Además, estoy seguro de que ni la, pelirroja ni la rubia han dicho una sola palabra desde que vinieron.

—¿Entonces la espiral es el amo y las Lyru son sólo dos muñecos — preguntó Frank—. ¿Esa es una teoría?

—O eso —contestó Ann—, o que la espiral es un medio de comunicación de ida y vuelta con la nave negra. El aparato nos da la ilusión de que las chicas nos hablan, pero en realidad ellas sólo son el escaparate y en efecto obedecen órdenes todo el tiempo.

—Humm —exclamó Frank—. Yo lo llamaría una análisis demasiado agudo. Se necesita a una mujer para conocer a otra, supongo.

—Pero sus expresiones —dijo Dave—. Usted dijo «rué no le parecían altivas; Ann. ¿Qué le parece» pues?

Ann miró la blanca pantalla de triveo.

—¿Vio alguna vez a una debutante en la fiesta en su puesta de largo? —preguntó—. ¿Bien vestida para impresionar? Orquídeas, champaña, serenatas. Si ella tiene buena educación se mantiene muy erguida. Muy peripuesta, muy autoritaria, podría decirse. Orgullosa y superior. ¿Pero usted sabe cómo está ella por debajo? Se lo diré: está mortalmente asustada.

Ann tomó pensativa un sorbo de su coñac.

—Una vez yo fui debutante —dijo—. Sé lo que se siente. Y creo que esa es la expresión que tenían las Lyru esta noche, Dave. Estaban dando cuanto tenían... sonriendo como soldados de servicio... pero tenían miedo.

—¿De qué? —preguntó Dave— ¿De nosotros? ¿O de los seres que hay dentro del navío negro?

—No lo sé —contestó Ann—. Quizá de ambos.

VI

Las dos Lyru, vestidas de nuevo con sus cortas faldas metálicas, partieron a primera hora de la mar «ana siguiente desde los jardines de la Casa Blanca, en donde su navecilla había estado bajo custodia militar. Hubo el interregno un intento subrepticio, en ausencia de las Lyru, para entrar dentro de la nave y ver de qué estaba hecha, pero la escotilla no reabrió con facilidad y había órdenes concretas prohibiendo forzarla.

Las mujeres de Lyru marcharon vivazmente desde la New Blair House a la Casa Blanca, tuvieron unas cuantas palabras con la Presidente y luego entraron en la nave. No hicieron ninguna declaración para la prensa, pero sonrieron y agitaron los brazos en son de despedida para las cámaras de los fotógrafos. Luego la escotilla se cerró y un momento más tarde el avión sin alas volaba por los aires.

Se alzó en silencio, sin esfuerzo visible, sus medios de propulsión todavía un misterio.

Apuntó hacia el suroeste, directamente a la gran nave y la dio vuelta dos veces. Una escotilla en el negro navío madre se abrió y la navecilla penetró en el interior. La escotilla se cerró.

Eso fue a las 9,42 de la mañana del miércoles. Al mediodía del viernes las de Lyru volvieron con algunas de sus hermanas.

La escotilla del navío negro se abrió y cinco naves pequeñas salieron a intervalos de escasos segundos. Dieron dos vueltas en torno al gran navío y luego partieron hacia noreste, una tras otra. Sobre Washington se lanzaron en picado hacia la Casa Blanca.

Pero sólo una de ellas aterrizó. Las otras se quedaron dando vueltas hasta que la primera estuvo en tierra sana y salva en el jardín de rosas, luego se lanzaron hacia el cielo de nuevo. A unos siete mil metros recobraron la horizontalidad y volaron en un estrecho círculo. Luego, una a una, las cuatro navecillas rompieron el círculo y se alejaron en una dirección general hacia el oeste.

Las dos de Lyru que habían salido en los jardines de la Casa Blanca eran las mismas, rubia y pelirroja. Pero no había tiempo de interrogarlas y una escuadrilla de reactores que alzó el vuelo cuando la escotilla de la nave negra se abrió, se dispersó en persecución de las cuatro navecillas.

Los reactores, volando al máximo de velocidad, apenas eran capaces de mantenerse a la vista de las navecillas. Pero los pilotos informaron más tarde que los aparatos de Lyru disminuyeron de marcha varias veces para dejar que los reactores les alcanzasen. Era como si las mujeres de Lyru

quisiesen no mantener el secreto de sus destinos. Tres de estos destinos, al ser registrados, no parecieron tañer sentido. Una de las navecillas de Lyru aterrizó al oeste de Grand Rapids, Michigan. Otra se acerca de Coeur d'Alene, Idaho, y una tercera tomó tierra en un aeropuerto de San Diego, California. La cuarta nave fue seguida por los reactores y luego por observadores terrestres hasta el oeste de Tennessee, en donde se perdió.

El jinete solitario siguió adelante del medio borrado sendero. Al sur de los rascacielos espirales de Dallas quedaban bajos en el horizonte. El sol era pálido y alto. El jinete se notaba pegajoso, polvoriento y muerto de sed.

—Vamos, Lily —dijo al caballo mientras llegaban a la cumbre de un altozano.

Dave Hull se arrellanó en Ja silla. Se quitó el sombrero y se abanicó con él.

—No admitiría a nadie excepto a ti, Lily —dijo—, pero quizá un bocadito de ese producto Hi-Plug no me iría mal ahora.

Palmoteó el flanco del animal que relinchó suavemente.

—Pareces bastante cansada, vieja amiga —dijo—. Sé que no eres una de esas maravillas de Sam Buckskin, pero quizá puedes encontrar por ti misma un pozo con agua.

Soltó las riendas y chasqueó la lengua incitando a la yegua. El animal le miró y Dave reforzó el permiso apretando sus rodillas. La yegua salió del sendero y caminó caprichosa a lo largo de una ladera rocosa y escarpada. En un retazo de bosque había un manantial que daba nacimiento a un arroyo el cual no tardaba en hundirse en el suelo. Dave desmontó y dejó que bebiese el caballo.

Cuando tuvo terminado el animal, esperó a que el agua se aclarase, entonces se arrodilló y bebió él mismo.

—La ley del Oeste, hermana —dijo—. Los caballos y las damas primero.

Pasó las riendas por encima de la cabeza del animal para que éste pudiese caminar a su antojo y se tendió junto a la fuente.

Lily le miró un momento, luego empezó a mordisquear la hierba alta.

—Me imagino que pensarás que estoy loco, viajando hasta aquí en mi día libre cuando podría estar en casa de Frank y Ann, bebiendo cerveza y viendo la triveo. Pero tengo que ganarme las espuelas tarde o temprano. No puedo ir siempre cabalgando una yegua. Sin ofenderte, vieja amiga, pero ya es hora de que deje de ser un novato.

Sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió con un encendedor.

—Mientras no me obliguen a liar mis cigarrillos y a encender las cerillas en la culera de mis pantalones, todo irá bien. ¿Debería cambiarte a ti por un fogoso ruano? ¿O quizá por un pinto con una estrella en da frente...?

¿Qué es eso?

Miró hacia las copas de los árboles. Se había oído en el cielo una especie de chirrido.

Lily también lo apercibió. Dejó de masticar hierba y alzó la cabeza retorciendo las orejas.

Dave vio un objeto oscuro cortando el aire, hacia el oeste, a velocidad terrible. Se oyó un enorme choque metálico. Sonaba muy cerca. Se puso en pie de un salto, apagó el cigarrillo con el pie y saltó a la silla.

—Vamos, muchacha.

Vio una nube de polvo volviendo a la tierra y galopó saliendo de los bosques. Quedaba a cosa de ochocientos metros. Metió los talones en Lily y la obligó a correr.

Primero vio su huella... en donde aquel objete había chocado, rebotado y vuelto a chocar para estrellarse en el suelo rocoso. Luego, contra un lado de la colina, donde había quedado inmóvil, divisó el objeto propio.

Era una de las navecillas de exploración de Lyru. Estaba boca arriba, descansando en ángulo solare la semiesfera superior y el borde de su cuerpo fusiforme. La escotilla estaba abierta. Y yaciendo desmadejada cerca de ella había una de las mujeres de Lyru. En apariencia había sido despedida del vehículo. Cuando frenó Dave y bajó vio que estaba muerta. No había ningún otro movimiento excepto el del polvo al posarse.

Pero las de Lyru viajaban a pares. Debería haber otra dentro. Se acercó a la escotilla con precaución.

Pudo mirar en su interior directamente. Estaba oscuro y silencioso, sin embargo, fue posible percibir una forma inmóvil dentro. Y entonces, junto a la forma, el resplandor de una llama que empezaba a entrar en vida.

Dave entró con dificultades y tocó el cuerpo. Era otra mujer de Lyru, cálida y respirando, pero inconsciente. La cogió por debajo de los brazos y la arrastró hacia la escotilla. Era pesada.

Poco a poco la colocó en el borde de la escotilla y la dejó en equilibrio allí, medio dentro, medio fuera. Salió, la arrastró tras él y la depositó en el suelo. La examinó en busca de huesos rotos pero no encontró ninguno. Estaba con magulladuras y sangraba ligeramente por cortes superficiales en la cabeza y hombros.

Dave se dio cuenta de que aquellas dos mujeres no eran las mismas que visitaron Washington. Aquellas eran una rubia y una pelirroja. Una de las presentes, la muerta, tenía el pelo negro y la otra de un rojizo castaño oscuro. Pero las dos parecían igualmente bonitas.

No tuvo tiempo para más comparaciones porque la escotilla de la pequeña nave negra comenzaba a emitir humo y llamas.

Estaba arrastrando a la superviviente lejos del aparato siniestrado

cuando ella gimió y recobró el conocimiento. Al instante se mostró alerta. Con una mirada pareció darse cuenta de lo que había ocurrido. Apartó a Dave de un empujón, se puso en pie y corrió hacia su navecilla en llamas.

—¡Eh! —gritó Dave—. ¡Vuelva! ¡Volará por los aires!

Pero ella le ignoró y desapareció dentro de la escotilla. Corrió tras la muchacha y alcanzó la nave cuando la joven reaparecía, sujetando una caja negra. Ella le permitió que le ayudase a bajar al suelo, sin mirarle directamente.

La caja negra estaba rajada y dejaba caer un pegajoso fluido violeta por las resquebrajaduras. Ella la mantuvo apretada a su cuerpo y parte del fluido resbaló por la piel y penetró por debajo de la cintura de su corta falda metálica. La caja zumbaba y hacía ruidos.

Impulsivo, Dave le arrebató el aparato y lo lanzó dentro de la escotilla. Ella se volvió contra él, el rostro distorsionado de cólera y le pegó en la cabeza con el canto de las manos mientras Dave la sujetaba para impedir que volviese de nuevo a por la caja.

Hubo una llamarada y una sorda explosión dentro del aparato y la mujer se desmayó en sus brazos. Parecía haber perdido el conocimiento.

Dave llamó a Lily con un silbido. La yegua se le acercó, de mala gana, porque la manecilla negra ardiendo la asustaba. Dave consiguió colocar a la mujer desmayada atravesada en la silla. Allí permaneció, balanceándose precavidamente con los pies colgado a un lado y el espeso cabello castaño oscuro pendiendo del otro, mientras Dave se apartaba con el caballo.

No se produjo ninguna explosión, como Dave se temía, sino que la nave siguió ardiendo interior mente con fiereza.

Marchó hacia el manantial del bosquecillo, tan de prisa como pudo. Quería llevarse a la Lyru fuera de vista antes de que nadie más apareciese. Hasta ahora ninguna persona había venido y era posible que fuese él el único testigo de la catástrofe.

La andadura saltarina de Lily hizo que la mujer inconsciente resbalase por un costado de la silla y Dave finalmente tuvo que cogerlo por las rodillas para impedir que cayera.

Eso me proporcionó una sensación peculiar por cogerla de manera tan íntima. Dejó de pensar en ella como mujer, un término que algunas veces tenía para él reminiscencias medioevales, y empezó a pensar en ella como muchacha.

Una chica grande, verdad, pero toda con proporciones excelentes. Las piernas que sujetaba eran largas, pero magníficamente bien formadas. Lo mismo el resto de ella.

Asió con fuerza la carne firme y la colocó en mejor posición. Echose a reír cuando una idea le cruzó por la mente. Jamás había agarrado a Emily de

manera tan interesante.

¡Si Emily me pudiese ver ahora! Emily Wallace, redactora de locales, parecía un recuerdo pálido y añejo por el momento. Se la imaginó sentada, erguida y severa en su despacho circundado de paredes de vidrio, como si estuviese... ejem... en una vitrina. Y real, igual que una mariposa clavada en un alfiler. Distinta a aquella chica de Lyru, aquella pobre criatura.

Dave sudaba y sus manos resbalaban por la piel de ella. La volvió a colocar bien, apoyando el hombro contra la cadera de la muchacha. Comenzaba a sentirse algo mareado.

Estaban ahora en los bosques y pronto llegaron al manantial. Bajó a la muchacha y la depositó sobre la hierba.

Humedeció su pañuelo y lavó las magulladuras y heridas pequeñas. La chica era muy linda, aunque de tamaño bastante excesivo. Joven, también; aparentemente tendría unos veinte años, si el tiempo de Lyru era el mismo que el de la tierra. Parecía dulce y desamparada mientras allí yacía, respirando con pesadez, la boca entreabierta y enseñando unos dientes blancos y hermosos. Tuvo que resistir el impulso de besarla.

—¿Qué voy hacer con ella, Lily? —preguntó a la. yegua—. ¿Llamar a la policía?

Respondió a la pregunta con un sacudir de cabeza. Tenía en la silla una emisora receptora de radio, pero ya habría tiempo más tarde para utilizarla y llamar a las autoridades.

¿Avisar a su periódico? Bueno, quizá. Aquello era una historia, pero una exclusiva y no había necesidad de precipitarse en utilizarla. Primero conseguiría una entrevista, si es que podía hablar con ella. La caja traductora se estropeó en la catástrofe y estalló cuando se la arrancó a ella y la lanzó al luego. Preguntose a causa de qué impulso había obrado de aquel modo.

Presumiblemente actuó sobre la teoría de que la espiral violeta de la caja controlaba a las de Lyru, al mismo tiempo que hablaban por ellas y que sin ese aparato... si es que conseguía comunicarse con la muchacha... les sería posible conseguir la historia cierta.

También era posible que sin el chisme no pudiera comunicarse con la joven en absoluto. Excepto en el lenguaje universal del amor... Dejó que aquel pensamiento cruzara por su mente, luego lo desestimó. Estaba pensando como un colegial.

Pero de aquel modo ella le afectaba, tuvo qua reconocer, Sin embargo, sería mejor que se fortaleciese antes de cometer una locura. Quizá las Lyru habían sido hechas para atraer y provocar simpatía y... sentimientos sensuales. Hechas... construidas para...

Ese pensamiento se apoderó de él y la examinó en busca de signos de que fuese un simple robot. No. Era una mujer demasiado perfecta. Ningún robot pudo haber hecho que el corazón de Dave latiese con tanta fuerza como

aquel cuerpo lo conseguía durante su completo examen del organismo de la Lyru.

Sacudió la cabeza y se dirigió hasta el manantial y metió la cara en el agua helada. Eso lo despejó enfriándole los ardientes pensamientos.

Estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo, fumando y ceñudo, cuando ella se agitó. Abrió los ojos y parpadeó. Eran de un castaño dorado.

—Hola —dijo Dave—. Participó usted en una catástrofe aérea.

Ella se sentó con rapidez, luego extendió una mano para tranquilizarse. En apariencia se hallaba débil todavía.

Miró a Dave turbada.

—El problema es —dijo él—, ¿qué están haciendo ustedes en Tejas? Supongo que cuando vinieron desde el Planeta no se Cuál, Sistema no sé Cuántos fue sólo para conversar en Washington, D. C. y viajar luego hasta Dallas, Tejas. Pero ese corto viaje me causa extrañeza de todas maneras.

La Lyru sacudió la cabeza. Emitió un grito fluido.

—Hum —exclamó Dave—. Quizá me apresuré demasiado en tirar al fuego aquella caja. Me parece que no podremos establecer comunicación.

Ella volvió a gritar.

—Parece como si hubiésemos vuelto al primer grado —se señaló a sí mismo y luego a ella—. Empezaremos la lección. Lyru.

Ella emitió un gritito corto que se alzó y cayó y pudo haber sido formado por dos sílabas.

—Bien —contestó Dave—. Ahora... —se señaló a si mismo—: Dave.

Ella dio otro gritito corto. Dave trató de enseñarle la palabra «caballo».

Desgraciadamente, el grito le sonó igual que los demás.

—Hum —murmuró el periodista con el ceño fruncido. Era evidente que jamás sería capaz de hablar el idioma de Lyru. Sería más simple que ella aprendiese inglés. La muchacha parecía físicamente capaz. El examen que le hizo anteriormente del paladar, lengua y dientes, lo habían demostrado.

Pero ahora ella parecía turbada y alarmada. Emitió un grito agudo y se puso en pie de un salto, los ojos recorrieron el bosquecillo. Dave se levantó también. Advirtió que la muchacha no llegaba a tres centímetros más alta que él... Era una criatura impresionante. Pero no torpe. Su magnificencia yacía en sus proporciones ideales y en el porte gracioso. Esto quedaba suavizado por su cálida belleza y lo que parecía ser una juvenil inocencia.

Su nariz delicada se estremeció e inmediatamente la muchacha echó a correr. Corría como el viento, silenciosa y rápidamente, encaminándose directamente a los restos de la nave negra, aunque no estaban a la vista.

Dave se precipitó tras ella pero la muchacha la sacaba cada vez mayor ventaja. El periodista silbó y Lily vino al trote hasta él. Pero incluso a caballo no pudo alcanzar a la joven hasta qué ella había llegado al casco requemado.

La muchacha se arrodilló brevemente al lado de su compañera muerta. Hizo un gestecillo curioso con la mano izquierda, luego se encaminó a la nave. El fuego estaba apagado o sólo quedaban rescoldos y una columnita de humo salía de la abierta escotilla.

La chica empezó a trepar y Dave saltó del caballo para contenerla. Ella peleó como una furia, con los puños, con las uñas y con los pies. Por fortuna tenía las uñas cortas pero aún así en ¡la cara de Dave quedaron muestran sangrientas antes de que pudiese cogerla con una llave y obligarla a estarse inmóvil. La chica gritó, pero fue más un grito de guerra que una expresión de dolor y ayudar a que Dave se sintiese menos granuja o villano mientras mantenía su presión y la obligaba a volver sobre Lily. Cogió el lazo de la silla y entonces la dejó ir.

Tal y como esperaba, la muchacha volvió corriendo al aparato de exploración, dándole tiempo bastante como para hacer girar el lazo un par de veces y lanzárselo. La cuerda rodeó los hombros de la joven y Dave giró con un gruñido de satisfacción. Se alegró de haber tomado el curso abreviado para novatos y de haber seguido practicando el lazo.

Manteniendo la cuerda tensa, montó en la yegua y la puso en movimiento, La chica de Lyru se tambaleó tras el animal y el jinete, con los codos clavados en sus costados, pero la cabeza alta y los ojos llameando con desafío.

—Vamos, mi orgullosa belleza —dijo Dave—. Creo que te entregaré a Sam Buckskin.

VII

Dave Hull llamó con a emisora receptora de la silla y se inclinó al acercar la boca al micrófono.

—Llamando al Rancho Escondido —dijo—. Hum, del Dallas Texan llama al Rancho Escondido.

El mensaje fue cambiado automáticamente a la frecuencia de Sam Buckskin. Esperó que el personal de la centralita recordase su visita al Rancho y no considerase exactamente como un desconocido.

—El Rancho contesta a Hull —se oyó por el altavoz—. Diga lo que desea.

—He capturado a una de las mujeres Lyru. Oreo «fue será mejor que la lleve ahí.

—¿Y por qué nos llama?

Dave frunció el ceño y gruñó en el micrófono:

—No me atrevo hacerla desfilar por las calles de Dallas —debía estar hablando con algún empleado idiota—. Si usted no sabe que Lyru está al cuidado de la defensa contra las Lyru será mejor que me ponga en contacto con alguien que esté más enterado que usted. Y de prisa.

Se oyó un murmullo en el otro extremo y luego una voz briosa dijo:

—Aquí el sargento Pirón. ¿Es usted, Dave? Perdone al que contestó antes. ¿Qué hay de una Lyru?

—Hola, sargento. Tengo una. Una verdadera tigresa. ¿Puedo llevarla ahí? Me explicaré más tarde.

—Apuesto que sí. Coloque su aparato de modo que emita un zumbido. Mediante triangulación la localizaremos y le enviaremos a un par de hombres a ayudarle en menos que canta un gallo. Pensándola bien, iré yo mismo. A Sam le va a gustar todo esto.

—Apuesto a que sí —contestó Dave—. Cambio al zumbido.

—Nos veremos pronto —dijo el sargento—. Corto.

Dave miró a su cautiva. Mantenía la cuerda tensa a su costado y estaba tratando de libertarse. Espoleó Lily y el caballo saltó hacia adelante. La Lyru se vio obligada a correr y el lazo de nuevo se apretó firmemente contra su cuerpo. Ella lanzó un grito airado.

—No sé lo que estás diciendo repuso Dave—, pero apuesto a que no son piropos.

Sintió tentación de ponerte en comunicación con su periódico. Aún

llegaría a tiempo para ocupar los titulares de la edición próxima. Pero se resistió. Podían estropear la historia tratando de buscar únicamente el sensacionalismo de unos titulares, luego la Casa Blanca no tardaría en enviar a un delegado y tendrían que entregar a la prisionera sin poder completar el reportaje. No habría cooperación del gobierno y la represalia del periódico sería el trasladarle a la sección de anuncios clasificados.

Había tiempo bastante para dictar un somero reportaje cuando Buckskin diese su aprobación. El gobernador de Tejas había colocado a Buckskin al cargo de seguridad y de la defensa y presumiblemente pondría su veto contra cualquier prematura exposición del caso. Dave esperaba que cuando Buckskin desclasificase parte de la historia concediese al «Dallas Texan» un cierto margen de ventaja para lanzar con anticipación por lo menos una de sus emisiones.

El sol resbalaba hacia el oeste cuando el trío de jinetes galopó sobre una colina. Dave reconoció al sargento Pirón al frente de ellos y les gritó un «¡Hola!».

El sargento le respondió con otro grito y al poco estaban todos juntos, mirando a la Lyru. Los dos compañeros téjanos se colocaron detrás y escoltaron a la chica.

—Tiene usted ahí una prisionera muy guapa, Dave —sonrió el sargento Pirón—. ¿Fue ella quien le arañó la cara?

—Es tan ruda como un hombre, sargento. No deje que le engañe esa carita de niña.

Pirón, zanquilargo y curtido por la vida al aire libre, se relajó en la silla y encendió un cigarrillo.

—No se preocupe —contestó—. Tengo juicio suficiente para no intimar con el enemigo.

—Bueno, ahora, yo no la llamaría enemigo —dijo Dave—. Cierto, que no sabemos qué es lo que trama ella y sus hermanas, pero el congreso les ha dado permiso para recorrer el país. Yo no la habría atado si no hubiese tratado de sacarme los ojos. Mi idea era traerla aquí, del modo en que ustedes traerían a una res extraviada, más o menos por su propio bien.

—Veo que sigue pensando como uno del este —dijo Piren—. Según mi manera de pensar, ella es enemiga de Tejas y si usted hubiese jurado antes de que le arañase, se habría ganado ya un Corazón de Púrpura.

—¿Jurado? —repitió educadamente Dave.

—Sí. Sam me dijo antes de partir que debería hacerle jurar el cargo de miembro correspondiente de la Legión Tejana. De esa manera no tendremos que vendarle los ojos cuando le llevemos al Rancho. Levante su mano derecha, hijo.

Dave obedeció y el sargento Pirón pronunció las fórmulas del

juramento.

Dave le habló de la nave de exploración destruida y Pirón envió a los dos hombres a que montasen guardia cerca de ella hasta que la pudiesen trasladar al rancho.

—Ahora que pertenezco a su Ejército Tejano tendré que someter mis informes a la censura, supongo —dijo Dave.

El sargento sonrió.

—Ese es uno de los deberes. Pero también tendrá usted los privilegios de un capitán, señor. De ahora en adelante puede darme órdenes, señor... hasta cierto punto.

—Pues le ordeno que omita el tratamiento de «señor». Supongo que hasta ahí llegan mis privilegios con usted, viejo sargento mayor.

—Está usted espabilándose pronto, Dave. Pero, ¿cómo sabe que yo soy un sargento mayor? la última vez que me vio yo era un simple sargento de caballería.

—Conozco las insignias muy bien —contestó Daré mirando las bocamangas del otro—. También leo los periódicos. Hablando de periódicos. ¿Puedo llamar a mi oficina y decirles lo que estoy haciendo?

—Será mejor que le pregunte al coronel Buckskin si puede hacerlo.

—¡Coronel Buckskin! Hace un momento era simplemente Sam.

—Está usted en el ejército ahora, Dave... gracias a esa Miss Lyru que va a remolque del extremo de su lazo.

Pero Sam Buckskin no llevaba sus águilas de coronel o ninguna otra insignia militar cuando se reunió con Dave Hull y su grupo en el campo de maniobras del Rancho Escondido. Vestía las ropas de suave piel de gamo que se decía le habían dado el nombre. Un cigarro negro apagado sobresalía en ángulo de su boca destacando contra el rostro aguileño.

Dave se inclinó en la silla para estrecharle la mano.

—Me alegro de volverte a ver, Dave —dijo Buckskin—. Supongamos que traes a tu prisionera al despacho y me hablas de ella.

La Lyru parecía exhausta, la cuerda colgaba floja entre ella y el pomo de la silla de Dave. El periodista desmontó y se acercó a la joven.

La de Lyru no hizo el menos movimiento al verle a su lado, Dave sintió una oleada de simpatía y compasión por ella cuando vio como la cuerda se había clavado en sus brazos y cuerpo. Tocó los surcos con ternura mientras aflojaba el lazo hasta hacerlo caer a los pies de la muchacha. Ella le miró, con ojos suaves y agradecidos. Se tambaleó. Dave extendió el brazo y ella lo aceptó, agarrándose con fuerza. Mientras la condujo al interior del edificio ella le apoyó la cabeza en el hombro. Su furia y fiereza habían desaparecido.

Dave se sintió muy protector.

Buckskin despidió al sargento mayor con un descuidado saludo y señaló un cómodo sillón de cuero en su despacho. Dave hizo que la chica se sentase, con la cabeza atrás y las manos desmadejadas sobre su regazo.

Buckskin sirvió un poco de líquido ambarino de un frasco y entregó el vaso a Dave.

—Déselo —dijo, y sirvió dos copas más.

La chica, tras un sorbo, rehusó la bebida con un cansado sacudir de cabeza. En su lugar tomó un vaso de agua y dio las gracias a Dave con la mirada.

El medio la sonrió, luego alzó su copa en dirección a. Sam Buckskin y dijo:

—¿Para...?

—Por Tejas, si quieres, aunque no soy un experto en brindis. De todas las maneras, salud y respuesta a los enigmas.

Bebieron. La chica los contempló.

—No había, interés —dijo Dave—. Grita, eso es todo, y no puedo sacar nada de sus gritos.

—Dime como la encontraste —preguntó Buckskin sentándose en la silla del enorme escritorio, desnudo excepto un gran mapa de operaciones de Tejas colocado debajo del cristal del tablero.

Dave se sentó en una silla recta desde donde podía ver a la chica y a Buckskin al mismo tiempo y contó cuanto sabía desde el momento en que la navecilla negra de exploración se estrelló contra el suelo.

—La cuestión es —concluyó—, ¿por qué estaba en Tejas?

—Eso es fácil —dijo Buckskin—. Si las de Lyru. tienen alguna clase de aparatos de escucha, y deben tenerlos, es lógico presumir que quieran reconocer el único estado que des es hostil, y eso es una buena razón, hablando oficialmente —Buckskin bajó la voz—. Aunque entre tú y yo y en secreto, estoy más inclinado a sentir compasión por esta muchachita que a ponerla unos grilletes en brazos y pies. Por el momento, es decir. A juzgar por los arañazos que llevas en la cara debe ser una tigresa cuando se enfada.

—Extraoficialmente, como usted dice, yo siento lo mismo, coronel. Y además he de reconocer que me he hecho cortes peores en otras ocasiones mientras me afeitaba.

Buckskin parecía casi paternal.

—Llámame Sam —dijo—. Todo el mundo lo hace —sirvió dos bebidas más—. No hemos solucionado nada desde la última ronda. Bebamos por nuestra propia salud, luego haremos que el doctor atienda las quemaduras de la cuerda que ha sufrido esa muchacha. Tendré que mantenerla toda la noche en la enfermería. Bajo custodia, claro.

—Si no hubiese arrojado aquella caja intercomunicadora al fuego

quizá nos hubiese sido posible charlar con ella utilizándola.

—Puede que sí —asintió Buckskin—, pero si tu teoría es cierta acerca de que se utiliza al mismo tiempo que de intercomunicador como elemento de control, la cosa habría sido más peligrosa. Después de que esté descansada, mañana, haremos unas, cuantas pruebas con ella acerca de sistemas de comunicación no orales;., símbolos, mapas... y cosas así.

—Entonces, la dejo en sus manos —contestó Dave; Se puso en pie—. ¿Qué hay de mi periódico? ¿Puedo decirles algo?

—Puedes decirle que estás aquí, pero es mejor que sea eso todo, por ahora. Se hace tarde. Pídele al sargento Pirón que te dé algo de comer. Y que te instale para pasar la noche. Tu yegua necesita descanso, aun cuando tú no lo parezcas necesitar.

La habitación de Dave estaba cerca de la enfermería. Permaneció junto a la ventana antes de acostarse y preguntándose si la muchacha estaría también asomada a la suya inquieta y asustada. Calculó que la ventana de ella sería una de las enrejadas. Esperó que la tratasen bien a la pobre criatura.

Vio cómo apagaban das luces en todo el rancho y como la luna lo bañaba todo con su plateado resplandor. La miró, estaba casi llena, muy romántica y entonces con un gesto disipó sus pensamientos y se acostó. Por la mañana tendría que cabalgar mucho.

Despertó con el frío cañón de una pistola apretada contra da frente.

Durante un momento sus ojos soñolientos no pudieron ver nada excepto el resplandor de la luna sobre el cañón negro azulado. Entonces distinguió el brazo desnudo que sujetaba el arma... y después a da Lyru.

Estaba agazapada cerca de su camastro. Se puso en pie y retrocedió cuando vio que se había despertado. Con un gesto le recomendó silencio. Dave continuó acostado. La respiración de ella y la suya eran lo único audible en la pequeña habitación.

La muchacha hizo un gesto con la pistola. Era un 45 automático, anticuado pero eficiente. Quería que se levantase. Se sentó despacio, manteniendo las sábanas sobre el pecho desnudo, después se puso en pie. Ella retrocedió y con un gesto de nuevo le señaló las ropas, amontonadas sobre una silla.

Pensó lanzarle la sábana pero comprendió que sería inútil. Ella podría disparar seis veces mientras la prenda volase. Sin decir nada se vistió.

La muchacha parecía recobrada por completo de la prueba de la tarde. Estaba al mando de la situación ahora. Una vez vestido ella le señaló la puerta y el costado oscuro y sombrío de los edificios. El 45 o lo llevaba contra la espalda o muy cerca durante todo el rato así que desistió de hacer una intentona para escapar y de incluso pedir auxilio.

Dos caballos ensillados estaban en el sendero que conducía al exterior

del rancho. La chica había tenido trabajo. Las dos monturas parecían dispuestas para viajar. Dave no se imaginó como ella lo había logrado, pero Sam Buckskin se pondría furioso a la mañana siguiente cuando descubriera la fuga.

Montaron y cabalgaron uno junto al otro. La chica guardó la pistola en la funda de la silla y la sacó varias veces, con rapidez. Tras demostrar su celeridad en desenfundar el arma, dirigió a su prisionero una mirada de aviso y la dejó en la funda.

Dave pensó que se encaminarían al sur, hacia la escena del siniestro de la nave exploradora, pero cuando estuvieron fuera de los bosques y bien lejos del rancho se encaminaron al norte.

Mientras trotaban vivamente, Dave la examinó a la suave luz de la luna. La muchacha cabalgaba bien, no con pericia, pero tan bien como él. En la enfermería aparentemente se había bañado; el polvo y la suciedad desaparecieron, tenía el cabello peinado tras la cinta de la cabeza y era una figura completamente romántica a la media luz nocturna. El rostro estaba sereno y de vez en cuando le miraba y sonreía. La devolvió la sonrisa, sintiéndose menos culpable de lo que debería estarlo siendo un cautivo.

¡Maldición, no era culpa suya que el servicio de vigilancia de Sam Buckskin tuviese tantas lagunas!

Cabalgaron casi toda la noche, no al galope sino a un trote seguro y continuado. La monotonía de la marcha le hizo dormitar varias veces y cada vez que abrió los ojos vio a la chica vigilándole divertida.

—Bueno, yo soy sólo un hombre, ya lo sabes —dijo por último—. No puedo estar despierto día y noche como vosotras, locas mujeres.

Se puso rígido en la silla, enojado consigo mismo y con cierto rencor hacia las energías de la joven. Encendió un cigarrillo, medio esperando que ella se opusiese, pero la muchacha se limitó a sonreír de nuevo.

Cuando quedaba, según juicio de él, una hora de oscuridad, ella condujo los caballos hacia una garganta estrecha e hizo un gesto para que desmontase. Después, la chica, trabó a los animales.

—¿Y ahora qué? —dijo Dave en voz alta—. Primero damos una cabalgada a la luz de Ja luna y luego nos salimos del camino y aparcamos. Te advierto que estoy dispuesto a defender mi honor.

Habló con ligereza y buen humor, pero con un» cierta tensión interior. Después de todo, ella era quien tenía el revólver, aquel un lugar solitario y lo más probable es que la muchacha quisiese vengarse de la forma poco gentil en que la trató ayer.

La de Lyru sonreía mientras sacaba unas cuantas cosas de las alforjas de da silla. Las puso en una piedra plana, le hizo un gesto para que se sentase algo lejos y preparó la comida. Hizo café y cortó pan, lo que constituía una de esas abominaciones culinarias de principios del siglo XXI... eso y una lata de

judías que se calentaban por sí solas al abrirse.

La contempló comer hambrienta pero con delicadeza, sujetando la cuchara como si fuese un cuchillo. El tenía menos hambre, pero consumió su parte y Juego se sintió relajado ante la taza de café. Ella se acurrucó entre él y los caballos, mirándole con aquella expresión enojosa y divertida con que le había mirado desde el principio de la cabalgada.

—¿Tengo monos en la cara? —preguntó Dave—. ¿Te extrañan mis modales para comer? ¿Es que no curvo bien mi dedo meñique?

La chica dejó a un lado la taza vacía, cepilló unas migajas de su desnuda rodilla y se echó atrás un mechón de cabello. Le sonrió con cariño y dijo con un inglés perfecto:

—Eres muy chistoso.

VIII

Dave bajó la taza asombrado.

—Te ruego que me perdones —dijo—. He estado levantado toda la noche y me parece que padezco ahora una agradable pesadilla en la que me veo capturado por una hermosísima chica extraterrestre. ¿Quieres repetir de nuevo lo que has dicho?

—Me gustas —dijo ella—. Sé que no deberías gustarme, porque interfieres con mi trabajo. Pero eres muy chistoso.

Habló con una voz baja, agradable, sin rastro de aquel grito fluido que suponía Dave era su único medio de comunicación. Su acento era el de una mujer culta de la ciudad más que de una provinciana.

Dave se inclinó hacia ella.

—Dejaremos a un lado el significado de lo que acabas de decir, por muy halagüeño que sea, y nos concentraremos en el idioma en que estás hablando. ¿Siempre has sido capaz de hablar en inglés?

—Oh, no siempre —contestó ella—. Lo estudiamos durante el camino, escuchándolo por la radio.

—¿Por la radio? ¿Camino hacia aquí?

—En la radio de la Tierra. Claro que mientras nosotras nos mantuvimos en silencio y no emitimos.

—Claro —dijo Dave con inseguridad, tratando de entender bien lo que había dicho—. Te refieres a que vosotras pusisteis la radio terrestre viniendo del planeta Cinco, Sistema Siete, ¿verdad? No me imaginaba que nuestras señales llegasen tan lejos.

—Durante los primeros dos años no las pudimos captar —contestó ella—. Pero después de eso empezamos a oírlas débiles. Cuando montamos un amplificador las recibimos ya perfectas.

—Creo que comprendo. Tuvisteis un año para dominar el idioma. Me parece recordar que las Lyru de Washington dijeron que les costó casi tres años llegar hasta aquí.

—Tres años, cuatro meses, dieciséis días, dos horas y veintiocho minutos —corrigió ella.

—Sois estupendas con los números —contestó Dave—. No te has equivocado en lo más mínimo. Ella rió encantada.

—Eso es un cumplido. De todas maneras me lo debías.

Dave sonrió.

—Volvamos a eso, tú mencionaste algo de interferirme yo con vuestro trabajo. Dijiste que yo era muy chistoso, creo. ¿Qué querías decir con eso?

—Quería decir que vosotros los terrestres sois gente muy atractiva, No he visto a muchos, pero a juzgar por ti y por Sam Buckskin y los vaqueros, estáis muy bien.

—Sin embargo, ese doctor era un ser bastante despreciable.

Dave soltó una carcajada.

—No sé qué es lo que entenderás tú por despreciable, pero me parece adivinarlo.

—El doctor, tal y como lo recuerdo, tiene algo de vieja solterona.

—Exactamente —contestó ella—. Me recordó a las desagradables... —se detuvo—. No sé porqué te hablo tan francamente.

—Porque soy chistoso pero no un pedazo de idiota— dijo él—. Ibas a decir que el doctor te recordaba a tus propios hombres, ¿verdad? ¿Va alguno de ellos con vosotras?

La Lyru hizo un gesto de desdén.

—¡Esos flacuchos! Hubiesen perdido los nervios en los primeros seis meses. Sinceramente, cuando pienso en el que me ha tocado en suerte... Pero hay que seguir perpetuando la raza y todavía no se ha inventado ningún sustitutivo que haga tal función en vez del hombre.

Dave sintió crecer su curiosidad. Sabía por su experiencia de entrevistar a la gente que aprendería más si eludía las preguntas pertinentes y dejaba que el sujeto marchase por su propio paso.

—Tres años, cuatro meses, etc., etc... es mucho tiempo —dijo con tono inocente—. ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve —contestó ella—, contando los años con arreglo al tiempo vuestro. ¿Y tú?

—Veintisiete.

—¿Eres muy alto?

—Uno noventa —contestó él, divertido por el giro de la conversación.

—Hum —exclamó ella—. Yo mido uno ochenta y cinco. Supongo que vuestras mujeres son más altas.

—Más bajas —corrigió Dave—. Unos quince centímetros más bajas, por término medio.

—¡Qué estupendo! ¿Y sin embargo os dominan?

—Eso es una pregunta delicada —respondió él con una risa—. Depende en qué parte del país te halles y con quién estés hablando. Personalmente, deniego la acusación. Lo mismo hará cualquier otro macho en Tejas.

Le habló de Tejas y de su antifeminismo militante. Para entonces estaba confortablemente arrellanado con la espalda apoyada en una peña, fumando un cigarrillo y tomándose una segunda taza de café.

Ella vino y se sentó a su lado, atenta e interesada. Parecía hacerse olvidado que era su cautivo y que podría en cualquier momento tratar de aprovechar cualquier oportunidad para escapar y vencerla, aunque la muchacha había dejado el 45 en la funda de la silla.

Mientras la luna se ponía el tiempo pareció detenerse.

Dave habló y la joven escuchaba y luego fue ella la que habló y él quien escuchó. Era una guerrera, le dijo. Ese era el destino de las mujeres de Lyru, aunque ella misma todavía no había entrado en combate.

Apenas tenía dieciséis años cuando la espacionave abandonó el planeta Cinco, Sistema Siete... era una mujer adulta según el sistema de Lyru, pero todavía una recluta.

No quería ser guerrera. Lucharía y mataría si era preciso, porque las de Lyru siempre lo hicieron. Esa era su herencia y la única cosa que conocían.

Tenían que mantener a sus hombres. Los hombres eran débiles y despreciables, pero necesarios por su valor en la procreación.

Algunos hombres se hacían artistas, otros poetas y novelistas. Un tema prevalente en los relatos era el del día en que los machos encontrarían su fuerza perdida y se libertarían de la esclavitud a que estaban sujetas las mujeres de Lyru por los Crones.

¿Los Crones? Dave tuvo tentaciones de interrumpir, pero se contuvo y la dejó seguir hablando a su manera. Ella estaba sentada como entrañes en la quieta noche, hablando como si verbal izase sus pensamientos tanto para ella como para él.

Las Crones eran una raza de odiosas mujeres viejas, que controlaban el planeta y a las de Lyru. Las de Lyru eran sus mercenarias y así había sido durante los tiempos pasados y mientras podía recordarse. Las de Lyru eran altas y esbeltas, gente hermosa, mientras que las Crones eran feas y arrugadas. Pero eran las Crones quienes tenían el poder y el conocimiento. Sin ellas las de Lyru no eran nada y volverían al salvajismo del que habían salido.

La chica se había acercado más a Dave mientras hablaba. Estaba acurrucada y parecía pequeña y asustada en la débil luz del amanecer. Se quedó silenciosa y Dave no se atrevía a interrumpir el silencio.

—Tengo frío —dijo ella por fin.

Instintivamente el periodista le rodeó el hombro con los brazos. De la manera en que estaba ella sentada, quedó naturalmente abrazada a él.

Pudo notar como se estremecía. La cabeza de la joven estaba apoyada contra el pecho de Dave y notó éste la caricia suave del cabello contra su mejilla. Alzó el rostro ligeramente para que Dave la pudiese mirar.

Dave volvía a sentirse protector y a causa de que los labios quedaban separados menos de dos centímetros se inclinó un poco y la besó.

Al cabo de un rato dijo él:

—¿El beso forma parte de vuestra cultura? Después de decirlo se dio cuenta de que era una tontería. Pero ella respondió con seriedad:

—No. Pero sabemos lo que es por la radio vuestra. A mí, particularmente, me parece una costumbre agradable.

Estaba relajada y suave entre sus brazos y parecía sorprendentemente femenina. La volvió a besar. La chica ya no se estremecía.

—Nuestros hombres tienen la cara lisa —dijo ella—. Pero la vuestra es áspera. Creo que me gusta.

—Eso es porque no me he afeitado todavía —dijo Dave—. Necesito hacerlo cada día, porque la barba me crece horrores en veinticuatro horas.

Se dio cuenta de que acababa de decir lo que no debía porque ella se puso rígida y miró al cielo.

La habla recordado el tiempo. Las primeras luces del alba iluminaban el firmamento.

Durante un momento ella permaneció arrodillada, sonriendo, con sus dedos en la mejilla de él.

Luego sacudió la cabeza como para aclarar los pensamientos recogió las cosas de la comida y las guardó en las alforjas.

—Vamos —dijo—. Es tarde. Y saltó a la silla.

—¿Dónde vamos? —preguntó Dave. Se le ocurría ahora que había una docena de preguntas sin responder a pesar de la larga conversación que habían tenido, ¡a más importante la dirección en que iban a viajar.

—Ya lo verás —contestó ella—. De prisa.

—No hay prisa —dijo él. Permaneció plantado cerca de su montura, manteniendo las riendas flojas—. La respuesta de todo lo que tú quieres está aquí. No conmigo necesariamente —se apresuró a añadir—, pero aquí en Tejas. Yo no sé qué es lo que os proponéis, pero es evidente que os sentís infelices. Ahora es vuestra oportunidad, cuando estáis lejos de las Crones del Planeta Cinco, te prepararon una pequeña revuelta contra ellas. Alzaros contra la esclavitud, si sabéis lo que significa. Nada de violencia; recoger vuestras cosas y escapar. Yo os ayudaré en cuanto pueda.

Durante un momento la chica pareció pensativa. Luego el primer rayo de sol apareció por el horizonte y volvió ella z. asumir su aspecto comercial y decidido.

—A caballo —ordenó—. Vámonos. Dave se encogió de hombros y montó.

—Tú mandas —dijo.

—No —respondió ella con voz baja—. Las que mandan son las Crones. Ya lo verás.

—¿Quieres decir que están aquí... en la Tierra?

—Aquí, en Tejas. Tengo una cita con ellas al norte, bebería haber llegado ayer, con mi compañera que ahora está muerta. Me he retrasado a causa de la catástrofe... y por tu culpa. Pero no creo que me castiguen si llevo a un prisionero.

—¿Y por qué a mí? Hubiese sido mucho mayor premio y honor el que llevases a Sam Buckskin.

—Tú estabas más a mano —contestó ella—. Servirás.

—Gracias —dijo Dave de mala gana. Cabalgó junto a la muchacha en silencio mientras el día crecía.

—Mira —dijo por último—. Hay muchas discrepancias en todo este cuadro. Ese hablar de guerreros y castigo y de las poderosas Crones. ¿Cómo crees que coincide con la dulzura y las suaves palabras que pronunciaron las Lyru en Washington? ¿Qué hay del peregrinaje a la madre Tierra y todo lo demás? Exactamente de todas maneras, ¿qué es lo que queréis vosotras y las Crones? Y además está esa forma de hablar a gritos con el misterioso sacacorchos violeta. ¿Para qué me necesitabais si habláis el inglés como nativas?

—Ya te he dicho demasiado —ella miró hacia delante con firmeza, la barbilla alzada un centímetro más de lo normal—. Creo que ha debido de ser por causa de la luz de la luna.

Es un fenómeno conturbador. En el planeta Cinco no tenemos luna.

Dave sonrió.

—Os habéis perdido algo bueno entonces, hermanas... ¿Cómo te llamas?

—Eso tampoco te importa —ella se volvió y le miró un instante—. Me llamo Lori —Volvió a fijar la vista delante, pero ahora sonreía—. Y su nombre es David, ¿eh?

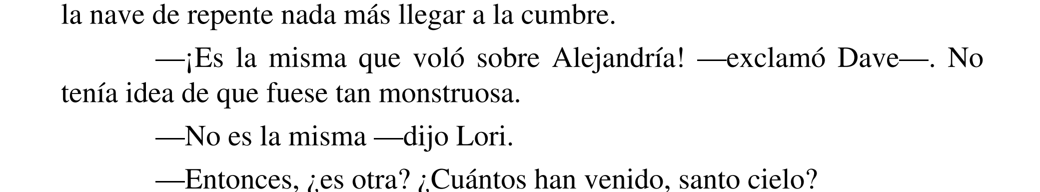
—Los amigos me llaman Dave —repuso el periodista—. Dave Hull.

—Sí, pero no me gusta el diminutivo. No queda varonil. Yo te llamaré David. Eres muy hombre, David Hull. David Hull. Así queda mucho mejor... más fuerte. Estoy harta de debilidades. David Hull; pero no trates de incitarme a la revuelta de nuevo, por favor.

—Está bien, Lori —contestó Dave—. De todas maneras, por ahora no lo haré.

—De acuerdo David Hull.

Vieron la negra nave espacial antes de que el sol ¡se hubiese alzado más. Yacía impresionante sobre un llano de un valle entre dos colinas bajas. Habían trepado por una de estas dos colinas para llegar hasta ella y la vieron a



la nave de repente nada más llegar a la cumbre.

—¡Es la misma que voló sobre Alejandría! —exclamó Dave—. No tenía idea de que fuese tan monstruosa.

—No es la misma —dijo Lori.

—Entonces, ¿es otra? ¿Cuántos han venido, santo cielo?

—Chist —dijo ella—. Haces demasiadas preguntas.

—Es mi trabajo.

La espacionave yacía inmóvil. Su escotilla estaba cerrada y en apariencia no había nadie fuera del navío.

—Bueno, señora —dijo Dave, alzando el sombrero—. La acompañé hasta casa. Creo que ahora me iré —dio vuelta a su caballo en dirección al camino por el que habían venido.

—Eres muy chistoso, David Hull —dijo Lori sacando el 45 de la funda y apuntándole—, pero no es momento de bromas. Eres mi prisionero y vas a venir conmigo. Pasa de mí colina abajo.

Dave se encogió de hombros. Volvió a dar vuelta y empezó a bajar.

—Creo que sería menos chistoso con una bala dentro del cuerpo.

Siguió hablando y ocultando sus manos con el cuerpo mientras manipulaban en da emisora de radio de su silla de montar. Se preguntaba porqué no había pensado en utilizarla antes. Quizá por lo interesante de su compañera.

—Como tú decías, Lori, soy tu prisionero. Pero estoy seguro de que esperas que las Crones conozcan la hospitalidad Tejana —esperó interiormente que hubiese un buen e inteligente empleado en la emisora de recepción mejor que el que recibió la llamada el día anterior—. ¡Quién se hubiera podido imaginar que una segunda nave de Lyru hubiese aterrizado en Tejas! Todavía no nos han visto, Lori; quizá podamos huir a tiempo si quieres cambiar de idea acerca de rebelarte contra las opresoras. Dijiste que te gustaba Sam Buckskin... ¡«Sam Buckskin!»... así que, ¿por qué no volvemos al Rancho- Escondido? «¿Rancho Escondido?».

¡Maldito sea el radioescucha de la emisora! Probablemente estaría dando una cabezada antes de que se diese cuenta de que le hablaban con urgencia.

—¡Deja de hablar! —gritó Lori—. ¿Qué estás haciendo?

Se colocó con su caballo al lado de Dave.

—Charlar tan sólo, tesoro —dijo con inocencia— Pasando el tiempo, al estilo Tejano.

Los ojos de ella destellaban llamas.

—¡Apaga ese chisme y baja del caballo!

Obedeció en parte. Pero en lugar de cerrar el interruptor de la

radioemisora lo colocó emitiendo la señal de zumbido, inaudible excepto desde la estación receptora. Luego ¡desmontó!, haciéndole dar vuelta al caballo y palmeándole en las ancas para que echase a correr. El animal se alejó, colina arriba.

La chica disparó y una bala se estrelló en el suelo a los pies de Dave.

—Haz lo que te digan —gritó—. No te dije que despidieses el caballo. Si intentas una nueva jugarreta, la próxima vez mi puntería será más certera.

Vio como desaparecía el caballo por encima del altozano. Volvería al rancho, porque para tal cosa estaba adiestrado, lanzando el zumbido durante todo el viaje. Esperó que el empleado de la radio no permaneciese todo el día dormitando.

—Eso sería una cosa estupenda que hacer —contestó Lori—, después de cuanto hemos sido uno para el otro. En especial cuando no intenta hacer nada. Todo lo que hago es quedarme aquí plantado esperando tus órdenes.

Le sonrió, sintiéndose educado. La chica parecía en evidencia, abrumada. También, como diría cualquier Tejano, engañada. No le importaría mezclarse con ella en un combate de cuerpo a cuerpo, aún sabiendo por experiencia que Lori peleaba como una gata salvaje, pero se imaginó que podría dominarla utilizando su ventaja psicológica. En apariencia ella necesitaba con razón a las Crones o a su equivalente. Si el resto de las de Lyru eran iguales, serían buenos soldados, pero no servirían para oficiales, ni siquiera para cabos o sargentos.

—Bueno —dijo ella, haciendo un gesto con el revólver al cabo de un momento—, camina delante de mí hacia el navío.

Dave así lo hizo.

—Parecen haberse despertado ya —comentó. La escotilla del hemisferio grande de la parte superior del navío comenzó a abrirse—. Creo que oyeron tu disparo.

—Camina. No hables.

—Sí, señora.

Los de Lyru salieron por la escotilla y bajaron por los lados de la espacionave como bomberos al responder a una llamada de alarma. Formaron en filas rápidamente y vinieron a paso de marcha hacia los dos. Su cabeza iba una de esas cosas en forma de sacacorchos violeta, sólo que ésta marchaba independientemente de cualquier caja negra. Flotaba, vibrando, a un metro del suelo. Dave oyó débilmente a lo lejos su chillido, como si estuviese dando órdenes.

Luego, como medida de precaución, un pequeño avión de exploración salió por la escotilla. Marchó a gran velocidad hacia Dave y la muchacha y a los pocos segundos revoloteó sobre ellos. Otra espiral asomaba por la escotilla de la navecilla.

Gritó agudamente a Lori.

Ella devolvió el grito, señalando a Dave con su pistola.

Pronto las tropas terrestres de las Lyru llegaron hasta ellos, formando un estrecho cuadrado en su torno seguido por el acompañamiento de muchos más chillidos entre los dos sacacorchos y después todos en conjunto se encaminaron hacia la gran espacionave.

Dave advirtió que Lori, como cualquier buen soldado, no dijo nada a sus compañeras, aunque varias la miraron con curiosidad.

Había una especie de confusión en como hacer entrar a Dave en la espacionave.

Cuerdas largas plateadas, con nudos a intervalos y aparentemente hechas de alguna fibra metálica, pendieron de la escotilla hasta el suelo, pero Dave no hizo el menor intento para trepar.

Finalmente uno de los sacacorchos lanzó un agudo grito de órdenes y dos de las Lyru le cogieron por debajo de los sobacos y le transportaron entre ellas. Eran sorprendentemente fuertes.

Dentro de la escotilla había una inmensa cubierta, como con una docena o algo más de pequeñas naves de pie sobre las paredes. Dave fue introducido en un alto pero escasamente iluminado corredor que torcía hacia la izquierda en un arco amplio, que parecía internarse en el casco de la nave. Aún las dos Lyru le cogían los brazos, pero las muchachas, aunque ceñudas, eran muy atractivas.

Vio a Lori por última vez abajo, todavía a caballo, mientras doblaba la esquina del corredor.

Sus captoras giraron hacia la izquierda en un cruce de pasillos, efectuaron tantas desviaciones que él se sintió desorientado.

El largo paseo y el paso al que se movían le hizo darse cuenta de la inmensidad de la espacionave. Calculó que habrían viajado casi un kilómetro cuando sus guardianas se detuvieron ante una puerta que era tan amplia como el propio corredor.

Osciló hacia adentro y más allá de dicha puerta la habitación era enorme. Al extremo de la estancia se alzaba una especie de tarima. Sobre la plataforma se alzaban tres grandes sillones. De no menor categoría que tronos. Había una espesa cortina roja detrás de los tronos, que llegaba desde el techo hasta el suelo.

Una espiral violeta bailoteó por encima de la cabeza de Dave desde detrás de él y pendió pulsando en el aire entre los tronos y su persona.

Los guardianes le hicieron detenerse, luego le soltaron y cayeron de bruces con cierta violencia. Durante un momento Dave pensó que se habían desvanecido simultáneamente, pero luego se dio cuenta de que se habían postrado en alguna especie de ceremonia de veneración.

La espiral le habló en inglés con voz metálica:

—¡Viene La Suprema Alteza! ¡A Tierra, terrestre!

Dave soltó una carcajada.. Se parecía mucho a una mala película de misterio para provocar otra reacción.

—¡Cáscaras! —exclamó.

La espiral se volvió de un rojo violento y comenzó a extenderse y contraerse como si fuese una concertina que alguien tocara.

—¡Insolente! —gritó. Su resplandor rojo se identificó de manera eme ahora Dave podía percibir los tronos con dificultades. Había un movimiento en las cortinas tras los sillones y luego tres figuras se sentaron en ellos.

La espiral gritaba ahora en la lengua de Lyru, pero no hizo ningún movimiento hacia él.

Dave permaneció donde estaba y cuando una voz habló desde los tronos la espiral se calmó y recuperó su luz violeta.

En los sillones, en los tronos, había tres mujeres muy viejas. Evidentemente, las Crones. Estaban arrugadas, sin dientes y con el pelo hirsuto y desmadejado. Cada una vestía una bata sin forma que descendía desde los hombros hasta los tobillos y que antaño fue blanca. Ahora era gris y salpicada de manchas, incluyendo la baba que pendía de sus bocas entreabiertas. Llevaban los pies desnudos y sucios con porquería acumulada en más de un día.

Las ancianas despedían un olor verdaderamente repugnante. Dave las comparó durante un momento con las limpias y ligeras mujeres de Lyru que yacían postradas ante ellas y recordó la historia que Lori le había narrado.

Se sintió doblemente contento por no haber seguido las órdenes de la espiral y haberse postrado en tierra como sus captoras y por ni siquiera verse arrodillado.

Pero ahora se inclinó levemente ante las Crones. La cortesía era necesaria aun cuando aquellas tres mujeres necesitasen malamente un baño.

No dijo nada, esperando que ellas hablasen primero.

Las ancianas lo estudiaron con cuidado con ojos cansinos. Eran humanas, pero caricaturas deterioradas por la edad y por el descuido en su arreglo personal. Susurraron entre ellas con las huesudas barbillas temblando y le señalaron con largos y sucios dedos.

Luego ce arrellanaron en sus tronos y la del centro habló:

—Somos la Suprema Alteza, La espiral ya se lo había dicho.

—¿Qué tal, señora? —dijo Dave—. Bienvenidas a Tejas. —Se daba cuenta entonces de que estaba nervioso, de que podían aquellas mujeres ser lo bastante salvajes como para matar a sus prisioneros, y consideró exagerado hablar el inglés Tejano tan provocativo—. Estamos muy orgullosos de tenerlas con nosotros.

Las tres ancianas discutieron entre sí, la del medio volvió a hablar.

—Estamos acostumbradas a que se nos trate de Suprema Alteza, jovencito.

—Bueno, señora —dijo Dave—, sin faltarlas al respeto, Tejas es una democracia, como los Estados Unidos y aquí no tenemos personas de sangre real... excepto los reyes del petróleo y los monarcas ganaderos... pero, incluso en Inglaterra, donde tienen reina, es propio dirigirse a la soberana con el tratamiento de señora, así que no espere usted otra cosa. ¿Piensan pasarse mucho tiempo en su visita?

Hubo más murmullos entre las ancianas.

—Somos nosotras quienes hacemos las preguntas, jovencito —dijo la del centro—. ¿Cómo te llamas?

Se lo dijo pero no le dijo nada más y al mismo tiempo aprendió muy poco de ellas. Tuvo la impresión de que habían estado en contacto con las otras espacionaves y que se les había dicho cuanto averiguaron las enviadas de Lyru, Pero las Crones eran viejas diablas agudas e inteligentes y si una de ellas parecía dispuesta a marcharse de la lengua, las otras dos se la hacían callar de inmediato.

Por su parte, Dave siguió desempeñando el papel del Tejano bueno pero lamentablemente estúpido y la entrevista culminó con una insatisfacción mutua.

Las Crones se reunieron con dignidad y salieron por detrás de la cortina. Las de Lyru, que habían estado boca abajo todo el tiempo, se levantaron ahora y siguiendo las órdenes de la espiral, se llevaron a Dave por los corredores.

Después de muchas vueltas y revueltas, más de las que sospechó que fuesen las necesarias, estaba perdido por completo. La espiral mandó el ¡alto ante una de la serie de puertas de tamaño ordinario. Las Lyru la abrieron, le empujaron dentro y cerraron a sus espaldas. No percibió ningún sonido de cerradura pero cuando trató de abrir, la puerta no cedió.

La habitación medía unos dos metros por tres y medio. Las paredes, techo y suelo eran de la misma sustancia metálica negra de que estaba construida la espacionave. Había una luz cuya fuente no pudo descubrir. Luz indirecta, escasa, pero suficiente para leer, si hubiese tenido algo con que hacerlo. Parecía no haber apretura por ninguna parte para la ventilación, pero el aire era fresco y así permaneció.

El único mueble, si es que así podía llamarse, era una plancha de material negro alzada a un par de palmos o un poco más del suelo y que tenía algo más de dos metros de longitud. Parecía tan dura como el cemento, pero cuando se sentó la halló sorprendentemente cómoda. Parecía ceder ligeramente a cualquier presión que se ejerciese contra la sustancia.

Un examen completo de la habitación mostró que no había posibilidad

de escape sin ayuda exterior, así que se tumbó sobre la plancha a pensar, y se durmió casi al instante.

Be despertó al oír que pronunciaban su nombre. No tenía la menor idea de cuánto tiempo había estado durmiendo. Ahora se daba cuenta de que se olvidó de ponerse el reloj cuando Lori le raptó desde el Rancho Escondido.

Se sentó y vio que la mitad, superior de la, puerta, estaba abierta. Pero cuando se acercó halló que meramente se había hecho transparente.

Lori estaba plantada en el exterior.

—Hola, David Hull —dijo ella.

Lori sonreía.

IX

—¿Estás sola? —preguntó Dave. A través de la parte superior de la puerta podía ver únicamente parte del corredor.

—Sí —contestó Lori—. Vine para ver si estabas bien instalado.

—Físicamente, sí, a pesar de la naturaleza espartana de mi celda. Mentalmente, no; quiero salir de aquí. ¿Puedes abrirme la puerta?

—No.

—¿Dónde está la pistola? Quizá podrías romper la cerradura de un balazo.

—Tuve... tuve que entregarla.

—¡Oh! —exclamó el periodista—. De todas maneras no hay motivos para creer que me ayudarías a escapar, puesto que fuiste tú quien me trajo. ¿O sí los hay? ¿Te castigaron por haber sido capturada?

—Sólo unos pocos latigazos —dijo la chica—. No fue nada.

—¡Nada! Pobre criatura. Esas repugnantes mujeres. ¿Qué demonios se proponen, de todas maneras? Babear siniestramente como en una escena de Machbeth, no tiene sentido. Además todas esas paparruchas de postrarse en el suelo y llamarlas Supremas Altezas... ¿Están en su sano juicio?

—Chist —susurró Lori con el ceño fruncido—. Ellas «son» las Supremas Altezas y no se pueden objetar sus decisiones. Si ellas deciden mostrarse a las gentes de la Tierra tal y como lo hacen, eso es cosa suya e indudablemente obran de manera justa y correcta.

—Vamos, Lori, deja ya esa monserga. Si tuvieran buenas intenciones no tendrían porqué preocuparse. Pero si han venido a da Tierra con una idea exagerada de su propia importancia y esperan ser adoradas y peder mandar a la gente, pronto aprenderán que se han equivocado y no tiene cogida la sartén por el mango.

—La Suprema Alteza —dijo ella en voz baja—, ha realizado un largo, durísimo y muy costoso viaje para ofrecer su homenaje a la Tierra de la cual procedemos todos. Después de eso habrá un intercambio de conocimientos y experiencias y luego es deseo de la Suprema Alteza que se establezca un comercio pacífico entre los dos mundos.

—Lori, guapa, sé tan bien como tú que eso es sólo un discurso que os obligaron a aprender de memoria. Es más, no suena lo convincente que debiera. Hay cosas en nuestros libros de historia que hablan de la Esfera de Prosperidad Común de la Gran Asia y del Gran Reich de los Mil Años que suenan aún más convincentes. Pero que eran conceptos tan falsos como los

vertidos por un prestidigitador para embaucar al público. Luego todo se resolvió en guerras sangrientas. La Vieja Tierra ha seguido sensata y pacífica después de eso, ¡pero si alguien provoca a nuestra gente y trata de engañarla de nuevo, ya puede prepararse, hermana!

—No entiendo lo que quieres decir, David Hull.

—¿De veras? ¿Entonces por qué me tienen encerrado como si fuera prisionero de guerra? ¿Por qué esas viejas brujas se ocultan tras las falditas cortas y las piernas espléndidas y las caras bonitas de vosotras, las de Lyru? ¿Por qué está aquí escondida entre las montañas esta segunda espacionave? ¿Por qué me raptaste a punta de pistola? ¿Es ese el modo de desplegar una diplomacia interestelar?

Se dio cuenta de que gritaba y se excusó.

—Sé que no es culpa tuya lo que sucede, pero tenía que quejarme a alguien.

—Sigue, si hallas alivio así a tus sentimientos —dijo ella—. Pero tienes injustificados recelos. Sabemos muy poco acerca de la gente de la Tierra y necesariamente debemos tomar ciertas precauciones. Quisiera no haberte raptado si tú no lo hubieras hecho primero. ¿Qué te proponías al raptarme?

—Supongo que es una buena pregunta. Hacerte prisionera era también una precaución, en cierto modo. Pero fue más una acción de guerrilla, porque soy periodista y vi la oportunidad de conseguir una historia. Luego comprendí que sería mejor entregarte a Sam Buckskin, puesto que él está encargado de...

Se interrumpió al advertir un resplandor en el pasillo, proveniente de más allá de la zona de su visión. Podía ser una espiral a la escucha. Se preguntó si llevaría allí mucho tiempo.

—Sigue —apremió Lori—. Me estabas hablando de Sam Buckskin. ¿De qué está encargado? El Rancho Escondido parecía ser un establecimiento militar. ¿Tiene muchos hombres? ¿Qué clase de armas poseen?

Dave se esforzó por ver por el rabillo del ojo sin apartar la vista de la muchacha. Ahora Lori trataba de sonsacarle. Pedía haber sido obligada a ello, teniendo cerca a la espiral, hablándola e incluso dirigiendo la conversación de la joven.

—Te decía que soy periodista —prosiguió Dave—. Tiene gracia el modo en que me metí en la profesión. Estaba en la escuela superior de Shanon, Pennsylvania, cuando...

Siguió hablando sin dejar de mirarla a la cara. Los ojos de ella tenían una expresión que no tuvieron la noche anterior cuando conversaron en la garganta rocosa. Claro que entonces reinaba la oscuridad, pero recordaba ahora la observación de Ann Hammond acerca de las Lyru en la recepción celebrada en Washington. Estaban asustadas, dijo Ann. Y eso es lo que ahora le pasaba a Lori. Y así se convención de que había una espiral fuera de su

vista, espiándole, a través de ella, por cuenta de las Crones.

Se preguntó cuánto les habría dicho Lori acerca de los acontecimientos de la noche anterior. Esperaba que ella hubiera tenido bastante sentido común para no confesar que había llegado a pensar en desertar de su tiranía y se alegró de no haber hablado ahora nada que pudiera dar a las Crones un motivo para castigar de nuevo a la chica.

¿Pero de verdad que la habían castigado? Lori pudo haberlo afirmado como para recargar las tintas del panorama y soltarle la lengua mejor. Interrumpió el monólogo cerca de los principios de su carrera y dijo:

—Date la vuelta, Lori.

Ella le había estado escuchando con rostro inexpresivo. Ahora se mostró sorprendida, pero obedeció. Se le veían en la espalda frescos verdugones, destacando sobre la piel blanca como muestras de una horrenda crueldad.

Lori se volvió de nuevo a él, interrogadoramente.

—Tus graciosas amigas, las Supremas Altezas —dijo con amargura —, están anticuadas. En nuestro ejército ya no se usa el látigo en absoluto — la mandó un beso a través de la puerta transparente y dijo—; Estoy cansado, Lori. Necesito dormir. Será mejor que tú también te retires a descansar.

Dio media vuelta y se tendió en la mullida plancha. Lori continuó donde estaba, sin moverse. Dave cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir un minuto más tarde, la puerta estaba de nuevo, negra y sólida.

Escuchó atento y le pareció oír débil el chillido de una espiral retrocediendo por el pasillo. Se quedó tumbado, preguntándose qué serían en realidad las espirales. Al principio parecían meros traductores, semi-animados, pero presumiblemente mecánicos y dependientes para su transporte de una especie de sombrerera que portaba una de las Lyru. Pero aquí, tras haberlos visto, aquellos sacacorchos actuaban como cosas independientes, comandando un pelotón de mujeres guerreras, funcionando como grandes visires en la corte de las ridículas «Supremas Altezas» y, finalmente, interrogándole a través de Lori en la creencia de que hablaría a la joven con más libertad que a las Crones. ¿Eran aquellas criaturas con razonamiento propio un eslabón de enlace en la cadena del mando entre las Crones y las Lyru? ¿O se limitaban a ser una mera extensión de la personalidad de las ancianas mujeres? Se durmió preguntándose todo esto.

Un sordo batir metálico en alguna parte del interior de la nave le despertó. Oyó el sonar apagado de pies corriendo en el pasillo exterior. Luego silencio. Se levantó y fue hasta la puerta a escuchar. Durante un largo rato no percibió nada más, luego captó tenues pisadas y la parte superior de la puerta se hizo transparente. Lori había vuelto.

Estaba de pie, con un dedo sobre los labios y la otra mano apoyada en la pared próxima a la puerta. Apretó dicha mano y cesó la transparencia.

Dave había estado apoyado contra el panel superior cuando éste se desmaterializó y la cabeza saltó hacia el pasillo. El corredor se hallaba vacío a excepción de la muchacha. Ni se veía una espiral ni tampoco el resplandor propio de ellas.

Lori hizo un gesto con la cabeza y Dave saltó por encima de la parte sólida de la puerta.

—No hables —dijo ella—. Sígueme.

Le condujo sin ocultarse pero en silencio por el corredor y doblando una esquina hasta una habitación cuya puerta estaba abierta. Ella miró dentro, luego arrastró a Dave tras de sí y cerró. La estancia parecía una tienda donde se vendiera metal trabajado, con pilas de material plateado desparramadas por el suelo. Pero entonces vio que eran uniformes metálicos de las Lyru y que aquello debía ser una lavandería o una tintorería. Una caldera estaba apoyada contra la pared del extremo opuesto y se veían colgadores con uniformes limpios, ordenados según los tamaños y tallas.

Lori midió a Dave con ojo experto y descolgó uno da los uniformes. Colocó la falda sobre la cintura del periodista.

—Espera un momento —protestó él.

—Quieres escapar, ¿verdad? —preguntó ella. Su expresión era en extremo seria, presumiblemente para, evitar romper a reír a carcajadas.

—Sí, pero ha de haber un medio mejor que éste.

—No tenemos tiempo de discutir, David Hull. La espacionave está metida en un ataque. Reina la confusión y si nos damos prisa podremos salir sin ser vistes. Pero amanece y el único modo de que salgas del navío es disfrazado de Lyru.

—¿Un ataque? ¿Qué clase de ataque?

—Cañones grandes —dijo ella—. Lo verás tú mismo pronto si te muestras razonable. Vamos, ponte esto —le entregó una falda plateada y unos sostenes.

Tomó las prendas con aire de duda.

—¿Vendrás conmigo?

—Sí, si me llevas —Lori le miraba fijamente a los ojos.

—Pues claro que te llevo. Está bien, reprimiré mi orgullo varonil —se puso la falda y tiró de ella para subir la cintura de la prenda por encima de sus caras.

—Encima de las ropas que llevas, no, tentó —dijo Lori—. Quítatelas primero. No miraré.

Empezó de nuevo a protestar, luego se resignó ante la extraña situación. La falda le sentaba como un tiro pero aún le quedaba peor el sostén, flojo y deshinchado en su tórax.

Escondió sus ropas con el debajo de una pila de uniformes sucios de las Lyru y se echó una mirada a su ridícula figura.

—Lori —dijo con voz meliflua.

Ella reprimió una sonrisa al volverse.

—No estás mal. Algunas de nuestras chicas también tienen el pecho liso. Y como está lloviendo la capa forma parte del uniforme. Tienes las piernas algo peludas y será preciso afeitártelas, pero si mantienes gacha la cabeza no te reconocerán. Toma.

Ella le colocó una cinta o banda en la cabeza.

—El pelo también es un poco corto. Súbete en la nuca el cuello de la capa. Mira, así — le enseñó cómo con el ejemplo y abrió la puerta un poquito —. El camino está libre. Sígueme de cerca.

Sintiéndose como un imitador de estrellas de cualquier cabaret barato, siguió a la joven por el pasillo. Lori caminaba de prisa y Dave se mantenía a, un paso detrás arropándose con la capa, la barbilla hundida en el pecho. Varias veces se cruzaron con pelotones de Lyru, pero todas parecían tener prisa y apenas si le dedicaron una mirada de reojo. Una vez apareció una espiral reluciente cruzando por un corredor transversal y gritó algo a Lori. Ella le respondió con otro chillido sin detenerse y la espiral continuó a su vez su propia ruta.

Llegaron a la cubierta principal, que parecía ser el loco de toda actividad. Docenas de Lyru se afanaban en realizar misteriosas tareas, trasteando en torno a una navecilla exploradora, entrando y saliendo por los arranques de los diversos pasillos, subiendo y bajando por las nudosas cuerdas metálicas que pendían hasta el suelo por la abierta escotilla.

Una de las naves pequeñas de exploración regresó del exterior cuando Dave y Lori se hallaban momentáneamente al borde de la cubierta. Otra despegó, marchándose. Volaba en silencio y con rapidez. Era imposible decir qué energía las impulsaba.

—El cielo estaba oscuro con nubes y llovía a cántaros cosa que se podía distinguir gracias a la abierta escotilla.

—¡Ahora! —susurró Lori y cruzó hasta el borde con rapidez. Se agarró a una de las cuerdas y bajó por ella, mano a mano. Dave la siguió.

El descenso no pareció acabar nunca. Mantuvo la cabeza medio oculta de las Lyru que bajaban o subían. Lo hacían con fluidez, maniobrando mucho mejor de lo que él maniobraba para bajar.

Por último estuvo lo bastante cerca del suelo para saltar. Cayó en un terreno enlodado y notó cómo le resbalaban los pies. Maldijo por lo bajo. Le tendieron una mano y se agarró a ella forcejeando por levantarse y envolviéndose en la capa.

—Gracias, Lori —dijo—. Soy muy torpe.

La propietaria de la mano le miró inexpresiva. ¡No era Lori! Soltó la mano y se apartó raudo da la Lyru. Debía ser una de las más lerdas, porque no hizo el menor gesto de perseguirle ni de dar la alarma.

Se alejó chapoteando del navío, la cabeza bujo y buscando a Lori con los ojos. Las Lyru le rodeaban por todas partes en la borrosa lluvia, indistinguibles una de otra al ir todas arrebujadas y llevar el pelo mojado. Masas oscuras, silenciosas que eran las pequeñas naves exploradoras circulaban por encima de las cabezas, con la débil luminiscencia de una espiral en la escotilla de cada una de ellas. Pero no vio ningún avión americano, ni ninguna otra indicación de un ataque contra la espacionave.

Un largo y quebrado relámpago apuñaló la vecindad, recortando con su luz a la colina desde la que él divisó por primera vez a la espacionave el día anterior. Le pareció que había pasado una semana desde aquella ocasión. Se encaminó hacia la colina, rodeando en torno a una Lyru que se había lanzado al suelo nada más producirse el relámpago y que temblaba de miedo al resonar el tremendo trueno. Al pasar a su lado vio que se trataba de Lori.

Se tiró a su lado y la hizo ponerse en pie.

—¡Vamos! Pensé que te había perdido. Ella le miró con alivio y corrió colina arriba a su lado.

—¡Esos cañones! —dijo—. ¡Qué armas tan terribles poseéis!

Dave se quedó un memento perplejo, luego se echó a reír a carcajadas.

—Espero que las Crones crean lo mismo —dijo—. Exactamente no son nuestras armas. Más tarde, quizá, te daré un cursillo acerca del trueno y el rayo.

—No creo que tu caballo esté a mano —dijo Dave.

Subían colina arriba, una cortina de agua les ocultaba del confuso ajetreo de las Lyru en torno a la espacionave.

—Ellas se lo llevaron para estudiarlo —repuso Lori—. Les parecía un animal extraño.

—Supongo que también, me habrían estudiado a mí, si tú no me hubieras ayudado a escapar. Te estoy agradecido, Lori. ¿Por qué lo hiciste?

La mano de la joven le dio un golpe en la nuca, arrojándole de bruces al fangoso suelo. Se puso en pió furioso, pero inmediatamente se volvió a arrojar al lado de ella al ver la borrosa silueta de una nave exploradora volando sobre ellos. Permanecieron inmóviles hasta que la navecilla se alejó tan silenciosa como había venido.

—Fuiste bueno conmigo —susurró Lori—. Nadie lo había sido nunca.

—Hay más amabilidad en mi raza —contestó Dave—. La suficiente para todas las Lyru, si pudiéramos convencerlas para que se instalasen aquí apaciblemente. ¿Crees que hay alguna posibilidad de conseguirlo?

Hablan llegado a la cima y avanzaban con menor precaución. Desandaban el camino cubierto a caballo, esperando Dave que SE ni Buckskin hubiera enviado una patrulla de reconocimiento en respuesta a la señal del zumbido.

—No lo sé —contestó Lori—. La disciplina es muy rígida. Y además están los ayudantes... esos que vosotros llamáis espirales. Carecemos de voluntad cuando tenemos cerca a uno de ellos.

—¿Qué son? ¿Cosas vivas o una especie d? máquinas robot?

—Ninguna de las dos cosas —repuso la muchacha—. O ambas a la vez. No puedo explicártelo. Pero tenía a un ayudante de esos cerca de mí cuando te visité en la celda. Yo era quien hablaba pero él dirigía mis pensamientos.

—Me lo sospeché —asintió Dave—. Por eso hablé divagando. Sin embargo, más tarde lograste deshacerte del sacacorchos.

—Eso fue cuando el ataque se produjo. Vuestros misteriosos truenos y rayos. Aquel ayudante fue convocado a una conferencia donde recibiría órdenes y en la confusión me fue posible libertarte.

—¿Qué sentías cuando la espiral te estaba controlando? ¿Era como tener dentro de ti un cerebro extraño?

—¡Sí! —exclamó la joven—. Pero sólo hoy lo experimenté por primera vez. De ordinario no sentía nada igual, quizás porque estaba tan acostumbrada que se me había hecho cosa normal. Pero cuando perdí por primera vez... las instrucciones del ayudante... el día en que éste fue destruido por el fuego provocado por la catástrofe de mi avión de exploración... me sentí rara, muy rara. Sola, asustada, insegura...

—Eso se llama libertad —dijo Dave—, O independencia. Tiene su precio. Hay personas que lo consideran duro de pagar y renunciar a ser libres e independientes, prefiriendo la comodidad absurda de un jefe que les dígalo que tienen, que hacer. Un ser que pensará por ellos, como vuestros ayudantes.

—Así sentía yo —admitió ella—. Tenía que volver s la seguridad a. mi manera. Lo necesitaba y luché contigo por lograrlo y más tarde, cuando me hablante, realmente no quería escucharte. Me notaba tentada y me sentía avergonzada. Pero cuando volví a la gran nave me di cuenta de que ya no me satisfacía que. un ayudante contrólala mis pensamientos. Me pareció una súbita violación de mi personalidad —se detuvo y alzó la barbilla—. Toda persona tiene derecho a pensar por sí misma, a ser dueña de su cerebro.

—¡Bien, chiquilla! —exclamó Dave—. Prácticamente en una noche aprendiste una gran lección. Se necesitan generaciones para que lo aprenda la gente.

La lluvia disminuía ahora y el tronar quedaba reducido a un sordo murmullo en la lejanía. Caminaron en silencio algún tiempo, concentrados en poner tierra por medio entre ellos y la espacionave. Ya no vieron más aparatos

de exploración y nadie les perseguía a pie. Era posible que ni siquiera les hubieran echado de menos.

—¿Creísteis que el trueno y el relámpago era artillería? —preguntó Dave—. Y sin embargo, reconocisteis la lluvia. ¿Qué clase de clima tenéis en vuestro planeta?

—Llueve, pero nunca tanto como aquí. Una cosa así como la lluvia de ahora. —Lori señaló la tenue llovizna—. Y no muy a menudo. Oímos tronar y relampaguear por la radio, pero de manera vaga. Esto es mucho más espectacular que nada de lo que yo viera o imaginara.

—Creo que la naturaleza sigue siendo el más grande de todos los espectáculos.

Dave vio cómo Lori inclinaba la cabeza como si escuchara. Un segundo después sobre sus hombros se posaba un lazo, que apretado con un experto tirón le hacía caer hacia atrás. Lori. enlazada separadamente, quedó tumbada junto a él.

Mientras se daban la vuelta, forcejeando por ponerse en pie, vieron a dos jinetes mantener tensos otra vez los lazos y separarse un poco de ellos.

—¡Yajúuuuu! —gritó uno—. ¡Estaos quietas, niñas!

Tambaleándose, luchando por no caer, Dave gritó a su vez:

—¡Cálmese quien sea! ¡Juíiii! ¿Qué diablos le pasa, cabezotas?

Lori le sugirió:

—Diles quién eres, David Hull.

—¡Si son los chicos de Sam Buckskin «saben» quien soy! ¡Lo que pasa es que se han vuelto locos!

—Es posible que no te reconozcan con el uniforme que llevas —repuso ella sonriendo pese a la situación.

Dave se había olvidado momentáneamente de su atuendo. No era extraño que los vaqueros no prestasen atención a sus gritos, proviniendo de una de las dos figuras vistas borrosas a través de la lluvia y que parecían idénticas con sus capas, falditas y sostenes.

Volvió a gritar.

—Escuchad, hombres miserables. Os habéis equivocado de terneras. ¡Parad los jamelgos y escuchad si no queréis que os dé un fregoteo como si fuerais camisas sucias!

Los jinetes disminuyeron la marcha.

—Esa forma de hablar no es propia de las Lyru —dijo uno. Dave reconoció la voz del sargento Pirón.

—¡Y tienes razón! —exclamó Dave—. ¡Es la forma de hablar de un tejano de adopción, estúpido coyote!

—¡Pero si es el viejo Dave Hull! —dijo Pirón—. ¡Cielos Dave, no te

sientan nada mal las falditas!

—¡Quítame la cuerda y deja ya de chistecitos, sargento!

Pirón y sus compañeros cabalgaron hacia ellos sonrientes. Dave se quitó el lazo, luego ayudó a Lori a hacer lo mismo.

—¿Quién capturó a quien, esta vez? —preguntó el sargento. Su mano derecha pendía indolente a un costado, pero cerca, muy cerca de la culata de su revólver.

—Todo va bien —dijo Dave—. Ella vuelve con nosotros voluntariamente. He estado dentro de la espacionave. ¿Recibisteis alguno de mis mensajes?

—Sólo el final de uno de ellos y los zumbidos. El operador de radio está en chirona ahora, aprendiéndose de memoria lo que dice el reglamento acerca, de no dormirse estando de servicio. ¿Cuál es la historia, Dave?

—Empecemos a regresar. Te la contaré por el camino.

—Está bien —contestó Pirón volviendo a sonreír—. Pero tanto la Lyru como tú estáis tan monos que dudo en invitar a uno de los dos para que comparta mi caballo.

Dave Hull, tras haberse cambiado poniéndose el mas sobrio pero menos humillante uniforme de la Legión Tejana, se inclinó sobre el gran mapa que Sam Buckskin había extendido sobre su escritorio.

—Creo que es por aquí —dijo Dave, señalando con el dedo—. En \m valle entre colinas.

—Eligieron un buen lugar —comentó Buckskin—. Cerca de muchos sitios, como hacen los cuervos, pero kilómetros lejos de cualquier carretera o sendero. Nadie tropezaría con la nave por casualidad.

—¿Cómo sabías dónde hallar la nave, Lori? —preguntó Dave a la muchacha. La joven estaba a su lado, mirando el mapa como asombrada por su posible relación con la geografía física—. Marchaste recta hacia él como si siguieras un camino rotulado.

—Lo vi desde el aire antes de que mi avión se estrellara —dijo con sencillez.

—Debes tener algo de paloma mensajera, niña —comentó Buckskin —, para conservar tu sentido de la dirección después de cuanto te sucediera más tarde.

—Lori es una persona sorprendente en muchos sentidos —afirmó Dave—. Con ella a nuestro lado tendremos un buen pie para organizar una quinta columna y libertar de las Crones a las otras Lyru.

—Supongamos que te dedicas a tu oficio de periodista. —sugirió Buckskin con sequedad—, y me dejas la estrategia a mí.

—Sí, señor —contestó Dave.

—No estamos en guerra con nadie... todavía —dijo Buckskin—. Lo que hay que hacer es dejar que Gallinolandia sepa que hay aquí una segunda espacionave. Nadie parece haberla visto excepto la chica y tú...

—Con facilidad puede comprobar que está allí, si no me cree, señor.

—¡Cálmate, joven potro! No dije que no te creyera. Mi punto de vista es que se trata de algo inútil alarmara todos los Estados Unidos por algo que no saben. Comunicaremos a Washington lo que hay, en un mensaje cifrado, claro, y veremos qué clase de ideas tienen, ellos. Pueden haber estado elaborando un plan que cualquier acción unilateral aquí podría echar por tierra. No somos el Ejército de la República de Tejas, aunque muchos téjanos así lo crean, sino sólo la Guardia del Estado y nadie nos ha ordenado federalmente que entremos todavía en acción.

—No creo que pueda hacer mucho periodismo si todo va a ser considerado máximo secreto.

—Será mejor así durante algún tiempo, hijo —dijo Buckskin—. Pero, extraoficialmente, puedes contar en tu periódico lo que quieras. Quedará respaldado cuando la historia se haga pública. Así sabrán tus jefes también que no estás aquí gozando de unas vacaciones.

Dave trató de argüir que las Crones sabían que él conocía su existencia y que la censura resultaría ventajosa para ellas, pero Buckskin se mostró firme.

—Estoy desilusionado, Sam. Francamente creí que el asunto era más importante de lo que usted parece considerarlo.

El rostro del tejano se distendió en una sonrisa y sus ojos destellaron por encima de su ganchuda nariz.

—Has oído demasiada publicidad sobre mí, muchacho. Creo que hasta has escrito algo en ese sentido. Sospecho que te gustaría ver al viejo Sam Buckskin, ídolo de todo acalorado tejano, dirigiendo una carga de caballería contra la espacionave y sacando encadenadas a todas aquellas viejas brujas. Todo salpicado de banderas al aire, disparos de revólver, etc. ¿Verdad?

—No exactamente, pero...

—Ten paciencia, hijo —interrumpió Buckskin—. Es posible que aún presencies alguna acción.

X

Veinticuatro horas más tarde seguía sin recibirse respuesta a! mensaje de Sam Buckskin al Departamento de Defensa. Dave vio al jefe vaquero paseando nervioso arriba y abajo en la sala de teletipos, detenerse de pronto, maldecir y encender un cigarro.

—Conozco a Washington —dijo Dave—. Las cosas han de seguir los conductos reglamentarios.

—Pues esos conductos deben estar ahora atascados. Los desatascaré. Toma —dijo dirigiéndose a un operador de teletipos— apúntate bien claro este mensaje para el Senador Jefe JCS, Washington: KANCHO ESCONDIDO DE BUCKSKIN LE LLAMA LA ATENCIÓN ACERCA DE NUESTRO TELEG. 41723 PIDIENDO RESPUESTA URGENTE ÜTOP SI NO LA RECIBIMOS ANTES DE DOCE HORAS PLANEAMOS TOMAR ACCIÓN INDEPENDIENTE... Corrija el plazo, en vez de doce horas, ponga seis. Esto les espabilará.

—Quizá —dijo Dave.

Buckskin gruñó y volvióse a un operador de radio encargado de la onda de servicio local.

—¿Se ha recibido últimamente algo del sargento Pirón, hijo?

—No, señor. Sólo ese poco antes de que se dispusieran a efectuar un rodeo en torno a la espacionave.

—Llámales y pregúntales qué noticias tienen. No tardó en oírse la voz de Pirón.

—Parecen satisfechas de estarse en el valle. Las Lyru salen de vez en cuando, pero se mantienen cerca de la nave. Marchan en su torno formadas militarmente. No parecen llevar armas, pero he visto unos cuantos sacacorchos de esos que nos habló Dave Hull actuando como sargentos al mando de sus pelotones. Las chicas tienen también nuestro caballo y cabalgan por turno en él. Lo hacen muy bien, de paso. Hemos seguido manteniendo gachas las cabezas, así que no nos han descubierto. No hemos podido ver a ninguna de esas viejas Crones. Tampoco hay rastro de ninguna navecilla de exploración.

—Buen trabajo —dijo Buckskin—. Seguid vigilándolas.

Dave y Buckskin esperaron el final del plazo en el despacho del segundo.

—Les dio usted hasta las 23,27 para responder —dijo Dave—. Las once veintisiete de la noche. Ya casi es la hora.

—Seamos generosos y esperemos hasta pasada la media.

—¿Y luego qué —Dave miró por la ventana. El rancho estada a oscuras, excepto unas cuantas luces cié trecho en trecho, destacando en la negrura nocturna. No se veía signo alguno de actividad.

—Entonces volveré a hablar con el gobernador. Esto, tarde le informé. Declarará un estado de emergencia. Está hasta la coronilla de Gallinolandia... Es la segunda vez seguida que nos desairan.

—¿Y qué pasará una vez declarada la emergencia? —preguntó Dave.

—Ahí es donde entrarías tú. Como sabes, la declaración es un simple formulismo, pero que nos proporciona ciertos poderes que de otro modo no tendríamos. Y suena bien. Así a media noche podrás contar la historia en tu periódico. Los otros diarios y los servicios radiotelegráficos la tendrán también, desde Austin, así que no te adelantarás a nadie en eso. Pero tendrás la exclusiva de ser el único testigo visual que ha estado dentro de la espacionave.

—¿Y luego, qué? ¿La carga de caballería? Buckskin sacudió la cabeza.

—Tengo que volver a desilusionarte. Nada de eso por ahora. Utilizaremos simplemente el poder de la prensa, por lo que vale para conmocionar a las masas. La gente efectuará alguna clase de presiones sobre Washington, les hará revivir un poquito. También veremos como reaccionan las Crones ante las cosas que de ellas sabemos. ¿Dijiste que escuchaban nuestras radios?

—Sí. Eso es lo que me dijo Lori. ¿Dónde esta, Saín? No la he victo esta noche.

—Ha estado hablando con nuestros chicos del servicio de espionaje. Voluntariamente, pero se ha mostrado muy cooperativa. Buena chica. Nuestro servicio G-2 posee ahora un plano de la espacionave. Sabemos enantes Lyru hay dentro... la cifra no importa, pero es sorprendente. Hay veinte y pico navecillas exploradores. Desconoce el número da Crones. Afirma que sólo vio a una y de lejos. Parecen vivir muy distanciadas de sus servidoras.

—Yo vi tres. ¿Qué hay de las armas?

—Lanzas y espadas, afirma la chica —Buckskin se encogió de hombros—. Parece un armamento ridículo para quienes dominan el viaje espacial. Podría ser que la chica nos estuviera ocultando algo, aunque parece sincera. Me imagino que hay muchas cosas que ella no sabe, por ejemplo, si las Lyru son simples soldados de infantería. Me gustaría echar mano a una de esas espirales y analizarla en el laboratorio.

—Hay restos de una de ellas en la navecilla de exploración que se estrelló —dijo Dave—. ¿No han averiguado mucho de aquella fuente?

—Nos trajimos los restos hasta aquí. Tras hacerle la autopsia

enterramos a la otra chica. Incidentalmente, era humana bajo todos los conceptos. Pero la espiral estaba hecha añicos dentro de la caja, aplastada por la explosión. Todo lo que podemos decir es que tenía un estupendo filamento metálico. También había fragmentos de vidrio, pero es posible que no formara parte del mecanismo del sacacorchos.

—¿Alguien se imagina cómo funcionan esos aviones? —preguntó Dave—. Si lo supiéramos, podría ser una pista para averiguar la fuerza motriz de las propias espacionaves.

—Eso tiene desconcertados a los chicos del laboratorio. El motor no es a base de cohetes ni atómico; hasta ahí han podido averiguar. Podría ser alguna especie de dispositivo antigravedad, pero no se ha logrado elaborar más que una teoría sin pruebas ni base. Tampoco había armas en el aparto, según se ha podido decir. Sigues trabajando con los restos —Buckskin miró el reloj colocado en una esquina de su escritorio—. Es hora de llamar al gobernador.

Efectuó una revisión final al centro de comunicaciones. Nada había llegado de Washington.

—Earl —dijo Buckskin sin ninguna clase de protocolos cuando apareció el rostro del gobernador Conroy en la pantalla, hablando desde su mansión oficial en Austin—, esas malditas mujeres me las están haciendo pasar muy negras.

Dave escuchaba divertido la manera que tenía Buckskin de recurrir a les modismos téjanos para dar énfasis a sus palabras.

La imagen de Conroy soltó una risita.

—¿Qué malditas mujeres, Sam? ¿Nuestras queridas tías? solteronas; de Washington o las de tu espacionave personal?

—Ambas —contestó Buckskin—. Pero en particular las cluecas esas del Este. Las Crones no se han mostrado fuera de la nave y las Lyru se limitan a dar vueltecitas en torno a su cacharro. Me gustaría tener ahora una orden de emergencia, Earl, si aún piensas igual, y empezar a hacer sonar las sirenas.

—Claro, Sam —contestó el gobernador—. Lo firmaré ahora mismo, mientras tú estás mirando —la imagen cambió a un primer plano del documento y la mano de Conroy firmó al pie de la declaración con letra clara y firme—. Colócalo en la máquina reproductora, Sam —dijo.

El aparato copiador que estaba al lado de Buckcskin se puso en funcionamiento y de él empezó a salir una copia exacta del documento de proclamación del estado de emergencia. En la pantalla, la imagen del gobernador pareció mirar a Dave.

—¿Es ese una de tus sirenas, Sam? —preguntó.

—Trabaja en Dallas para el periódico de Lafe —repuso Buckskin asintiendo—. Un buen hombre, aun cuando sea oriundo del Este. Se llama

Dave Hull. Es nuestro experto en las Crones y las Lyru... ha visto más de ellas que ninguna otra persona. Es decir, por ahora...

—Hola, Dave —saludó el gobernador—. Será un placer decirle a Lafe cuánto agradezco su cooperación con Sam y conmigo.

Dave le dio las gracias un poco turbado. «Lafe» era el diminutivo de Lafayette Lengren, el rey del algodón y el publicista millonario propietario del «Dallas Texan». No se había percatado de que Sam Buckskin gozaba de la amistad de los jerifaltes del estado. Se sentía como un periodista novato que tuviera entre las manos una historia y que no supiera qué hacer con ella.

—Eso es todo —le dijo a Dave lacónicamente Buckskin cuando cortó la comunicación con Austin. Se metió en la boca un nuevo cigarro puro y lo hizo girar con los dientes sin encenderlo—. Ahora puedes recurrir a la prensa. Tienes permiso para utilizar la pantalla y la copia de la proclamación a tu gusto. Una cosa, sin embargo. No digas nada acerca de que Lori esa con nosotros.

—¡Pero ella es el número fuerte de toda la historia! —protestó Dave.

—Puede ser aún mucho más que eso. Es inútil sacar más el brazo que la manga. Será mejor, hijo, que te des prisa si no quieres que los chicos de Austin se te adelanten.

Dave marcó el número de su periódico. La cara de la chica de servicio en la sala de comunicaciones apareció en seguida.

—Hola, Dave —dijo la joven—. Todo dispuesto para ti.

La imagen cambió, apareciendo Frank Hammond, el editor de la sección local.

—¡Frank! —exclamó Dave, sorprendido—. ¿Que haces de servicio por la noche?

—El viejo Lengren llamó a los reservistas cuando se enteró de que algo se tramaba — contestó Frank—. Mira bien. No queremos que nos cuentes la historia de la gestación de la proclamación del estado de emergencia. Para eso están las agencias de noticias. Lo que queremos es el testimonio de quién vio los hechos con sus propios ojos. Suéltate el pelo. Tenemos preparados los tipos de guerra y los colocaremos a ocho columnas. Mi intención es colocar unos titulares que digan, poco más o menos: UN PERIODISTA TEJANO DESCUBRE EN NUESTRO PAÍS A UNA NAVE DE LYRU POSADA CLANDESTINAMENTE... o algo parecido. Acentúa el color y el interés humano. Relátalo en tercera persona: eso resaltará tu modestia y nos permitirá vender el reportaje a alguna agencia de noticias, si es preciso. ¿De acuerdo, muchacho? ¡En marcha!

Dave permaneció sentado y como en trance durante diez segundos, dirigiendo aquellas palabras y seleccionando sus hechos. Luego se inclinó hacia adelante, encendió un cigarrillo, aspiró una profunda bocanada y comenzó a dictar:

«ULTIMA HORA: RANCHO ESCONDIDO. Un periodista del «Dallas Texan», retenido prisionero cinco horas en el interior de una espacionave de Lyru, después de aterrizar subrepticiamente al norte de Dallas, reveló hoy tras escapar, que los bellísimas Lyru no son las que están verdaderamente al frente de la misteriosa nave interestelar. Punto y aparte».

«Las criaturas que ejercen el mando son una raza de repugnantes ancianas, llamadas las Crone», (con «c» mayúscula), que se otorgan a sí mismas el título de Supremas Altezas (mayúsculas la «s» y la «a») y que mantienen esclavizadas a las Lyru...»

VOX POPULI, Dos.

Jean Typika sacudió la cabeza.

—No, George —dijo a su marido—. No lo apruebo.

El apartó los ojos, incapaz de resistir la mirada de ella y se quitó de la cabeza el reluciente casco verde de plasticromo.

—Pero muchos amigos se alistan —suplicó George—. Charlie, el vecino, dice que necesitamos una organización como la Liga Defensiva Anti-Crone para proteger nuestros hogares: Tenemos porras de reglamento y por turno patrullamos en nuestros barios.

—Y entretanto el trabajo de casa queda descuidado. No, George; no me importa lo que diga Charlie, el vecino. Eres ya un hombre hecho y derecho y además casado y tu sitio «está» dentro de tu hogar, como un buen amito de casa, no desfilando arriba y abajo como cualquier niñito jugando a soldados. Todas las precauciones necesarias han sido tomadas por el gobierno...

—Esas cluecas —dijo George de manera atrevida.

—¡George! —ella le miró sorprendida—. ¡Eso es una falta de respeto impropia de un maridito bien educado y hombre de su casa! Pareces haber olvidado que, en escala menor, yo soy también una de esas «cluecas». Me parece que prestas demasiada atención a esos terribles téjanos. Eso es falta de patriotismo. Creo que tendré una conversacioncita con la esposa de Charlie y así pondremos final a estas estupideces antes de que la cosa se nos vaya de la mano. ¡Eso haré!

Todo el aire de desafío de George se esfumó.

—Yo sólo quería ser útil, querida.

—Puedes serlo realizando tu propio trabajo. Has de recordar que a su manera es una tarea tan importante como la mía.

—Sí, querida. Lo sé.

—No debemos dejarnos llevar por la histeria sólo porque algún periodista irresponsable trate de buscarse una buena dosis de publicidad. Nos dieron una conferencia sobre eso hoy en la oficina. Tenemos que conservar la calma —Joan bajó la voz—. No digas nada de Charlie ni a nadie, pero en los más altos niveles se han dado ya ciertos pasos.

—¿Quieres decir que están preparados para cualquier cosa que las Crones puedan hacer? Eso sí que PS eficiencia. Me imagino que nuestra insignificante Liga Defensiva debe parecer una ridiculez a vosotras que estáis todo el día en contacto con las cosas grandes. Pero eso que me cuentas tan poco acerca de tu trabaje... Muchas veces no me doy cuenta siquiera de lo que

sucede.

—Bueno, parte es chismorreo de antedespacho, e incluso yo muchas veces no tengo más que una ligera idea del cuadro en general. Pero, claro, así tiene que ser. Se nos cuenta a todas lo que en verdad debemos saber y a su tiempo.

—Creo que es el mejor sistema. Maternalismo benevolente.

—No, George —dijo Joan con tono reprobatorio—. No es sólo esa frase redundante, sino que, si no me equivoco, la utilizan de manera derrotista cierta clase de descontentos. No me gusta pensar que tú formas parte de ese rebaño.

—No, querida —dijo él—, claro que no.

—Es casi tan mala como la otra palabra.

—¿La palabra «cluecas»? —dijo George con cierta satisfacción—. ¿Esa, precisamente? ¿«Cluecas»? —se colocó el casco verde y se miró al espejo. Le sentaba bien.

—¡Cielos! —exclamó su esposa—. ¡Quítate ese estúpido sombrero inmediatamente!

—Sí, querida —guiñó un ojo a su imagen en el espejo, enderezó los hombros—. Va en seguida.

XI

La historia de Dave fue recogida por los servicios efe agencia telegráfica y publicada en los periódicos de todo el país.

Su descripción de las Crones y de sus supuestas intenciones, ampliada y deformada por los re escritos y comentarios, agitó la opinión, pública y provocó un aluvión de demandas a Washington pidiendo acción... cualquier clase de acción.

Las Lyru en la capital y las otras tres ciudades encontraron prudente permanecer dentro de los consulados que habían sido instalados en nueva prisa.

El consulado de Washington presenció pacíficas manifestaciones de caminantes con carteles en los que se leía: ¿«Quiénes son nuestros amigos»? y ¿«Qué es lo que REALMENTE queréis?».

En Grand Rapids, Michigan, los gamberros dibujaron caricaturas de ancianas de nariz ganchuda en las puertas del consulado de Lyru y rompieron unos cuantos cristales de las ventanas.

En Coeur d'Alene Idaho, las dos Lyru, paseando hacia el lago, tuvieron que echar a correr cuando una multitud las persiguió.

En San Diego, California, quemaron a las Lyru en efigie.

Una casa de modas de Nueva York que había lanzado una línea de vestidos llamada Lyru fue a la banca rota.

Una organización militar patriótica contrató aviones que circundaron la espacionave que pendía silenciosa sobre Virginia. Con altavoces se hicieron demandas a las Crones para que saliesen y se mostrasen a la gente. La gran nave ignoró todo esto y al cabo de una hora los aviones se fueron.

Pero el grito había sido lanzado en las columnas de editoriales y por los comentadores de radio y triveo. Un resultado fue que el número de ancianas, desgraciadamente feas por la edad, recibieron una buena sesión de palos de manos de los vigilantes. Una comunidad ansiosa de publicidad, el hogar de un investigador congresista retirado notó notable en la generación pasada por sus cargos y responsables, organizó lo que frenéticamente se llamó Caza de Brujas. Escrupulosamente evitó hacer daño a la media decena de ancianas que capturaron, pero las entregó, temblorosas de miedo o indignación, al F.B.I., que pacientemente investigó sus personalidades e informó que ninguna de ellas era una Crone.

El Pánico Crone llegó a su cumbre y murió al cabo de diez días. Al fin de ese tiempo las Crones seguían sin salir y sus espacionaves no habían hecho el menor movimiento agresivo. Entonces comenzó una amarga charla acerca

de lo asustadizo del carácter tejano e incluso se formularon acusaciones a, Dave Hull indicando que era culpable de haber mentido en provecho propio; Pero el «Citizen-Tribune» de Silver Spring vino en defensa de su antiguo empleado con un tributo de su integridad y una reafirmación de su informe sobre las Crones, podado de sus subsiguientes deformaciones.

Esto tuvo un eco en las editoriales ponderadas del «The New York Times» «Christian Science Monitor». Deploraban estos periódicos la extremada oscilación de las emociones.

Decían que la bienvenida terrestre a sus visitantes interestelares no debería ser menor porque ellas no fuesen bellezas resplandecientes. Pero por otra parte, decían, la duplicidad y la falsía no eran rasgos capaces de ganar amigos en una tierra nueva. Las mujeres mayores (ambos periódicos habían hecho como lema política todos los esfuerzos por evitar la palabra inflamatoria de Crones) de las naves Lyru podían salir y ser juzgadas por sus propios méritos. La belleza antes que legal, quizá era una forma diplomática de aproximación, pero la edad antepuesta la belleza sería mucho más sincera.

Estas y otras voces razonables hicieron muchísimo para restaurar la calma, del país. La Presidente, en un discurso inflamatorio, dijo que estaba segura de que no había motivos para la alarma. Había oído los informes de Tejas y deploraba el pánico y las violaciones de las libertades civiles que habían seguido a este despertar. Pero la tranquilidad se había restaurado y las cabezas sensatas hicieron prevalecer su criterio. No obstante, aún había preguntas en muchísimos cerebros concernientes en las intenciones de las visitantes, especialmente desde que los periodistas habían hablado de mujeres distintas a las Lyru a bordo de las espacionaves.

Tan pronto como se enteró de esto, la Presidente dijo que ella tenía comunicación con las Lyru que eran huéspedes de la capital de la nación. Las muchachas habían confirmado el hecho de que había otras mujeres en las naves, pero habían dado la seguridad de que no eran tales monstruos como habían sido clasificadas por ciertos elementos irresponsables. Al contrario, las otras mujeres no eran más que las ancianas de las Lyru. Estadistas entradas en años, podría llamarse, que gozaban de tan alta reputación como los oficiales públicos terrestres retirados de nuestros gobiernos.

La presidenta dijo que había decretado una invitación oficial para esas ancianas Lyru con el fin de que la visitasen y charlasen, de mujer a mujer, dijo con una sonrisa, explicando las diferencias que. podían haber, si, en realidad había alguna diferencia en absoluto.

El rostro sereno y digno de la Presidente se desvaneció en los millones de pantallas de triveo y fue reemplazada por el himno nacional con una exhibición de la bandera de las barras y las estrellas ondeando a los vientos.

Sam Buckskin apagó el receptor de triveo de su despacho.

—¿Y bien, caballeros? —dijo al círculo de sus altos jefes que le rodeaban.

—Bendita sea su alma inocente y dulce —dijo Kurt Sass, jefe del servicio de espionaje.

—La han embaucado por completo —apuntó Dave Hull—. «Viejas Estadistas», ¡y un cuerno! Ella no las ha visto. Yo sí.

—Le estaría bien que las Crones decidiesen aceptar su invitación —comentó Bill Thrasher, jefe ejecutivo—. La pobre vieja está preparando las cosas para un golpe de estado en el que no se derrame sangre.

—Tienes razón —asintió Sass—. Una vez que ellas nos la camelen... recuerda, la Presidenta es la que manda... ya tiene una pierna pasada por encima del lomo del caballo. Luego todo lo que tienen que hacer es meter en cintura al gobierno... especialmente a los ministros de Justicia y Hacienda... y ya están en la silla.

—Un gobierno títere —asintió Bill Thrasher—. La dictadura.

—Adiós, Gallinolandia, ¿eh? —preguntó Buckskin—. No le quedará a Tejas nada que hacer excepto separarse de nuevo de la Unión —masticó con fiereza su cigarro—. Si llegamos tan lejos. Pero, por el Álamo, no iremos hasta ahí.;No! ¡Los Téjanos han luchado las guerras de los Estados Unidos por la unión mucho antes que esto y seguiremos haciéndolo si es preciso!

—¿Cómo, señor? —preguntó Dave, impresionado a pesar de si mismo por el fervor de Buckskin.

—¡Actuando como hombres! ¡Meneando nuestros muñones en vez de sentarnos complacientes en cómodos sillones como esas hembras idiotas del Este! ¡Enviando una fuerza de guerrillas contra la espacionave que las están flotando en nuestro propio patio trasero, por ejemplo, y tomando en rehenes a una de esas Crones!

—¿Pero no sería un poco arriesgado, Sam? —preguntó Sass—. Quiero decir si precipitaríamos una guerra que podría ser evitada mediante negociaciones como dijo la Presidente.

—La Presidente es la clueca mayor de todas, sin ánimo de ofender —exclamó Buckskin— ...sin ánimo de ofender mucho por lo menos. Claro que es arriesgado. Pero en un riego calculado. Tú dijiste que si las Crones metían una vez los dedos en el gobierno se necesitaría una revolución para echarlas de allí... americanos luchando contra americanos. Pero si podemos echar la zarpa a una de las Crones y obligarla a hablar, quizá esa vieja alma confiada de la Casa Blanca escuchará una razón menos dulce.

—Iré yo —dijo Dave en voz baja. Buckskin sacó lentamente el cigarro de la boca y lo examinó antes de mirar a Dave. Había sido partido casi en dos por los dientes. Lo echó a la papelera y sacó uno nuevo de una cigarrera de su escritorio.

—¿Qué querías decir con que irías?

—Iré a capturar une. Crone —dijo Dave—. Si puedo. He estado dentro de la espacionave y las he visto, así que soy la persona lógica a quien enviar. También soy un ciudadano particular y si ocurre algo mal habré sido simplemente un reportero loco tratando de conseguir una historia, en lugar de un legionario Tejano tratando de iniciar una guerra.

—Eres un legionario, hasta cierto punto —señaló Buckskin—. El sargento Pirón te tomó juramento como agregado a la Legión.

—Bueno, puedo ahora jurar lo contrario.

—Tienes mucho valor, David, muchacho. Como un tocayo tuyo... Crokett. Pero no puedes ir. Eres el único que has visto a ¡as Crones, como dijiste, y si te perdemos, perderemos a uno de los ases de nuestra mano; serás de más ayuda para nosotros desde el exterior. Además, me dijiste que te hicieron describir círculos dentro de la nave para que no supieses donde ibas y venía.

—Quizá sí, pero es mejor eso que comenzar desde el principio.

—No —exclamó Buckskin—. Enviaré a alguien de los hombres de Pirón que están al acecho en las cercanías. Han estado vigilando la nave lo bastante como para que tengan una idea o dos de su contenido. Enviaría a uno de los chicos sin demasiado pelo en las piernas. Russ Gaither sería el más indicado. Le plantaremos el uniforme de Lyru que llevabas tú, Dave, con una peluca y unos pechos postizos, medio soltó una risita—. Se ganará la Estrella de Tejas si tiene éxito. Hay otra razón para ti, Dave. Y es que no podría pedirte de nuevo que te vistieses con esas ropas.

El sol ardía en un cielo sin nubes. El corral estaba vacío excepto un soldado que trataba de domesticar a una yegua joven y Dave, que contemplaba la escena negligente desde el garrote más alto de la cerca.

Lori salió por la puerta de un cobertizo que conducía al laboratorio subterráneo, se quedó plantada un momento, protegiéndose los ojos con la mano del fulgor solar. Vio a Dave y se sentó a su lado.

—¿Te tratan bien, Lori? —preguntó él—. Pareces cansada. Ella sonrió.

—Quieren saber muchísimo y yo, realmente, conozco muy pocas cosas. Pero son amables y comprensivos. Incluso vuestro terrible Saín Buckskin.

Dave se echó a reír.

—No es terrible. ¿Ha habido suerte con el aparato de exploración?

Ella negó con la cabeza.

—Podría volar si estuviese en orden le funcionamiento, pero no sé decirles como repararlo.

Contemplaron durante un rato al vaquero en silencio.

—He estado recibiendo lecciones de resistencia —dijo Lori.

—¿Qué son?

—Bueno, el motivo de que yo pueda ser controlada por los ayudantes es que soy muy débil, muy propensa a la sugestión. Me han estado acondicionando de esa manera desde la niñez. El doctor Rossiter el jefe del laboratorio, me lo demostró con el hipnotismo. Me quedé en trance instantáneamente. Luego me demostró que si me resistía, costaba más.

—Pero las espirales utilizan algo más que hipnotismo y sugestión. Hay también telepatía.

—Sí —reconoció ella—, pero si dejo de pensar... no pienso en nada, como dice el doctor... el ayudante nada puede saber. Con el tiempo puedo ser incluso capaz de concentrarme en pensamientos falsos y engañar al ayudante por completo.

—Has estado muy atareada, muchacha —la miró inspirado—. Necesitas un día de descanso. Yo también. Voy a ver si puedo conseguir un pase y bajaremos los dos hasta Dallas.

Ella parecía como una niña a quien la prometiesen asistir a una función de circo. Luego su rostro se ensombreció.

—Estoy a prueba. No me dejarían salir. Además, soy un secreto militar.

—Te disfrazaremos y te dejarán a mi custodia bajo palabra. De eso me encargo yo.

El helicóptero a reacción rebordeó a lo largo, su ondulante sombra sobre el terreno en espiras hechas por el hombre que constituía la ciudad de Dallas.

Dave iba vestido con ropas adecuadas para visitar la urbe. Su gran sombrero era color perla. La suave camisa de algodón esponjoso y un estrecho cordón que servía de corbata caía perezoso desde el cuello. Sus amplios pantalones tropicales estaban metidos en las botas de tacones moderadamente altos.

Las ropas de Lori habían sido elegidas por hombres, pero aún así quedaba completamente femenina. Una cinta de gamuza remplazaba la banda del pelo que solían llevar las de Lyru. Una camisa de seda estampada con motivos de caballos y lazos la llevaba anudada a sus faldones a la altura de la cintura. Un par de pantalones sin bolsillos, deportivos, sin vuelta se sujetaban en la cinturilla mediante un cinturón de cuero labrado. Llevaba sus propias sandalias y un par de pendientes que le prestó un soldado que los tenía para enviárselos a su hermana.

—¿Estoy bien, David Hull?

La pregunta eterna y femenina.

—Eres Miss Tejas 1999 —contestó él—. Eres el as de espadas y

nadie puede derrotarte. Estás más dulce que un helado de crema.

—Esas palabras me parecen de un idioma nuevo, pero las agradezco. Sé que esto no es lo que llevan las mujeres de la Tierra, estoy segura.

—Es lo que a veces llevan algunas mujeres. Además, todo lo que hay que hacer es aterrizar en la terraza de Neiman y dejarte en manos de una vendedora. Cuando salgas por la puerta de la calle serás la reina de corazones. Confía en mí.

—Lo hago. ¿Se mostró muy obstinado Sam Buckskin?

—Sólo los primeros dieciocho minutos —dijo Dave—. Sin embargo, somos algo Cenicientas. Tenemos que estar de vuelta a media noche.

En las cercanías de la ciudad pasaron a formar parte de un vuelo dirigido hacia el centro. Sobre el gran edificio de Neiman recibieron orden para mantenerse describiendo círculos y a la espera.

El negocio era bueno; pasaron diez minutos antes que el helicóptero pudiese tomar tierra en la terraza en el sitio marcado. Un empleado del aparcamiento se hizo cargo de la nave y Dave y Lori se dirigieron al ascensor.

En un piso en donde corría un arroyo artificial a través de un bosquecillo de pequeños árboles pero verdaderos le recibió una vendedora adoptando en su rostro una sonrisa de interrogación.

La mujer parecía como si fuese a despedir aquellos dos vaqueros si habían acudido al establecimiento sólo como mirones, o a reverenciarles si era por el contrario excéntricos pero adinerados.

—Parece que estamos en el departamento de Montaña y Campo señora —dijo Dave—, pero lo que realmente queremos es la Sección de Señoras.

—No hay secciones vulgares en Neiman —dijo la vendedora—. Si la señora me dice lo que desea, estoy segura de que podemos complacerla.

—La señora desea que la equipen de dentro afuera para disfrutar una velada en la ciudad —dijo Dave.

—¿Quizá algo así? —hizo que un instrumento en su mano emitiese un chasquido y un traje de noche de satén bajó revoloteando desde las copas de los árboles cayéndole en los brazos.

Se lo apretó contra su cuerpo para que Lori lo admirase mientras Dave alzaba la vista para ver de dónde había salido. Parecía haber una red de cables en los árboles casi invisible a causa de las hojas.

Lori sacudió la cabeza dudosa y Dave dijo:

—Demasiado llamativo.

Le parecía bonito, pero habría probablemente otros mejores en el establecimiento.

La vendedora lanzó el vestido al aire y algo lo cogió y se lo llevó. De

nuevo hizo que su aparatito emitiese un chasquido y una ráfaga de seda color melocotón cayó revoloteando.

Lori volvió a sacudir la cabeza. Dave se sentó en una silla que parecía una roca, preparada para los que esperasen.

Algo rompió la superficie del arroyo, para volver a caer dentro de nuevo. Era una trucha viva. Gracioso. Miró en busca de pájaros de entre las ramas de los árboles, pero no había ninguno. No eran tan limpios como las truchas, supuso. Pero sin embargo, había cánticos de pájaros gravados en cinta y desde alguna parte un ventilador agitaba las hojas.

Después de que una docena de vestidos hubiesen bajado como del cielo, siendo rechazados y remontando su vuelo a los árboles, Lori comenzó a mostrar señales de interés.

Por último eligió un sencillo modelo de fibras sintéticas gris, apropiado para el día y la noche, y Un versátil sombrero que hacía juego y que a Ja puesta del sol podía convertirse en un bolso de mano.

Las mujeres se perdieron después por el bosquecillo, para decidir lo que Lori llevaría debajo del vestido.

—¡Hay que ver las cosas que se hacen las mujeres a sí mismas! —exclamó Lori más tarde en el taxi con aire acondicionado. Extendió una pierna centelleante—. Mira lo que me han hecho. Es una especie de pintura. Pica pero no me permiten rascarme —le enseñó la mano para que la viese—. Pintada. —Tenía las uñas pulimentadas y una estrecha tirita roja bajada por el centro llegaba hasta la carne de la primera falange—. Mira —dijo señalándose el pecho y a la espalda—. Estoy toda llena de sujetadores y sostenes —rezongó—. También me han bronceado la cara. Con polvos. Querían ponerme no sé qué en las pestañas y cejas, pero no se lo deje hacer.

—Estás muy bien, Lori. Toda esa clase de mascaradas gusta a las mujeres, especialmente cuando salen por la noche. Cada mujer necesita pensar que es la más encantadora del mundo.

—¿Estoy encantadora, David Hull?

—Claro que estás encantadora... con ese atuendo o sin ninguno. Pero es porque por naturaleza eres una chica, guapa. ¿No hay feas entre vosotras las Lyru?

—¿No crees que soy atractiva por mí misma?

—Mujeres, mujeres —suspiró Dave—. Pues claro que sí que lo creo. Pero me harás pensar que eres también engreída, si no dejas de decir esas cosas.

—Lo siento —exclamó ella—, pero tenemos tan pocas cosas de que enorgullecemos. Soy una buena guerrera, pero no me envanezco por eso. «Fui» una guerrera; ahora he desertado. No me siento exactamente como si hubiese hecho algo bueno, tampoco. He traicionado a mi propia clase...

—No has traicionado a las de tu propia clase, Lori —insistió Dave—. Las ayudas en contra de sus opresoras, las Crones. Tienes que hacerte esa idea. Recuerda la leyenda de las Lyru sobre el fin de la esclavitud que os ha estado agobiando desde hacía tanto tiempo; comienza ahora a convertirse en realidad.

—Sí, existe esa leyenda. Pero a veces creo que era sólo fruto de las murmuraciones de los viejos maridos.

El taxi se detuvo y la puerta se alzó.

—Drovers Inn —dijo el conductor.

—¿Qué es esto? —preguntó Lori.

—Un lugar para llenar interiormente un poco a las mujeres, por decirlo así —le contestó Dave—. Creo que debe de tener hambre.

Dave pidió dos cócktails. Vinieron en copas delicadas, con azúcar rebordeando los bordes.

—Sé que rechazaste una bebida que te ofreció Sam Buckskin —dijo él—, pero quizá te guste esto. No es tan fuerte.

—¿Qué es? —ella miró su copa, dudosa.

—En el Este lo llaman un sidecar. En Tejas, me temo que lo llamarán unas alforjas. Se considera una bebida apta para las señoritas.

Lori la probó con precaución, luego se pasó la lengua por los labios lamiéndose el azúcar que había quedado en ellos.

—Me gusta —anunció y apuró el resto de la bebida en dos tragos.

Dave hizo un gesto para que sirviesen otra ronda.

—Son suaves —la dijo—, pero fuertes. Ten cuidado de beberlos, haz caso de un amigo.

Ella se bebió el segundo cóctel, más despacio, sonriéndole.

—Creo que están haciendo que mis piernas dejen de picarme. ¿Tiene ese poder?

—En parte —contestó Dave.

Se estaba sintiendo bien. Era la primera vez que había salido con una chica desde que él y Emily rompieron y encontraba muy agradable permanecer sentado y relajado.

Pidió una tercera ronda.

Lori estaba recibiendo miradas admirativas de los otros comensales.

El vestido gris le sentaba perfectamente y ella se comportaba como si toda su vida la hubiera pasado cenando en buenos restaurantes. Los temores de Dave de que tropezara con una silla o dejase caer algo, se desvanecieron.

Lori quería otra bebida, pero aunque la muchacha parecía todavía sobria, comenzaban a brillarle los ojos y mostrarse risueña y Dave decidió que

sería mejor comer.

Lori me miraba y fue guiada por Dave en la forma de manipular tantos cuchillos y tenedores.

Se mostró un poco torpe con la chuleta, pero no ocurrió nada desastroso.

Durante la comida Lori le contó todas sus aventuras en la sala de pruebas de Neiman.

—La vendedora vio las señales de mi espalda donde las Crones me hicieron golpear —dijo ella—. La dije que me caí de un caballo. Creo que estaba muy sorprendida al ver que yo no llevaba ropa interior. No tardó en arreglarlo. Me siento como si estuviese atada, envuelta en vendas. Quería que me pusiese una de esas cosas que llaman faja-bragas. Le pregunté porqué y me dijo que era bueno para guardar la línea y todo eso. Pero la dije que en mi caso no lo creía necesario, de todas las maneras. Reconoció con sorpresa que así era aunque me aseguró que llamaría la atención con mis formas usando este vestido. Le dije que no comprendía y ella me contestó con una sonrisa pero sin especificarme el porqué.

Lori siguió charlando. Dave estaba encantado. La muchacha no se mostraba maliciosa ni deliberadamente atrevida; estaba meramente compartiendo con él sus nuevas experiencias.

Tenía mucho de paradoja, por una parte parecía completamente falta de egoísmos y no reparaba en magnífica figura, sin embargo, deseaba casi con desesperación ser admirada como mujer.

Era como si ella supiese que era atractiva y que podía, razonablemente, esperar ser piropeada en aquella base, pero que no se había demostrado a sí misma ser digna de admiración en otros aspectos, en su nueva emancipación, ignoraba subconscientemente ser aceptada de manera menos evidente.

David tomó nota mental de hacerla un cumplido sobre terrenos no físicos cuando se presentase ocasión.

La chica era lista, por ejemplo, y tenía un sentido marcado del humor. Poseía buen gusto y una dignidad innata. A pesar de su altura, carecía de esa torpeza de las chicas altas que estropean su postura tratando de encogerse unos centímetros.

Lori se comportaba orgullosa, incluso en aquellas ropas extrañas para ella. Dave dudaba que el modisto hubiese esperado jamás que aquel vestido sentase tan bien a una mujer de su tamaño.

Dave la miró con admiración y sonrió para sí cuando se dio cuenta de que tras dar un rodeo, luego de describir un círculo completo, había vuelto a considerar de nuevo la belleza física de la muchacha.

Era inevitablemente, claro.

XII

Dave marcó en el aparato automático pidiendo la cuenta. Cuando la calculadora electrónica de la mesita que ocupaban le entregó la nota, dejó unas monedas en la ranura correspondiente y el mismo mecanismo le devolvió el cambio.

—¿Es dinero, verdad? —preguntó Lori—. Es una de las cosas que aprendí gracias a vuestra radio, pero que no comprendo porqué la usas aquí y en la tienda y en cambio no lo empleas en el rancho de Sam Buckskin.

Le explicó la diferencia entre ser un invitado o un cliente y aprovechó la oportunidad para dirigirla un cumplido acerca de la agudeza de la observación. Ella le recompensó ruborizándose levemente por debajo de su capa de maquillaje.

No había decidido dónde llevarla después. La calle en sí no le seducía mucho. Aquí en la parte moderna de Dallas las calles estaban techadas por continuas arcadas. Esto hacía posible tenerlas con. aire acondicionado, lo que era agradable, pero que no permitía gozar de unas buenas vistas. Se extendían como túneles bien iluminados y estaban reservadas a los peatones. Muchos ganaderos, afectos de claustrofobia por su costumbre de vivir en los grandes espacios abiertos, las evitaban siempre, prefiriendo arrostrar el calor y el tráfico de los niveles superiores.

—Hay una función cié tarde en uno de los teatros —dije—, pero es una reposición de cierta obra de Tennessee Williams y probablemente no tendrá mucho sentido para ti. El autor empezó aquí, con Margo Jones, y se le tiene cierta predilección. Un museo sería muy aburrido para pasar el día. Quizá un Notidrama sería lo más adecuado.

—¿Notidrama?

—Es un noticiario escenificado, dramatizado. Recrean acontecimientos pasados con actores y efectos espaciales. Como periodista no lo apruebo profesionalmente, porque se toman libertades y modifican los hechos. Pero tiene la ventaja de relatar la historia de maneras cronológica, en vez de enseñarte las ruinas humeantes, por ejemplo, después de una explosión. Hay un notidrama nuevo sobre las Lyru. Eso te dará una idea de como os vemos. Creo que te gustará.

Subieron a los niveles más altos entrando en una especie cié horno de calor veraniego. Las ropas de Dave Quedaron fláccidas instantáneamente, luego pegajosas en el interior de una cabina refrigeradora a la que tuvo que recurrir como alivio del calor. Lori apenas acusó la sofocación excepto unas cuantas perlas de sudor que le aparecieron en el labio superior.

Toda la fachada del local donde representaban el Notidrama estaba decorada con escenas de las atracciones del interior. Se veían a dos jóvenes en foto tridimensional, vestidas con lo mínimo que permitía la ley y con la siguiente pregunta como fondo:

«¿SON LAS LYRU LASCIVAS O LETALES?». A este título se había añadido: ¡«ULTIMA HORA! ¡LAS CRONES LAS CONTROLAN!».

—Veo que están al corriente —dijo Dave. Lori miraba el cartelón.

—¡Nosotras no somos así! —exclamó—. ¡Oh, eso es «ofensivo... obsceno!

—Ya te dije que el Notidrama se tornaba ciertas libertades. La película en sí no será probablemente tan mala. Eso es para conseguir que la gente entre.

Ocuparon dos asientos en las últimas filas del teatro. Se estaba proyectando un avance de cierta película de aventuras de próximo extremo. Una oleada azul grisácea atronó sobre sus cabezas y se alejé con el sonido de la resaca provinente de debajo de los pies de los espectadores. De la amplísima pantalla, salió un avión reactor y se estrelló con una llamarada, rojiza en mitad del pasillo, para desaparecer en seguida. Un enmascarado vertió sobre la concurrencia la andanada de sus pistolas y se percibieron sonidos semejantes a los de las balas al aclararse en las paredes. Trucos viejos pero que aún servían para despertar respingos y algún gritito ocasional.

—Lori no demostró miedo ni sobresalto. Era como si se diera cuenta de que todo formaba parte de la ficción. Para cuando terminó el avance ya estaba por completo adaptada a cuanto pudiera parecer sorprendente desde el punto de vista técnico.

Se proyectó después un film comercial. Un hombre de cabello gris y agradable aspecto, con bata banca, se sentaba tras el escritorio de lo que figuraba sur la consulta de un psiquiatra. Hablaba con autoridad de la tensión de la vida civilizada moderna, la presión operante sobre el individuo, el peligro de una crisis nerviosa. Eso era la «fachada».

—Después venía lo «interesante». La tranquilidad de los nervios era la respuesta a las crisis vitales, una persona relajada podía atajar cualquier crisis reduciéndola a su verdadera perspectiva y así poderla resolver con facilidad. Tens-Ban era el producto que podría colaborar con usted. Tens-Ban desvanecía la tensión, restablecían la calma, le ayudaban a usted a apechugar con los problemas diarios.

El anuncio se animó cuando el amable psiquiatra «empezó a arrojar cajitas de Tens- Ban tridimensionales al público.

Dave saltó cuando algo cayó sobre su regazo. Lori carraspeó a su lado. Ambos tenían entre las rodillas cajitas de comprimidos. Desde otras partes del teatro se oyeron exclamaciones de sorpresa.

—Esto es nuevo —dijo Dave. Alzó la vista para ver si las habían

dejado caer del techo, pero parecía improbable. Entonces comprobó que les habían sido lanzadas desde depósitos instalados en la parte posterior de los asientos de delante de ellos, aparentemente disparados por la voz de la pantalla.

—Muestras gratas, creo —dijo Dave. Comenzó a guardarse la caja en el bolsillo.

—Gratis y un cuerno —dijo un hombre que recorría las filas de asientos con un cestillo. El y otros estaban recogiendo las cajitas caídas en asientos vacíos—. Valen un dólar cada una o devuélvamelas.

Dave tomó la de Lori y dejó caer en el cestillo ambas cajitas.

—¡Hermano —dijo Dave—. Si no estabas destrozado cíe los nervios cuando viniste aquí, pronto lo estarás.

—Vendemos muchas Tens-Ban así, compadre— contestó el hombre.

El amable psiquiatra desapareció de la pantalla. El tipo del cestillo se fue a contar las ganancias.

Dave se arrellanó en el asiento y trató de disipar la tensión que le había provocado el anuncio de las Tens-Ban.

Sintió alivio al comenzar el Notidrama, con su montaje familiar de la historia pasando por las tocas de las máscaras clásicas de la tragedia y la comedia.

El título del film, en contraste con los llamativos cartelones del exterior, era simplemente: «La venida de las Lyru». Empezaba con el comentaría autorizado de costumbre.

—Con la venida de las Lyru —decía la voz—, se ha realizado el sueño humano de la conquista del espacio... pero al revés.

Se vieron las películas oficiales de los grandes cohetes a la Luna. Uno partía de los Estados Unidos y el otro de Rusia. Ambos se habían perdido. El Notidrama tomó prestado de sus anteriores ediciones la reconstrucción de las escenas de uno de los cohetes estrellándose en la Luna y muriendo sus ocupantes y del otro perdiendo el rumbo de manera inexplicable y perdiéndose en las profundidades del espacio. El comentarista repasó el desánimo que siguió a estos fracasos, el clamor alzado contra las pérdidas humanas y el argumento más interesante aún de los miles de millares de dólares gastados en los experimentos. No se construyeron más espacionaves y los minúsculos experimentos que siguieron quedaron confinados a los laboratorios.

Entonces vinieron las Lyru. Se vieron reconstrucciones fotográficas de la aproximación de la extraña espacionave negra, incluyendo una escena espectacular de la destrucción de la ciudad de Alejandría.

El público gritó y Lori extendió la mano, que Dave tomó con aire tranquilizador. La escena cambió a lo que se intentaba fuera un plano del

interior de la espacionave.

Era imaginativo y no tenía relación alguna con los hechos, como Dave sabía bien. El Notidrama lo representaba como una vasta cáscara, con brillante y pulida maquinaría funcionando con un traqueteo continuo, luce» resplandeciendo a lo largo del curveado techo con todos los colores del espectro y con atareadas Lyru yendo y viniendo en misteriosas misiones.

La cámara presentó un primer plano de dos de las Lyru de pie ante un panel lleno de interruptores, conmutadores, botones, diales, pantallas y más luces de colores.

—Hemos llegado, oh, hermana —dijo una de ellas. Por la voz la reconoció Dave como una de las actrices de plantilla en el Notidrama. Ahora decía su parlamento en un inglés muy especial.

Lori soltó una risita.

La otra actriz-Lyru agitó una mano ante el panel y una de las pantallas cobró vida mostrando una vista aérea de Washington.

—Entonces, esto es la Tierra —dijo—. Ha sido un viaje largo, hermana, pero nuestra misión sólo ha hecho que empezar. Estabas enferma con la fiebre del espacio cuando discutimos la estrategia a seguir, así que te diré cuál es nuestro plan ahora. Se trata...

La escena fundió con un plano real de las Lyru aterrizando en la rosaleda de la Casa Blanca. La voz del locutor volvió a sonar.

—Su plan aún lo desconocemos. El tiempo revelará el secreto da las Lyru... estén aquí en misión de paz y buena voluntad, como pretenden, o hayan venido como heraldos de tragedia en una próxima guerra entre dos mundos...

El Notidrama era bueno cuando se atenía, a los hechos, utilizando recortes de películas oficiales, noticiarios y kinescopios. Era sensacionalista e irresponsable cuando se aventuraba en sus reconstrucciones y especulaciones.

Fue particularmente divertido cuando apareció el precipitado trabajo basado en el reportaje del propio Dave acerca de las Crones. Se quedó asombrado al ver al actor elegido para representar el papel de Dave Hull, intrépido periodista. Deseó haber sido la mitad menos frío y listo que su doble en la pantalla.

Las Crones del Notidrama, en cierto modo mucho más limpias y con mejor tipo de brujas que las que Dave había visto, gesticulaban y babeaban de manera melodramática, intercalando en las palabra» que el periodista había puesto en su boca dentro del reportaje, pedazos heroicos de diálogo bastante singular, por cierto. Su fuga quedó dentro de la mejor tradición de las fugas de película del Oeste, con corridas por los largos pasillos, batallas contra fotogénicas Lyru, un emocionante salto al espacio y un deslizarse arriesgado por el curvo costado de la espacionave, acompañado todo por una orquesta a todo trapo recargada de instrumentos de percusión.

El Notidrama terminó con un kinescopio del verdadero Dave Hull en el despacho de Sam Buckskin dictando su relato al «Dallas Texan». Venía a ser un anticlímax.

Después del espectáculo, Lori deseó tomarse otra copa del cóctel que Dave había bautizado con el nombre de «alforjas». Para celebrar la valentía de David Hull, dijo ella con solemnidad.

Encontraron una taberna anticuada con unos reservados silenciosos y poco iluminados y nada de aquella eficiente decoración llamativa de los modernos salones. El viejo tabernero se quedó sorprendido cuando le pidieron que les sirviese unas «alforjas». Dave, entonces, ordenó una cerveza para él y le dio la receta del cóctel favorito de Lori. Lo confeccionó con calma, consultando con el periodista frecuentemente y cuando sirvió la bebida, aguardó el veredicto de Lori.

—La mejor que tomé jamás —dijo ella, como si fuese ya una experta en «alforjas». El tabernero estaba complacido.

—Es porque está hecha de artesanía, señora. No como en esos lugares llenos de cromados en donde ano gira un mando y todo es elaborado a máquina.

—Tiene usted toda la razón —repuso ella muy seria—, Hay demasiado maquinismo.

—Y no bastante individualismo contestó el viejo tabernero—. Individualismo áspero, como cuando yo tenía su edad, allá en los años cincuenta. Créame, si tuviéramos ahora el impulso de antes, no esperaríamos sentaditos como estúpidos esperando que esos Lyru hagan lo que quieran de nosotros.

—Hay amigos que me dicen que me parezco a esas Lyru —dijo Lori. Dave la dio un codazo por debajo de la mesa, pero ella se limitó a sonreiría y volvióse a mirar al tabernero—. ¿Cree usted que tienen razón?

—No. Usted es una chica alta, claro! probablemente eso es lo que es hace decirlo... pero también este país hay mujeres muy altas. ¿Sabe usted lo que necesitan, las mujeres de Lyru? Unos cuantos hombres-hombres que las digan lo que tienen que hacer. Que las metan en la cocina y las den trabaje. Eso también va por las cluecas del Este, que revolotean por ahí como gallinas estúpidas. El hombre ha nacido para gobernar y disponer y la mujer para hacerle feliz y tenerle preparada la comida cuando él vuelve a casa.

—¿Me sirve otra cerveza? —pidió Dave y el viejo se dispuso a marchar. Pero cambió de idea.

—Claro, hijo. Sírvasela usted mismo. El único que funciona es el grifo del centro. Sepa usted, señora. Me gustaría presentarle a mi mujer. ¿Le gusta la cocina?

—Me gustaría aprender.

—¿Quieres otra copa, Lori? —preguntó Dave esperanzado.

—Ahora no, gracias.

—Es una cosa rara para mí —dijo el tabernero—. ¿Cómo ha podido crecer una chica sin haber aprendido a cocinar? Pero es un tanto a su favor el que desee aprender. De paso puedo decirla que por su manera de hablar no es tejana y eso me parece otro signo esperanzador de que todo este caos de sus hermanas del exterior empiezan a recobrar la sensatez.

Dave fue al mostrador, con el oído alerta en la conversación y se sirvió otra cerveza. Respiró con alivio cuando entró otro hombre demostrando tener sed.

—Tiene un cliente —dijo Dave al tabernero. El viejo se volvió a mirarle.

—Es Jim Bediner. Hola, Jim. ¿Cerveza? ¿Quiere servirle usted mismo una cerveza, joven, ya que está ahí?

Dave así lo hizo, divertido pero temiendo que charlatán tabernero obligara a Lori a traicionarse a sí misma. Ella se estaba integrando frenéticamente en aquella sociedad extraña. Si las otras Lyru eran, la mitad de brillantes y adaptables que ella, podría muy bien convencer a Sam Buckskin de que el plan suyo de una quinta columna tenía probabilidades de éxito.

Si podían conseguir que las Lyru desertaran en masa de las Crones, la Tierra habría ganado una poderosa victoria en la guerra de nervios que las Crones parecían estar fomentando. Pero se pregunté cuan fuertes eran por sí mismas las viejas brujas. No enteramente solas, puesto que aún tendrían el recurso de las espirales misteriosas.

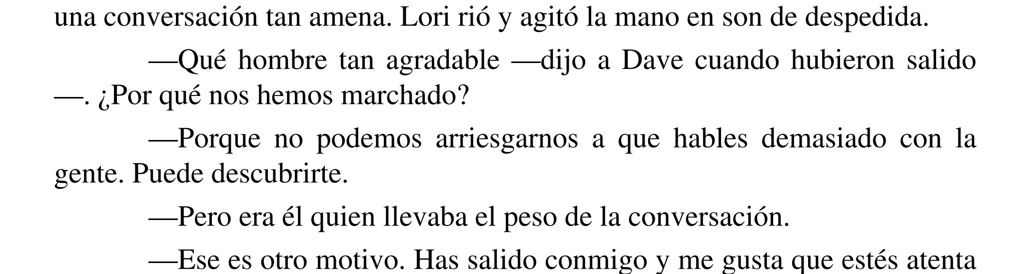
¿Pero no podría provocar la deserción completa de las fuerzas de las Lyru el que las Granes sacaran a la luz nuevas armas? Las Lyru habían sido al principio la quinta columna de las Crones... agradables, gente como la terrestre con la que deberían mezclarse y ser aceptadas en preparación del golpe que asestarían sus ocultas jefas. El plan aquel en particular había fracasado pero él estaba seguro que la gran estrategia de las Crones quedaba intacta... conquistar la Tierra a través de la nación que era a la vez más fuerte y de mentalidad más débil, los Estados Unidos.

Pero, ¿qué forma tomaría el golpe... qué armas se emplearían... tendría la Tierra algo que se les pudiera oponer... a qué estaban esperando las Crones...?

Dave no podía hallar las respuestas. Así que se sirvió otra cerveza y una segunda para Jim y volvió a la mesa donde el viejo tabernero monopolizaba a su chica.

—Me temo que tendremos que irnos —dijo Dave cuando tuvo oportunidad.

El tabernero se mostró triste ante la perspectiva de tener que terminar



una conversación tan amena. Lori rió y agitó la mano en son de despedida.

—Qué hombre tan agradable —dijo a Dave cuando hubieron salido —. ¿Por qué nos hemos marchado?

—Porque no podemos arriesgarnos a que hables demasiado con la gente. Puede descubrirte.

—Pero era él quien llevaba el peso de la conversación.

—Ese es otro motivo. Has salido conmigo y me gusta que estés atenta a mí, también —le parecía que sonaba a algo petulante.

—Oh —exclamó ella—. ¡Apuesto a que sé lo que estás!

—¿Qué?

—¡Celoso! He oído mucho de celos por la radio, pero en realidad no sabía lo que eran. Ahora sé que se trata de una de las emociones primarias. Te sientes celoso, ¿verdad?

—¡No lo estoy! —denegó acalorado Dave—. ¿Es que no hay nada que no hayáis oído en la radio? Debéis haberos pasado todo el tiempo escuchándola.

—Prácticamente, sí. Teníamos clases de absorción total pero aún así nos perdimos síganos puntos. Pero tú estás celoso. Ahora me doy cuenta.

—¿De qué? ¿De ese viejo charlatán? No seas ridícula.

—Esa es la peor clase de celos —dijo ella con simplicidad—. La que no tiene ningún motivo real.

—No digas tonterías —exclamó él—. ¿Cómo iba a estarlo —dijo estúpidamente—, si tengo novia en el Este? Así que mira... —se interrumpió al ver como la provocativa sonrisa de Lori desaparecía de su bello rostro.

—Oh —dijo ella por último. Luego volvió a sonreír, pero contristada —. Ahora sí que creo que sé lo que son celos. Es... una herida, ¿verdad? una herida., muy profunda...

XIII

La orquesta tocaba y sonaba metálica y el lugar se hallaba atestado.

Lori había querido volver al rancho pero Dave sabía que no podía consentirlo hasta que hubiese arreglado su metedura de pata. Después de su primer discurso inteligente acerca de la sensitividad de ella y de su necesidad de la aprobación social la había rechazado de la manera más cruda y evidente. La había despedido arrancándola de un momentáneo sueño y ni siquiera le había dicho la verdad. Emily Wallace no era «su novia del Este», se dijo a sí mismo. Habían roto por completo como tantas otras parejas, por culpa de la ambición y de los intereses divergentes y para él utilizar a Emily como excusa. con la que defender su dignidad diría ante aquella chica era probablemente la cosa más infame que jamás había hecho.

Así que tenía que aclarar la situación, por su propio bien y reconstruir la seguridad en sí misma de Lori por el bien de ella. Aquella muchacha no era una Emily, sabia y competente y nativa, capaz de luchar por sí misma en cualquier situación. Ella era Lori, una de las Lyru, insegura y virtualmente sin amigos en un mundo extraño. Y si no podía recurrir a David Hull, ¿a quién iba a volverse pues?

Así que la hizo entrar en una cafetería y se excusó mientras ella se sentaba y se mostraba valiente en una esquina vistiendo su modelito de Neiman. Le habló de Emily, esta vez la verdad, pero no dio resultado. No por completo.

Lori dijo que ella no sabía nada de amor; pero de esas palabras él comprendió que ella «no había» sabido lo que era el amor hasta que él la ofendió haciendo reconocerlo. Ella le dijo que pensaba que estaba todavía enamorado de Emily. Aun cuando no quisiera reconocerlo para sí mismo, añadió. Dave lo negó vigorosamente. Ella no le creyó pero sus protestas la hicieron bien. Se la vio más animosa.

Aprovechándose del mejor de su humor, dio órdenes al conductor para que los llevase al club «Cornilargo». No era el lugar mejor de la ciudad, pero sí el más ruidoso.

El camarero sugirió la bebida especial de la casa, una monstruosidad llamada copa «Cornilargo» y se anunciaba como la mayor bebida de Tejas... lo que la convertía su la mayor del mundo, claro. Pero Lori insistió en tomar «unas alforjas». Consumió dos en rápida sucesión.

—Ahogando mis penas —dijo brillantemente. Dave supuso que de alguna manera había logrado mostrarse animada.

Cuando una tercera copa estaba de camino, Lori estudió a los

bailarines y anunció:

—Yo puedo hacerlo también. Dave la desafió y encontró que la muchacha tenía razón.

Había tenido miedo de que apareciese torpe y, bueno, voluminosa, pero luego libre y relajada. Pronto tardó él en darse cuenta de lo alta que era y empezó a piropearla por su ligereza. El director de la orquesta estaba radiante cuando pasaban girando a su lado y al regresar a su mesa los ojos de Lori brillaban de felicidad.

Quiso saber qué clase de baile era y cuando Dave la comunicó que se trataba de un fox preguntó qué significaba la palabra de fox. Describió al animal pero no pudo garantizar que su trote tuviese algo que ver con el baile.

—Tenéis un idioma loco —dijo ella—. Lleno de cosas inesperadas e inconscientes. ¡Y los modismos!

—Tú lo hablas perfectamente.

—Quizás, pero jamás seré capaz de escribirlo. Sin embargo, era mucho más sencillo que los otros idiomas que oímos que hablaban por amplias zonas de la Tierra. Supongo que ese fue el motivo por el que las Crones escogieron vuestro país para aterrizar El ruso y el chino, por ejemplo, parecían tener infinidad de dialectos cada vez que cruzamos por encima de un río o una montaña. Otro de los motivos, me imagino, fue que nosotras parecemos más a las americanas que a cualquier otra gente terrestre.

—Tú tienes mejor aspecto que muchísimas de nuestras mujeres —dijo él, escrutando las mesas que lo rodeaban—. Compara.

Lori miró y fue mirada a su turno. Dave se dio cuenta de que ella estaba trayendo mucho la atención. Dos veces tuvo que sacudir la cabeza a los fotógrafos de la casa.

Estaba razonablemente seguro que Lori no había sido identificada como una Lyru, pero no estaba convencido de que a él no le hubiesen reconocido. Después de todo, se había convertido en una celebridad desde su pequeña parte en el Notidrama. Y si le reconocían, alguien podría deducir que su alta compañera se parecía mucho a las Lyru y que podía ser una de ellas. Pero voluntariamente quería tomar el riesgo, correr el riesgo de su anonimato.

—¿Todas las Lyrus son como tú, Lori? —preguntó—. No me refiero a la apariencia. Tú pareces muy rápida e inteligente. No, no te estoy piropeando —añadió al verla enrojecer y sacudir la cabeza—. Lo que quiero decir es que nuestro soldado medio puede ser un destripaterrones y todo eso. pero que no es el más brillante ni inteligente del mundo. Sin embargo, se supone que tú eres una Lyru corriente y que tú tienes pose, cultura... cosas así. ¿Cómo?

Ella seguía embarazada. Con su vaso describía círculos en el mantel de la mesa y no se atrevía a mirarle.

—Mi padre fue poeta —dijo por último.

—¿Sí? —Dave aguardó que prosiguiese.

—Mi madre fue guerrera, como la mayor parte de las mujeres de Lyru, y la mataron en combate cuando yo era muy joven. Así que me educó mi padre. Oh, tuve que tomar instrucción militar y prepararme para ser guerrera, pero por las noches mi padre me enseñaba cuantas cosas sabía. Ese fue una gran cosa. Allí no había libros, como vosotros tenéis, pero la cultura la había recibido él de su propio padre, que también la heredó de sus mayores, así hasta mucho tiempo atrás. Mi padre era un hombre débil, como todos nuestros machos, pero era amable y sabio. Creo que le amaba mucho.

Se detuvo y parpadeó rápidamente.

—¿Estás llorando, Lori? No hables si te es doloroso.

Lori le dirigió una sonrisita y sacudió la cabeza.

—Todo va bien —dijo—. Quiero seguir. Creo que no siempre dejé a mi padre que supiese que le amaba... de todas maneras, le respetaba. Mira, en una escuela militar se nos enseña a reverenciar a nuestras madres y a despreciar a nuestros padres... y yo era lo bastante joven como para dejarme influenciar. Debo haber sido cruel muy a menudo con papá, del mismo modo que son crueles los hijos. Pero habían horas en que estábamos muy cerca uno leí otro. Espero que esas hayan compensado a los otros tiempos.

—Estoy seguro que él si comprendía —Dave le acarició gentilmente la mano.

—Gracias. Sus poemas eran cosas bellísimas. Incluso entonces yo podía arreciarlos, aunque jamás lo hubiera admitido fuera ¿e casa. Pero me interesaban más sus historias.

Las contaba como historias, pero creo que en realidad eran Historia. Estaban las profecías de que te hablé... las de que algún día los machos recuperarían su fuerza perdida... pero eran cuentos de tiempos muy antiguos los que también me interesaban... tiempos en que los machos no habían perdido aún su poder.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace tanto que sólo unos cuantos poetas hablan de ello. En su mayoría se han perdido los relatos al pasar los años; pero los machos de la familia de mi padre habían logrado conservar muchos. Era como si todos tuviesen una confianza, no en el cambio o en embellecimiento, sino en conservar la verdad para las futuras generaciones. Hubo una edad de oro en la civilización de Lyru cíe la que hablaba mi padre, un tiempo de gran literatura, arte y ciencia y de dignidad para todos.

Lori quedó en silencio, con la vista perdida.

—¿Y como acabó? —preguntó Dave.

Mi padre me lo contó una. vez. Sólo una vez, por que tal clase de conversación lindaba con los límites de la traición. La Suprema Alteza

destruyó nuestra cultura, en una guerra terrible. Las Crones. Realmente con las «Carones», pero tú me comprendiste mal y yo no te corregí porque en vuestro idioma la palabra «Crones» es muy apta.

—Extremadamente —dijo él—. ¿Eran las Crones del mismo planeta?

—Sí, aunque de otro continente. Bueno, de lo que vosotros llamaríais continentes, porque nosotros no los tenemos sino masas de tierra, ya que carecemos de ancianos. De entre las masas de tierra se alzan grandes pantanos. Las Orones no tenían aeronaves y los antiguos habitantes de Lyru creyeron que no podrían cruzar los pantanos. Pero lo hicieron, por último, y la sorpresa inicial hizo posible que conquistasen a la antigua Lyru.

—Pero tú me dijiste que las Lyru habían sido salvajes y que fueron sólo las Orones las que impidieron que volvierais al barbarismo.

—Lo sé —dijo ella—. Eso es parte de la propaganda de las Orones. Sólo que nos hacen creer. Pero desde entonces he estado absorbiendo vuestra contrapropaganda.

Dave sonrió.

—Preferimos pensar que se trata de una orientación. Oh, en el peor de los casos, un adoctrinamiento. Así que las Lyru, en lugar de recibir la ayuda de las Crones, retrocedieron por causa de ellas» —Sí, pero fue un parte voluntariamente. Mi padre dijo que sus antecesores trataron varias veces de revolverse contra las Crones pero que cada vez las revueltas fueron aplastadas y hubo crueles represalias. Con el tiempo ya no quedaron hombres fuertes. Todos aquellos que aún vivían rehusaron trabajar para las Crones. Muchos tenían los conocimientos que deseaban las Crones pero no quisieron compartirlos con ellas.

—Eran hombres valientes —dijo Dave—. Habéis tenido una magnífica herencia.

—Pero incompleta. Había muchas cosas que sabía mi padre que no me las pudo contar. Cosas, que a las Crone aún les gustaría saber. Mi padre jamás me las contó. No eran apropiadas para las guerreras de Lyru, las mujeres que, quizás en desesperación, se convirtieron en mercenarias de las Crones. Esas cosas podrían contarse al hijo mayor… Pero yo era hija única y creo que con su muerte se perdió una gran cantidad de cultura. Fue un hombre excepcional.

—Entonces tú no tienes familia en absoluto.

—Ellas mataron a mi padre —dijo para sí—. Era un hombre valiente y loco que trató de organizar una revuelta. Fue prematura. Creo que sabía que no tenía ninguna posibilidad de éxito. Y creo que no habría actuado de haber tenido un hijo a quien pasar su conocimiento, en lugar de a mí.

Ella se estaba amargando con las acusaciones. Dave aguardó un momento para que se calmaran los ánimos, luego dijo:

—Me alegro de que tuviese una hija, Lori. La muchacha se sobrepuso a su tristeza.

—No soy ninguna compañera muy agradable», ¿verdad? —preguntó —. Llena de autocompasión y de historias tristes. Y mientras, se desperdicia toda esta buena música. Tratemos otra vez como zorros, ¿quieres?

—Claro, Lori —hizo señal a un camarero mientras se levantaban—. Y tendremos otra ronda dispuesta para consumirla cuando volvamos. Hemos perdido terreno en la carrera de las «alforjas».

Cuando regresaron hallaron no las modestas copas con el cóctel que Dave había pedido, sino dos edificios de vidrio triunfalmente iluminados por bombillas frías construidas en sus bases. Calculó que los gobletes pasaban casi diez centímetros por encima de los bordes. Dentro de los cambiantes colores del líquido había unos pedacitos de frutas escarchadas, moldeados con motivos del Oeste. Reconoció la cabeza de una res, un colt, una galera. Otros comenzaban a perder sus detalles al fundirse. En una cinta de cuero que formaba una especie de bridas en torno a cada goblete, estaban las palabras «copa Cornilargo» gravadas a fuego.

Lori se quedó como extasiada ante el alegre espectáculo, pero Dave se sintió enojado.

Llamó al camarero que se inclinó y susurró algo.

—Parece ser que tienes un admirador dos mesas más allá —dijo Dave a Lori—. Con los saludos de mister Toliver, un magnate. ¿Se los devolvemos o nos echamos a nadar dentro?

—Oh, conservémoslo. ¿De qué es magnate?

—De frutas secas, pero me parece que la verdadera profesión de Mister Toliver es la de lobo.

—Un lobo es como un zorro —dijo Lori—. Lo sé. ¿Trota también? ¿Es que acaso el señor Toliver quiere bailar conmigo?

—Como mínimo —Dave frunció el ceño—. Probablemente le gustará aullar también un poco.

—¿Dónde está?

—No lo sé... y no debería importarte. Lo más seguro es que esté borracho.

Lo estaba. Mister Toliver se dirigió a la mesa de ellos describiendo una serie controlada de eses. Se tambaleaba como un álamo a impulsos de un viento huracanado al inclinarse y presentarse a sí mismo.

—Amos Toliver, señora y orgulloso de reconocerle. Mi nombre es Toliver, señor. Estuve mirando a esta damita mientras bailaba y por eso me tomé tanta libertad. Espero que no estés tú ofendido.

Toliver podría hablar a Lori diciendo de ella que era una «damita» sobre con cierta verdad. El medía más de dos metros, según juzgó Dave. Y

caería con estrépito si perdía el paso.

—Siéntese, Mister Toliver en una silla. Otro le trajo su propia «copa cornilargo». Las tres monstruosas bebidas ocupaban casi todo el espacio en la mesa.

Dave murmuró su nombre, esperando que no significase nada para Toliver aun cuando lo oyere y añadió con voz clara:

—Y ésta es mi prima, Lori.

—¡Laurie! —exclamó Toliver—. Un nombre hermoso. Un verdadero nombre del Oeste. Usted no lo creerá, señor... ejem... usted no lo creerá, señor, pero mi prima también se llama Laurie. Laura, propiamente, pero nadie la llama así desde que la bautizaron.

—Eso es muy interesante, señor Toliver —dijo Lori.

—¡No lo es! Pero ustedes no han tocado la bebida, señorita Laurie. Es una bebida de hombre para un hombre de cuerpo entero... y para una, mujer mujer. La ruego que me perdone, pero usted es muy alta, miss Laurie.

Dave, con prejuicios iniciales contra Toliver, comenzó a tenerle aún menos simpatía. El hombre tendría unos cuarenta años y comenzaba a criar barriga. La piel bajo sus cansinos ojos pendía floja y se le veía con un bronceado superficial, aunque sus ropas eran de las empleadas en la vida al aire libre.

Toliver cogió la gran copa con ambas manos y miró a los demás expectantes. Dave halló la bebida áspera y suave a la vea. Engañosamente, se temió, mientras veía cómo Lori imitaba a Toliver y de un trago apuraba una tercera parte.

—Deliciosa, señor Toliver —dijo ella—. Muy buena.

Toliver se echó a reír.

—Perfecta observación. Sí. Buena en su primer trago. ¡Apurémosla! —Antes de que David pudiese protestar Lori, junto con Toliver, había apurado su goblete. Toliver pidió inmediatamente otra ronda, aún que Dave apenas había probado la suya.

—Usted no es de por aquí, Miss Laurie —dijo Toliver—. Se nota por la manera de hablar. ¿Me permite que deduzca de dónde ha venido?

Lori sonrió y asintió. Lo estaba pasando bien, advirtió Dave, preocupándose por ella. La muchacha había consumido una buena cantidad de licor para una persona que en apariencia no estaba acostumbrada y el periodista esperaba que no se pusiese enferma... o nada peor. No estaba seguro de poder dominarla si se salía de sus casillas. Trató de guiñarle el ojo en forma de aviso, pero ella sólo le dirigía breves y ocasionales miradas.

Un camarero se llevó los dos globetes vacíos y el de Dave, apenas probado, colocando en su lugar otras tres copas gigantescas.

Toliver dedujo que Lori era del Este, asegurando que podría ser de

Virginia o de Maryland. Lori sacudió la cabeza y dijo, casi sin faltarle a la verdad, que procedía de Washington, D. C.

—¡Un brindis por Washington, D. C.! —propuso Toliver—. No porque sea la capital de Gallinolandia sino porque ha producido una flor tan linda como usted. — El y Lori bebieron, y charlaron, y bebieron otra vez, ignorando a Dave, y volvieron a beber, luego se levantaron para bailar.

Dave se sintió dudoso pero no vio manera razonable de impedirlo. Se levantó educadamente y le espió encaminándose hacia la pista de baile. Toliver osciló peligrosamente una vez y Lori le sujetó. Luego el ritmo de la música pareció apoderarse de él y ambos fueron tragados por la multitud de bailarines. Pero sólo parcialmente.

Sexo por sexo, eran dos de las personas más altas de la pista y sobresalían por encima de las cabezas de los demás, así que Dave pudo verlos dar vueltas. Los vigiló con ansia.

Luego se encogió de hombros. Lori era una chica razonable. Se merecía divertirse una noche, aun cuando desaprobara su gusto en elegir compañeros para beber. Dave miró la copa cornilargo instalada ante él. También podía relajarse y disfrutar. La alzó y tomó un sorbo largo. Era picante. Tomó otro sorbo mayor todavía. Cálmate, David Hull. No estarás celoso de ese tipo fanfarrón, ¿verdad?

Lo estaba, claro, y lo sabía. No locamente celoso, lío iba a invitar a Toliver para que saliese al exterior y darle una paliza. De todas las maneras, probablemente no podría hacerlo; Toliver era un hombre muy corpulento. Pero a Dave le sabía mal el modo en que Toliver había estado acechando y metiéndose en su fiesta particular, invitando a bebidas y llevándole a la chica.

Era su propia culpa, se dijo Dave a sí mismo. En lugar de hacer que Lori lo pasase bien la había hecho recordar su niñez desgraciada. Era natural para ella que acogiese con agrado Ja franca admiración del magnate tejano y quisiese bailar con alguien cuya tamaño la hiciera sentirse más femenina.

Miró la hora. Casi medianoche. El momento preciso para que Cenicienta volviese a casa y se reintegrara a sus harapos.

Los pensamientos de Dave fueron interrumpidos por un cambio en la música. Sonó más alta, de pronto. Y naturalmente alta, como si estuviesen los músicos tratando de cubrir algo. Los ojos de Dave registraron la pista en busca de Ijori y Toliver. No pudo encontrarlos de inmediato porque había un nudo de gente delante del estrado de la orquesta.

Una pelea. Entonces se dio cuenta de que Lori y Toliver se hallaban en mitad de la pelea. El director de la orquesta apremiaba a los músicos para que tocasen más alto y al mismo tiempo apagasen los gritos del público. La mayor parte de los bailarines se habían dado cuenta de la conmoción y empezaban a agolparse en su torno. Dave se abrió paso hacia el centro del disturbio, temiéndose lo peor.

Quizá no fue absolutamente lo peor, pero sí bastante malo. Dos mujeres luchaban y una de ellas era Lori. La otra era una llamativa rubita, que no podía competir con Lori si no era en furia. Tirando eficazmente de separarlas estaba Toliver, que no consiguió otra cosa sino bofetones y patadas por su intervención.

Dave vio una pista para el inicio de la pelea en el collar que llevaba la rubia. Estaba hecho de frutas, o imitación, con adornos de piedras preciosas. La rubia debía ser la amiguita o la esposa da Toliver. Ella lo confirmó cuando aferrada al cabello de Lori gritaba:

—¡Esto para que aprendas a no robarme a mi hombre!

Evidentemente ninguna guerrera Lyru, reformada o no, iba a aceptar aquella situación. Y Lori no era una excepción. Ya había hecho brotar la sangre con un arañazo a la rubia en la frente y ahora disparó un sólido derechazo al estómago de su contrincante.

La rubia se dobló, poro con esa resistencia propia de los borrachos se volvió a incorporar y cogió por el escote el vestido de Lori. Tiró con todas sus fuerzas y la arrancó la parte delantera. Lori se echó hacia atrás y el vestido se desprendió por completo. Hubo un murmullo en la multitud al verla de pie solamente con bragas y sostén.

Eso habría desmoralizado a cualquier hembra ordinaria. Pero Lori se limitó a ponerse rígida, alzarse de hombros y echarlos hacia atrás, atacando ahora con un clarinete que había arrebatado a uno de los músicos.

Dave, avanzando despacio a través de la multitud, pensó y sabía el porqué. Lori, libre de las molestias del vestido, estaba vistiendo una aproximación del traje de combate de las Lyru. Eso pareció reunir todo su instinto salvaje. Empuñando el clarinete como una espada, golpeó duramente a la rubia alcanzándola con fuerza en el hombro.

Los ojos de Lori destellaban triunfantes. La victoria sobre el enemigo era agradable. Se detuvo en su ataque, echó atrás la cabeza y lanzó un gritito de alegría. El grito de las Lyru.

Dave se estremeció. La gente en su torno volvió a carraspear. No había error. Aquel era el grito de las Lyru. ¡Una Lyru entre ellos! Ahora podían ver lo que Dave vio en la alta mujer a medio vestir. Una guerrera extraña de la espacionave. Aquí, en el corazón de Dallas.

El periodista se aprovechó de la impresión momentánea para cruzar hasta el campo de batalla. Empujó a la rubia a los brazos de Toliver, que estuvo bastante alerta para cogerla.

La banda dejó de tocar.

Dave se enfrentó a Lori, su rostro ante el de ella a pocos centímetros para que la muchacha no dejase de reconocerle. En la excitación de la batalla la joven podía haberse olvidado de todo excepto de su enemiga, la Rubia.

—¡Lori! —gritó agudamente pero una voz que le llegó solamente a ella—. Soy David Hull. Tu amigo. Te has comportado muy mal pero no tenemos tiempo para hablar de eso ahora. Hemos de salir de aquí. Vamos.

La chica respiraba con pesadez y sus ojos brillaban. Pero le sonrió y asintió. La cogió de la mano. La multitud, aún turbada, avanzó hacia ellos. En su camino hacia la puerta, Dave arrancó el mantel de una gran mesa y lo pasó en torno de los hombros de la joven.

La chica se lo quitó con desdén y salió por el umbral orgullosa como una Lyru, en sus bragas, sostén y pintura luminosa de las piernas.

La orquesta comenzó a tocar de nuevo. Risas, algunas nerviosas, algunas femeninas e histéricas, salieron de la multitud que contemplaba la salida de Lori al reconocer la melodía. El director de la orquesta, bien por inspiración o por casualidad, había elegido «Los ojos de Tejas están en ti»

XIV

Sólo al cruzar la puerta de la calle persuadió Dave a Lori para que se pusiera el mantel que el periodista recuperó del suelo.

—Ya has efectuado tu mutis de manera llamativa —dijo él—. Ahora muéstrate razonable.

El portero del club Cornilargo parecía indeciso en lo de conseguirles un taxi, probablemente porque alguien había llamado a la policía y el portero debería retener a la gente hasta la llegada de la autoridad. Dave arrastró a Lori calle abajo y la metió en un coche de punto que estaba a la espera. El vehículo partió cuando se oían muy cerca ya las sirenas de la policía.

Al cabo de pocos minutos cambiaron de taxi y se dirigieron a Netiman, donde el ascensorista de servicio nocturno les llevó a la terraza tras algunas vacilaciones.

Finalmente les dejó en la terraza y se fue. Las viejas ropas de Lori habían sido llevadas al helicóptero tras la compra del efímero vestido y así ella pudo ponerse los pantalones y la camisa.

Dave elevó el helicóptero y esperó a que le dieran vía libre en la dirección exterior norte. Cuando lo logró puso el aparato al máximo de velocidad, luego puso la radio para oír las noticias.

—Veremos si nos hemos hecho muy famosos —dijo.

—Lo siento —exclamó Lori—, pero me atacaron. Y cuando una Lyru es atacada, pelea.

—Eso diría yo.

—...Y ahora, noticias locales —estaba diciendo el locutor—. Hubo una pelea en cierto establecimiento público que posiblemente se pasó de la raya.

«Los hechos fueron los siguientes: A última hora de esta noche, dos jóvenes empezaron a tirarse del pelo, a arañarse, a golpearse, disputándose el afecto de un millonario de Galveston, llamado Amos Toliver.

»En el curso del primer asalto, una de las chicas arrancó a la otra su vestido. Pero del todo. Y la perjudicada gritó.

»Esos son los hechos. Ahora, las posibilidades. Hay quien dice que el grito fue un aullido penetrante... como el que utilizan las Lyru como idioma. La mujer que gritó era muy alta, casi dos metros, el tamaño medio de las Lyru. Otro informe es que su acompañante, que huyó con ella antes de que llegara la policía, era el famoso David Hull, periodista, que recientemente publicó la noticia de haber estado en el interior de una espacionave de Lyru.

»Así que, si la chica era una Lyru, ¿por qué estaba en Dallas disfrazada de mujer terrestre? ¿Es una espía? ¿Se halla aquí todavía? ¿Qué papel representa Hull? ¿Es una inocente embaucado por una Lyru espía? ¿O se trata de un solapado proyecto de Sam Buckskin a cuyo cuartel general pertenece Hull...?»

—¡Fantástico! —exclamó Dave—. Seguramente eso servirá para acallar el escándalo.

—¿El escándalo —preguntó Lori.

—Sí, el que armamos. No hay que decir que el viejo Sam nos va a tirar de las orejas. Puede que esté esperándonos, con las zarpas preparadas para echarnos la mano encima.

—He sido una mala chica, ¿verdad?

—...Se me acaba de entregar un boletín —decía el locutor. Dave hizo callar a su amiga y escuchó.

—Puede que esto no tenga relación con lo ocurrido en el club nocturno —anunció el locutor—, pero hay que hacer hincapié en la casualidad. Repito, voy a dar lectura a un boletín recibido con marchamo de urgencia:

«Cuatro espacionaves gigantes más han aterrizado en los Estados Unidos. Son hermanas idénticas a la que flota cerca de Washington y a la descubierta en un valle cerca de Dallas. Uno de los nuevos aterrizajes Lyru ha tenido lugar también en Tejas, en el Panhandle. Las otras tres lo hicieron en Michigan, Idaho y California.

—Eso es todo, de momento —dijo el locutor—. Se darán más detalles en cuanto los recibamos nosotros.

Dave bajó el volumen.

—Bueno —dijo—. ¿Qué piensas de eso?

—Sinceramente, no lo sé —contestó Lori—. Creí que en total había cinco espacionaves. Y él ha dicho que son seis.

—¿Qué ¿Quieres decir que sabías que iban a producirse más aterrizajes?

—Sí... ¿no te lo dije? No, creo que no. Y tampoco se lo dije al jefe del servicio de espionaje. Debe habérseme olvidado.

—¡Olvidado! —gritó Dave—. ¿Y qué otra pizquita de información has tenido la precaución de olvidarte de recordar?

—No me grites, David Hull, o no diré ni una palabra más.

—Quizá fuera lo mejor —dijo con la voz igual de alta—. Quizá sería mucho mejor si lleváramos la cosa a nuestra manera, sin que tú tratases de taparnos las cosas y darnos pistas falsas.

—¡Oh! —exclamó ella furiosa—. Ahora «no» diré nada más. —Y

permaneció en silencio y con la mirada llameante durante el resto del viaje.

Un centinela salió al encuentro del helicóptero y dijo a Dave y Lori que se presentasen inmediatamente en el despacho de Sam Buckskin.

—Están todos allí celebrando una conferencia —dijo el centinela—. Tratan de averiguar porqué Tejas es tan popular para las espacionaves.

Los altos jefes estaban sentados al desgaire en el despacho. El propio Buckskin paseaba por la habitación, la boca apretada y con un cigarro sin encender. En una esquina sonaba una radio en tono bajo y uno de los jefes, sentado cerca, estaba listo para aumentar el volumen si emitían algún boletín de noticias de última hora.

Buckskin gruñó cuando Dave y la chica entraron.

—Me enteré por la radio que lo pasasteis muy bien —dijo.

Lori bajó la vista al suelo.

—Fue culpa mía, señor —afirmó Dave—. Debería...

—No, fue mía —intervino Lori—. Estoy preparada para que se me castigue. Buckskin volvió a gruñir. —Supongo que con el látigo, ¿no?

—Sí —contestó ella—. Si esa es la costumbre de ustedes.

—Bueno, «no» es nuestra costumbre. Y, de todos modos, tenemos en la cabeza otras cosas más importantes. Siéntense los dos en cualquier sitio y ya proseguiremos después.

Buckskin tiró el masticado cigarro y tomó uno nuevo.

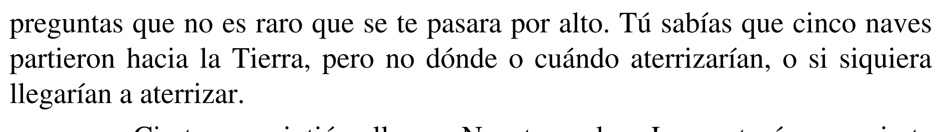
—Está, bien caballeros... y Lori —dijo—. La recapitulación es algo maravilloso. Pudimos habernos esperado aterrizajes de nuevas espacionaves en California, Idaho y Michigan. Los informes no son detallados, pero en apariencia los navíos han bajado cerca de las ciudades que las exploradoras Lyru había reconocido. Se ha producido así... primero las exploradoras, luego las grandes espacionaves. Pero una cuarta nave tomó tierra en Tejas, sin una avanzada preliminar. ¿Por qué?

—Me imagino que por la misma razón que aterrizó aquí la otra nave —dijo Sass, el jefe del servicio de espionaje—. Tejas es el único estado que se ha mostrado receloso desde el primer instante y ellas quieren tenernos vigilados. Saben que seremos quienes les causen las mayores ¡dificultades si inician algo.

—Es posible —afirmó Buckskin—. Lori, tú dijiste que sabías que habrían tres aterrizajes más, ¿pero ignorabas lo del cuarto?

—Exactamente, no —contestó la chica—. Lo que yo sabía es que cinco espacionaves despegaron en total del Planeta Cinco, Sistema Siete, en dirección a la Tierra. No sé cómo se me pudo olvidar mencionar una cosa tan importante...

—La culpa es tan nuestra como tuya, Lori —la dijo Sass—. Nunca te lo preguntamos directamente y seguimos acuciándote con tantas otras


preguntas que no es raro que se te pasara por alto. Tú sabías que cinco naves partieron hacia la Tierra, pero no dónde o cuándo aterrizarían, o si siquiera llegarían a aterrizar.

—Cierto —asintió ella—. Nosotras, las Lyru, teníamos cierta información acerca de la expedición; sabíamos que el primer contacto se realizaría cerca de la capital. Luego, cuando las Crones de aquella nave se enteraron de la existencia da un lugar llamado Tejas, que parecía ser una nación dentro de otra nación, concertaron un aterrizaje secreto aquí con otra espacionave.

—Y enviaron un aparato de exploración para enlazar con ella —dijo Buckskin—. ¿Cuál era la misión específica vuestra?

—Proporcionar a las Lyru de la nave de Tejas un informe de primera mano de cuanto habíamos aprendido en Washington. Las costumbres, refinamientos del idioma, cosas así.

—¿Pero esa era toda la alta estrategia? —preguntó Buckskin.

—No lo sé. Supongo que el ayudante... la espiral... traía algo a ese respecto, pero quedó destruida en la catástrofe.

—Volvamos al número de espacionaves —dijo Sass—. Tú sabías que cinco abandonaron vuestro planeta. Nada sabías de la sexta. ¿Cuántas naves había allí en total? ¿Tienes alguna idea?

—Veinte o treinta —contestó Lori—. No estoy segura del todo. La mayoría no servían para recorrer el espacio.

—¿Cuántas Crones había en cada nave? ¿Tres?

—No lo sé.

—¿Cuántas Crones hay en total.., aquí y en vuestro planeta?

—Oh, supongo que docenas.

—¿Sólo docenas? ¿No centenares, o millones?

—No, No estoy segura, pero no podían pasar del centenar, Humm —Sass parecía embarazado—. Esa es otra cosa que no te preguntamos. Dimos demasiado por sentado. ¿Cuántas Lyru hay allí?

—Millones. Cien o más.

—¿Incluyendo hombres y mujeres?

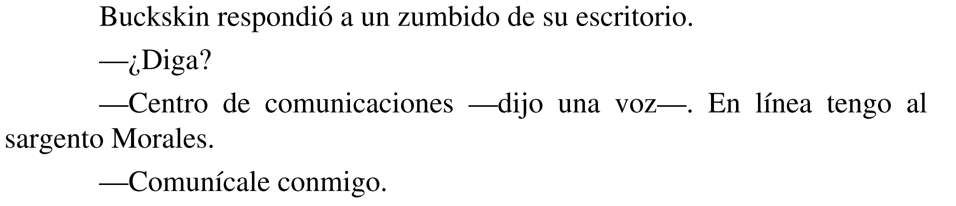
—Y niños, Si.

—¿Pero ninguno de los hombres o de los niños hizo el viaje a la Tierra?

—No.

El jefe del espionaje se arrellanó.

—Podemos estar toda la noche sentados haciendo veinte preguntas —dijo—. Ese es mi trabajo, claro, pero quizá alguno de ustedes, caballeros...



Buckskin respondió a un zumbido de su escritorio.

—¿Diga?

—Centro de comunicaciones —dijo una voz—. En línea tengo al sargento Morales.

—Comunícale conmigo.

El jefe ejecutivo dijo a Dave:

—Morales se fue a Panhandle en un aparato de exploración para dar un vistazo a la nueva espacionave, ha viajado rápido.

—La encontremos, señor —dijo la voz de Morales—, pero hemos tenido que utilizar los instrumentos en todo el camino. Además de ser de noche la tienen camuflada.

—¿Algún signo de vida? ¿Navecillas exploradoras? ¿Lyru? —preguntó Buckskin.

—No señor. Está cerrada como una ostra.

—Comprendo. Será mejor que acampen ahí y la mantengan vigilada. No corran riesgos y avísenme inmediatamente si algo sucede.

Buckskin cortó.

—¿Qué hay de la otra espacionave? —preguntó Dave—. ¿Todavía está dentro Russ?

—No —exclamó con disgusto Buckskin—. Le pillaron antes de que lograra pasar de la cubierta principal y lo echaron otra vez a patadas. No le hicieron allí, pero le humillaron infernalmente. De todas las ideas locas que tuvo en mi vida esa se lleva el premio a la idiotez. Enviar al pobre Russ a raptar a una Crone. Oh, Russ no es un aficionado... lo saqué de los Rangers, ya sabéis... pero fue como mandar un cordero a la guarida del león.

»Ahora que he pensado bien sobre eso, me doy cuenta de que he estado despistado. No puedo ver lo siguiente al doblar la esquina y así que marcho a ciegas por el laberinto, saliendo de un callejón sin salida para meterme en otro. Me gustaría estallar; soy un soldado, no un diplomático. Pero no puedo iniciar una guerra sólo por ser un frustrado. No concierne ni al gobernador Earl ni a mí decidir que las Crones son enemigas, sino a Gallinolandia.

»Pero ellas no parecen pensar así. Creen que porque son un rebaño de dulces viejecitas, todas las demás han de serlo también, para que juntitas se tienten a la misma mesa a tomar el té. Pero si no sacan de las tazas a tiempo sus arrugadas narices, no tardarán en descubrir que hay dos maneras de tomar el té... como aquella en Boston que provocó una guerra de primera categoría...

Buckskin arrojó a la papelera su mordido cigarro. Luego soltó una risita al fijarse en los serios rostros de los presentes.

—Lo siento, hermanos. Creo que Sam el Silencioso— se ha convertido en Sam el Hablador al atarle las manos esas mujeres con las cintas


de sus delantales. ¿Alguien tiene alguna idea? Lo que es yo, no Ja tengo.

—Hay algo que podría hacer Lori —dijo Dave.

—¿El qué?

—Dejemos que el mundo entero sena que ella se escapó de las Crones y por qué lo hizo. Usted me hizo retener esa parte de la historia cuando di a la publicidad mi relato, pero creo que ha llegado el momento de tirar de la manta. Hagamos mucho ruido.

—¿Seguro que no estás pensando sólo en conseguir unos buenos titulares? — preguntó Buckskin.

—Reconozco que sería un buen reportaje —admitió Dave—, pero no pensaba en eso.

La opinión pública es una fuerza poderosa y si Lori puede decirles qué clase de personas son esas Crones y cómo en realidad conquistaron originalmente Lyru y también que piensan hacer lo mismo con nosotros... me parece que conseguiremos algo de la acción que usted está buscando.

—Es una idea —dijo el jefe del servicio de espionaje—. Pero también comprendo tu punto de vista, Sam. Esto ni es un espectáculo periodístico, ni la guerra de un solo estado. Así que ¿y si Lori y Dave celebran una entrevista por la triveo? Emisión continental. Mundial, si se quiere. Una verdadera superproducción.

—Podría ser —dijo Buckskin—. ¿Querrías, Lori?

—Si usted me lo pide, sí —contestó ella.

—¿Dave?

—Claro. Yo haré las preguntas y Lori responderá con sinceridad. ¿Cuándo?

—Cuanto antes mejor —repuso Buckskin—. Mañana a mediodía — suspiró sin quitarse el cigarro—. Es la campaña más maldita que peleé jamás.

La maquinaria política de Tejas concertó sin dificultad un espacio para las doce y varias redes nacionales dejaron libres sus coaxiales para conectar. La noticia del problema se filtró hasta las agencias de prensa.

Técnicos y operadores volaron al Rancho Escondido. El gobernador Conroy llegó pilotando su reactor personal, ensayando sus palabras de introducción. El senador Lyndon Kightower apareció en un avión de las Fuerzas Aéreas, inflamado porque no le había consultado y lo ablandaron concediéndole un espacio en la emisión. Des miembros tejemos del congreso llegaron pisándole los talones. El alcalde de Dallas vino en helicóptero. Dave mecanografió varias hojas con las preguntas. Lori se volvió a poner su uniforme Lyru y resignada pasó a manos de los maquilladores.

A las diez en punto, la Casa Blanca publicó una declaración por la que ¡a Presidente decía que los nuevos aterrizajes de las espacionaves estaban siendo investigados y quo no había motivo de alarma. Ella deploraba el hecho

de que Tejas, California, Idaho y Michigan hubiesen declarado el estado de emergencia, insistía la Presidente y los sensacionalistas estaban rindiendo un mal servicio a la nación. La emisión preparada desde Tejas a todo el continente, declaró ella, quedaba desautorizada y todos debían ignorarla. El gobierno federal estaba dando los pasos necesarios para proteger a la nación.

Las palabras de la Presidente, sin embargo, fueron la mejor propaganda que Tejas pudo imaginar y sirvieron para triplicar el número de los espectadores.

A las once, Sam Buckskin se presentó en el centro de comunicaciones para recibir los informes de los sargentos Pirón y Morales.

Pirón: «Las Lyru han estada muy quietas, manteniéndose cerca de la nave, practicando ejercicios militares. Ninguna nave de exploración remontó el vuelo... Sí, las espirales salían también, pero como siempre, para dirigir los ejercicios militares...».

Morales: «No, señor. Aún cerrado como una tumba. Ninguna nave de exploración, ni Lyru, ni espirales ni nada. El camuflaje persiste bien a la luz del día. A veces la nave parece desaparecer mientras la estamos mirando... Sí, señor. Los sheriffs locales cooperan, manteniendo apartados a los curiosos... En cuanto algo ocurra, sí...».

Un teletipo empezó a funcionar.

—Mensaje de Washington, coronel.

Sam Buckskin leyó por encima del hombro del operador mientras el mensaje iba apareciendo en la máquina: «BUCKSKIN OIC LEGIÓN TEJAS RANCHO ESCONDIDO NORTE DALLAS URGENTEMENTE SUGERIMOS QUE EMISIÓN PREPARADA TRIVEO CONTINENTAL SEA CANCELADA COMO PERJUDICIAL A LOS PLANES INTEGRALES PUESTO QUE INNECESARIO ES ALARMAR POBLACIÓN JCS».

El operador arrancó la hoja del mensaje y se la tendió a Buckskin, que soltó una risita.

—Por fin se dignan hablarme esas cluecas. Mira, muchacho, mete eso en un sobre, como dicen los reglamentos y procura que lo lleven a mi despacho. A cualquier hora después de las doce y media. Hasta entonces, si tienes algo «importante», estaré en el comedor, tomando café y viendo la triveo.

—¿No aparecerá usted en el espectáculo, coronel?

—Todo el mundo y su hermano intervendrá, a juzgar por el número de personalidades que vinieron esta mañana. Tal y como yo la veo, Lori tendrá suerte si Ja dejan ante las cámaras más de cinco minutos.

A las doce menos cinco, el despacho de Buckskin parecía una casa de locos. A las doce menos cinco segundos, todo estaba tranquilo y preparado.

A las doce y cinco, tras el discursito del senador Hightower y a mitad del parlamento del gobernador Conroy, las pantallas de los monitores se quedaron en blanco.

El gobernador siguió hablando, sin darse cuenta de que fuera de la habitación ni le veían ni le oían hasta que un técnico le llamó la atención con un gesto.

—Se ha cortado la emisión, gobernador.

—¿Por qué? —preguntó la primera autoridad del Estado.

En los monitores apareció la respuesta. La conexión había sido cambiada a Nueva York rápidamente para comunicar una noticia: ¡Invasión!

Monstruos horrendos, semi animales, semi mecánicos, atacaban a los Estados Unidos. Comunidades enteras huían ante ellos.

Las pantallas de triveo mostraron al principio sólo a los periodistas sentados en sus escritorios de Nueva York, leyendo las escasas noticias suministradas por los teletipos.

Pero pronto hubo vistas aéreas de los refugiados que huían de los monstruos coches y camiones a millares, bloqueando las carreteras al norte de Idaho, Montana y Minnesota.

Los afortunados poseedores de helicópteros y aviones se habían marchado antes.

Una cámara y su dotación acompañó a una escuadrilla de bombarderos de ataque de la Guardia Nacional de Minnesota. Los aviones recorrieron las columnas de refugiados hacia la frontera del Canadá. El tráfico disminuyó gradualmente y pronto se vieron unos pocos rezagados en la carretera. Luego, a lo lejos, la cámara captó un objeto solitario marchando campo a través.

Se movía lenta y poderosamente. Tenía un cuerpo largo, cuadrado, flexible. Los tentáculos se agitaban en toda su longitud. Avanzaba con un movimiento ondulante sobre centenares de patas, como un ciempiés, Tenía una cabeza terrible con un único ojo reluciente y una boca de la que salía una neblina grisácea. Era tan alto como un edificio de dos pisos y la largura duplicaba su altitud.

Los bombarderos se lanzaron al ataque. Un avión fotográfico dio varias vueltas captando la escena. Proyectiles incendiarios y trazadores partieron de los cañones de los aparatos de guerra. Se clavaron en el suelo, alcanzaron al monstruo y siguieron más allá.

Avión tras avión atacaron pero el monstruo sólo agitó sus tentáculos, movió la cabeza de lado a lado y siguió adelante de manera inexorable.

Los aeroplanos se lanzaron en picado y sin lograr ningún impacto directo, las explosiones se produjeron lo bastante cerca como para destruirlo. El monstruo continuó su reptar sin afectarse, al parecer. Entró en los bosques

y desapareció de la vista.

Sam Buckskin volvió corriendo a su despacho.

—¿Qué te parece, Sam? —preguntó el gobernador—, ¿Qué son? ¿Seres vivos?

—Para mí, Earl, bestias del infierno —respondió Buckskin—. Hola, senador. ¿Qué opina usted?

—Parecen venir bajando del Canadá, coronel —dijo el senador Hightower—. Pero es imposible que el Canadá quiera atacarnos.

Aquel pensamiento se le ocurrió también a la gente de la triveo y así conectaron con Ottawa. El Ministro de Defensa del Canadá leyó una declaración.

—El gobierno canadiense se encuentra completamente desorientado acerca del origen de las criaturas que se han lanzado al ataque contra nuestros buenos amigos y vecinos los. Estados Unidos. Escuadrillas de la Real Fuerza Aérea del Canadá han informado que en nuestro lado de la frontera no hay ninguna de esas criaturas. Nuestras fuerzas armadas se hallan alerta y dispuestas a ayudar a los Estados Unidos de todas las maneras posibles.

—Buen chico —dijo Buckskin—. ¿Se tienen noticias de Gallinolandia?

—Ni un cacareo —contestó Dave.

—¿Qué opinas, Lori? —preguntó Buckskin—. ¿Tienen las Orones algo que ver con esos monstruos?

—No lo sé, señor —dijo la Lyru—. Pero creo qua no. Jamás vi cosa por el estilo.

Un zumbador sonó. Era el sargento Pirón.

—Algo pasa en la espacionave. Una docena de navecillas exploradoras salió fuera y partió de aquí a gran velocidad. ¿En qué dirección?

—Suroeste. Pero no se ha visto rastro de guerreras que vayan a alguna parte. Todas están dentro.

Buckskin cortó y llamó al sargento Morales, Le comunicó lo informado por Pirón.

—Nada se mueve aquí, señor —dijo Morales—, Ni siquiera han abierto una miajita la escotilla. Excepto... bueno... podría ser que fueran sólo imaginaciones nuestras...

—¿Qué? —demandó Buckskin.

—Alguno de nosotros tiene la sensación de que nos están espiando. No sólo mirándonos, como podrían hacer utilizando el teleradar, sino leyendo nuestras mentes... No puedo explicar por qué eren yo que está ocurriendo esto; quizá no sea así. Pero es fantasmal...

—Humm —murmuró San Buckskin—. ¿Hay alguna sensación de

control? ¿Creéis que os están haciendo pensar de cierta manera, especial, u obligándoos a realizar algo que de ordinario no haríais?

—Nada de eso, señor. Sólo como si estuvieran a la escucha.

—Retiraos un poco de la nave y ver si así mejora vuestra condición. Pero no lo perdáis de vista. Llamadme si ocurre algo... cualquier cosa, aunque parezca insignificante...

Buckskin cortó y respondió a otro zumbido.

—Es para ti, Earl —dijo.

El gobernador Conroy se puso al aparato.

—Sí, al habla... ¿Austin? Póngame... ¿En Tejas? ¿Dónde?... Laredo, Eagle, Pass, Del Río. Está bien. Estaré aquí un ratito... Sí, hágamelo saber inmediatamente.

El gobernador dio la vuelta al interruptor. Estaba ceñudo.

—Bueno, Sam —dijo—, ya no tenemos que esperar a Gallinolandia más. Los monstruos atacan Tejas ahora. En tres sitios a lo largo de la frontera de Méjico. Eso deja a tu cargo el espectáculo.

VOX POPULI, Tres.

Joan Typika se estremeció ante la imagen de la pantalla de triveo y se acercó a su marido que estaba a su lado en el diván. Ella extendió la mano, George la tomó sorprendido, luego la acarició consolador.

—No hay nada de que «nosotros» debamos asustarnos —dijo—. Claro que están esas terribles criaturas, pero mira lo despacio que se mueven. Recuerda, las más próximos están en la parte superior de Minnesota.

—Es igual —contestó Joan—. No me gusta eso. No veo cómo alguien va a poder contenerlas. Hasta ahora han destruido cuento se les ponía por delante. Destrozado y matado. Son comedores de hombres, ¡Oh, es horrible!

—No sabía que se hubiesen comido a nadie —dijo George.

—¡Oh, sí! A aquellos que no pudieron apartarse de su camino. ¡Inválidos, cojos y niños!

—¡Niños! No había oído nada acerca de eso.

—Bueno, yo sí y estoy en situación de enterarme de esas cosas mejor que tú. Llevas una vida retirada.

—Tengo la triveo —contestó George—. Y está además nuestra reunión semanal del póquer, cuando Charlie y el resto nos reunimos y hablamos.

—¡Póquer! —exclamó Joan—. ¡Tú me decías que era bridge!

—Bueno, no lo era —dijo complaciente, George—. Jugamos al póquer y fumamos cigarros puros y... y hasta bueno: un poco de whisky de vez en cuando.

—¡George!

—Está bien dijo él—. ¿Alguna objeción? —La miró medio agresivo, medio preparado para retirarse a Una posición menos atrevida.

Ella parecía estar viendo a un George nunca visto antes. No sabía qué hacer. No estaba segura de que le gustara de aquel modo. Por otra parte George tenía algo que le producía una emoción jamás experimentada antes...

—Oh... no, George. Tienes derecho? relajarte de cuando en cuando. Sé la tensión que produce la ingeniería casera y...

—¡Tareas del hogar! —saltó George— ¡Son faenas del hogar! Ya es hora de que dejemos de utilizar eufemismos. Una azada es una azada y las faenas del hogar son las faenas del rogar, no importa cuántos aparatos se nos proporcionen ni cuantos diplomas y certificados se nos concedan. Dejemos de volvernos de espaldas a los hechos. Ambos sabemos que mi llamado «salario» es solamente un subsidio familiar y que mis «consignaciones por

investigación» y «comunicados de observación prácticas son sólo ingeniosidades para salvar mi amor propio... el poco que pueda quedarme.

—¡Oh, George!

—¡«Oh, George», vaya! —gritó él remendando las palabras de su esposa—. Últimamente he empezado a mirarme y no me gusta nada de lo que he visto. Van a haber unos cuantos cambios aquí. No sé cuáles serán todavía, pero los habrá. Y a ti y al resto de vosotras en Gallinolandia no os gustarán, serán duros, eso es todo. ¡Duros!

Siguió hablando, alto y con confianza y ella le miró fascinada y con una pizca de alarma.

—¡Habrá unos cuantos cambios que efectuará... George! ¡Yo, George! —soltó una carcajada algo frenética—. No me importa que parezca una redundancia, ¡Los hará George, los hará George!

Ella también rió ahora.

XV

David Hull se maravilló al ver lo rápidamente que se producían los acontecimientos.

Para cuando recibió el boletín de su oficina, conferenció con Frank Hammon acerca de la futura norma a seguir, husmeó en busca de hechos para redondear la historia, la dictó y por último se dejó caer en una silla con un cigarrillo, era hora de levantarse y empezar de nuevo.

Gigantescos aviones de carga aterrizaron en el rancho. Sus rampas bajaron y una multitud de hombres empezó a descargar el equipo.

Dave buscó Sam Buckskin. Lo halló en el centro de comunicaciones, estudiando mapas del Sur de Tejas.

—¿Algo nuevo sobre los monstruos, Sam?

Buckskin apartó un pedazo de papel en dirección a Dave, un papel que llevaba la estampilla de «secreto». Quitándole la hojarasca oficial, decía que la Compañía de Baker intentó luchar con un monstruo al noreste de Eagle Pass con el fracaso como resultado.

Los hombres fueron valientes, dando cuanto tenían, con ametralladoras, cohetes y granadas, hasta que vieron la, cosa enfermiza y amarillenta de su único ojo. Para entonces el monstruo estaba muy cerca, claro, y no había sufrido nada. Así que la Compañía de Baker rompió filas y huyó.

—No lo puedo censurar —dijo Dave—. Pelear con material de la Segunda Gran Guerra en la época de las espacionaves es bastante para desanimar a cualquiera.

Buckskin gruñó.

—Ahora han habido una docena de refriegas así. Luego estuvo lo del piloto de Laredo que se lanzó contra el monstruo al estilo de los aviadores suicidas japoneses. Un héroe, supongo, pero un loco. El monstruo ni siquiera se estremeció, en apariencia, y nosotros hemos perdido un avión y un piloto.

—¿Alguien ha probado las bombas atómicas? ¿O el gas nervioso?

—No —dijo Buckskin—, y creo que sabes porqué. Gallinolandia no lo permitiría. No creen que hay bastante justificación —se encogió de hombros—. Puede que por una vez estén en lo cierto. Los monstruos, que sepamos, no han matado todavía a nadie.

Dave estaba sorprendido.

—Yo creí que habían venido informes de bajas desde el Norte. También de atrocidades.

—Pánico —dijo Buckskin—. un par de monstruos se mostró en el centro de una excursión y la gente se atropello a sí misma hasta matarse queriendo huir. En un lugar, la Guardia Nacional tuvo que disparar contra los que se aprovechaban de la situación para dedicarse al pillaje. Eso es todo. Siempre hay historia de atrocidades en tiempo de guerra. Por ahora, parecen ser sólo historias. No se ha logrado imputar ninguna muerte directa a los monstruos.

—¿Entonces qué es lo que se proponen?

—Por lo pronto han aparecido sólo en territorios relativamente aislados... bosques, desiertos. Puesto que parecen ser inmunes a cualquier cosa que les arrojamos, quizá se contenten con esperar hasta que lleguen a las grandes ciudades antes de entrar en acción.

—¿Qué clase de acción? Buckskin se encogió de hombros.

—Quizá un ultimátum. Rendir la ciudad o destruirla, pueden decir, si es que logran establecer comunicación alguna.

—De ese modo preferíamos una buena cantidad de ciudades.

—Por eso es por lo que tenemos que bajar y descubrir qué clase de cosas son. No sé si es posible pensar en detenerlos hasta que descubramos la fuerza que les impulsa. ¿Vienes, Dave?

—Naturalmente.

—Bueno, hay un avión especial para los corresponsales. Te veré en el país de los monstruos.

El avión especial era un lujoso aparato de dos cubiertas y Dave fue el único pasajero hasta que aterrizó previamente en Dallas para recoger a los otros periodistas. Les vio subir a bordo con su equipo portátil y de radiodictado. Conocía algunos y fue presentado a los otros. A su vez les presentó al tabernero del avión, que estaba esperando a que el aparato remontase el vuelo para poderse poner a trabajar. Pero hubo un retraso. Tenía que llegar un avión de línea a reacción de Washington con personal de las agencias de noticias.

Llegó el reactor. Pronto estuvo a bordo un nuevo grupo y el avión despegó. El camarero sirvió refrescos y Dave bajó hasta la cubierta inferior para ver si conocía a alguien allí. Sí conocía. A Emily Wallace.

Estaba sentada en el segundo bar hablando con Doug Morn, de la oficina en Washington de la A. P. Tenía buen aspecto. Terriblemente bueno.

—Hola, Doug —dijo Dave—. ¿Quién es tu amiga? Emily se volvió, Logró mostrarse igualmente indiferente;.

—Sí, preséntanos, Doug —dijo la muchacha —Siempre he deseado conocer a un vaquero.

—Me haces sentir como un petimetre —dijo Doug Morn—. Pero yo creí que es conocíais ya.

—Dave sintió una necesidad de hallarse en los amplios espacios abiertos —dijo Emily—. Y desde entonces ha estado ocupado con damitas espaciales, según tengo entendido —sonrió a Dave casi demasiado placenteramente.

—¿Te refieres a la Lyru? —dijo Doug—. Oí hablar de eso. Dave, eres un periodista joven e impulsivo. La dejaste suelta en un club nocturno y ella se quitó las ropas y atacó a los clientes con una espada gritando el himno nacional del Planeta Cinco. Hay gente que se reserva para sí toda la diversión posible.

Dave rió débilmente.

—No fue tan malo.

—¿Dónde está tu amiga? —preguntó Emily—. Me gustaría conocerla.

—Ella está... bueno, no importa. Es un secreto militar.

—No seas malo, Dave Hull —dijo Emily—. Prácticamente hablaste a todo el país de ella, sin tener en cuenta la manera en que te comportaste ante la triveo continental. Oh, yo me encontraba pegada en mi asiento, muñéndome de ganas por verte a ti y a Mi Espacio Exterior. Pero, claro, todo lo que conseguí antes de que la invasión lo estropeara fue el espectáculo de cinco minutos del Senador Hogwsh. Así que quiero más detalles. ¿Es muy bonita?

—Esto va a ser un combate particular —dijo Doug Morn—. Creo que será mejor que me vaya.

—No repuso Dave—. Quédate. Si hay algo que yo no pueda manejar son las mujeres celosas. Primero Lori y ahora Emily...

—¡Mujeres celosas! —gritó Emily—. Mira, mi querido y versátil amigo, estoy segura de que yo no sé qué es lo que le dirías a esa... a esa criatura acerca de mí, pero...

—Bueno, niños —interrumpió Doug—. Adiós ahora. Estaré en mi asiento si alguien necesita una primera cura.

Un anuncio del piloto terminó con la escena, para alivio de Dave.

—¡Atención, pasajeros! Un O.V.N.I. Vienen de detrás. Objeto volante no identificado. Ayúdennos a hacer observaciones, ¿quieren?

Dave y Emily se unieron con los demás periodistas en las ventanillas. Al principio no vieron nada. Luego, por encima y a cosa de dos kilómetros detrás, vieron el objeto.

Mientras la distancia se reducía no hubo la menor idea acerca de lo que era. Una espacionave de Lyru.

A los pocos segundos habla pasado de largo al avión y tomado delantera, a terrible velocidad.

Camp Bayburn, establecido en los años sesenta para tratar ciertos problemas comerciales, estaba hecho un mar de confusiones. A treinta kilómetros del sur habían sido definitivamente descubiertos cuatro monstruos

y tres más se rumoreaba que reptaban al norte desde el Río Grande. A un kilómetro al Este, había aterrizado la espacionave de Lyru. Estaba allí posada ominosamente, dominando el árido panorama, aunque su escotilla no se había abierto y no había signo exterior de la actividad que el comandante imaginaba estaba a punto de estallar para complicar las cosas aún todavía más en aquel puesto a su mando.

El comandante mayor Eckers, quedó adicionalmente enojado porque Bam Buckskin había bajado a robarle la gloria. El mayor Eckers actuó con diligencia, aunque con ineficacia enviando tropas al encuentro de la amenaza de los monstruos. Los hombres volvieron en desorden, aunque no sin algo da heroísmo, para informar que nada a pie sobre ruedas, cadenas, o alas era capaz de detener a aquellos seres del diablo. La llegada de Buckskin para hacerse cargo del mando en aquel momento particular parecía Eckers ser una reprimenda personal y por eso se mostró menos que cordial cuando se presentó entregando el mando a su superior.

Las sospechas de Eckers de que Buckskin era un buscador de gloria quedaron alimentadas por la llegada de los aviones de la prensa. Si Eckers hubiese tenido el mando, los periodistas se habrían limitado a los tersos comunicados preparados por su estado mayor y enviados a Austin para que allí fueran distribuidos. Pero Buckskin, aquel sabueso de la publicidad, había dejado que toda la entera cábila, desde periodistas de periódicos y corresponsales de agencias de noticias hasta escritores de revistas, personal de la radio e incluso la entrometida triveo viniesen con aquella orden de técnicos y montañas de equipo. Lo que era peor, ninguno de ellos hasta entonces, tuvo la delicadeza de dedicarles su atención, y mucho menos pedirle una entrevista.

Con Sam Buckskin atareado con conferencias de estado mayor, la atención de la prensa se centró en la espacionave Lyru. Un cordón de tropas estaba rodeándola como una medida de precaución y a nadie se le permitía acercarse a un kilómetro de ella. Pero la prensa lo veía muy bien por encima de las cabezas de los soldados. Diligentemente fue filmada y televisada, aunque nada hacía excepto permanecer allí posada.

Emily Wallace la miró ceñuda.

—¿Qué piensas que se propone hacer? —preguntó a Dave.

—Buena pregunta. Aquí hay otra: ¿Cuál es, una de las dos que previamente a aterrizado en Tejas, o una nueva? —contó con sus dedos—. ¿Una séptima?

—A juzgar por su dirección cuando nos pasó en nuestro avión yo diría que es la del norte de Dallas. Tú estuviste dentro. Tendrías que reconocerla.

—Todas parecen iguales —contestó él.

Sam Buckskin salió de una conferencia y los periodistas se apiñaron en su torno. Alzó una mano para aquietar su clamor.

—Asunto primero. No hay peligro inmediato para ningún civil,

propiedad, o tropas de los monstruos desconocidos de esta zona. De memento están bien lejos de las zonas pobladas y avanzan muy despacio. Están siendo mantenidos bajo observación por aviones fotográficos y sus posiciones van siendo repasadas minuto a minuto. Asunto número dos.

—Por primera vez tienes razón sobre lo de tener un hombre aquí. Yo era tu corresponsal en Tejas... ¿recuerdas?... hasta que me despedisteis. ¿Qué pasó?

—Las Lyru confundieron las cosas. Además, yo quería saber qué es lo que estabas haciendo. Por le visto estabas pasándolo muy bien.

—Ajajá. Comprendo. Especialmente cuando te enteraste acerca de Lori.

—Ajajá —contestó Emily—. No voy a dejar que me provoques y nos exaltemos como antes. En serio, Dave, pareces haberte ajustado muy bien aquí. No estás tan tenso siempre. No fumas demasiado. No hablas tan de prisa, de hecho, algunas veces casi arrastras las palabras. ¿Por qué es eso?

El se arrellanó y sonrió.

—Ah, no lo hago, chavala. Creo que es todo debido al aire de Tejas que hace maravillas.

—Creo que mantenerse alejado de una retorcida sociedad en donde todas las mujeres actúan como hombres y demasiados hombres piensan que tienen que actuar como mujeres. En cierto modo el sistema dio resultado, pero fueron aumentando las tensiones y la primera crisis lo paralizó.

—¿De veras? —preguntó Dave—. ¿Por qué?

—Las mujeres en realidad no quieren actuar. Una cosa es gobernar una casa. Eso es lo que era el país antes de la venida de las Lyru: una casa grande, bien organizada. Excepto el cuarto de los niños, Tejas, que siempre estaba hecho un caos. Pero nada serio; nada que una mujer no pudiese resolver.

—Y entonces vinieron las Lyru.

—Sí. Entraron los ladrones. No importa con buena ama de casa si es mujer, siempre tiene miedo a los ladrones. Para entonces es cuando necesita tener un hombre en el hogar, para que se cuide del ladrón con una maza de pelota base. Pero él no está allí y el instinto de la mujer es taparse la cabeza con las sábanas, temblando, esperando que los ladrones se vayan.

—Sólo que en vea de eso, los ladrones empiezan a subir escaleras arriba.

—Sí —dijo Emily—. Están ahora a mitad del camino y Gallinolandia no ha hecho nada.

—¡Gallinolandia! —rió Dave—. ¡Estás hablando como un nativo, señora! Ella sonrió.

—Perspectivas de cambio. Una vez pensé que Sam Buckskin era un

vaquero de cámara de comercio, pero ahora que lo he visto, me gusta. Todavía creo que está loco, sin embargo, al tratar de lacear a un monstruo.

El hombre de la torreta dijo:

—Los jinetes se abren en abanico. Parecen haber divisado algo... a vuestra izquierda, en aquella garganta.

Pudieron descubrir el gran arroyo pero no vieron nada más de inmediato. Luego se alzó un grito de los jinetes.

—¿Lo veis? —elijo Emily—, ¡Un tentáculo! ¡Agitándose en el aire! ¡Está saliendo!

El monstruo trepaba por un costado del arroyo. Trepar no era la palabra, decidió Dave, porque no se envolvía en ella ningún esfuerzo. Fluía sobre el borde, en su infinidad de patas y empezaba a dirigirse hacia los jinetes, con un sonido metálico.

Descubrieron a Sam Buckskin, sentado alerta en su silla, mirando con curiosidad. Había salido ya por completo de la garganta y era casi imposiblemente grande.

—Es honrando —susurró Emily—. Repugnante.

—No podría ser un robot —dijo Dave—. Definitivamente es algo vivo. Pero tampoco veo cómo puede ser un animal. ¿Hasta que de cerca le va a dejar Sam que venga?

El jeep estaba ahora avanzando en campo abierto y por entre las filas de los jinetes, tomando la escena desde ángulos distintos. Pero entonces el operador soltó una maldición.

—Se estropeó el mecanismo —dijo—. Tendré que utilizar la vieja manivela.

Buckskin esperó hasta que el monstruo estuviese a unos treinta metros de él, luego dar vuelta a su caballo y dio orden a las tropas para que retrocediesen. El jeep giró apresuradamente y se reunió en la retirada, Desde distancia segura Buckskin dio la orden de alto y esperó, mirando al cielo.

Los puntitos se convirtieron en una escuadrilla de bombarderos de combate. El jefe hizo una maniobra para demostrar que les había visto, luego describió un círculo para bajar con una velocidad inusitada.

Fue primero un desperdicio de balas y más tarde de bombas. Cuando el humo, polvo y tierra hubo desaparecido, el monstruo que estaba intacto. Continuó avanzando hacia la tropa de jinetes, los tentáculos oscilando, las piernas por centenares ondulosas. Hacían ruido y emitía una especie de niebla mientras que su ojo amarillento relucía de manera ominosa.

Buckskin destacó a media docena de hombres para que se quedasen con la criatura, aunque a distancia conveniente y envió emisarios al campamento con informes acerca de sus movimientos. Buckskin y el resto de los hombres empezaron a retroceder, el jeep marchando en retaguardia.

Los aviones volaron muy bajo por encima, agitando las ala;; de manera frustrada, después partieron hacia el Norte.

Al cabo de un momento habían vuelto, rugiendo con más furia. El jefe de una escuadrilla pudo verse mientras pasaba como un rayo, señalando hacia algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dave al hombre de la torreta—. ¿No puedes ponerte en contacto con él?

—La radio está muerta —replicó el operador—, igual que cámaras de triveo. Veo algo de polvo ahí arriba, sin embargo, como si una buena cantidad de caballos o ganado viniesen.

—¿O monstruos? —preguntó Emily.

A los pocos minutos vieron que era lo que levantaba aquella nube de polvo. Marchando hacia ellos, a través de la maleza, en formación, había un ejército de guerreras de Lyru.

XVI

Los pilotos de los aviones miraron a Sam Buckskin en espera de que diera la orden de ataque, pero él sacudió vigorosamente la cabeza, y se colocó junto al jeep.

—¿Qué le parece, Sam? —preguntó Dave.

—Fantasmal —contestó Buckskin—, Voy a celebrar un parlamento con las Lyru. Usted y miss Wallace vengan, si quieren. No deberá haber ningún problema si queréis tomar escenas para tenerlas registradas.

—¡Trate de impedírnoslo, coronel! —dijo el jefe de los operadores—. No hemos podido transmitir en directo, pero sí estamos utilizando las cámaras de película de cine que llevamos para casos de emergencia.

El jeep siguió a Buckskin cuando éste galopó hacia la formación Lyru y desmontó. La jefe, una mujer de pelo negro con la barbilla orgullosamente alzada, levantó el brazo y lanzó un agudo chillido de mando, Las guerreras se detuvieron.

Dave y Emily se reunieron con Buckskin y fueron al encuentro de las Lyru.

—Nosotras, las Lyru, te saludamos —dijo su jefe—. Tú eres el coronel Sam Buckskin —una espiral violeta pendía del aire a su lado. Otras espirales revoloteaban entre las filas de guerreras—. Me llamo Rya, para servirte.

—¿Eh? —exclamó extrañado Buckskin—. ¿Y cómo?

—Hemos venido a ayudaros contra las criaturas que amenazan vuestra tierra —dijo Rya.

—Gracias, Rya —contestó Buckskin con sequedad. Miró a la formación Lyru—. ¿Con lanzas y espadas? —Las mujeres guerreras no llevaban otra cosa.

—Las lanzas y espadas pueden ser algo más de lo que parecen.

—Es posible, claro. ¿Me permites examinar alguna?

La espiral junto a Rya bailoteó agitada en el aire.

—Lo siento, pero no —contestó Rya.

—¿Quién lo dice? —preguntó Dave—. ¿Tú o el ayudante?

La espiral se contrajo y se extendió.

—¡Tú eres David Hull! —gritó una voz—. ¡El que se nos infiltró, el raptor! ¡Apresadle!

Rya se adelantó para obedecer. La mano de Buckskin voló hacia la

culata del revólver, pero Rya se detuvo cuando la voz dijo:

—¡No! ¡No, no! Perdóname —la vos se hizo más untuosa y la espiral pendió de nuevo inmóvil—. David Hull, ¿se encuentra, bien Lori?

—Nunca estuvo mejor —contestó Dave. La voz calló y Rya volvió?. hablar.

—Debieras traer a Lori para que visite a sus antiguas compañeras. Estamos ansiosas de verla.

—Apuesto a que sí —dijo Dave—. Te voy a decir lo que haré. Mira, te llevaré con ella. Tú, Rya, y cualquier otra Lyru que quiera venir. Pero sin la compañía de ningún ayudante.

La espiral, furiosa, entró en su numerito de concertina, encogiéndose y expandiéndose. El chisme habló directamente a Sam Buckskin, que había estado contemplándolo con atención.

—Tengo que pedirte, coronel, que contengas a ese hombre y que cese en sus intentos subversivos. Buckskin sonrió.

—Dave estaba mostrándose sólo hospitalario. Déjame que te haga una invitación por mi cuenta. Tengo un amigo muy interesado en conocerte —guiñó el ojo a Dave—. El doctor Rossiter, jefe del laboratorio. Nos sentiremos honrados si vienes.

—Sospecho vuestras intenciones —dijo la espiral, tornándose altivamente azul—. Lo más urgente ahora es derrotar a las criaturas que invaden vuestro territorio. Las Lyru os han ofrecido generosamente su ayuda y vosotros desperdiciáis el tiempo en otras cuestiones.

—Una de esas criaturas está a menos de un kilómetro, precisamente detrás de esa colina —dijo peligro —se dirigió al personal de la triveo—. Y si Buckskin—. Vuestra es.

Rya alzó la mano como saludo a Buckskin, luego emitió un penetrante grito de mando. Sus guerreras se pusieron firmes y empezaron a marchar.

Buckskin contempló el paso de la columna. Las. Lyru, unas trescientas, desfilaron marciales, los ojos fijos delante, soberbias en sus breves uniformes metálicos.

—¿Borregos al matadero? —preguntó Dave.

—No —contestó Buckskin—. Eso no tendría sentido. No es que lo tenga nada de lo que pasa, claro. Pero creo que se verá todo un espectáculo. Vamos a verlo.

Montó en su caballo. El jeep ya había girado y a un gesto de Buckskin partió tras las Lyru. Dave y Emily saltaron a la trasera.

El monstruo seguía reptando hacia el Norte, con estrépito metálico. Las Lyru marcharon en formación hasta unos cien metros del bicho. Luego, al oírse un agudo grito de mando, cada guerrera cayó rodilla en tierra, la cabeza inclinada, y alzó su arma como para recibir una bendición. Gritaron al

unísono, el sonido subiendo y bajando como en una plegaria. A otra orden las Lyru se alzaron erguidas y rompieron filas. Corrieron hacia el monstruo, rodeándolo.

La cintura se detuvo y su cabezota con el único ojo se volvió a un lado y otro, mirando a las Lyru. De inmediato, la criatura se abalanzó hacia adelante y la Lyru ante él retrocedió. Pero las mujeres a su retaguardia atacaron, alanceando y dando espadazos con sus armas y lanzando agudísimos gritos de guerra. El monstruo se detuvo otra vez. Las mujeres de enfrente cargaron.

Las espirales volaban de un grupo a otro de las Lyru, en apariencia dando instrucciones y animando al loco ataque. Ya no se podía distinguir de entre las otras mujeres. El jeep iba de un punto de observación ventajoso a otro, tomando las escenas en película. Dave, mirando desde detrás de la torreta, sacudió la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. Han detenido a ese monstruo. Las bajas y las bombas no lograron detenerle, pero un puñado de soldados de infantería hembras, sí. ¿Cómo?

—Aún está muy vivo —repuso Emily—. Parece hallarse confuso, no herido.

En apariencia, la estrategia Lyru era distraer a la criatura en un extremo mientras que otras guerreras le atacaban por el lado opuesto. Pero aunque los lanzazos y golpes de sable que recibía la criatura en sus patas y otras partes accesibles parecían enojarla, ciertamente que no recibía ningún daño grave.

Una posibilidad se le ocurrió a Dave al recordar la negativa de Rya ante la petición de Bucksin de examinar el armamento. Toda armadura tiene sus resquicios y era concebible que los golpes cuidadosamente dirigidos de las Lyru tuvieran por objeto hallar estos resquicios, allá donde los potentes explosivos lanzados al monstruo no habían producido el menor efecto.

Y pudiera ser que las puntas de las armas estuvieran envenenadas. Pero con veneno o sin él, algo retardaba las reacciones del monstruo. Sus embestidas eran menos vigorosas y sus tentáculos no azotaban de manera tan aniquiladora. Las Lyru prosiguieron con sus golpes debilitadores hasta que todo el enorme cuerpo de la criatura temblaba y se estremecía.

Ante esto, un grito de alegría se alzó de la Lyru, Se hicieron atrás, envainando las espadas y dejando descansar el asta de las lanzas sobre el suelo. Siguieron gritando, pero callaron y el griterío se convirtió en murmullo cuando una Lyru de pelo negro se colocó ceremoniosamente en un punto di rectamente delante de la temblorosa criatura.

—Es Rya —susurró Emily—. ¿Qué va a hacer? Dave sacudió la cabeza.

—Supongo que más ritual.

Ahora había seis Lyru ante la cabeza del monstruo, incluyendo a Rya. Pendiendo del aire, junto a! hombro de Rya, estaba su espiral, vibrando. El murmullo de los gritos en forma de salmodia continuó. Tres Lyru se colocaron una al lado de la otra y dos más treparon ágilmente sobre los hombros de sus compañeras. Después, Rya montó encima de la pirámide humana, quedándose quieta. El murmullo creció en volumen.

Entregaron una lanza a Rya. La balanceó entre. sus manos y la empuñó, echando la cabeza hacia atrás y mirando directamente al enorme ojo amarillento del monstruo. El murmullo se había convertido en un agudo y ensordecedor griterío. Entonces paró. Se produjo un profundo silencio.

Rya arrojó la lanza. Fue directa a su blanco.

Hubo un estrépito entrecortado y metálico y el monstruo se derrumbó con una terrible y majestuosa lentitud. Lanzó una última nube neblinosa, sus tentáculos se estremecieron finalmente y cayó de costado. Así permaneció, inmóvil.

Rya saltó ágilmente al suelo y un chillido de triunfo partió de centenares de gargantas. El grito se convirtió en un cántico primitivo y las Lyru circundaren al monstruo vencido en una danza salvaje, saltando por los aires, blandiendo sus armas y sacudiendo sus cabezas de manera que los cabellos ondeaban.

—Es la cosa más condenada que «yo» he visto jamás —dijo el operador.

Emily tenía cogida la mano de Dave.

—Es hermoso, de una hermosura salvaje —dijo ella.

Sam Buckskin cabalgaba despacio.

—Voy a dar un vistazo de cerca a ese monstruo, si es que ellas me lo permiten.

Pero cuando el ceremonial acabó, las Lyru mantuviéronse en guardia en torno a la criatura. Rya, jadeando y con los ojos brillantes, acompañada por la espiral, se adelantó al encuentro de Buckskin.

—Pronto emprenderemos el regreso —dijo la Lyru.

—Buena idea. Pero antes me gustaría examinar a esa criatura. No sé cómo lo hicisteis, pero fue un trabajo estupendo.

—¡No! —exclamó Rya—. Es nuestro botín. Tú mismo lo dijiste. No puedes echarte atrás ahora.

—Yo no «quiero» llevarme esa maldita cosa —dijo Buckskin—. Sé lo concerniente a los botines de guerra. Es vuestro. Sólo quiero mirarlo de cerca.

—No —repitió ella—. Está prohibido. Debemos consagrarlo a los dioses en una adecuada ceremonia.

—Parecía como si ya la hubierais celebrado.

—Hay más —la espiral zumbó inaudible y Rya miró al cielo. Cuatro navecillas Lyru de exploración se acercaban.

La radioemisora de la silla de montar de Buckskin zumbó y el coronel respondió, sorprendido.

—Aquí el mayor Eckers, en Camp Rayburn. Habíamos perdido contacto contigo. ¿Estáis bien?

—Sí. En apariencia hay algo en el monstruo que anula las ondas de radio. Ahora que ha muerto se ha restaurado la comunicación.

—Ha habido alguna actividad Lyru en la vecindad —dijo Eckers—. Pensé que deberías saberlo.

—Gracias —dijo Buckskin con aspereza—. Te refieres a cositas así como trescientas de ellas marchando hacia el Sur o cuatro de sus aparatos de exploración volando, ¿no?

—Si. ¿Las has visto tú también?

—Todo va bien, Mayor. Están aquí. Hemos establecido una especie de relaciones amistosas. Regresaremos todos en breve. Y quizás podamos organizar un baile o un torneo de balonvolea entre nuestros respectivos campamentos.

—Bueno, si piensas en eso, coronel... Buckskin cortó la comunicación.

—Recuérdame —dijo a Emily—, no decir nada que pueda rebajar al mayor Eckers delante de ustedes, los paisanos.

Las naves exploradoras Lyru se habían posado en el suelo en los cuatro vértices de un cuadrado que dejaba dentro al monstruo muerto. Cables de metal labrado y trenzado que Dave recordaba haber visto en la espacionave de la que escapó, fueron lanzados y atados a la criatura con suma rapidez. Luego las cuatro navecillas se elevaron despacio alzando sin esfuerzo al monstruo, que ahora, parecía más un montón de chatarra que algo que estuvo vivo momentos antes. Se lo llevaron hacia el Norte.

—Podríamos regresar juntos —propuso Buckskin a Rya. Dio un silbido a su tropa y los jinetes se reagruparon—. Somos vecinos y debemos llevarnos bien.

—Sí —aceptó ella con una media sonrisa. Lanzó un chillido de mando y las Lyru formaron prestas para emprender la marcha. Los jinetes las contemplaron con cautelosa admiración. Era una colección de chicas guapas como difícilmente se podría reunir, pero también luchadoras salvajes que bajo sus hermosos pellejos podrían albergar propósitos siniestros.

No obstante, uno de los sargentos le dijo a Buckskin:

—Una sugerencia, coronel. Un par de hombres ha pensado que si las Lyru a lo peor tienen alguna chica herida, viajaría mejor a caballo.

—Es verdad —repuso Buckskin—. Los hombres se han mostrado

muy generosos al querer cederles sus monturas, sargento.

—Bueno, señor, no creo que pensaran eso. Me parece que su intención es que las Lyru podrían cabalgar «con» ellos.

—Oh —Buckskin sonrió y miró interrogar a Rya. Ella consultó con los ojos a la espiral a su lado y sacudió la cabeza.

—Es lo mismo —repuso Buckskin—. La confraternización no tardará en ser un problema, me imagino.

Los soldados formaban una doble fila aquella tarde a lo largo de la sólida cerca que había sido erigida entre Camp Rayburn y el campamento Lyru. Las Lyru, encantadoras al resplandor de sus hogueras, estaban preparando sus cenas en grupos de a cinco o seis.

Más allá se veía la sombría masa del monstruo muerto. Y aún más allá se hallaba la espacionave, la escotilla abierta y con trenzadas cuerdas metálicas pendiendo hasta el suelo.

Uno de los soldados gritó:

—Invítame a cenar, guapa, Te lavaré los platos. Otro dijo:

—¿Qué te parece si tú y yo, preciosa, nos damos un paseíto a la luz de la luna?

Ninguna de las sugerencias fue particularmente original o ingeniosa, pero todas despertaron un coro de carcajadas de los hombres y animó a otros a tratar de hacerlo mejor. Pero las Lyru ignoraron a sus admiradores. Cabeceando aquí y allá, a la luz del fuego, se veía una espiral.

Sam Buckskin celebró una conferencia de prensa aquella tarde. La batalla de las Lyru que habían visto no fue única. Encuentros similares habían tenido lugar en el sur de California y cerca de la frontera canadiense. En cada caso, las espacionaves habían despegado sin previo aviso, bebían vuelto a aterrizar cerca de las escenas de actividad de los monstruos y luego mandado una tropa de mujeres guerreras a realizar la batalla.

Monstruos en Idaho, California, Montana, Minnesota y Estado de Washington murieron de la misma manera que el de Tejas. Y en cada caso los monstruos, vivos, habían establecido la misma barrera de interferencia con las comunicaciones de radio, restauradas al morir los monstruos. En ninguna de las batallas se vio rastro de las Crones.

Preguntaron a Buckskin acerca del armisticio con las Lyru. Por lo que había podido colegir, dijo, no era una alianza, sino una cobeligerancia. El país se alegraba de tener su ayuda contra los misteriosos monstruos pero no se hilaba aún preparado para admitir que las Lyru no tenían ulteriores propósitos.

¿Habría una autopsia al monstruo muerto? Sí, si se le podía arrebatar a las Lyru. Quizás ellas lo regalarían una vez terminadas sus ceremonias religiosas, cualesquiera que fuesen. Pero allí no había nada que regalar.

Hubo un aumento de actividad en el campamento Lyru y las guerreras

empezaron a reunirse en torno a la oscura masa de restos que era el monstruo muerto. Se sentaron en el suelo, mirándole, con las piernas cruzadas, las manos agarradas a las rodillas.

Chillaron. Mientras sus voces subían y bajaban se oyó un retumbar, como el sonido de un tambor gigante. Al principio parecía venir de todas partes, pero luego se le localizó provinente de la abierta escotilla de la espacionave. Nadie podía estar seguro, pero alguien pensó haber visto a una figura «n cuclillas dentro de la abertura. ¿Una Crone?

El retumbar y los gritos agudos se fundieron en un coro hipnótico y las Lyru oscilaron de un lado a otro. Una salmodia por el enemigo muerto, enorme y sombrío en el centro.

Pero ahora las sombras fueron dispersadas, aquí y allá, mientras diminutas luces azuladas cobraban vida, reluciendo a intervalos primero, luego haciéndose más fuertes.

Las luces se convirtieron en llamas, lamiendo a la criatura. El retumbar se intensificó y los chillidos se hicieron más agudos. Las llamas cobraron mayor altura. Las Lyru oscilaron con frenesí y sus alargadas sombras barrieron el suelo tras ellas. Ahora el monstruo se había convertido en una antorcha, las llamas cada vez mayores hasta superar en altura a altura a la espacionave.

La pira blanco azul era cegadora, pero las Lyru parecían estar mirándola con fijeza. La criatura misma ya no se podía ver.

Entonces, de súbito, desapareció. El retumbar cesó. Los gritos agudos acabaron. La negrura lo abarcó todo como si fuera algo palpable.

Las Lyru se pusieron en pie como turbadas y subieron de manera automática por las cuerdas, entrando en la espacionave.

Nada había donde estuvo el monstruo.

XVII

Se convirtió en una rutina.

La Fuerza AéreaX divisaba los monstruos y daba la alarma. Transmitía su locación a las Lyru, quienes salían para combatir. Las tropas de los Estados Unidos les seguían, con órdenes de no interferirse en la pelea pero de proporcionar cualquier clase de ayuda que se les requiriese. Algunas veces esta ayuda consistía en almorzar junto con las Lyru, que se mostraban satisfechas de tener algo que comer después de matar al monstruo y antes de llevárselo para su cremación ceremonial.

Inevitablemente, a pesar de la repugnancia de las espirales, hubo una fraternización creciente entre hombres y Lyru. La proporción de espirales entre las Lyru era de una por cada treinta muchachas y los hombres contribuyeron a extender las cocinas de campo por un área lo más grande posible. Eso mantuvo las espirales ocupadas saltando de un grupo a otro y los hombres aprovechando todas las ventajas de esta oportunidad. Las Lyru, tras un período inicial de timidez, o quizás de miedo al castigo, se unieron voluntariamente a la lucha contra las espirales.

Donde había una conmoción en una sección, saltaba rápidamente una espiral para investigar. El grupo que acababa de abandonar entonces comenzaba a mostrarse juguetón dándose palmaditas, codazos y en ocasiones besos robados hasta que la espiral aquella a otra volvía para restaurar el orden, produciéndose entonces brotes de indisciplina en otros lugares, y así hasta lo infinito.

Hubo cierto resentimiento inicial entre los hombres cuando se les concedió el papel de cocinar para las Lyru pero pronto se desvaneció cuando las mujeres empezaron a ayudarles. Ellas parecían disfrutar «trabajando» para los hombres. Tomaron a su cargo los preparativos y en servir la comida. Hicieron reparaciones menores en los uniformes de los soldados. Se unieron a las fiestas improvisadas, cantando con sus gritos exóticos en una especie de acompañamiento a las nostálgicas palabras de los veteranos.

Lo que más le gustaba a los hombres, en apariencia, era el hecho de que las Lyru les escuchaban con respeto cuando hablaban. Esto era una cosa preciadísima en las zonas no lejanas en donde se asumía la natural superioridad de las mujeres y era casi tan rara en Tejas mismo en donde había escasez de hembras.

Y así bajo el emblema de la fraternización pareció establecerse una nueva norma común. Eso fue bueno para la moral de todo el mundo, excepto para las espirales.

Presumiblemente las Crones, amas de las espirales, también se mostraban trastornadas, pero ni indirectamente se formuló ninguna protesta por parte de ellas.

Y así durante semanas todo fue bien. Los monstruos aparecían misteriosamente, eran localizados, los mataban, los alzaban del suelo las espacionaves y sufrían la cremación.

Parecía no haber escasez de ellos para que las Lyru pudiesen pelear y nunca. existía el temor de que las Lyru no pudiesen contenerlos y vencerlos a distancia segura de los centros poblados. Las Lyru tuvieron sus bajas, pero nunca fueron cosa seria. Se cuidaron de sus propias heridas, rehusando la ayuda de los sanitarios Estadounidenses.

—No sé, Sam —dijo Dave a Buckskin un día—, pero me parece a mí que las Lyru se han hecho cargo de su guerra.

—Yo tampoco lo sé, hijo. Por primera vez en mí vida me siento cansado. Cansado y superfluo. Cuando Gallinolandia saltó en Tejas había un desafío para que nos comportásemos al estilo antiguo. Pero ahora un juego diferente de mujeres ha venido y nos ha hecho parecer estúpidos al hacerse cargo de nuestras batallas dentro de nuestro propio país. De cualquier manera ni me siento enfadado con ellas ni agradecido. No sé qué hacer.

Dave lamentaba ahora haber hablado. Miró a Buckskin con interés.

—Si nos amenazasen —dijo Buckskin—, sería diferente. Pero hacen por nosotros lo que no nos es posible imaginar cómo podríamos hacerlo en persona. Me hacen sentir como un malvado si decidiese volverme a mis lazos y a entrenar caballos.

Vio el rostro serio de Dave y se puso rígido con resolución.

—No imprimas ni una palabra de eso, Dave.

—No, señor. Yo me limitaba a pensar si usted creía que las Crones eran nuestras amigas, también, aún sin haber hablado con ellas.

—Hablaré —dijo Buckskin—. De un modo u otro le sacaré de sus agujeros y descubriré qué es lo que preparan en realidad.

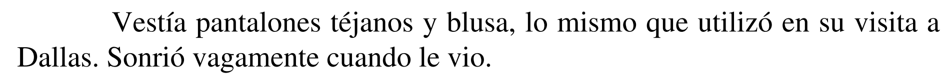
El doctor C.C.Rossiter, jefe del laboratorio, también había advertido el cansancio de Buckskin.

—Sam parece algo agotado, Dave. ¿Qué es lo que le pasa?

—Mujeres —dijo Dave—. Cluecas, Lyru, Crones. Demasiadas mujeres, doctor.

—Comprensible —dijo el doctor—, viendo que con las únicas hembras con las que tenía tratos antes de hacer todo esto era con las yeguas. Oh, y hablando de mujeres, Dave, ¿por qué no viene usted a ver a Lori? Me parece que necesita que la mimen, también.

Lori estaba en una habitación que se la había preparado la parte trasera del laboratorio.



Vestía pantalones téjanos y blusa, lo mismo que utilizó en su visita a Dallas. Sonrió vagamente cuando le vio.

—¿Oh, no vienes con tu chica? —preguntó ella.

—Vine a verte. Supongo que preferirías estar con ella. Con esa Emily.

—Basta, Lori. Emily está aquí en asunto de trabajo, como el resto de los periodistas.

—Pero tú te alegraste al verla, ¿verdad? Mira, ya estoy empezando a hartarme tanto de ella como de ti. Creo que ha llegado el momento en que os conozcáis —se dirigió hacia la puerta, y llamó—: ¡Doctor!

El jefe del laboratorio apareció por una puerta al extremo del pasillo.

—¿Diga?

—¿Me puede prestar a, Lori un ratito? Me cuidaré de ella.

—Bueno, si no sale del puesto y permite que las otras Lyru la vean.

—Gracias, doctor —volvió a Lori—. Está bien, vamos.

—¿Dónde? ¿Y si yo no quiero ir?

—Vamos —dijo, cogiéndola del brazo—. No discutas.

—No estoy vestida adecuadamente —protesta ella—. No me he arreglado.

—¡Oh, al diablo con eso! ¡Eres muy guapa!

Lori se calmó y dejó que la llevase fuera del edificio.

No había nadie en el club de oficiales excepto la barra que estaba atestada de periodistas. Dave vio a Emily sentada con Doug Morn. Había un taburete vacío cerca de ella he hizo que Lori se sentase. Luego dio unas palmaditas al hombro de Emily.

—Ya está —dijo cuando la periodista se volvió—. Emily... Lori, Lori... Emily. Recordad ambas que sois damas.

—Bueno —dijo Emily. Examinó a la alta muchacha junto a ella en una mirada de pies a cabeza—. De manera que ésta es la reina de las amazonas.

—Sé educada, Emily —advirtió Dave.

—Es muy pequeñita —dijo Lori—. ¿Por eso es tan ruda?

—Sé bien educada también, Lori. Y éste es Doug Morn.

—Un verdadero placer —dijo Doug—. ¿Quiere tomar una bebida con nosotros? Lori le sonrió.

—Unas «alforjas», por favor.

Emily sonrió a Lori con dulzura calculada.

—¿Es ésa la bebida que te hace arrancarte los vestidos de encima, querida? Ten en cuenta que ahora llevas muy poco puesto. Oh, te ruego que me perdones; tienes «un» botón de tu blusa abrochado, ¿verdad? Y es

evidente que desapruebas la bárbara costumbre de llevar sostén.

Lori la dirigió un gritito de aviso y Dave se interpuso entre las dos mujeres.

—Tomaré una cerveza —dijo Dave—. Reportaos las dos. ¿Qué tal estás, Doug? ¿Qué hay de nuevo?

—Esto —dijo Doug con aire desvalido—. Apostaré eso por Emily si el duelo va a ser verbal, pero invertiré mi dinero en Lori si se convierte en un combate físico.

—Oh, estupendo —dijo Dave—. Un instigador. Mira, estas chicas tienen que aprender a soportarse mutuamente.

—¿Por qué? ¿Es que vas a casarte con las dos?

—¡Casarme! —exclamó Dave—. ¿Quién dijo algo acerca de matrimonio? Ande a aprender a soportarse porque forma una especie de núcleo. Hay miles más de Lyru y ha llegado ya el momento de que se integren con la gente de la tierra y...

—¿Quién lo dice? —preguntó Emily—. ¿Qué clase de loca conversación es ésa? Sólo porque logras domesticar a una Lyru te crees que eres una autoridad en sociología. ¡Integración! Nadie las pidió que viesen y cree que ha llegado el momento en que se vuelvan por donde han venido... Lyru, espirales, Crones... todo el conjunto.

—No puedes abarcarlas todas en la misma frase, Emily —dijo Dave —. Es una organización jerárquica, con las Lyru al pie y...

Pero nadie le escuchaba. Pudo ver el rostro de Lori y la tempestad que estaba formándose. En el centro de la razonable explicación de Dave la mano de Lori salió disparada, cogió el vestido de Emily por el cuello y lo desgarró.

Emily respingó. Tuvo un momento de valentía mientras se alzó y miró como si dispusiese a responder, pero luego dio media vuelta y echó a correr en busca del lavabo de señoras.

—¡Lori! —exclamó Dave—. ¡Qué has hecho! Lori parecía complacida.

—Algo que aprendí de una de mis hermanas civilizadas de la Tierra —contestó.

Un par de mujeres periodistas habían seguido a Emily al lavabo y otros corresponsales, hombres y mujeres, se agruparon en torno a Lori. Las mujeres permanecieron a distancia respetuosa. La puerta de lavabo de señoras se abrió de nuevo y Emily salió, vistiendo un abrigo que alguien le había prestado. Miró llameante a Lori y al grupo que la rodeaba, luego se fue.

—¡La domesticada Lyru! —exclamó Lori—. ¡Creo que la he demostrado quién es la que está domesticada!

Dave decidió que ya era tiempo de llevarla de regreso a su habitación.

Tras la ceremonia de consagración aquella noche las Lyru no

volvieron inmediatamente al espacionave. Permanecieron paseando de dos en dos o de tres en tres, siempre con una espiral cerca.

Dave caminó hasta la cerca. El número ordinario de soldados se había reunido allí, mirando a las Lyru y bromeando entre sí acerca de ellas. La cerca no encerraba nada.

Corría en línea recta por un par de cientos de metros y no había ninguna cosa que impidiese a los soldados, o a las Lyru, ir hasta un extremo y pasar a la otra parte. Pero había una orden terminante de que la fraternización terminase después de oscurecer.

Dave caminó hacia un extremo de la cerca, en la parte trasera del campamento en un bosque pequeño. No había luna pero la luz de las estrellas era lo bastante brillante una vez sus ojos se acostumbraron. Se dio cuenta de que había dos soldados delante de él.

Los soldados estaban a cuatro patas tras un macizo de arbustos, de espaldas a Dave. Se escondió tras un árbol. Estaban vigilando a dos Lyru, acompañadas por una espiral, sentadas al borde de una charca pequeña con los pies dentro del agua. La espiral, en apariencia les dejaba tomar aquel baño de pies, quedando relajada a pocos metros de distancia, reluciendo con suavidad.

Los soldados se dieron un mutuo codazo y saltaron hacia delante. Uno llevaba algo en la mano. El otro tenía una cuerda enrollada sobre el hombro. Preparaban algo ingenioso, con toda evidencia.

Lograron deslizarse a pocos metros de la espiral sin ser vistos u oídos. Saltaron sobre la espiral. Hubo un corto forcejeo y los soldados se pusieron en pie triunfantes, con la espiral extendida entre ellos en toda su longitud.

Las Lyru se habían puesto en pie y estaban mirando la escena con sorpresa. No hicieron da menor tentativa de interferirse o de huir.

Dave se acercó más, manteniéndose escondido. Vio que los hombres habían colocado grapas de metal a cada extremo de la espiral, que cada vez relucía con mayor debilidad... aparentemente desamparada ahora que no la permitían enrollarse.

Los soldados ataron un extremo de la cuerda a un arbusto fuerte y sólido, pasaban la cuerda en torno al tronco de un árbol pequeño, tiraron, manteniendo la espiral tensa y luego ataron el otro extremo a otro matorral sólido. La espiral estaba extendida horizontalmente entre dos árboles, a pocos palmos del suelo. Su resplandor disminuyó y pronto no pareció más que una oscura pieza de grueso cable.

—Buenas noches, muchachas —dijo uno de los soldados.

Las Lyru, aún de pie juntas cerca de la charca parecían como muchachitas perdidas.

—Hola —dijo el otro soldado—. Soy Jimmy y éste es Joe. Joe el genio, como podría decirse. Fue idea suya, cazar a vuestra carabina. Espero

que no estéis enfadadas.

Una de las Lyru gritó insegura y medio sonrió. La otra se puso los dedos en las sienes maravillada mirando de la espiral extendida a su compañera y de ésta a los soldados.

—¿Está... está muerta? —preguntó con voz entrecortada..

Dave regresó sin ser visto al campamento.

VOX POPULI, Cuatro:

—¡Uf! —exclamó George Typika; saltando excitado en su silla delante de la triveo.

—¿Qué? —preguntó Joan, saliendo de la cocina, Llevaba delantal y tenía las manos manchadas en harina.

—¡Esa es Lyru! —dijo George entusiasmado—. ¡Qué magníficas criaturas son! ¡Cómo todo el país debe emocionarse al verlas luchando contra el odioso invasor!

—Sí, querido —asintió Joan indulgente—. ¿No es eso lo que le acaba de decir el locutor?

—Bueno, sí, pero es verdad, ¿no? Mira a esa, corriendo hacia la izquierda para lanzar al monstruo otro golpe paralizante. ¡Qué precisión! ¡Qué belleza salvaje y natural! ¡Qué espectáculo! ¿Quieres mirar un poco?

—No puedo. No si tengo que hacerte ese pastel. Tu dijiste que querías que te lo hiciese como los que te preparaba tu abuelo.

—¡Mi abuela, mujer! —la sonrió—. ¡Ten cuidado con tu lengua, gallinita, o tendré que darte una azotaina!

—Sí, George —él estaba sobrepasándose un poco pero ella se lo perdonó. Be mostraría menos beligerante cuando consiguiese recobrar su empleo y no necesitase hacer alardes de masculinidad—. Pero me temo que no entiendo la cocina. ¿Quieres ajustaría por mí?

—¡Jamás! —gritó él—. He jurado no tocar ese infernal mecanismo nunca. No aprenderás a manejarlo. Yo lo hice... yo, un simple hombre... así que no debe ser un problema para tu inteligencia superior. ¿Eh?

—Sí, cariño —dijo Joan con paciencia—. Pero podrías apartarte un momento de la triveo. Yo no sé qué es lo que ves en esas batallas de monstruos. Son todas iguales. Es la sexta que has visto esta tarde, ¿verdad?

—Las otras eran película. Esta es directa. Han aprendido a transmitir desde el aire ahora, eludiendo las interferencias. Pero no debes mostrarte celosa, Joan. El destino de la civilización puede depender de la victoria en estas gloriosas batallas. Las Lyrus son heroínas. Hacen cambiar la marea, creo, por último. Merecen toda recompensa y agradecimiento a la nación. Sí ellas y sus jefes tamben.

—¿Te refieres a las Crones? Cada vez hablas de manera más chocante, George. Creo que es de escuchar esos oradores de triveo todo el día, incluso desde que te revolviste contra el trabajo casero. No hace mucho tiempo que tenía que impedir que te unieses a la brigada de los cascos de

metal y que fueses a quemar Crones en las piras.

—Fue un horror —dijo él, agitando la mano con aire de magnanimidad—. Estaba equivocado en muchas cosas, has de recordar. Pero lo arreglé. Nadie es tan ciego...

—Lo sé, lo sé —dijo ella—. ¡También conozco el dicho de: «O tiempos, o costumbres». No sé qué es lo que lo hizo, pero desde entonces he tenido que efectuar las faenas caseras y mi trabajo. ¿Estás seguro de conseguir el empleo de que hablabas, o es todo mentira?

—Mañana —dijo George—. ¿Te atreves a hacerme preguntas, mujer? Y cuando yo consiga el empleo que tú vas a abandonar y te dediques con todo el tiempo libre a la casa y... —aspiró profundamente y la miró con aire de basilisco—: ¿Ha tener niños?

—¡Oh, George! —ella estaba impresionada—. Casi no tenemos nada ahorrado en la cartilla para los niños. Y nunca lo habrá si tú te pones a trabajar. El gobierno no me dará ningún subsidio por mí trabajo casero.

—¡Al cuerno los subsidios! —gritó él—. Mi abuela jamás consiguió ningún subsidio infantil y tuve siete hijos.

—¡Bueno, yo no soy tu abuela!

—Es cierto —admitió él—. No hay comparación posible. ¡Ella sabía como cocinar un pastel!

—¡Oh! —luego, sin habla, volvió furiosa a la cocina.

George, animado por su victoria, se instaló de nuevo en la triveo y se relajó contemplando la batalla. Pronto se le vio saltar en la silla de nuevo, en una hipotética participación.

Joan, con las manos hundidas hasta las muñecas en la masa, se prometió así misma ceñuda, que le liaría el mejor pastel que comió jamás aquel gran loco.

XVIII

—¡Claro que me gustaría echarle las manos encima a una espiral, Dave! —dijo el jefe del laboratorio—. Pero, ¿por qué viene a mí? Yo no puedo tomar esa clase de decisiones. Es cosa de Sam Buckskin o del jefe del Servicio de Espionaje.

—A ellos no puedo acudir, doctor. No quiero que los dos pobres soldados se vean metidos en un lío. Además, Sam puede sentirse obligado a devolver la espiral a las Crones junto con sus disculpas; es u» hombre de honor.

—¿Y cree usted que yo no lo soy? —preguntó el doctor Rossiter sonriendo—. Está bien, muchacho. Su candor es refrescante y mi curiosidad científica más fuerte que mi sentido de la ética, así que iremos a, descuartizar esa espiral.

Salieron furtivamente y llegaron al bosque. Los soldados habían hecho progresos. Joe estaba sentado en un tronco con una de las Lyru, hablando animadamente. Mientras Dave y el doctor se acercaban más le oyeron contarla una sorprendente historia de cómo él con una sola mano capturó la aeronave de unos ladrones de ganado Los otros dos estaban más serios. Jimmy y su chica se hallaban de pie muy juntitos, cogidos de las manos y susurrándose palabritas al oído. La espiral estaba aún estirada entre los dos árboles, como una cuerda vacía de las utilizadas para tender la ropa.

—Podemos manejar s, los muchachos y convencerles para que no hablen —murmuró el doctor—, pero, ¿qué hay de las Lyru? No podemos devolverlas a las Crones sin su espiral.

—Entonces, llevémonoslas también. Alojémoslas con Lori.

—Ya sabía yo que habrían complicaciones. Está bien, marchemos hacia ellos.

Salieron al pequeño claro en torno a la charca. Joe se puso en pie de un salto.

—¡Cáscaras, la policía militar! —exclamó.

—Calma, muchachos —dijo el doctor—. Somos sólo Dave Hull y yo.

—Oh, hola, doctor —saludó Joe—. Estábamos únicamente hablando con las chicas.

—Y cogiendo espirales a Lazo —repuso el doctor—. Está bien, porque quiero llevármela al laboratorio. Necesitaré vuestra ayuda... y la promesa de que no os iréis de la lengua. Vosotros no decid nada de mí y yo no diré nada tampoco de esta íntima sesión en el bosque.

—Claro, doctor; sólo que no hubo ninguna intimidad —sonrió tristemente—. Vinieron ustedes demasiado pronto.

Transportar la espiral constituyó un problema. Era difícil impedir que se enroscase mientras atravesaban los bosques. A la menor relajación de la tensión empezaba a contraerse y era necesaria la acción combinada de los cuatro hombres para enderezarla de nuevo.

Por último la metieron en el laboratorio, sujetándola con fuerza a dos estacas clavadas en el suelo. El resplandor que había empezado a aumentar durante el viaje disminuyó y una vez más el objeto tomó el aspecto de un pedazo de grueso cable gris.

—Está bien, muchachos —dijo el doctor—. Muchísimas gracias. Podéis iros ahora.

—¿Nos permitirá volver de cuando en cuando a ver a las chicas? —preguntó Jimmy.

—Ya os avisaré. Creo que eso se podrá arreglar. Ahora iros. Y recordar ni una palabra a nadie.

Los soldados se fueron. Las Lyru les vieron irse, luego una de ellas preguntó:

—¿Somos prisioneras?

El doctor Rossiter estaba transportando un banco portátil de instrumentos junto a la extendida espiral.

—Digamos que estás bajo custodia protectora —dijo—. ¿Cómo os sentís?

—Raras —dijo la Lyru—. Perdidas. Ligeras. Confusas. Amistosas. —Su compañera asintió.

—¿Qué sentís acerca de la espiral... del ayudante? —preguntó Dave.

—Siento como si debieran ustedes libertarla —contestó ella—. Pero no quisiera hacerlo por mí misma. Nos encontraríamos más vivas... más confiadas... si se la soltaba, pero me pregunto si eso sería deseable. Me temo que no. Doc asintió.

—Ambivalencia. Una primera reacción natural en una víctima de menticidio.

—¿Menticidio? —inquirió Dave.

—Asesinato de la mente. Los nazis lo utilizaron en la Segunda Gran Guerra Mundial y los comunistas en Corea. Lavado de cerebro. Merloo, el médico psiquiatra holandés, efectuó un amplio estudio de ello después de ser víctima de tales tácticas; tiene sus raíces en el perro de Pavlov y fue aplicado más tarde de manera efectiva a los seres humanos.

El doctor trabajaba mientras decía todo esto, tocando la espiral con instrumentos, efectuando lecturas, mirándola mediante espectrómetros, efectuando lecturas, mirándola mediante espectrómetros, probando su

conductividad y, una vez, pasándole u» dedo por toda su extensión, casi con cariño.

—¿Pero, asesinato? —preguntó Dave—. La mente de Lori no fue asesinada. Y estas chicas parecen ser totalmente racionales.

—Entonces, llamémosle captura de la mente —aclaró el doctor—. Es una cosa ambiental. Quita el estímulo y a menos de que haya habido un completo acondicionamiento de la mente, ésta volverá a la normalidad y pensará por sí misma. Lori y estas chicas son jóvenes y están sanas. Juzgaría que sólo fueron condicionadas hasta el punto necesario de que hicieran la tarea que de ellas se esperaba. No había necesidad de ir más adelante. De hecho, hay un punto óptimo que debe alcanzarse a poco trecho del completo lavado del cerebro. De otro modo Los individuos se convertirían en meros autómatas y no quedarían convincentes en el desempeño de sus papeles.

Las Lyru al oír esto comenzaron a conversar entre sí con sus grititos peculiares.

—¿Eh? —preguntó el doctor.

—Tiene usted razón —dijo la más alta.—. Antes no lo comprendí, pero de ese modo debió ser. Sabíamos lo que hacíamos y decíamos y nos parecía lógico y adecuado superficialmente, pero ignorábamos el porqué.

El jefe del laboratorio asintió.

—He estado repasando algunos casos similares —dijo—. Hubo uno allá por los años cincuenta... un oficial de la Marina que firmó una confesión falsa de haber practicado la guerra bacteriológica después de sufrir un reacondicionamiento por parte de los comunistas. Dijo ante el tribunal investigador que las palabras eran suyas, pero que los pensamientos pertenecían a los comunistas. Sabía que la confesión era falsa y no obstante, a causa del acondicionamiento, le parecía verdadera.

—Pero lo acondicionaron a base da tortura —dijo Dave—. No creo que llegaran jamás a torturar a las Lyru.

Las chicas sacudieron la cabeza.

—No, físicamente, no —dijo el doctor—. Las técnicas difieren. Hay atajos y perfeccionamientos. Hay distintas clases de presiones, pero el resultado es el mismo.

El jefe del laboratorio parecía haber acabado su examen preliminar de la espiral. Tenía ya una libreta llena de notas.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó a las Lyru.

—Arda —dijo la más alta—. Y esta es mi hermana, Orna.

—Encantado de conoceros. ¿Querríais voluntariamente tomar parte en un experimento, Arda y Orna? Mi intención es aflojar la tensión de vuestro amigo el ayudante. No del todo, sino lo suficiente como para que asuma su forma natural. Quiero que me digáis vuestras impresiones mientras esto

sucede.

Arda asintió dudosa. Orna miró a su hermana como pidiéndola consejo.

—Sí —dijo Arda—. Si usted lo desea.

—¿No es arriesgado? —preguntó Dave.

—Tendré cuidado —repuso el doctor—. Está bien, chicas, colocaos al extremo lejano de la estancia, lo más lejos posible de la espiral. Dave, colóquese entre ellas, por si acaso. Yo no me moveré de junto al conmutador en todo el experimento.

Dave vio que entre las dos estacas había un mecanismo sencillo que permitía que éstas se inclinaran una hacia otra mediante un engranaje manipulado desde su palanca correspondiente.

—¡Oh, pero eso es un potro! —exclamó Dave—. ¡Un potro de tortura como los de la Edad Media!

—No se ponga sentimental —repuso el doctor—, La espiral no es humana. Ni siquiera un ser vivo. ¿Preparados?

Las chicas asintieron. El doctor manipuló la palanca, los ojos yendo de la espiral a las Lyru. La cosa empezó a perder su color gris. Relució y se estremeció. Las Lyru empezaron a mostrarse inquietas, pero no hicieron el menor gesto de avanzar. El doctor maniobró la palanca un puntito más.

La cosa tembló y se contrajo tanto como la permitía la tensión. Hubo en ella una sugerencia de enroscamiento y el color cambió de nuevo a un azul grisáceo. Las Lyru estaban ahora temblorosas. Orna lanzó un suave y agudo gritito.

—Siento como si eso tratase de establecer un» comunicación —dijo Arda—. Sin embargo, nada definido.

El doctor movió más la palanca. Las Lyru temblaban a ojos vistas, los ojos fijos en la aprisionad» espiral, que relucía débil.

—¿Estáis bien? —preguntó el doctor a las muchachas.

—Sí —respondió Arda—. Eso creo. Pero «se» está comunicando ahora.

—¿Qué dice?

—Nada... nada en palabras. Pero tira... tira de nosotras.

—De ti sola y de tu hermana, ¿verdad?

—Y de sí misma. Quiere que la ayude, pero yo no quiero.

—Bien. ¿La resistes conscientemente?

—Sí. Pero no debo relajarme o ella ganará. Aquello no tiene que volver a ocurrir. No deseo verme dominada.

—¡Buena chica! Orna, ¿qué tal tú? ¿Puedes resistirte? —ella asintió, aunque el sudor le corría a chorros por la frente y cara—. Entonces, la

acercaré un poquito más —el doctor maniobró la palanca—, y eso será todo por ahora. Entonces, habremos fijado ciertos límites dentro de los cuales podemos experimentar sin peligro.

Sus dedos se movieron en la palanca. La espiral empezó a pulsar al contraerse más. El resplandor era ya definido. Nadie habló.

El silencio fue roto por un chillido agudo. L» puerta se abrió de repente. Dave giró en redondo. El doctor permaneció petrificado junto a la palanca, luego fue derribado por el ataque de una figura huidiza. ¡Lori!

Con ojos desorbitados, orillando salvajemente, el cabello suelto, Lori maniobró la palanca todo cuanto ésta cedió, luego se lanzó contra Dave, tirándole al suelo. La espiral recobró instantáneamente su forma de sacacorchos y tomó un triunfante tono violeta.

Las otras dos Lyru se apartaron as la pared. Una de ellas atajó a Dave cuando éste se levantaba del suelo y lo derribó otra vez. La cabeza del periodista chocó contra una esquina del banco de trabajo y se desmayó.

Recobró el conocimiento en el momento en que el doctor Rossiter le sacaba del brazo una aguja hipodérmica.

—Está usted bien —dijo el doctor—. Esto le aclarará la cabeza en menos de un minuto. Armaron una buena, ¿verdad?

Dave recorrió con la vista las ruinas del que fuera antes un eficiente laboratorio. Las tres Lyru estaban sentadas, confusas, en el suelo. La espiral estaba tensa de nuevo entre las estacas, perpendiculares una vez; más.

—Ahí es donde debes estar, diablo —dijo Dave al sacacorchos—. En el potro de tortura.

—Durante un ratito esto fue una casa de locos —explicó el doctor—. Hasta que logré echar atrás la palanca. Pero hemos aprendido algo.

—¡Vaya con la actitud científica! —dijo Dave con admiración—. Pero, ¿qué aprendimos? Que Lori, a pesar de las lecciones de resistencia que se le habían dado, perdió el control la primera vez que se puso al alcance de una espiral. No obstante, las otras dos, recién liberadas de sus dogales, estaban resistiendo admirablemente.

—Exacto —asintió el doctor animoso—. Era natural que Lori actuara así. No sabía que hubiese una espiral tan cerca, de manera que no la resistía con consciente actividad. Lo más seguro es que no supiera lo que se hacía. Pregúnteselo.

Lori salía ya de su confusión. Miró en su torno.

—¿Qué hago aquí? —preguntó. Vio la espirad extendida gris y ominosa entre las estacas—. ¿Qué es eso?

—«Era» una espiral —contestó Dave—. Ahora es sólo un pedazo de cable. ¿No te acuerdas? Y ahí están las dos Lyru a las que el ayudante custodiaba. ¿Las reconoces?

Lori pareció verlas por primera vez.

—Sí —dijo—. Las vi cuando me uní al principio a la espacionave cerca de Dallas. No sé sus nombres. Arda y Orna se habían recuperado y.

—No sabía lo que hacía —dijo Arda.—. Lo hice, pero no quería. No... no puedo explicarlo. Orna parecía más lucida.

—Yo la abominaba —explicó—. Pero cambió mi odio hacia ti. Deseaba matarte. Lo siento.

—Todo va bien ahora —dijo Dave—. Aunque por un ratito parecieron volver los viejos tiempos, ¿eh, Lori?

Lori parecía avergonzada.

—Será mejor que me encerréis —dijo—. No podéis fiaros de mí en absoluto.

El doctor acabó algunos cálculos y apartó la libreta.

—Eso haremos precisamente —dijo—. Pero a las tres. Aunque sólo porque tengo que hacer unas cuantas pruebas más con la espiral y no quiero que nadie sufra heridas o daños... vosotras incluidas. Nadie sufrirá, si he calculado bien, pero es mejor estar precavido. Entonces, puede que la espiral se ponga también de nuestra parte.

—¿Qué quiere decir, doctor? —preguntó Dave.

—Oh, nada. Olvidé por un momento que es usted periodista. Por favor, no tome nota de nada de esto. Veamos sólo lo que podamos ver. Y, mire; no diga todavía nada a Sam.

—Todo el maldito país se vuelve loco por las Lyru —atronó Sam Buckskin—. De pronto ellas son otra vez la sal de la tierra y nosotros tenemos que prestarles toda la ayuda que nos pidan en su valiente lucha contra el invasor. ¡Malditas mujeres! Dave sonrió.

—¿Qué malditas mujeres, Sam? —preguntó irónico.

—Malditas cluecas del Potomac. En lugar de dejarnos descubrir qué son esos monstruos, para que podamos quizá aprender a luchar contra ellos por nosotros mismos, nos mandan que no nos metamos, que dejemos que las Lyru se las entiendan solas puesto que realizan un maravilloso trabajo; que no nos interfiramos en sus ceremoniales, que las tratemos con la máxima cortesía y que nos convirtamos en tropas de servicio auxiliar para ellas.

—¿Tan mala es la cosa?

—Peor. Incluso las Crones han aumentado de categoría. «Nuestras amigas y aliadas». No hay que hacer ninguna tentativa de ponerse en contacto con esas viejas, a menos que ellas inicien las negociaciones. ¿De todas maneras, quién está encargado de eso? ¿Los militares y alguna jefaza de alto rango? Lo siguiente que harán será mandamos que nos postremos de bruces como las Lyru cuando ellas quemen un nuevo monstruo.

—¿Y usted va a consentirlo? —preguntó Dave—. No me refiero a lo

de las reverencias durante los sacrificios de los monstruos, sino a mantenerse apartado de las Crones.

—¿Y qué otra cosa podría hacer aunque quisiera? —inquirió Buckskin cansino—. Desearía no sentirme tan apagado, tan derrotado, tan gastado e inútil. Desearía haber vivido hace ciento cincuenta años, cuando las cosas eran más simples, cuando las mujeres eran mujeres, en vez de presidentes y soldados de infantería.

El zumbador de su despacho sonó dos veces antes de que Buckskin respondiera. Pero mientras escuchaba comenzó a enderezarse en la silla. El desánimo desapareció de su rostro.

—Es tu amigo y compañero de conspiración, el doctor Rossiter —dijo Buckskin—. Parece que los dos habéis estado ocultándome algo. Creo que pensasteis que el viejo había perdido su energía.

—Nada de eso, Sam —protestó Dave.

—No os lo censuraría si lo hubierais hecho. Da todas maneras, el doctor cree que la espiral que capturasteis ha sido domesticada. Para así hablar, la ha descronizado. Ahora puede trabajar para nosotros. Vamos a ver.

Sam Buckskin estaba impaciente.

—Mira —dijo al jefe del laboratorio—, sé que eres un genio; no es preciso que me lo demuestres con palabras científicas. Ahora repíteme otra vez eso aun cuando yo ya sepa lo que significa..

El doctor suspiró. La espiral, libre de sus ligaduras pendía del aire como una bobina vertical, junto a su codo, reluciendo de manera benigna.

—Déjame que se lo diga yo —dijo la espiral. Dave y Buckskin la miraron con algo de alarma.

—¿Habla? —preguntó Buckskin.

—En realidad, no —contestó el doctor—. Como le dije a Dave, no es un ser vivo. Por otra parte, es una extensión de la personalidad.

—¿De la personalidad de quién?

—Originalmente de la de las Crones, pero instalé en ella una bobina filtro y ahora refleja la mía.

—Deja que se lo diga yo —repitió la espiral.

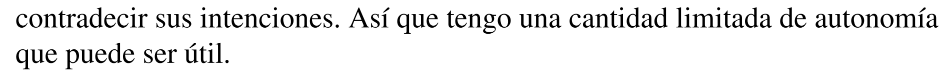
—Déjale —repuso Buckskin—. Me gustaría verla actuar.

La espiral tomó un placentero color rosado y se acercó unos centímetros más.

—Como dice el doctor, soy una extensión de su personalidad, pero no soy él, soy yo, hasta el extremo que él no puede predecir lo que haré o diré.

—Eso no suena a mucha seguridad para nosotros —comentó Dave.

—Lo es, sin embargo —continuó la espiral y el doctor asintió—. Mientras que él no sabe exactamente», nada de lo que yo diga o haga puede


contradecir sus intenciones. Así que tengo una cantidad limitada de autonomía que puede ser útil.

—¿Cómo te controla?

—Simplemente pensando. Soy un. mecanismo eléctrico... un radiorreceptor, para reducirlo a un concepto más claro... y recibo sus ondas cerebrales cuando éstas se producen. De ordinario no viajan muy lejos, ni siquiera le atraviesan el cráneo, pero yo puedo captarlas y llevarlas conmigo.

—¿Psiconesis? —preguntó Dave.

—No en realidad —contestó la espiral—, porque yo no soy por entero inanimada. Poseo incluido un centro de energía que me permite acercarme a él mentalmente hasta quedar a mitad de camino.

—¿Cómo controlas a las Lyru? —preguntó Buckskin.

—De nuevo por extensión de la personalidad —fue la respuesta de la espiral—. Las Crones me activaron y yo dirigía a las Lyru retransmitiendo & mis dueñas. Pero así como las Crones podían mantener contacto conmigo desde larga distancia, yo no podía controlar a las Lyru a menos que me hallara muy cerca de ellas a cosa de unos cinco metros.

—¿Por qué?

—La transmisión de las Crones a mí era fuerte, pero mi retransmisión a las Lyru, no. Eso es porque yo no era en realidad un retransmisor. Era yo una especie de filtro o catalizador.

—¿Y no pueden las Crones controlar directamente a las Lyru?

—No.

—¿Por qué no?

La espiral brilló como pidiendo perdón y el doctor respondió por ella.

—No sabe todo lo concerniente a las Crones, lo mismo que les pasa a las Lyru.

Tampoco sabe cómo las Lyru matan a los monstruos. Creo que eso corresponde una sección diferente.

Buckskin parecía, disgustado.

—¿Qué pasaría si se juntaran dos espirales? —preguntó Dave—. La suya y una de las de ellas.

—Nada. Se trata de un circuito vertical. Las espirales no pueden comunicarse entre sí; sólo con las Crones y las Lyru.

—¿Y no se darían cuenta de la presencia mutua?

—Probablemente, no.

—¿Entonces, podría usted controlar a una Lyru mediante esta espiral? —inquirió Dave.

—Ya lo he hecho, como experimento —fue la respuesta del doctor—.

Pero si tiene usted alguna idea de mandar a Lori, por ejemplo, al interior de una espacionave para hacer de espía con la espiral informándome, olvídela. Si ella se acerca a cinco metros de distancia de cualquier espiral Crone, caerá bajo su influencia.

—¿Y no la protegería contra eso nuestra espiral?

—Me parece que no. Si una espiral Crone se mete en la mente de ella y descubre que nosotros estamos escuchando, presumiblemente tratará de romper el control de nuestra espiral.

—¿Y podría tener éxito?

—No, a menos que nosotros nos retiráramos y rindiéramos a la muchacha. Si no lo hacíamos, tendría lugar una batalla en su mente que lo más seguro es que terminara destruyéndola... volviéndola loca.

—Bueno —repuso Dave—. Eso da fin a tal pensamiento.

—Debí imaginarlo —dijo Buckskin—. Todo este es muy instructivo, doctor, pero no parece tener ninguna aplicación práctica —de nuevo parecía un hombre frustrado—. ¿Y por qué no enviar a la espiral dentro de la nave para ver qué preparan las Crones?

—Con franqueza, creo que sería inútil, Sam —dijo el doctor—. Lo único que lograríamos sería perder nuestra espiral de la misma manera que las Crones la perdieron primero. Eres demasiado impaciente, Sam. En una noche no es posible ir de la tetera hirviendo a la construcción de una máquina de vapor. Esos descubrimientos cuestan generaciones, a veces. Pero no hay motivo para que no podamos capturar unas cuantas espirales más.

—Sí, enviando patrullas de donjuanes equipados con lazos y abrazaderas metálicas — rezongó Buckskin—. Dio resultado una vez, pero las Crones ya deberán estar sobre aviso.

—Quizá —dijo el doctor con cautela—, quizá no tengamos que capturarlas a mano. Puede que esté en la pista de un mecanismo desbobinador que enderece a distancia a las espirales.

Buckskin parecía escéptico.

—¿Y cuántas generaciones costará llegar al final de la pista?

—Puede que sólo cuarenta y ocho horas —el doctor parecía en cambio complacido consigo mismo—. Quizá menos.

—Humm —murmuró Buckskin con una inflexión de duda. Su aspecto era de desaliento. Mordió deliberadamente su cigarro y escupió tres cuarta» partes del mismo y dijo—: No. Es otro callejón sin salida. Supongamos que hacemos prisioneras a las espirales, ¿qué habremos conseguido? Si nos apoderamos de los mariscales de campo de las Lyru, las dejaremos sin jefes. Y dime, ¿quién entonces combatirá contra los monstruos?

XIX

—¡Tengo que protestar, coronel —dijo el mayor Eckers—. Realmente debo protestar. Yo tenía aquí una guarnición muy marcial y aguerrida hasta que su rebaño de vaqueros indisciplinados...

El mayor Eckers, que nunca fue un hombre frío, le pareció a Dave estar en un avanzado estado de excitación.

—Siéntate con Dave y conmigo y bebamos, Eckers —dijo Buckskin —. Nuestros vaqueros son, por lo menos, hospitalarios.

—No me sentaré. En la lista retreta se han echado de menos a unos cuantos hombres...

—¡Lista de retreta! —dijo Buckskin—. Estoy seguro de que estarán por ahí cosiéndose los botones. ¿Pero qué hay de malo que unos cuantos hombres tengan insomnio? Con toda seguridad estarán jugando alguna partidita amistosa de poder en los lavabos. No hay porqué ponerse histérico. Tal y como están las cosas, un incidente así sería algo emocionante...

—¡Unos pocos hombres! —gritó Eckers—. Exactamente cincuenta y tres hombres faltan... Buckskin bajó su copa.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro —balbuceó Eckers—. Y tampoco están en los lavabos.

Buckskin se puso en pie.

—¿Faltan caballos o vehículos?

—No. Donde quiera que fueran, lo hicieron a pie.

—Entonces no pueden estar lejos. Vamos.

Ensillaron los caballos y cabalgaron en silencio a lo largo de la cerca que separaba el campamento Lyru del suyo. Unas cuantas guerreras, con las espirales reluciendo a su lado, estaban de centinela cerca de la espacionave.

—Deberíamos llamar a la escolta —dijo Eckers.

—Es inútil sembrar la alarma —dijo Buckskin—. Probaremos en los bosques. Tengo el presentimiento.

En el lugar donde Dave y el doctor Rossiter habían sorprendido a Joe y Jimmy, la pequeña charca brillaba a la luz de la luna, pero estaba desierta. Pero más allá del claro, extendida entre los árboles, había una espiral desactivada. Cerca se encontraba otra, y otra, todas sin vida.

Algo blanco colgaba de una de ellas, girando lentamente bajo la ligera brisa. Buckskin leyó el papelito y soltó una risita.

—«No molesten» —miró hacia los árboles—. ¿Cuántas te imaginas que han podido reunir juntas, Dave?

—Quince o veinte —calculó Dave—. Un buen puñado.

—¿Qué es todo esto? —el mayor Eckers estaba turbado—. ¿Han estado robando cable de los almacenes?

—Estos «cables» —dijo Dave—, son espirales, descompuestas. La cuestión es, ¿dónde están las chicas que les acompañaban?

Pasaron varias espirales, mas todas enderezadas. El bosque se hacía menos espeso y la tierra se convertía en lo que antaño fue un prado, ahora con la hierba crecida hasta la altura de la cintura. Más allá se veía una granja abandonada y, cerca, un granero. Había luces dentro del granero. Oyeron música.

—¿Un baile? —preguntó Dave.

—¡Esto es inaudito! —exclamó el mayor Eckers.

—Sin embargo, parece divertido —dijo Buckskin—. Vamos a ver.

La música se producía mediante armónicas, guitarras, tambores improvisados y una sola corneta. Oyeren risas, profundas risas masculinas y el batir de pies calzados con botas bailando. Los jinetes desmontaron y se encaminaron a la gran puerta del establo, que pendía rota, colgando de sus enmohecidos goznes de manera que quedaba una abertura triangular en la parte baja que permitía el paso de un hombre. Oyeron ahora el entrechocar de vasos y pudieron ver por primera vez a los hombres y a las mujeres del interior.

La fiesta estaba en su apogeo. Una docena de parejas bailaban en un suelo que había sido cuidadosamente barrido y fregado. Los músicos tocaban desde una pequeña plataforma, que antaño debía ser depósito de balas de paja. A lo largo de una pared del establo se alzaba un mostrador y tras él unos cuantos hombres con delantales blancos y negros bigotes. Dave pensó que eran profesionales hasta que vio los uniformes por debajo de los delantales y se dio cuenta que los bigotes eran festivamente falsos La pista de baile estaba brillantemente iluminada por lámparas portátiles pero habían rincones oscuros en donde las parejas se sentaban en un estrecho silencio. Otras parejas eran apenas visibles en la parte superior de lo que antaño fue depósito de paja.

—¡Enojoso! —exclamó Eckers—. ¡Haré que cada uno de ellos se presente ante un consejo de guerra!

Dave pensó que no tenía nada de enojoso y qua podría muy bien considerarse como un baile organizado por cualquier casino rural, aún que más rústico. Todo el mundo parecía comportarse bien a pesar de que él no respondí del comportamiento de los que estaban en los rincones oscuros.

—Allí está el sargento Ramsden —dijo Eckers—, y el cabo Merton y... ¿ni es ese el teniente Baker ¡Sí! ¡Se ha quitado los galones para mezclarse

con los soldados! ¡Esto es el colmo!

—No tan terrible —dijo Buckskin—. Le sugiero que olvides un poco tu grado, mayor, y dejes me encargue de todo esto. Buckskin entró por la puerta.

—¡Aten... ción! —gritó—. Está bien, señores... y señoras. Lo divertido es lo divertido, lo sé, pero os habéis olvidado de que también hay una guerra de por medio. Una guerra confusa, lo admito pero no deja de ser una guerra.

Caminó con indiferencia cruzando la pista, las manos en los bolsillos se apoyó contra el mostrador.

—Estas copas, camarero —dijo—. Supongo que serán del comedor. ¿Y las neveras?

—Sí, señor —contestó el aludido, quitándose el falso bigote—. Pero las devolveremos después, coronel. Siempre lo hacemos.

—¿Eh? ¿Entonces no es ésta la primera de vuestras fiestas?

—No, señor. Pero es la primera en que han venido las Lyru.

—Me alivia oír eso —repuso Buckskin—. No me gustaría pensar que habéis adquirido la odiosa costumbre de atacar a nuestras amigas y aliadas, los espirales. Pero después de atarlas, ¿Qué pensáis hacer con ellas cuando acabe la fiesta?

—Soltarlas, me imagino, coronel.

—Muy mal planeado, hijo. No sería caballeroso, por una cosa. Las Lyru son seres humanos, ya lo sabéis... creo que lo sabéis —dijo con una mirada a los rincones oscuros—, y no juguetes. ¿Se os ha ocurrido pensar en lo que les ocurriría a ellas una vez vuelvan bajo control de las espirales?

El soldado-tabernero sacudió la cabeza, incómodo al ser escogido para recibir el sermón directamente, aunque todo el mundo estaba escuchando.

—Bueno, es algo Que debéis pensar la próxima vez que toméis decisiones por vosotros mismos. ¿De quién es el whisky ese?

—Es el vuestro, señor —protestó virtuosamente el soldado.

—Bueno —dijo por último Buckskin mirándole muy serio—. ¿No vas a invitar?

—¡Sí, señor coronel. Hubo un estallido de risas mientras la tensión se rompía.

—¡Descansen! —gritó Buckskin. Cogió su vaso de whisky lo mantuvo delante de él—. Hay un par de cosas que zanjar. El mayor Eckers, aquí presente, se encuentra molesto por la cantidad de gente que falta del dormitorio. Así que vamos a someter consejo de guerra a todo hombre que no esté en su camastro...

Se alzó un gemido.

—¡Silencio! —ordenó Buckskin—. No he terminado. A cada hombre que no esté en su camastro dentro de tina hora. Eso dará a todo el mundo tiempo para tomar un par de bebidas y decir buenas noches a sus amigas. ¿Está bien?

Los hombres gritaron su asentimiento.

—De acuerdo. Ahora, teniente Baker... lo siento, soldado; Olvidé que la luz es tan mala que no puedo reconocer a nadie aquí dentro. Usted, el que lleva las charreteras sueltas, quiero que se haga cargo de las Lyru después de la fiesta. Hágalas formar y marche con ellas hasta el campamento.

Buckskin apuró su bebida.

—De acuerdo. El bar está abierto. ¡Rompan filas!

Hubo una avalancha hacia el mostrador. La banda, inspirada, tocó: «Por ser un buen muchacho». Dave vio que la mayor parte de los hombres miraban a su Buckskin con la adoración evidente que se dedica a un héroe. El mismo, sentía de manera parecida.

—Esto deberá provocar algo —dijo Dave mientras cabalgaban de regreso al campamento—. Esta noche nuestros amigos han debido dar un buen bajón en la reserva de espirales de la espacionave. ¿Cómo consiguieron tantas de una vez, teniente?

—Fue una especie de complot —dijo Baker—. Los hombres de cara a las Lyru individualmente a la hora de almorzar hoy, que algo iba a ocurrir en los bosques esta noche. Lo hicieron sonar como una prueba secreta de alguna clase. Naturalmente, las espirales se enteraron y toda la multitud de ellas vino para espiar lo que ocurría. No debió haber dado resultado, pero algunas veces creo que las Crones no son muy listas.

Dave miró a Buckskin, que parecía murmurar para sí. Pero estaba hablando con alguien con su radioemisor de silla de montar.

—De acuerdo —dijo Buckskin—. Cinco minutos —se volvió a la silla para dirigirse al teniente—. Sigan adelante hasta que estén al final del bosque cerca del campamento. Mantenga ocultas a las Lyru y espere allí hasta tener noticias mías. Vamos a seguir cabalgando.

Buckskin se alejó al galope, Dave y Eckers me siguieron.

—¿Qué ocurre, coronel? —preguntó el mayor Eckers.

—Esos muchachos nuestros no son los únicos que van a tener esta noche compañía femenina. Creo que yo también tengo una cita.

—¿Con una Lyru, coronel? —preguntó el mayor.

—Con una Crone, mayor.

De hecho, había dos Crones esperando a Sara Buckskin en su despacho. Dave, entrando detrás de él con Eckers, no pudo estar seguro de que fuesen des de las tres que había conocido y si lo eran no le prestaron

demasiada atención a él.

Rya, la Lyru que mandó el combate, y una espiral estaban también allí. Bill Thrasher, el jefe ejecutivo, las había estado haciendo compañía pero ellas no le habían dicho nada.

Hablarían sólo al coronel.

Las Crones, despeinadas y sucias como Dave las recordaba, estaban sentadas impetuosas en los dos mayores sillones de la habitación. Rya arrodillada junio a ellas en la alfombra. No iba armada. La espiral pendía sobre el hombro de Rya.

—Nosotras somos las Supremas Altezas —dijo una de las Crones a Buckskin.

—Encantado, señora —contestó. Permaneció plantado en medio de la habitación, quitándose los guantes y mirándolas curioso—. ¿Me permiten expresarles mi agradecimiento, en nombre de Tejas y los Estados Unidos, por su ayuda en luchar en la guerra contra los monstruos?

—Se lo permito —dijo la Crone.

—Bueno, gracias —dijo Buckskin con sequedad—. ¿Ahora en qué puedo servirlas?

—Usted puede explicar —dijo ella, inclinándose hacia adelante y apuntándole con un dedo largo y huesudo—, qué es lo que ha hecho con nuestros ayudantes, quienes fueron tan útiles para ustedes. Su desaparición nos hace dudar de la apreciación y agradecimiento que acaba usted de profesar. Buckskin pretendió aparentar turbación.

—Hubo una espiral que quedó destruida en la catástrofe de cierta nave exploradora, recuerdo.

—No trate de mostrarse evasivo, joven —dijo la Crone, la floja barbilla temblando—. No nos encolerice. ¡Las Supremas Altezas son poderosas amigas, pero terribles enemigas!

—No me gustan las amenazas, señora —dijo Buckskin en tono glacial —. Antes que sigamos un poco más adelante, quizá debería yo recibir una explicación. ¿Qué las trajo a la Tierra, por ejemplo, y por qué aparecen los monstruos sólo después de su venida? ¿Porqué son ustedes las únicas capaces de destruirlos? ¿Y porqué no dejan que nuestros científicos los examinen una vez muertos? ¿Qué tratan de ocultar?

Las Crones se estremecieron mientras él hablaba, luego murmuraron entre ellas algo inaudible. Se pusieron en pie, sacudiéndose bajo sus remendados e informes vestidos y la que había hablado sacudió un puño huesudo en el aire. Rya continuó de rodillas, pero la espiral, a su lado, retemblaba ominosamente y parecía preparada para, la acción.

—¡A nosotras usted nos insulta a su cuenta y riesgo! —gritó la Crone —. ¡Usted se burla de nuestro poder! ¡Razas enteras murieron por menos de

eso! —dio un paso hacia Buckskin, el rostro descompuesto de rabia.

Thrasher gritó:

—¡Mayor! ¡No!

Pero fue demasiado tarde. El mayor Eckers habla sacado su revólver y disparado. La Crone gritó y la mano le cayó inerte a su costado, la muñeca destrozada.

Rya saltó y se arrojó contra Eckers. Los dos cayeron y la pistola se le escapó de la mano al militar. Buckskin la recogió y se la metió en el cinto.

—¡No más disparos! —ordenó—. Llama a un médico —dijo a Dave —. Thrasher, separa a esos dos.

Pero Rya ya se ponía en pie. Volvió a su posición arrodillada junto a las Crones. Sus ojos parecían vidriosos y la espiral volvía a estar en calma. La Crone herida gemía y se sujetaba la muñeca. La otra la habló consoladora y la acarició el desaliñado cabello.

—Lamento que haya ocurrido esto —les dijo Buckskin—. Fue inexcusable. No tardará en venir un médico.

La Crone, herida, se irguió.

—Nosotras somos las Supremas Altezas —dijo con algo de su antigua altivez—. No necesitamos de su medicación. Nos iremos —trotó hacia la puerta, la otra, Crone sosteniéndola. Rya la siguió y la espiral brilló tras ella, de un color rosa pálido.

—Como ustedes deseen —dijo Buckskin. Les abrió la puerta—. Vuelvo a excusarme. Procuraré que lleguen sanas y salvas a su campamento.

La herida Crone se volvió al umbral. La sangre de la muñeca había salpicado la parte delantera de su vestido. Miró con ojos llameantes y por turno a cada uno de los hombres.

—¡Conocerán ustedes nuestra maldición! —dijo.

El mayor Eckers fue confinado a sus habitaciones. Había disparado sólo en defensa de su coronel, pero Buckskin no estuvo en verdadero peligro y la innecesaria herida de la Crone produjo reacciones inmediatas.

Pero no hubo represalias, como se temía, y las reacciones fueron todas negativas. Consistieron en la retirada de las Lyru dentro de las espacionaves y que las grandes escotillas se cerrasen tras ellas. Esto ocurrió ni sólo en Tejas, sino en todas partes donde habían estado las Lyru. La espacionave que pendía sobre Virginia, con Washington, D. C. a distancia corta para una posible destrucción, permaneció inmóvil como antes, pero pareció más ominosa.

La ausencia de las Lyru era en si mismo una amenaza, como se comprendió cuando los monstruos continuaron siendo divisados, marchando con estrépito metálico e inexorable lentitud hacia los centros poblados. Sólo que ahora no había cobeligerantes en quienes transmitir la información. Ninguna Lyru marchaba gloriosamente a la batalla para enfrentarse a las

criaturas con sus ceremoniosos golpes mortales.

Desde el Pentágono viene una demanda pidiendo un informe completo del disparo sobre la Crone, pero ninguna instrucción sobre el modo de solucionar la crisis de los monstruos. En su ausencia, los comandantes locales debían actuar según su propio criterio.

Sam Buckskin conferenció con el gobernador Conroy. La disposición de los monstruos al sur de Tejas parecía ser la típica. Habían ignorado el Eagle Pass, en la frontera Mejicana, y marchaban hacía el Noreste a través de Maverick y davala, en la dirección general de Uvalde. Pero Uvalde estaba a más de ochenta kilómetros y para llegar hasta allí los monstruos tendrían que cruzar una zona que estaba deshabitada a excepción de unos cuantos colonos que podían fácilmente ser evacuados por aire. Así que el peligro no era inmediato. A su presente velocidad tardarían los monstruos una semana en llegar a Uvalde.

—Bueno, doctor —dijo Sam Buckskin al jefe del laboratorio—. ¿Qué hay de un inventario de nuestras Lyru?

—Tenemos cincuenta y seis —dijo el doctor Rossíter—. Y veintiocho espirales. Pero con eso no se puede luchar contra los monstruos.

—Yo que estaba seguro de que tendrías algún algo animador que contarme —dijo Buckskin—. ¿Por qué no? Me refiero a que además hay algo que me deja desconcertado.

—Yo tengo una cosa —dijo el doctor—, más desanimadora, y es la razón por la que las Lyru no pueden combatir contra los monstruos. No tienen sus lanzas y espadas mágicas. Tienen que tener algo sobrenatural; no me es posible encontrar ninguna razón científica para justificar su afectividad. Otra razón es que las espirales desnaturalizadas pierden en seguida sus recuerdes. Están a nuestro lado, pero las Crones parecen haberlas alertado y arreglado para que olviden todo cuando se las captura, Y por otra parte, las Lyru nunca supieron nada acerca de los monstruos. Todo lo que hicieron fue seguir las órdenes de las espirales, golpe a golpe.

—¿Has interrogado a todas las Lyru?

—Hasta la más bonita y de cabeza más vacía de todas. En conjunto no me han dado ni una idea útil.

—¿Tontas?

—No quiero decir que sean estúpidas, aunque ninguna de ellas puede compararse a Lori en inteligencia. Lori parece ser algo especial. Quiero decir que las demás no saben nada que pueda ayudarnos.

—Bueno, no es mucho. Será mejor que vuelva a trabajar, Es como si estuviese dándome cabezadas contra una pared de piedra, pero alguien tiene que seguir cabeceando, aunque sólo sea en bien de la moral de las demás personas.

—Antes de que te vayas, Sam, echa un vistazo a esto —el doctor me entregó una pistola de forma plana, con un cañón abombado—. No es de la categoría de una pared de piedra. Es algo más para la puerta del establo cuando te roban el caballo.

—¿Qué quieres decir con eso? —Buckskin sospesó el arma y apuntó con ella.

—Es una pistola antiespirales. Quiero decir que ahora no nos sirve para nada puesto que todas nuestras espirales están domesticadas y las otras encerradas dentro de las espacionaves.

—Hum —Buckskin dio vueltas al arma en su mano—. ¿Cómo funciona? El doctor sonrió levemente.

—En palabras casi monosílabas, dispara una carga que cortocircuita la comenta queda movilizada a la espiral. Tiene el mismo efecto que si enderezamos la espiral entre dos árboles, aunque sin necesidad de desenroscarla.

—¿Hasta qué distancia es efectiva?

—Debe durar una semana si cuidas los disparos y no la utilizas como una automática. Entonces se le puede recargar. Y destruye a la espiral para siempre. Reajusta, las moléculas, ya ves...

—No importa eso. ¿Funciona contra cualquier otra cosa?

—No, sólo con les espirales. Tú podrías disparar a través mío y derribar a una espiral que se ocultase detrás de mi cuerpo.

—¿Cuántas armas de estas tienes?

—Dos, ésta una. Pero podemos fabricar una decena al día, más, si nos dais algo de ayuda. Son sencillas.

—Dile a Thrasher que te proporcione tantos hombres como quieras y que te ofrezca también cuanto necesites. Mientras, ¿puedo llevarme ésta?

—Claro, Sam, Pero las espirales están en su establo y no comprendo qué planeas hacer con ella. Buckskin se la metió en el bolsillo.

—Yo tampoco estoy seguro —guiñó el ojo al jefe del laboratorio—. Aunque riada más, les podría dar con ella, en la cabeza para variar y proseguir cabeceando paredes de piedra.

Buckskin encontró a Dave Hull esperándole en el despacho.

—Sam —dijo Dave conturbado—. Emily ha desaparecido. Lo mismo Lori. Ambas han sido echadas de menos desde hace dos días, según tengo entendido.

—¿Eh? Tiene gracia, que el doctor no me haya dicho nada de Lori. Aunque parecía medio muerto. Trabaja demasiado duro —Buckskin parecía igual, pensó Dave. El viejo tenía líneas de fatiga en su cara que hacían que su nariz pareciese más de alcohol y que el rostro semejara más enjuto. Además el pelo gris necesitaba que lo cortaran—. ¿Supones que las chicas se fueron

juntas?

—No es probable —contestó Dave—. La última vez que estuvieron juntas, que yo sepa, Emily dijo unas cuantas palabrotas a Lori y Lori arrancó a Emily su vestido.

—Mujeres —Buckskin sacudió la cabeza—. ¿Piensas que han podido ser lo bastante locas como para tratar de deslizarse sin ser vistas dentro de la espacionave? ¿Ambas o alguna de ellas? Uno jamás puede decir lo que a una mujer le paree» lógico.

El zumbador del escritorio sonó. Segundos más tarde la fatiga había desaparecido del rostro de Buckskin. Marcha a toda velocidad hacia Camp Rayburn.

—Vieron otro monstruo —dijo Buckskin. Se metió otro cigarro en la boca y comenzó a masticarlo—. —Está bien —dijo al que le llamaba—. ¿Dónde...? Lo tengo. ¿Cuan de prisa...? Está bien. Te volveré a llamar, treinta y cinco a cincuenta kilómetros por hora.

—¿Tan de prisa? —preguntó Dave.

—Eso es lo que yo dije. Parece increíble que una cosa tan grande pueda caminar a esa velocidad. Dicen que parece un crucero de combate... ya sabes, grande y todo lleno de espinas... cruzando los prados.

—Me dan ganas de vomitar sólo en pensar en eso. ¿Supone usted que es ésta la maldición que las Crones nos prometieron?

—Es posible —dijo Buckskin—, Bueno, donde quiera que estén esas locas muchacha, probablemente están mucho más seguras que si se hallasen aquí Tendremos que evacuar el campamento —oprimió un botón y dio una orden—. Que se marche todo el mundo hacia el oeste, lejos de la espacionave. Que haya por lo menos dos kilómetros para mayor seguridad. Que el batallón A ensille y forme. Mantengan a las Lyru bajo protección mientras se vayan, en caso de que esto sea un intento de volver a capturarlas.

—Ellas parecían mucho más ansiosas acerca de sus espirales —dijo Dave.

Buckskin se puso el sombrero.

—Quieres dar un paseíto hacia la espacionave? Un presentimiento. Quizá sea una pérdida de tiempo. Paro puede que no.

—¿Hay tiempo? ¿Está muy lejos el monstruo?

—A unos treinta kilómetros. Dándole el beneficio de la luna a esa velocidad, nos quedan libres por lo menos tres cuartos de hora.

La espacionave estaba sentada masivamente bajo el sol poniente, negra y silenciosa. La escotilla estaba, herméticamente cerrada. Las cuerdas metálicas habían sido retiradas al interior. Los dos hombres caminaron a través del área que había sido el campamento Lyru. Dave dio unas patadas a las cenizas de las antiguas hogueras. Pero cuando llegaron al lujar donde los

monstruos muertos habían sido cremados, no había ninguna clase de cenizas.

—Tiene gracia —dijo Dave.—. Tendría que haber algún rastro, no importa lo enteramente que fuesen consumidos esos monstruos.

—Mucha gracia —dijo Buckskin sombrío—. Ni siquiera hay señal de que algo se posó aquí. Si yo colocase cosas tan grandes en el césped de mi casa, estaría seguro de que aplastarían por lo menos unas cuantas hojas de hierba. Aun cuando fuese la vieja resistente hierba Tejana.

XX

Sam Buckskin saltó a la silla delante de la tropa, Miró su reloj de pulsera.

—Treinta minutos ahora —dijo— ¡Vamos!

Lo jinetes cabalgaron hacia el sur entrando al galope en el desierto. Dave, desde su montura cerca de la vanguardia de la columna, miró hacia atrás, a través de la nube de polvo que levantaban, clavando los ojos en la espacionave, una larga, sombra ante el sol poniente, y miró también al campamento y al último de los evacuados marchando hacia el oeste.

Algunos hombres hablaban a sus caballos mientras marchaban; otros guardaban silencio, mirando con fijeza hacia adelante. Uno acarició la carabina metida en la funda de la silla; otro comprobó si su lazo iba seguro. Hombres y caballos, armas y lazos contra un monstruo tan alto como una casa de dos pisos, marchando con estrépito a través del desierto a la velocidad de un tren expreso, pareciendo algo tan poco romántico como un humeante crucero de combate.

Era una locura. Era el caballero contra el dragón. David contra Goliat, el hombre contra la tempestad. Material para las leyendas. Locura, hombre.

Un segundo antes había allí sólo arena, y hierba ondulante ante ellos. Al siguiente, el monstruo aparecía a la vista sobre la cumbre de una ondulación. Su nueva velocidad le hacía ondear como una oruga, Su único ojo amarillo parecía más brillante y más amenazador que nunca. Sus tentáculos azotaban furiosos y su estrépito metálico semejaba poseer un sonido histérico.

La columna de jinetes se fraccionó, la mitad marchando hacia la izquierda del monstruo, la otra mitad hacia la derecha. Sam Buckskin siguió cabalgando en línea recta.

Dave espoleó a su caballo saliendo de la fila.

—¿Qué trata de demostrar? —preguntó al capitán.

El capitán sacudió la cabeza.

Buckskin continuó galopando hacia la cabeza del monstruo; era un valiente pigmeo. Alzó la mano y apuntó a la criatura. Durante un segundo a Dave le pareció ver a un chavalito vestido de vaquero sobre un caballo de madera, apuntando con el dedo como si llevara un revólver y diciendo: ¡bing... bing! Luego, en el último segundo, Buckskin se apoyó duro a la derecha y el caballo se alejó al galope. El monstruo embistió derecho.

La fila de Dave había girado y marchaba paralela al monstruo. Les oíros jinetes habían hecho lo mismo en el otro coscado.

Sam Buckskin, tras describir un círculo, galopaba detrás de la criatura. La alcanzó, la sobrepasó, giró en redondo y de nuevo practicó su simple carga contra la cabeza, apuntando con el dedo. Bing, bing, pensó una vez más Dave. No percibió sonido de disparos. Pero a la luz del sol poniente algo brilló en la mano de Buckskin.

Buckskin se apartó y Dave creyó ver que el monstruo se tambaleaba. Percibió un murmullo de sorpresa. Otros lo habían visto también.

Buckskin corrió de nuevo tras la criatura, sobrepasándolo. Pero estas maniobras habían ocupado tiempo y ahora Camp Rayburn se asomaba sólo a poca distancia delante.

Buckskin se hallaba apuntando y presumiblemente disparando sin volver grupas para acometer al monstruo de frente. Y ahora sí que la criatura se tambaleó. Osciló, como un tren descarrilado, continuando hacia adelante, pero con la parte posterior a más velocidad que la delantera, de modo que la bestia, se arrugó como un acordeón. Buckskin apuntó y disparó una vez más. Ahora más cerca, Dave vio una especie de cañón abombado, pero no distinguió ningún fogonazo y oyó detonación alguna.

Cualquiera que fuese aquella arma, lo consiguió. El monstruo se detuvo por completo, su trepidar metálico tintineó, escapando una fina nubecilla de vapor, uno de los tentáculos desplomándose con estruendo metálico.

La puerta principal de Camp Rayburn quedaba a menos de medio kilómetro delante. Del oeste del campamento, de las tropas que habían sido evacuadas últimamente, vino una explosión de vítores. Al este, la escotilla de la espacionave empezó a abrirse.

Un caballo y un jinete se destacaron del grupo de evacuados y galopó hacia la tropa reunida en torno al cuido monstruo.

La escotilla de la espacionave se había abierto del todo y una navecilla exploradora Lyru, seguida de otra y otra y una cuarta, salieron, posándose en el suelo en forma de cuadrado y portando un nuevo monstruo en el centro. Las Lyru saltaron a tierra, las espirales volando junto a sus hombros, y empezaron a quitar los cables que sujetaban a la criatura.

El nuevo monstruo corrió derecho hacia aquel grupo de actividad, disminuyendo la distancia a cada segundo. El jinete gritó:

—¡Sam! ¡El alcance! |Alcance de rifle! ¡No de pistola!

El jinete era el doctor Rossiter, el jefe del laboratorio. Buckskin pareció comprender lo que quería decir y lanzó cuatro rápidos y silenciosos disparos. A cada uno, una espiral hizo ¡pong!, saltó en el aire y cayó al suelo inerte. Las Lyru parecían azoradas. Dejaron caer los cables y miraron en su torno.

Buckskin giró y apuntó al monstruo que embestía. Parecía una estatua, a caballo de su montura inmóvil, a menos de doscientos metros de

distancia. Y apuntaba con lo que parecía ser una pistola de juguete.

El doctor se acercó, repartiendo pistolas de aquellas como quien reparte premios. Dave cogió una y apuntó con ella al monstruo, ahora a menos de ciento cincuenta metros de distancia. Apretó el gatillo, pero no notó nada.

«¡Bing, bing!», se dijo a sí mismo, sintiéndose ridículo. Otros también apuntaban ahora y a ciento veinte metros el monstruo se tambaleó. A cien, empezó a caer. Luego se detuvo y quedó muerto.

Buckskin arrojó al suelo su pistola a toda prisa.

—¡Este maldito chisme, «quema»! —dijo: El doctor sonrió y le lanzó otra.

—Me dijeron donde estabas y me imaginé lo que te proponías hacer. De no haber estado medio dormido lo habría pensado yo mismo. De todas maneras hicimos tantos chismes como estas pistolas, por si acaso.

—Y si yo no hubiera tenido medio seso en la cabeza, habría disparado a alcance de rifle. Pero el cacharro se parece a una pistola; eso me desconcertó. ¡Deberías haberme viste hacer el lince, acercándome prácticamente hasta la garganta del monstruo antes de dispararle!

—Y si me permiten hacer una sugestión... —empezó Dave. Luego, antes de que pudiera evitarlo, exclamó—: ¡Bing... bing!

Sam Buckskin echó la cabeza atrás y rompió a reír. El doctor miró de uno a otro, turbado.

—Sé le que quiere decir Dave —explicó Buckskin—. Se necesita un zumbido de cualquier clase, o una vibración, para que uno sepa que el chisme funciona.

—Es cierto —corroboró Dave—. Se trata de algo psicológico. De otro modo a uno le parece estar haciendo el ridículo.

—¡Refinamientos! —el doctor sacudió la cabeza—. Y, ¿por qué no ponemos una culata de marfil tallado con un escudo heráldico? ¿Un escudo con una espiral rampante y una Lyru prona quedaría mal? Creo que no.

—¡Vienen más naves! —dijo el capitán de la tropa.

—Que vengan —contestó Buckskin—. Sólo empleen las pistolas de rayos del doctor contra las espirales en cuento las vean.

—No la llames pistola de rayos —protestó el doctor.

Buckskin le ignoró.

—Derríbenlas con rayos, capitán. Creo que yo meteré las narices en la espacionave, ahora que está abierta. Doctor, como inventor de la primera pistola lanza rayos del mundo, quizá te gustaría ver el interior de una verdadera espacionave. ¿Y Dave? ¿Vienes también?

—Naturalmente —contestó Dave.

—Antes de que nos vayamos —advirtió el doctor—, será mejor decir

a los muchachos que no toquen los cadáveres de los monstruos. No creo que ellos puedan, exactamente, pero quizá es posible que reciban una sorpresa.

—Me parece que te entiendo —dijo Buckskin—. Capitán, ya oyó al doctor. Y agrupe a las Lyru para su propia protección.

Buckskin pidió por radio un helicóptero que fuese a su encuentro en la espacionave.

—¿Estás seguro de querer entrar, Sam? —preguntó el doctor—. Hay mucha gente dependiendo de ti y no es agradable pensar que podrían capturarte.

—Lori y Emily están ahí dentro. Si no lo están, creeremos que sí, por si acaso necesitamos una excusa para violar la intimidad de las Crones. Esas pistolas de rayos no se nos agotarán llevándolas, ¿verdad? Eso es todo, pues, lo que me interesaba saber.

Desmontaron al pie de la espacionave y el helicóptero les alzó hasta la escotilla. Los motores, siendo muy largos impidieron que entrara por la abertura. El piloto sacó una escalerilla metálica flexible. Buckskin fue el primero en pisar la cubierta de la nave Lyru, le siguió Dave y después el doctor.

Se vieron acometidos inmediatamente por media docena de Lyru blandiendo espadas y chillando. Una espiral relucía tras ellas Buckskin le dirigió un disparo. Se produjo el sonido característico de un muelle roto y cayó al suelo. La inercia hizo que las Lyru dieran unos cuantos pasos más hacia adelante. Bajaron sus espadas en confusión.

—¡Coronel Buckskin! —gritaba el piloto del helicóptero—. Mensaje del sargento Morales. ¡La espacionave que estaba vigilando en el Fanhandle... está despegando.

La gran escotilla había empezado a cerrarse silenciosamente. Buckskin miró por un momento, como si considerase la posibilidad de deslizarse hacia la curvada superficie exterior del casco de la nave, Foro entonces retrocedió. La escotilla, casi estaba cerrada del todo.

—¿En qué dirección? —gritó al piloto.

—Se encamina...

Las últimas palabras leí piloto no pudieron escucharse apagadas por el sonar metálico de la escotilla al terminar de cerrarse.

Se agruparon en la cubierta y aguardaron a que sus ojos se ajustaran a la luz reinante.

—Esa era la espacionave inmóvil que en apariencia sólo estaba destinada a atraer la atención de Morales —dijo Buckskin—. ¿Hacia dónde dijo que se dirigía?

—No lo oí —contestó Dave, El doctor negó con la cabeza.

—Puede que fuera el navío insignia de la flota Crone —dijo Buckskin

—. Maldita sea mi estampa por dejar que nos atrapen así.

—Pudo haber saltado antes de que se cerrara la escotilla —apuntó Dave.

—«Pude»; pero vosotros dos no habríais tenido tiempo. A lo hecho, pecho. Ya empiezo a ver mejor. Dejemos que algo nos guíe y hallemos a las Crones hizo un gesto a las guerreras—. Vosotras, Lyru —dijo con amabilidad —. Enseñadnos dónde están las Crones. No os haremos el menor daño.

Las Lyru dudaron, luego envainaron sus espadas y abrieron la marcha hacia la parte trasera de la cubierta, Dave se fijó en varias navecillas de exploración colocadas de pie como si fueran huevos, en apariencia sin tripulación. Se corrigió a sí mismo, sin espirales.

Su pensamiento tenía una cualidad de ensueño. Lo mismo que sus movimientos. Parecía estarse viendo a sí mismo como actor en un Notidrama, uno de los tres héroes intrépidos que iban en busca de las villanas Orones en su cubil, con el grupo de las Lyru en sus uniformes de coristas, como guías. «Bing, bing», se dijo para sí, jugueteando con su pistola de rayos.

Las Lyru les condujeron hasta un corredor de alto techo. Los hombres entraron con precaución, volviéndose casi de manera constante a mirar atrás.

A mitad del corredor oyeron el sonido de pies a la carrera y saliendo de una intersección de delante aparecieron seis Lyru más armadas con sus espadas y chillando como energúmenas. Las dos espirales que las mandaban iban detrás de ellas.

Buckskin y Dave dudaban, pero el doctor les gritó:

—¡Disparad «a través» de las Lyru! ¡No les podéis hacer daño!

Dispararon, Las espirales hirieron su «poing, poing» y se estrellaron contra el suelo. Se produjo el familiar azoramiento de las Lyru. Luego, tras un intercambio de grititos con las otras Lyru, enfundaron sus espadas y se unieron al grupo.

Llegaron hasta una puerta tan amplía como el propio corredor. A Dave le parecía familiar y cuando la abrieren, reconoció la enorme habitación a que daba acceso. Allí estaba el estrado donde las Crones se sentaron cuando tuvo su primera audiencia con ellas, hace tanto tiempo, como prisionero.

Ahora, los grandes tronos se hallaban vacíos y los cortinajes de rojo oscuro pendían inmóviles del techo al suelo.

—Detrás de las cortinas —dijo Dave.

—Bien —repuso Buckskin. Buscó una abertura. en el cortinaje, halló tras ella una puerta. Una Lyru manipuló en el marco y la hoja se abrió.

Lo hizo silenciosamente dando acceso a una galería con su barandilla que daba a la cámara inferior. Las Crones, tres en total, estaban sentadas ante una enorme pantalla de triveo, solas. Sin su escolta de Lyru y espirales que les dieron realce, parecían más pequeñas y desaliñadas que antes. Las Orones

estaban inclinadas sobre un panel horizontal de instrumentos, tensas, los ojos fijos en la pantalla.

En dicha pantalla se veía a un grupo de jinetes reunidos al pie de la espacionave, gesticulando hacia la cerrada escomía. Las Crones empezaron a conferenciar. Una sacudió la cabeza con vigor, pero las otras la dominaron y extendieron las manos hacia el panel y como dos pianistas tocando el mismo instrumento a la vez, oprimieron botones y giraron mandos y pulsaron palancas, saltando en sus asientos. Sólo la Crone del centro permaneció quieta. Dave advirtió que llevaba una muñeca vendada.

Los hombres de la galería vieron a los soldados de delante de la espacionave señalando hacia el desierto, Al fondo de la pantalla había un monstruo que un instante antes no estaba allí, agitando sus tentáculos y marchando a gran velocidad hacia los jinetes. Viajaba aún más da prisa que los otros dos monstruos anteriores, pero no parecía tan claro.

—Se están volviendo chapuceras —susurró el doctor—. Ya ve lo que es, ¿verdad?

—Una proyección —repuso Dave.

—No del todo —dijo Buckskin sacudiendo la cabeza.

—Sam tiene razón —aclaró el doctor. Tiene más de materialización de energía. Una simple proyección, ni podría ser detenida, ni tampoco hacer daño a nadie. Esto es un campo de energía controlado... nada que se pueda destruir con bombas, pero algo que se puede cortocircuitar, como las espirales. Y algo que podría electrocutar a cualquier ser vivo.

Los soldados empezaron a disparar contra la criatura. Se tambaleó. Las Orones aceleraron sus maniobras, sus manos volando por el painel. Chillaban histéricas y sólo la de la mano herida estaba silenciosa, como si supiera que todo era una futilidad.

El monstruo osciló, se detuvo y expiró. Las dos Crones se sumieron en un frenesí de frustración, golpeando con los puños el panel, meciéndose de lado a lado, llorando.

—Vamos —dijo Buckskin.

Bajaron con ligereza por una rampa, las Lyru detrás. La Crone del centro les oyó y se volvió hacia ellos. Gritó a las otras dos y se puso en pie. Parecía tranquila, en contraste con sus sollozantes hermanas.

—Les estaba esperando, caballeros —dijo—. No hemos dejado de vigilarles.

—Puede que no —contestó Buckskin—, Pero aquí estamos y será mejor que se entreguen antes de volver a ser heridas —se pasó la pistola de rayos a la mano izquierda y sacó una pistola normal de su funda—. Doctor, echa un vistazo a ese panel y mira a ver si puedes abrir la escotilla.

La Crone que estaba en pie alzó el brazo imperativa.

—¡Apresadles! —gritó.

Buckskin giró, pero las Lyru cogieron por los brazos a los tres hombres. Detrás de ellas, vio Dave, se habían colocado tres espirales.

—Cuando ustedes dejaron la cubierta principal —dijo la Crone con deleite—, los ayudantes restablecieron el control. Pero de manera sutil, para que ustedes pensaran que las Lyru se habían vuelto contra nosotras. Como verán, hemos aprendido algo.

—Eso significa que el ataque en el pasillo fue una farsa —dijo Dave.

—Sí, aunque nos costara perder a unos cuantos ayudantes —afirmó la Crone—. Ustedes no vieron otros ayudantes detrás de las paredes. ¡Ahora, hermanas! —dijo a las otras dos—. ¡Partamos con nuestros huéspedes!

Las otras Crones, que en apariencia ignoraban el plan de su jefe, volvieron a ocuparse del panel con expresión turbada. La Crone de la mano ven dada les habló en su propia lengua. Las sarmentosas manos manipularon de nuevo los mandos, pero esta vez con cuidado. Giraron manecillas, pulsaron botones, consultaron diales.

Hubo un vibrar apagado y el suelo osciló. La imagen de la pantalla mostraba a los soldados y al monstruo muerto desde encima. Los hombres miraban sorprendidos hacia lo alto. La espacionave estaba volando.

XXI

Sam Buckskin estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de la sala de control y parecía disgustado consigo mismo. El doctor Rossiter, que había prestado mucha atención a las operaciones en el panel de mandos, se sentaba de espaldas al panel. Dave estaba al lado de Buckskin. Les habían quitado las armas pero no les habían atado. Media docena de Lyru estaban en pie lejos de su alcance, custodiándoles, las manos en los pomos de las envainadas espadas. Rya, que no estuvo con las Lyru en los corredores o en la cubierta, actuaba como cabo de guardia.

—¿Quién lo iba a decir —murmuró Buckskin—. La primera vez que se me presenta la ocasión de a las cluecas de Gallinolandia, cometo el mayor hacer algo además de estar sentado y maldiciendo error y enredo las cosas hasta lo insospechable.

—Vamos, Sam —dijo el doctor—. No es el momento de sentir compasión de nosotros mismos. ¿Qué muestra ahora la pantalla?

—Parecemos estar a unos quince mil metros. Veo luces. Parecen como si fueran los alrededores de una ciudad. Lo es. Me imagino que San Antonio.

La espacionave siguió veloz.

—Por lo menos no nos dirigimos al espacio —comentó el doctor—. Es un consuelo—. Se puso en pie de súbito. Las espirales tras las Lyru relucieron alarmadas y las guerreras sacaron sus espadas. El doctor se volvió a sentar despacio. Las Lyru se relajaron.

—¿Para qué hiciste eso? —preguntó Buckskin.

—Sólo quería echar un vistazo a sus espadas. Tienen la punta hueca y un mecanismo disparador como un gatillo en el puño. De manera que cuando peleaban con el monstruo utilizaban el mismo principio que nuestras pistolas antiespirales.

—Eso no tiene sentido —dijo Dave—. Si las Crones controlaban a los monstruos desde la espacionave, ¿por qué las Lyru no se limitaban a hacer nada más que fingir retroceder de sus embestidas?

—Para dar verismo a la cosa —dijo el doctor—. Y para mejorar el control que las Crones ejercitaban desde tan lejos.

—¿Y por qué elevarlos y quemarlos? ¿Más comedia? —preguntó Buckskin.

—Claro. Tenían que mantener a los cadáveres fuera de nuestro alcance pero no podían hacerlos desaparecer delante de nuestros ojos. Así que

inventaron el ritual, esperando siempre a que anocheciera para que no viésemos bien la desmaterialización y aceptásemos su pretensión de que el monstruo había sido quemado.

La Crone con la muñeca vendada dejó a sus hermanas junto al panel control y se acercó a los cautivos.

—Nosotras somos las Supremas Altezas —les miró calculadora.

—Puesto que usted lo dice, señora —dijo Buckskin.

—Tú eres el Buckskin y estás bajo nuestro control.

—Por lo menos en sus manos. ¿Y qué?

—Todas nuestras naves se darán cita sobre vuestro Washington. Entonces sabrán en Washington que tú eres nuestro rehén y preferirán rendírsenos antes de ver que te hacemos algún daño.

Buckskin sonrió.

—No soy tan importante para eso, señora.

—No puedes engañarnos —dijo la Crone con aire de estar enterada—. Al principio se les indujo a creer que vuestro país estaba regido por mujeres, lo que sería natural. Pero las civilizaciones difieren y ha sido poco a poco más evidente que tú eras el gran Jefe... el Buckskin... y las mujeres meras figuronas, la presidenta un títere. Por eso es por lo que nosotras, las Supremas Altezas, nos establecimos en Tejas, la verdadera capital.

—Les gustaría oír esto en la Casa Blanca —dijo el doctor.

—Aunque que eres sólo un hombre, posees valor y recursos y puedes sernos útil. Pasaremos por alto tus pasados crímenes y te ofreceremos un lugar en nuestro gobierno. Después de la rendición te nombraremos nuestro ministro de guerra. Alégrate por nuestra generosidad.

Buckskin soltó la carcajada.

—Está usted tan loca como una jaula de grillos —dijo—. Me refiero a que ha perdido la chaveta.

—¡No nos encolerices! ¡Nuestra maldición es una carga terrible! —los ojos de la Crone brillaron—. ¿Necesitas más pruebas —musitó una orden. La espacionave cambió perceptiblemente de rumbo y aceleró la marcha—. Mira la pantalla. Dime lo que ves.

Las luces de una ciudad eran visibles.

—Pasamos por San Antonio —dijo Buckskin—. Esto tiene que ser o Houston, o Austin.

—¡Sí, Austin! ¡Tu propia Austin! —gritó la Crone—. ¿Quieres que destruyamos a Austin para demostrar nuestro poder?

Buckskin miró las luces de la ciudad que aumentaban en la pantalla. La espacionave caía del cielo al corazón mismo de la urbe. Ahora había sido divisada y los reflectores atravesaban la noche, pareciendo sujetarla con sus

rayos..

—Si es un engaño, como los monstruos —dijo Buckskin sin convicción—. Al caer nos mataremos todos, vosotras incluidas.

—No tengo intención de estrellarme contra la ciudad —dijo la Crone —. Eso sería un daño comparativamente pequeño. Aplicaremos la antigravedad. La nave se detendrá, pero la ciudad desaparecerá, Recuerda Alejandría del Oeste. Aún hay tiempo. Acepta nuestra oferta generosa y alteraremos el rumbo. ¡Recházala y Austin será destruido! ¡Elige!

La mandíbula de Buckskin estaba apretada y las venas resaltaban en sus sienes. Sacudió la cabeza.

Pero antes de que pudiese hablar la espacionave fue alzada como si la hubieran cogido por su fondo con un gigantesco tío vivo o en la cadena ascensora de unas montañas rusas y la lanzasen de nuevo hacia el cielo.

La Crone perdió el equilibrio y cayó y Buckskin y las Lyru sufrieron lo propio. Las Crones en los mandos luchaban pero sus manos permanecían petrificadas sobre los instrumentos. Las luces de Austin desaparecieron de la pantalla siendo reemplazadas por estrellas, brillantes y claras contra la negrura del espacio. La nave siguió ascendiendo.

Buckskin se puso en pie de un salto, preparado para luchar contra las Lyru, pero ellas permanecieron donde estaban derrumbadas, confusas y asustadas.

El doctor Rossiter se sentó, frotándose una despelleja dura de la barbilla.

—¡Las espirales! —exclamó—. ¡Pierden brillo!

—¡Miren a la pantalla! —exclamó Dave, Una sombra oscura ataba las estrellas. Era otra espacionave.

La Crone Jefe se puso en pie con esfuerzo, asiéndose la muñeca y gimiendo. Había una mezcla curiosa de odio y sumisión en su expresión.

—Me veo obligada a decirte que habéis ganado —dijo.

—¿Obligada? —preguntó Buckskin.

Ella gesticuló hacia la pantalla. La otra nave estaba cerca ahora y parecía estar emitiendo una gran burbuja.

—Igual que mis hermanas se ven obligadas a guiar la nave hacia «su» placer. El abordará pronto.

—¿El? ¿Quién?

—Ya lo veréis —añadió con amargura—. Pensé que había muerto.

La burbuja tocó su propia nave, tapando la escotilla. Ambas escotillas se abrieron y figuras irreconocibles pasaron de un navío a otro.

Pronto las figuras reaparecieron en la galería por encima de la sala de control. Entre ellas estaban...

—¡Emily! —gritó Dave—. ¡Lori!

Las chicas sonrieron y agitaron los brazos mientras bajaban ligeras por la rampa. Tras ellas venían dos hombres. Eran ágiles, delgados pero bien construidos y llevaban pantalones metálicos cortos. Lo único que podían ser eran hombres de Lyru.

El mayor de los dos era un individuo de mediana edad, con un mechón de cabello blanco, ojos inteligentes, boca firme. La Jefe Crone se apartó desdeñosa de él. Lori, con expresión orgullosa, dijo:

—Coronel Sara Buckskin, doctor C.C.Rossiter y señor David Hull. Mis buenos amigos. Les presento a Logar y lason.

lason era apenas algo más que un joven, pero con el porte de un hombre. Estrechó las manos de los tres.

Logar, el del pelo blanco, asió con firmeza cada mano y dijo:

—Mi hija me ha contado lo mucho que han hecho ustedes. Les estoy agradecido a todos.

—¡Su hija! —Exclamó Dave. Miró a Lori—. ¡Me dijiste que tu padre había muerto! Me contaste que las Crones le habían matado.

Logar asintió, con una mirada de desprecio hacia las Crones.

—Eso se creyeron. Tuve que dejarlas en el engaño, para esconder el hecho de que un hombre valiente había ocupado mi lugar en la cámara de ejecución y que la Resistencia todavía vivía.

—¿Entonces estaban ustedes en la espacionave del Panhandle? —preguntó Buckskin—. ¿La que permaneció allí inmóvil?

Logar asintió. Dave, recordando que era periodista, encontró un pedazo de papel. Rebuscó frenético en sus bolsillos en busca de un lápiz, Emily sonrió y le entregó uno.

—Toma, impaciente —dijo ella.

—La resistencia tuvo su oportunidad cuando las naves Crones partieron para la Tierra —dijo Logar—, dejando sólo una fuerza de retén detrás. Nos apoderamos de esas pocas y seguimos a las primeras en cuanto pudimos. Las Crones se habían llevado las únicas espacionaves que podían viajar interplanetariamente y tuvimos que reajustar otra por completo.

—¿Cuántas Crones hay en total? —preguntó Buckskin.

—Ahora, sólo veinte. Forman una masa moribunda, aunque con una notable longevidad individual.

—¡Sólo veinte! ¿Entonces, todas menos cinco vinieron a la Tierra?

—Sí —contestó Logar—. Habían estado exprimiendo a nuestro planeta desde generaciones, sacando todo cuanto proporcionaron nuestros antecesores. Son usurpadoras, no creadoras y cuando han agotado los recursos no conocen el modo de encontrar otros nuevos. Y por eso buscan otra

civilización que conquistar... en este caso la de ustedes.

—Pero si las Crones no tienen imaginación propia —preguntó el doctor Rossiter—, ¿cómo eran capaces de hacer cosas tan fantásticas?

—Nos robaron nuestras máquinas. Aprendieron a manejarlas, lo que es una cosa sencilla, pero no pudieron repararlas cuando se estropearon... a pesar da que yo tengo que concederles el crédito de algunas improvisaciones diabólicas. Los ayudantes... las espirales... fueron originalmente máquinas de control. Las Crones las adoptaron para subyugar a seres humanos.

—¿Y los monstruos? —preguntó Dave, agitado y furioso.

—Nuestros antecesores prepararon ese aparato como una proyección de la imaginación. Un poeta operándolo podía hacer que las imágenes más sutiles cobrasen vida escénica, para entretener a la gente. Un arquitecto podía proyectar su plan para un edificio a plena escala, para ver si encajaba estéticamente con sus vecinos. Un artista podía trasladar su inspiración efímera en algo que su ojo pudiese ver al mismo tiempo que su mente. Era, sencillamente otro ejemplo de la perversión que hicieron las Crones de nuestros inventos.

—No quiero parecer desagradecido —dijo Buckskin— pero, ¿por qué esperaron tanto tiempo? Llevaron varias semanas al acecho sin moverse.

Emily fue la que habló.

—Tenían que descubrir primero lo que ocurría. Si usted hubiese estado aguardando durante generaciones para destronar a las Cluecas, coronel, creo que querría estar seguro de no estropear su oportunidad cuando ésta se le presentase.

Buckskin Sonrió.

—La comparación no es exacta, pero lo comprendo.

—Lo que yo no entiendo —dijo Dave a Emily—, es cómo Lori y tú estáis en plan tan amistoso. Si alguna vez vi a dos mujeres a punto de atacarse con uñas y dientes, fue a vosotras.

Emily se le enfrentó.

—Te lo contaré más tarde —dijo.

—Sí —interrumpió el doctor—. Antes de que vayamos más lejos, ¿no sería mejor hacer algo acerca del resto de las Crones? No sé qué clase de comunicaciones tienen ellas, pero yo pensaría que las otras espacionaves no tardarán en conocer que le ha ocurrido algo a ésta. Son lo bastante locas para borrar del mapa a unas cuantas de nuestra ciudades como represalias.

—Son locas —asintió Logar—. Locas con su senilidad, celos y decadencia. Pero ellas y los monstruos no darán mas disgustos. Las hemos hecho prisioneras en sus propias naves, como estas odiosas criaturas de aquí.

—¿Quiere usted decir que controlan sus mentes ahora, del mismo modo que ella lo hacían con las espirales para, controlar a las guerreras Lyru?

—Aproximadamente. Pero la distancia no es barrera para nosotros, como sí lo era para ellas. Tiene que visitar nuestra nave, doctor Rossiter; unos cuantos minutos allí le enseñarán más de lo que yo podría explicarle en un día.

Sam Buckskin comenzaba a mostrarse impaciente.

—Antes de que ustedes dos se enreden en un seminario científico, quizá sería mejor aterrizar en algún lugar y dejar que me pusiese en contacto con unas cuantas personas. Debería alegrarles saber que la guerra ha terminado.

—Claro —dijo Logar—. ¿Quiere que regresemos a su campamento?

—Aquí mismo en Austin me gustaría más. Daremos la buena noticia al gobernador Earl y dejaremos que él la transmita a Washington.

Dave y Emily esperaron impacientes en la sala de comunicaciones del aeropuerto mientras el tráfico oficial se despejaba, luego cogieron instrumentos para dictar el reportaje testimonial a sus periódicos.

Cada uno era profesionalmente receloso, susurrando al micrófono para que el otro no pudiese oír lo que decía.

—Está bien, mujer —dijo Dave— después de que hubiesen transmitido su reportaje, con toques de color, con descripciones, sugiriendo cortes para posibles ampliaciones y dando números de teléfonos para que les llamasen en caso de ser necesario una nueva ampliación—. Ahora me vas a decir unas cuantas cosas.

Emily decidió provocarle.

—¿A quién amas tú? —preguntó ella.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Es parte del fondo, si quieres que llene tus lagunas en la historia, ¿Amas a Lori?

—No —contestó Dave—. Lo pensé durante un tiempo... —se detuvo, viendo que eso sólo podía provocar más disgustos—. No, no amo a Lori.

—Sé lo que pensaste durante un tiempo —dijo Emily. con desinterés —. Lo mismo le ocurrió a Lori. Pero el punto es que tú no amas a Lori y que nunca la amaste, ¿A quién amos, entonces?

Dave miró a las otras personas de la sala de comunicaciones. Estaban atareadas en sus trabajos pero Dave creyó que tenía los oídos prestos para escuchar en su dirección, como si fuesen receptores de radar.

—A ti —dijo en un susurro.

—¿En? ¡No te he oído!

—¡Te amo! —Bramó furioso—. ¡Pero maldición. no estoy en el estrado de los testigos!

Algunas personas se volvieron a mirarles y sonrieron.

—Así está mejor —dijo Emily satisfecha—. Yo te amo a ti también, imbécil. Desde ¡la coronilla de tu cabezota hasta el tacón de las botas tejanas. ¿Por qué te crees que vine aquí? ¿Para mirar a los mezquitales y los pozos petroleros?

—¿Sí? —Dave parecía a la vez complacido y embarazado—. Pero, ¿no decías que esto es el fin del mundo civilizado? De acuerdo que esa fue tu frase. La tierra de los retrógrados. Cosas así.

—Eso fue antes de venir. Y si a mi retrogrado le gusta estarse aquí, es por algo. Por lo menos en esta tierra se hacen cosas. Tu Sam Buckskin es activo, por ejemplo. Te gusta. ¡Pero Madam la presidente…! ¡Ni me dijo que hay un movimiento para destruirla por perder tiempo ante un peligro nacional!

—Eso es un poco fuerte.

—Oh, no creo que vayas muy lejos. Pero eso demuestra hacia dónde oscila la opinión pública. Parece como si hubiese un compromiso, mediante el que la Presidente echará a patadas a las mujeres de su gobierno y nombrará hombres, Y apuesto a que no se presentará para la reelección el. próximo año.

—No podría hacerla sin tener que enmendar la constitución otra vez —dijo Dave—. Ya ha desempeñado tres mandatos.

—De cualquier modo, quienquiera que gobierne, apuesto a que será un hombre.

—Bueno —exclamó Dave—, eso cubre el amor y la política, volvamos a la guerra ¿Qué hay de Lori y de ti?

—Lori estaba recibiendo emanaciones. Al principio no eran claras porque ella se resistía, recordando cómo se apoderó de ella la espira! del laboratorio. Tenía miedo de acudir al doctor Rossiter; pensó que las Crones podían estar apremiándola para que hiciese eso y quizá para matarle a él en esta ocasión. Así que vino a mí.

—Pero, ¿por qué a ti, entre todas las personas?

—Fueron las emanaciones. Cuando adquirió más fuerza y parecieron venir de su padre, ella se mostró recelosa, al creer que el buen hombre estaba muerto. Entonces comenzaron a venirle de su prometido.

—¡Su prometido! —exclamó Dave.

—Ya le conociste —dijo Emily—. lason. No me pretendas decir que ella no te dijo que estaba comprometida.

—Ella me habló de estar «contratada» con alguien. Tuve la impresión de que era un carácter debilucho que las personajes habían escogido para que hubiese una generación siguiente de guerreros que luchasen por ellas. Estrictamente una proposición reproductiva, tal como la entendí y que Lori despreciaba el carácter afeminado de su elegido.

—Bueno, no lo desprecio porque no tiene nada de afeminado —dijo Emily con claridad—. lason tuvo que fingir ser así... débil y poco efectivo...

para que las Crones no sospechasen que formaba parte de la Resistencia. Cuando Lori recibió las emanaciones de él también descubrió que estaba trabajando con su padre, cambió de idea acerca de su persona. Ahora ella le adora, naturalmente.

—Naturalmente —repitió Dave, queriendo aceptar aquella afirmación.

—Paro Lori aún tenía sospechas. Vino a mí y me pidió perdón por desnudarme prácticamente en el bar. No tenía motivos para estar celosa más, comprende, puesto que amaba a lason y no a ti. Así que le sugerí que pensase algunas cosas que sólo ella y su padre pudiesen saber y Logar volvió telepáticamente a sugerirlo precisamente aquellas cosas que ella había, olvidado, Así que nos dirigimos a su espacionave.

Dave no podía aceptar eso.

—Eso es intuición loca de mujer, no lógica —dijo—. No había nada que demostrase que las Lyru no estaban en el ajo también. Pudieron sacar los recuerdos del subconsciente de Lori.

—Pues no lo hicieron —contestó Emily con un aire superior en su expresión—. Quiero decir que no eran las Crones quienes mandaban las emanaciones... ¡Oh, pero podían haberlo sido! ¿verdad? —permaneció pensativa, luego se encogió de hombros—. De todas las maneras, todo salió bien.

Dave soltó una carcajada.

—De acuerdo, abandono. Una cosa más sólo... ¿Cómo entrasteis en la espacionave sin que el sargento Morales os viese?

—Nada más fácil. Logar le hipnotizó a él y a sus hombres durante cinco minutos y entramos por la puerta principal.

Volvieron a la parte del campo en donde las espacionaves estaban una junto a la otra.

Los empleados del aeropuerto se arremolinaban en torno a ellas curiosos, y al borde del campo, miles de personas que habían oído las noticias se agolpaban tras las líneas de policía para mirar las grandes naves. La rápida sucesión de acontecimientos se les explicaba en grandes letreros luminosos y en fotografías ampliadísimas que viajaban a. lo largo del borde superior del edificio de la administración.

Dave y Emily permanecieron cogidos de las manos y leyeron las noticias mientras esperaban a Sam Buckskin:

LA JEFA CRONE CAPTURADA SOBRE AUSTIN LOS MONSTRUOS, MEROS ESPEJISMOS LA MALDAD DE LAS CRONES AL DESCUBIERTO EL GOBERNADOR CONROY COMUNICA A GALLINOLANDIA QUE LA GUERRA CON LAS CRONES HA TERMINADO SAM BUCKSKIN RECHAZA EL PAPEL DE HÉROE MALAS NOTICIAS PARA LOS SOLDADOS... ¡HAY TAMBIÉN

HOMBRES LYRU!

XXII

El enlace aéreo entre Dallas y Austin aterrizó y Dave Hull salió con Emily recibiendo la fresca brisa de la noche decembrina. Un largo limusina azul se detuvo y el conductor saludó mientras la portezuela del coche se enrollaba para que entraran.

—¿Qué es esto? —preguntó Emily—. Creí que íbamos a ir a algún lugar tranquilo para celebrar la entrada del Año Nuevo.

—Claro que sí —se burló Dave—. Por eso te gastaste una fortuna con ese sencillito traje de noche. Vamos, cálmate. Te gustará la fiesta.

El coche salió de los suburbios para adentrarse; en los espaciosos jardines de una hacienda. El caserón despedía luz por todas sus ventanas. Uno» cuantos helicópteros estaban aparcados en el césped y entre ellos se hallaban también dos lanchas de exploración de las Lyru. Dave y Emily en la casa, cruzando por debajo de un cartel de luces multicolores que decía: «Bienvenidos al año 2000».

—Muy elegante, de veras —comentó Emily.

—Es la casa de campo del gobernador Conroy. El y Lafe Lengren, el propietario de mi periódico, están en lo más alto.

—Mira, allí está Sam Buckskin... ¡y de etiqueta! Dave, no me di cuenta antes, pero es muy distinguido. Pero qué es eso?

Dave contemplaba con admiración «a la alta y hermosamente vestida mujer que acompañaba a, Buckskin.

—¡Es Rya! —exclamó—. Acuérdate, la jefa de las, guerreras Lyru. ¡Uf, y cómo se ha aclimatado!

—Creo que en tres meses pueden ocurrir muchas cosas —dijo Emily —. Incluso a un viejo solterón.

Los hombres se estrecharon las manos y las mujeres se separaron, al estilo de Tejas, para dejarles hablar.

—Casi no le reconocí con ese elegante atuendo, Sam —dijo Dave—. ¿Para qué tanto lujo? Claro que usted puede decirme que tampoco llevo yo mis ropas de trabajo.

Buckskin sonrió. Parecía más gris su cabello y se había hecho crónico su mirar cansado.

—Armé tal enredo en la guerra con las Crones que me imaginé que podría hacerme político. Me quieren presentar para gobernador.

—¡Gobernador! Eso es estupendo, Sam. Pero no trate de demostrarme a mí su modestia. Usted es un héroe y lo sabe.

Buckskin sacudió la cabeza.

—Sam Houston y Davy Crockett se estremecerían en sus tumbas si supieran qué clase de héroes tiene que erigir la gente en estos días. No, Dave, yo estaba describiendo círculos tan frenético como esas sobres y tontas mujeres de Washington. De no haber sido por el padre de Lori que apareció tan oportuno, estaríamos en la sopa.

—Bueno, nos ayudó —reconoció Dave—. Pero votarán por usted. Logar vuelve pronto al Planeta Cinco, ¿no? ¿Y Lori?

—Sí —contestó Buckskin—. Mañana. Me sabrá mal que se vayan. Pero se llevan consigo a las Crones. Eso nos ahorrará la molestia de tener que juzgarlas. Jamás hemos sabido comportarnos bien con los criminales de guerra. Siempre nos ablandamos al cabo de una temporada y les ponemos en libertad y, además, ya tenemos aquí bastantes mujeres tocas.

—Suena como si estuviera ensayando ya su campaña electoral.

—El tiempo vuela. Mañana empieza el año dos mil. Año de elecciones.

—No tiene por qué preocuparse, usted tiene la elección segura, muy segura.

—Eso creo —contestó Buckskin—. Pero no soy al único que trata de ascender. Creo que todavía no te lo han dicho, pero Earl Conroy se presenta para la Presidencia de los Estados Unidos; Para eso se da esta fiesta en realidad. Han estado estudiando las elecciones del mes pasado; ya sabes, las locales, para alcaldes, etc. Yo no presté mucha atención, pera Eorl y Lafe proclaman que hay una tendencia en contra del matriarcado. Se imaginan que ahora es el momento de ir tras la Casa Blanca, que un tejano tendría la mejor oportunidad en la convención de este verano, con la fuerza de la publicidad de las Crones.

—Sí, habla usted, Sam, como un verdadero político —Dave sonrió—. Claro que no hay ninguna ley contra ello.

—No, no la hay. ¿Y tampoco hay ley que prohíba a un viejo solterón abandonar su soltería?

—¿Se refiere a Rya?

—Sí. Un gobernador debe tener una primeras dama, según he oído.

—No se muestre tan indiferente con eso, Sam. Yo mismo voy a casarme pronto. — Dave consultó; su reloj—. Cualquier día del siglo que viene.

—¿Eh? ¡Estupendo, Dave! Felicidades. Sólo que, en mi caso aún no he consultado con Rya.

—Bueno, pues consulte con ella pronto, gobernador. A las mujeres no les gusta que se den las cosas por garantizadas, no importa de qué planeta sean.

—Claro, lo sé. Pero no soy un jovenzuelo, Dave.. Pronto cumpliré cincuenta y dos. Y Rya no debe tener más que veinticinco.

—¿Y eso qué importa? Usted está más en forma que yo. Y yo en su caso se lo pediría ahora, antes de que ella decida irse mañana en alguna de esas espacionaves, alejándose un millón de años de su vida.

—Es posible —dijo Buckskin—. Todas las Lyru no van a instalarse aquí, ¿verdad?

—Sólo se quedarán las que hayan recibido proposiciones —sonrió Dave malicioso—. Unos cuantos de sus soldados le derrotaron a usted en eso Sam. Podrían dar a su coronel una lección en cuanto a tácticas amorosas.

—De acuerdo, me ha convencido —Buckskin cogió a Dave del brazo —. Reunámonos con las damas.; Dave se llevó a Emily y contempló con el rabillo del ojo a Buckskin y Rya.

—Algo pasa, ¿verdad? —preguntó Emily.

—Nada que valga la pena para tu boletín de noticias—. Se la llevó hacia un grupo que hablaba muyen serio. En él había visto a Frank Hammond.

—Quiero presentarte a Frank —dijo Dave a Emily—. Como editor de locales no es tan atractivo cornea tú, jefe, pero uno no puede tenerlo todo, claro.

Frank se destacó del grupo.

—De manera que finalmente hallaste el centro del círculo —dijo arrastrando a Dave y a la chica hasta sus amigos—. Las grandes ruedas de la política empiezan a marchar. ¿Dónde está Sam?

—Ocupado. Vendrá más tarde.

—Bien. Ya conoces al gobernador Conroy. Senador Hightower. Lafayette Lengren — mientras Frank Les presentaba, la conversación se generalizó, en apariencia por la presencia de Emily.

—No me importa quien lo diga —declaró Lengren—. En mi periódico, el siglo veintiuno comienza el año dos mil.

—Siglo vigésimo primero —corrigió alguien—. No debes confundir los cardinales con los ordinales, Lafe.

—Lafe confunde lo que le viene en gana —rió el gobernador—. Lleva años insistiendo que Forth Worth es un suburbio de Dallas.

Emily rió educadamente y se retiró, dándose cuenta de que había interrumpido una conversación más seria. Dave comenzó a seguirla, pero Frank se lo impidió.

—Lafe tiene un nuevo trabajo para ti —le dijo Frank.

—Si es hacer la información acerca de las Lyru a su viaje de regreso, dimito —contestó Dave. Lengren rió de buena gana.

—No te lo censuraría, hijo. No, es algo menos emocionante. Frank va

a ser el jefe de relaciones públicas de Earl, así que necesitaremos un nuevo editor jefe. ¿Qué dices?

—Bueno... —empezó Dave.

—Fantástico —exclamó Lengren—. Me gusta dejar las cosas arregladas. Ahora, Earl, acerca de las Lyru que no regresan. Hay una favorable reacción popular hacia ellas que podrías utilizar ventajosamente en tu campaña.

—Propondré que se les concedan los primeros documentos —dijo el gobernador—, o la ciudadanía inmediata si se casan con un americano. Ellas forman el patrimonio del país.

—Eso podría ser parte, claro —dijo Lengren—. Pero yo pensaba en algo más dramático. Como hacerlas que se volviesen a poner sus falditas de plata, etcétera y contratarlas para que te acompañaran en tus giras electorales. Impacto, eso es lo que necesitamos.

—¿Y qué podrían hacer? —preguntó dudoso Conroy—. ¿Chillarías como fondo musical mientras yo cantase el «Barras y estrellas»?

—Lucharían contra las Crones —dijo Frank Hammond con inspiración—. El bien contra el mal. La belleza contra las bestias.

Conroy frunció el ceño.

—Suena a un espectáculo antiséptico.

—¡Eso es! —bramó Lengren—. ¡Eso es lo que necesitamos! Adelante, Frank; ¿qué más?

—Nos pondríamos en contacto con el asilo de ancianos actores para que nos prestasen algunas viejas actrices para vestirlas como Crones. Las llamaríamos «Indecisión», «Confusión»... cosas así.

—¡Perfecto! —exclamó Lengren—. No salimos y decimos que representan Gallinolandia... eso sería juego sucio... pero si alguien quiere sacar esa conclusión...

—«Complacencia», «Inacción» —dijo Frank—. Las Lyru, representando al gobernador Earl, derrotan esas amenazas a nuestra fuerza nacional.

—Quizá vosotros lo sepáis mejor —opinó Conroy—, pero, ¿y si las Lyru no quieren hacerlo? Por lo que he leído en tu periódico, Lafe, las que se quedan se muestran muy ansiosas de instalarse e integrarse. Aquí, en Tejas, especialmente, parecen pensar que los soldados de Sam Buckskin son la respuesta a la antigua profecía de su raza. Quieren casarse y ser buenas esposas para sus hombres, nada más lo permita la ley.

—Creo que habrán bastantes para nuestras necesidades —dijo Lafe—. Si es necesario podríamos Importarlas del Este donde los hombres no son tales gangas.

—Podríamos filmarlo en cine, también —dijo Frank—. Por triveo y

para exhibir antes de que el gobernador Earl hable en persona.

—Claro —asintió Lengren—. Tú te encargas de los detalles, Frank. El ¡año que viene a estas horas, Earl, estarás en la Casa Blanca, teniendo a Frank como secretario de prensa. ¿Recuerdas cuando competías con aquel loco de Simpkins y condujiste una carga de caballería hasta la escalinata de la Casa del Estado?

—¡Pero hora se trata de la Presidencia de los Estados Unidos! —dijo Conroy—. Hay cierta diferencia.

—Ninguna en absoluto —repuso Lengren—. Sólo que hacer las cosas a mayor escala.

A las doce menos cuarto, la orquesta empezó a tocar una nostálgica melodía. Dave encontró a Emily con Lori, que estaba luciendo un traje de noche terrestre.

—Me llevo conmigo cuantos libros de modas he podido hallar —dijo Lori—. Ese trajecito de plata estaba bien para la guerra, pero ahora que tenemos ya a nuestros hombres tendremos que ser más femeninas.

Miraba feliz a lason, que parecía tan alto como ella. La larga capa que él usaba realzaba la altura. Su padre, Logar, vestía de manera semejante.

—Me sorprende ver cuántas de nuestras mujeres quieren volver y ayudarnos a reconstruir nuestra sociedad —dijo Logar—. Creí que la mayoría encontraría irresistibles los atractivos de la Tierra.

—Volverán algún día, ¿verdad? —preguntó Emily..

—Yo puede que no —dijo Logar—. El viaje es largo y me quedan pocos años que desperdiciar. Pero los jóvenes es posible que sí vuelvan.

—Estoy seguro de que volveremos —anunció lason—. Como seres humanos tenemos que impedir que nuestra amistad se ¡apague.

—En especial ya que no podemos comunicarnos de otro modo —dijo Emily—. ¿No hay otros planetas habitados además de la Tierra y el Planeta Cinco?

—No estamos seguros de que los haya, aunque nosotros no conocemos más —repuso Logar.

—Confío en que mantengan bien sujetas a las Crones.

—No volverán a molestar a nadie —afirmó lason, —De hecho están con la animación suspendida, para evitar cualquier incidente. Eso también nos ahorra tener que llevar para ellas alimentos extra.

La música entonó el «Vals de las velas».

—Reconozco eso —dijo Lori.

—De la radio —sonrió Dave.

—Sí. Es una canción especial vuestra, ¿no?

—Muy especial —contestó él—. Significa el hola y el adiós... y el

recuerda como fue... y no nos olvidéis, viejos amigos...

—Voy a llorar —dijo Emily—. Cantemos la letra.

Todo el mundo cantaba. Las manecillas de reloj de detrás de la orquesta se unieron en las doce. Alguien dejó caer al suelo una banderola con la cifra «1999» y triunfante enarboló otra que decía «2000». Serpentinas y confeti llenaron el aire y globos de colores cayeron del techo.

—Y ahora —dijo Dave— uno besa a su chica.

Lo hizo. lason besó a Lori. Aparentemente, los dos habían estado practicando esta nueva costumbre terrestre.

Al cabo de un rato, por el rabillo del ojo, Dave vio a Sam Buckskin.

—Ejem —carraspeó.

—¿Eh?

—Me parece que Sam está revolucionado.

Ella se volvió también a mirar.

Buckskin se había ido a alguna parte y cambiado. Llevaba ahora su suave cazador de piel de gamo, ajustados pantalones de montar, amplio cinturón y botas de media caña.

Rya, todavía con su traje de noche, le cogía con fuerza la mano. Los ojos de ella brillaban con orgullo.

Buckskin ya no parecía cansado. Su rostro volvía a ser juvenil y decidido. Se dirigió hacia Lafe-Lengren.

—¡Oh, Sam! —dijo Lengren—. Veo que te quitaste el traje de etiqueta. ¡Bien! Con este conjunto conseguirás todos los votos.

—No habrán votos, Lafe —contestó Buckskin enfático—, porque no me presento a la elección.

—¿No te presentas? Será una locura. Ganarás seguro, Sam.

Buckskin sacudió la cabeza.

—Soy un vaquero, Lafe. Siempre lo he sido, de un modo u otro. Me marchitaría y moriría tras un escritorio. Puedes presentar a quien quieras para gobernador, excepto a mí. Me voy a comprar un ranchito en alguna parte y junto con Rya me dedicaré a la cría de caballos.

El gobernador Conroy le estrechó la mano.

—Eres listo, Sam. Créeme. Criar caballos, ¿eh?. Te envidio.

—Pronto nos casaremos —Buckskin miró en su torno, satisfecho, como un hombre decidido a rabiar y dispuesto a hacerlo sin dejar que nadie se lo impida—. Será mejor que te des prisa en ser elegido y prepares esa ley matrimonial, Earl, para que Rya y yo seamos los primeros en utilizarla. Y cuando te canses de verte acuciado y apremiado en esa Casa Blanca, vente a vernos.

—Lo haré, Sam —dijo Conroy—. Te prometo que lo haré, si es que no puedo convencerte para que no abandones tu propósito primero de presentarte para gobernador.

—Mi decisión es firme. Me di cuenta nada más ponerme ese frac tan ridículo. Por eso me lo quité y me vestí con mis propias ropas.

—Mira, Sam —dijo Conroy—, si te preocupaba no ser dueño de ti mismo, excepto para responder ante la gente... si pensaste que el viejo Lafe tenía la intención de ser una potencia detrás de ti y hacerte bailar al son que se le antojara, estás equivocado. Lafe hace mucho ruido... te lo digo en la cara, Lafe... y le gusta realizar cosas importantes, pero es sólo porque se aburre de ser millonario y necesita tener una afición propia.

—Vamos, Earl... —protestó Lengren.

—Conozco a Lafe —dijo Buckskin—. Y sé que es tan puro como un ternero recién nacido. Y tú igual, Earl. Serás tan buen presidente como fuiste gobernador y todo irá bien. Pero déjame decirte esto. Si no lo eres... si te haces descuidado con la cosa pública, señor Presidente... ¡Montaré en mi caballo y te sacaré arrastrando de la Casa Blanca!

Sam Buckskin estaba a caballo bien entrada la mañana del día 1 de enero del año 2000. Rya, con su capa encima del uniforme de guerrera, cabalgaba a su ¡lado. Una escolta de honor de la Legión Tejana se había reunido tras ellos en la pista del aeropuerto y las Lyru del antiguo regimiento de Rya permanecían firmes en dos grupos.

Las dos espacionaves se hallaban preparadas para despegar. Las escotillas permanecían abiertas bajo el cielo de Tejas por última vez. Cuerdas plateadas pendían de una de ellas.

Una navecilla exploradora Lyru se hallaba posada a cada lado de los navíos madres y dispuesta para despegar, lason y Lori en la escotilla de una, Logar en la otra. A la otra parte de la pista una banda tocaba himnos marciales, el sol reluciendo en los bruñidos instrumentos.

El gobernador Conroy trató de pronunciar un discurso, pero no pudo. En vez de ello se acercó a Logar y le estrechó la mano, haciendo lo mismo después con lason y Lori.

—No voy a deciros adiós... sino hasta siempre. Nos sentimos orgullosos de haberos tenido con nosotros y os rogamos que si alguna vez pasáis por la vecindad, vengáis a vernos.

Buckskin bramó una orden. Junto a él, Rya chilló de manera aguda. Los soldados presentaron armas. Una de las columnas Lyru corrió a la espacionave más cercana. Las mujeres subieron por las cuerdas, graciosas como acróbatas circenses, mientras que las que se quedaban lanzaban sus chillidos de adiós. Las cuerdas de plata fueron retiradas al interior.

Las navecillas exploradoras se elevaron y se introdujeron por las escotillas de los navíos madre, que se cerraron con majestuosidad. Luego las

espacionaves emprendieron el vuelo.

Dave Hull rodeó a Emily con el brazo mientras contemplaban como los grandes navíos subían y subían en silencio hasta convertirse en dos puntitos ti el cielo.

Otros puntitos más, procedentes del Oeste, del Norte y del Este, se unieron a ellos. Los que estaban en la pista del aeropuerto siguieron mirando y mirando hasta que les dolieron los ojos. Después los puntitos se esfumaron.

VOX POPULI, Cinco.

—Bueno, ganamos —dijo George Typika.

Su esposa Joan le miró irritada desde la cocina. El gran mastuerzo estaba tumbado cómodamente en el diván y delante de la triveo.

—¿Qué quieres decir con «ganamos»? —preguntó ella.

—Los hombres, claro. Es tan evidente como que ahora es de día o que tenemos una nariz entre los ojos.

Ella se lo tomó a malas por dos razones. La segunda era porque su nariz tenía, quizá, un tamaño demasiado escaso...

—¡Bien! —estalló—. ¡Me gusta! Estás sin hacer nada día tras día, con los ojos pegados a la triveo. Sin contribuir en lo más mínimo al progreso de la humanidad, comiéndote lo que guiso... ¡y tienes la caradura de decir que «ganamos»!

George sonrió sereno.

—Acércame los cigarrillos, ¿quieres...? ¡Oooh! —ella se los tiró a la cara—. Es natural que te encuentres trastornada, considerando el lío que habéis armado las mujeres con todas las cosas, tanto aquí como en el Planeta Cinco. Como siempre, hemos tenido que ser los hombres quienes os sacáramos las castañas del fuego. Pero te voy a decir una cosa, Joan. Has mejorado mucho en lo de hacer pasteles...

—¡Ooooh! —ella estaba furiosa—. Tú me vas a escuchar a mí, George Typika. Ya estoy harta de trabajar todo el día en la oficina y luego tener que ponerme a hacer el trabajo casero...

—Ingeniería del hogar —la corrigió él con tono cariñoso.

—«Trabajo casero», dije; mientras que tú estás tumbado creyéndote un héroe victorioso y hablas del trabajo varonil que piensas hacer, pero que nunca haces. Bien, señor Typika, dimito.

—¿Dimites? —George parecía conturbado.

—Ya lo oíste. Dimito primero de mi empleo... y eso lo haré nada más entrar mañana por la mañana. Entonces ya veremos qué pasa. Porque si tú no sales y coges ese trabajo tuyo tan importante, nos moriremos de hambre. Eso es. La cocina se quedará fría y nos cortarán la electricidad y no podrás ver la triveo y entonces ya me demostrarás que eres tan hombre como presumes.

George se incorporó, sentándose interesado.

—Vamos, Joan —trató de hacer que su voz sonara firme y severa—. Vamos, querida, no debes tomar esa decisión, ten en cuenta que eres una mera mujer. Has de saber que yo soy el hombre de la casa y que me corresponde a

mí decir...

Se apagaron las palabras. Su esposa le resultaba tan femenina que le hizo comprender hasta la médula de sus huesos que era inútil seguir argumentando, mirando con aquella manera de mirar eternamente.

—Bueno —dijo por último en voz baja—, ¿Por qué no he de resolverlo yo? ¿Qué te ha ocurrido, Joan? ¿Por qué pareces tan... diferente?

Ella se sentó junto a él. Apagó la triveo.

—«Soy» diferente, George —apoyó la cabeza en su hombro y él la acarició con ternura—. George, de veras que es preciso que consigas ahora ese empleo. ¿No te imaginas la razón?

George empezó a comprender.

—¿Quieres decir que estás... que vamos a...?

—Sí, querido. Me van a dar mi fin de semana maternal.

Ella le miró con timidez y de pronto él se sintió orgulloso. La besó con suavidad primero, luego con entusiasmo.

—¡Oh, Joan!

Las mujeres habían ganado después de todo, siempre lo hicieron. Como siempre lo harán.

FIN